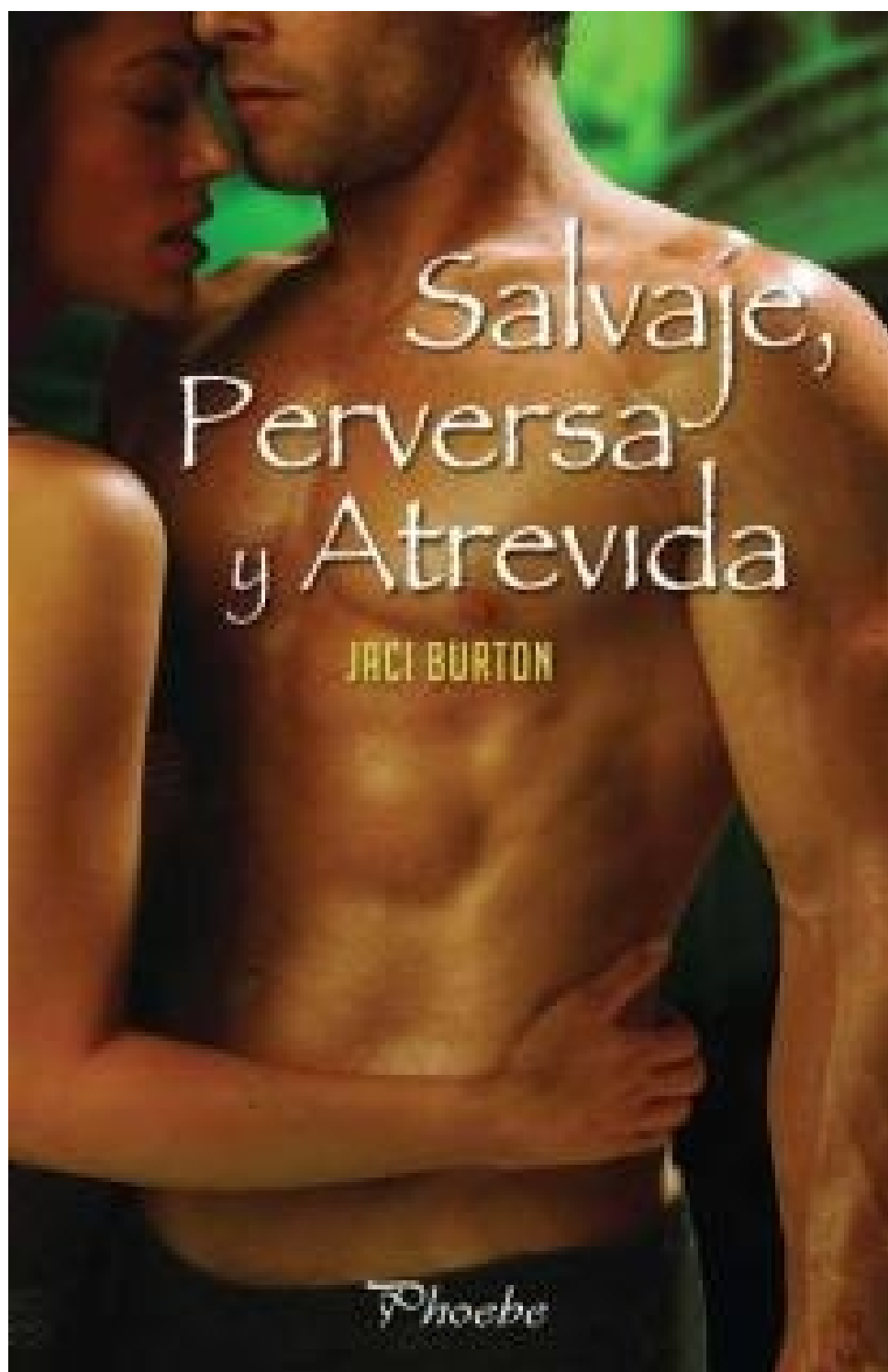




Jaci Burton

*Salvaje, Perversa y
Atrevida*

Wild, Wicked, & Wanton

Argumento

Tres amigas...tres deseos secretos...tres oportunidades para hacerlos realidad. Son tres amigas inseparables que se deleitan compartiendo sus aventuras y secretos. Pero su última apuesta será la más arriesgada de todas: cada una debe acostarse con cualquier hombre que las otras dos escojan para ella... y luego relatar todos y cada uno de los jugosos detalles.

Abby se casó con el chico malo de la escuela. Él vivía de acuerdo con su reputación, acostándose con cualquier mujer que se le cruzara en el camino. Ahora ha comenzado una nueva vida en la que los hombres no tienen cabida... en teoría, ya que no contaba con un par de sexys veterinarios en busca de realizar su propia fantasía.

Blair es la rompecorazones del grupo. Temerosa de comprometerse, ha roto ya tres compromisos. Aun así, hay un hombre con el que nunca ha tenido el coraje de acostarse. El único hombre al que realmente ama. Pero ahora la decisión ya no está en sus manos.

Callie es la más sensible de las tres, una auténtica romántica con el corazón roto. Ha llegado la hora de que sus dormidas fantasías empiecen a hacerse realidad. Un nuevo hombre, absolutamente irresistible, entrará en su vida...

Salvaje

Abby

Capítulo 1

Abby Lawson se paró ante la puerta de la oficina del doctor Mike Nottingham y levantó la mano para llamar, pero se detuvo.

De acuerdo, pedazo de tonta. Te ha llamado a su despacho por algún motivo. Si vas a convertirte en una veterinaria decente, tienes que dejar de temblar cada vez que alguno de los jefes quiera verte.

Debería haber tenido un orgasmo aquella mañana. Ahora estaba hecha un manojo de nervios. Bueno, ella siempre era un manojo de nervios, pero hoy más que de costumbre.

La culpa era de su ex marido. Si Chad no hubiera sido tan mentiroso, falso e hijo de puta, ella podría ser una mujer saciada y feliz. En cambio, se estaba embarcando en su primer trabajo, muerta de miedo y permanentemente excitada porque no tenía ningún hombre en su vida, ninguno a la vista, ni tiempo para tenerlo, y sin ganas de volver a repetir los errores que había cometido en el pasado. Por desgracia, su instinto sexual no entendía la parte de *nada de hombres*. Su libido quería un hombre como fuera.

Cosa que no iba a conseguir. Ahora mismo tenía que centrarse en su carrera profesional, no en el sexo. Y *carrera* significaba concentrarse en de qué quería Mike hablar con ella.

Era la época de las evaluaciones de fin de semestre. Tal vez ése era el motivo por el que quería verla. Los dos semestres pasados en el Hospital Veterinario Silverwood habían estado cerca de ser condenadamente perfectos. El Hospital Veterinario Silverwood era uno de los mejores de Oklahoma. Demonios, de no tener la ambición de abrir su propia clínica después de la graduación, le encantaría trabajar allí permanentemente.

Anticiparse a los acontecimientos era muy mala idea. Por lo que sabía, en cuanto entrara en su oficina, Mike le diría que no tenía futuro alguno como veterinaria.

Deja de serian cría, Abby. ¿Es que aquella mañana se había dejado el amor propio en casa? Si sus amigas, Blair y Callie, fueran capaces de escuchar sus pensamientos, la abofetearían.

Eso era lo que necesitaba ahora mismo: una buena bofetada de sus dos mejores amigas, las cuales eran expertas en alimentarle el ego cuando necesitaba un empujón. Y desde luego, en aquel momento lo necesitaba. O bien, una ligera patada en el culo, por lo menos.

¡Llama a la maldita puerta! Llamó suavemente.

—Entre —dijo Mike.

Entró y cerró la puerta a su espalda. Mike estaba al teléfono y le indicó por señas una de las sillas que había ante su escritorio. Ella se deslizó en ella y, cuando Mike se volvió de lado, admiró su perfil. Tenía el pelo negro, lo llevaba un poco largo y se le rizaba en las puntas; era espeso, deseaba tocarlo y recorrer con los dedos la brillante negrura. Era alto, de aproximadamente un metro noventa, calculó. No demasiado corpulento, más bien atlético, todo músculo. Vestía vaqueros y un polo que revelaba sus torneados pectorales y sus brazos. Siempre relajado, informal y sonriente. Y bronceado.

Tal vez se tumbaba desnudo junto a la piscina y se esforzaba por embellecer su ya de por sí maravilloso cuerpo. Su sexo palpitó. *Genial, Abby. Es una buena idea eso de fantasear mientras estás sentada en el despacho del jefe. Igual podrías deslizar tus manos entre las piernas y empezar a masturbarte ahora mismo. Seguro que él no se da cuenta.* Ugh.

¿Tu carrera profesional, recuerdas? Hombres no. Y definitivamente, no éste.

Distrajo su díscola mente recorriendo con la mirada el amplio despacho. La pared estaba cubierta con cuadros de perros, gatos, lagartos y caballos. Detrás del escritorio había un acuario rebosante de peces exóticos. Abby se quedó hipnotizada observando los vistosos peces que brillaban entre el coral y las ondulantes plantas marinas.

—Lo siento. Gracias por esperar.

Ella desvió su atención del hipnótico acuario, cruzó las manos en el regazo y lo miró.

Él le hizo un guiño, con una sonrisa tranquilizadora. Vale, o sea que sonreía. Buena señal.

—No importa.

—¿No habrás empezado sin mí, verdad?

Abby se giró a medias en su asiento. Seth Jacobs, el socio de Mike, cruzó la entrada, cerró la puerta a su espalda y se desplomó en la silla contigua a la suya. Vestido de manera tan informal como Mike, con vaqueros y un polo, Seth sonrió de oreja a oreja y se apartó un mechón de pelo castaño claro de la cara. Abby se excitó ante su sonrisa. Al igual que le pasaba con Mike, Seth siempre hacía que le revoloteara el estómago, aunque su aspecto fuera totalmente distinto. Mike era un compendio de altura, oscuridad y belleza; Seth irradiaba encanto juvenil. Con algo menos de uno ochenta de estatura, Seth era puro músculo, con el cuerpo de un guerrero y aún así, uno de los hombres más amables que ella había conocido en su vida. Y bromeaba continuamente, haciéndola reír tanto, que acababa doblada sobre el mostrador con lágrimas en la cara.

—Abby, tu periodo de prácticas está a punto de acabar —dijo Mike, capturando su atención.

—Lo sé. —Tuvo una momentánea sensación de pérdida. Aquel lugar le gustaba, iba a echarlo de menos cuando se fuera.

—Y hemos decidido que deberíamos celebrarlo —añadió Seth—. Después de todo, somos tu última parada antes de la graduación, ¿verdad?

—Sí. La última parada. ¿Celebrarlo?

—Sí. Ya sabes. ¿Una especie de fiesta? —Seth enarcó una ceja.

—Oh, no es necesario. Ambos habéis sido maravillosos. —El rubor le subió por el cuello y ascendió hacia su cara cuando ambos clavaron en ella la vista y luego se miraron entre sí.

—Claro que lo es. Pensábamos hacerlo este fin de semana, en el club —dijo Mike, mirando a Seth.

Seth asintió.

—Gran idea.

—¿Eh? —¿De qué estaban hablando?—. ¿Qué club?

—El Silverwood Country Club, por supuesto —respondió Seth—. Celebraremos una gran fiesta con motivo de tu inminente graduación. Invitaremos a todos los empleados. Puedes traer a unas cuantas amigas.

Abby sacudió la cabeza, horrorizada ante la idea de cualquier obsequio, sobre todo por parte de aquellos dos hombres.

—No creo, pero gracias —Blair y Callie iban a reírse mucho a su costa. No iban a permitir que lo olvidara. ¿Divertirse con dos de los solteros más solicitados de Silverwood? ¡Oh, Dios, sólo de pensarlo...!

—No seas ridícula. Insistimos. De todos modos queríamos, eh, salir contigo —dijo Mike.

Abby clavó la mirada en la suya, convencida de no haber oído bien la última frase.

—¿Salir conmigo?

—Eso sí que es sutileza, imbécil —dijo Seth, fulminando a Mike con la mirada—. Deja que te lo explique Abby. Tanto Mike como yo estamos... interesados en ti.

—Interesados. —Sabía que parecía el eco, pero francamente, no acababa de entender lo que intentaban decir. Bueno, lo entendía, pero no se lo creía. Ni por un maldito segundo.

—¿Y decías que yo no era sutil? —Mike miró a Seth poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, no es un tema fácil, ¿verdad? —replicó Seth.

Abby había entrado en un universo alternativo. Tenía que ser eso, porque su vida real nunca había sido así.

Mike rodeó el escritorio y se agachó ante ella, cogiéndole la mano entre las suyas. Sin embargo, en esta ocasión no había instrumental, frascos de vacunas, ni carpetas de archivo entre ellos. Únicamente piel. Cálida piel. Los dedos de ella descansaban sobre su muñeca, percibiendo el latido rítmico y normal de su pulso. Lo cual era más de lo que podía decir del suyo propio, que iba a toda velocidad cada vez que respiraba. El cuerpo de él era como una manta caliente. Volvió a respirar, cosa que no sirvió de nada, porque él olía como si acabara de salir de la ducha. Limpio y fresco. Dios, ¿qué tipo de jabón utilizaba ese hombre? Seguro que era una especie de afrodisíaco. Eau de Tortura a las Mujeres.

Estás fatal, Abby. De modo que parecía como si no hubiera tenido sexo desde hacía cuatrocientos años. ¿Y qué? Bueno, quizá fueran dos. Dos años. Dos malditos años. Tenía treinta y tres. Era joven sexualmente, y en ese momento debería estar disfrutando del mejor sexo de su vida. En vez de eso, estaba hundida hasta el cuello para terminar su periodo de prácticas en la escuela veterinaria, y la única liberación que obtenía, procedía de la que se proporcionaba a sí misma con el vibrador.

Patético.

—Abby, estoy seguro de que has notado que Seth y yo estamos interesados en ti.

De acuerdo, definitivamente estaba teniendo una especie de insólito sueño, estando despierta.

—Eh, no.

Mike levantó una ceja.

—¿No?

Y ahora estaba avergonzada por ser tan despistada. ¿Estaban los dos interesados en ella? ¡Por Dios bendito! ¿Dónde había estado el último año? Oh, claro que la provocaban y bromeaban con ella. Eran atractivos, agradables, maravillosos y olían bien, y a ella le gustaría desabrocharles los pantalones, agarrar sus pollas y... ¡Oh, Dios! ¿A dónde iba con esas ideas, en cualquier caso?

Por la forma en que Mike la miraba en ese instante, con los ojos oscuros, comprendió que llevaba varios meses prestándole mucha atención. Desvió la vista hacia Seth y vio en sus cálidos ojos la misma mirada inquisitiva. Sin embargo, no era una mirada profesional de indiferencia. Era pasión. Deseo. Mucho más que un ¡Eh! Trabajas aquí y creemos que vas a ser una gran veterinaria. Era más bien algo como: ¡Eh! Cariño, nos encantaría desnudarte.

Mierda. Aquello normalmente estaba bastante fuera de su alcance.

—Lo siento Abby. Te estamos poniendo nerviosa —dijo Mike. Se levantó y se apartó, dándole espacio.

—No, no lo estáis haciendo. De verdad. —Bueno, sí. Pero era una incomodidad agradable. La deseaban dos hombres. ¡Guau!

—Realmente no tenías ni idea —dijo Seth.

—No. No la tenía. Por Dios, creo que esto es muy embarazoso, pero no, no lo sabía —¿Podía ser más ingenua? Una fea cualidad. Se apartó el pelo de la cara con los dedos, intentando no ruborizarse. La única persona con quien se había acostado era con Chad, y llevaba sin ligar desde el instituto. Hacía casi quince años. Le faltaba práctica.

—De acuerdo, en vista de que Mike ha llevado esto tan condenadamente mal, empecemos desde el principio —Seth se puso de pie y levantó a Abby de su asiento, sin soltarle las manos—. Abby, durante el último año, Mike y yo hemos llegado a conocerte muy bien, tanto profesional como personalmente. No sólo eres una veterinaria competente, sino además afectuosa, encantadora, maravillosa y con sentido del humor, de modo que nos encontramos con un terrible dilema. Al principio no quisimos acercarnos a ti durante tu periodo de prácticas, porque habría

sido poco profesional. Ahora que ya has terminado, no existe ningún conflicto ético, de modo que nos pareció que podíamos preguntarte si te gustaría... mierda, no lo estoy haciendo mejor que Mike. Esto parece una maldita entrevista de trabajo.

Ella contuvo una sonrisa ante su evidente incomodidad. De acuerdo, admitámoslo, aquello era divertido.

—¿Un dilema?

—Sí. Ambos queremos salir contigo.

Ella no pudo evitarlo. Se le curvaron los labios.

—¿Y eso es un dilema? —Notó que la antigua vena coqueta, tanto tiempo inactiva, volvía a la vida. Estaba oxidada por falta de uso, pero allí seguía estando.

—Muy grande —añadió Mike, poniéndose junto a Seth para coger una de sus manos—. Siento que te hayamos pillado por sorpresa con esto. Pensábamos que lo sabías.

Un ligero estremecimiento de placer le recorrió la espalda al comprender que estaba en medio de dos hombres increíblemente sexys. Podía llegar a acostumbrarse a aquello fácilmente.

—Me parece que estaba centrada en el trabajo y no prestaba atención. —Pero estaba condenadamente segura de que ahora la estaba prestando. Y disfrutando cada segundo de tener a Mike y a Seth mirándola como si quisieran comérsela viva. Se le encendió todo el cuerpo, pero en esta ocasión no se trataba de vergüenza. El calor la quemaba desde dentro. Se le humedecieron las bragas y se le endurecieron los pezones hasta el punto de que le entraron ganas de bajar la vista para ver si se notaban a través de la ropa.

—Demasiado trabajo y poca diversión —dijo Mike, guiñando un ojo—. En los últimos años te has dejado el culo trabajando. Es hora de divertirse un poco. Deja que Seth y yo salgamos contigo este fin de semana. Desde que nos dimos cuenta de que ambos estábamos interesados en ti, y que ninguno estaba dispuesto a apartarse, decidimos que saldríamos los dos contigo y dejaríamos que decidieras tú.

—¿Decidir? —Los miró a los dos y tragó saliva, sin querer pensar en lo que conllevaba esa palabra.

—Bueno, decidir no es exactamente la palabra —corrigió Seth—. Mike es un asno. No hay que tomar ninguna decisión. Sólo vamos a divertirnos. Te llevaremos a cenar al club, asistirán todos los empleados, y tú puedes traer a tus amigas para sentirte completamente segura. Bailaremos y brindaremos por tu inminente graduación con una botella de champán. O con dos. Luego, si estás interesada en cualquiera de los dos, o incluso en ambos... bueno, nos iremos de allí —terminó con un guiño.

¡Mierda! ¿Podría hacer aquello? ¿Salir con dos hombres? ¿Al mismo tiempo? Estaba empezando a dolerle la cabeza. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Aquella misma mañana su mayor preocupación era llegar a casa para poder dar de comer a su gato, hacer la compra en el supermercado, y llegar a tiempo para ver su programa de televisión preferido, antes de tener que empezar con sus obligaciones. Así de emocionante era su vida.

Esto era ligeramente superior a lo que estaba acostumbrada. Necesitaba a Blair y a Callie, y las necesitaba ahora. Se imponía una reunión.

—Tengo que pensar en todo esto —dijo, paseando la mirada de uno a otro.

En realidad no quería hacerlo. Quería lanzarse ahora mismo sobre ellos, antes de que cambiaran de idea. Sin embargo, antes tenía que hablar con Blair y Callie, y conseguir su asesoramiento. La única persona con la que había tenido citas era Chad. No podía decirse que fuera una experta en eso.

—Hazlo —dijo Mike—. Nada de presiones. Dios, de verdad que lo siento, Abby. Hemos llevado muy mal todo esto.

Ella se levantó y, a pesar del deseo de acabar con la conversación con un tono profesional, no pudo evitar la sonrisa de sus labios.

—La verdad es que creo que ambos habéis hecho un trabajo muy bueno para alegrarme el día. Es muy posible que todo el año. Gracias.

—Oh, Abby. Una cosa más —dijo Mike.

Ella se detuvo.

—¿Sí?

El sacó un archivo de su escritorio y se lo dio.

—Quiero que mañana hagas tú la esterilización de Jackson.

Ella sonrió de oreja a oreja y aceptó el archivo.

—De acuerdo.

—Vas a ser una magnífica veterinaria, Abby.

—Gracias a vosotros dos. He disfrutado de verdad el tiempo que he estado aquí y he aprendido mucho. Os habéis portado muy bien conmigo.

Antes de seguir poniéndose en ridículo, se apresuró a salir del despacho. Después de acabar con el trabajo administrativo, salió disparada de allí y llamó a Blair y a Callie desde el móvil, y quedó a comer con ellas al día siguiente.

Si alguna vez había necesitado a sus dos mejores amigas, era ahora.

¡Demonios, vaya día!



—Gran jugada, estúpido —dijo Mike, observando el suave balanceo del trasero de Abby, mientras ella caminaba hacia su coche. Se apartó de la ventana de su despacho de mala gana y fulminó a Seth con la mirada.

Seth se recostó contra la esquina del escritorio de Mike y cruzó los brazos.

—Sí, y tú has sido don Suave.

—¡Vete a la mierda!

Mike lo miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—De acuerdo, ninguno de los dos lo hemos sabido llevar. De todas formas, no es un tema fácil.

—Si renunciaras, no tendríamos este problema.

—O podrías hacerlo tú.

Pero ninguno de los dos quería. Y ése era el problema al que se habían enfrentado cuando se dieron cuenta de que ambos deseaban a Abby. No era la primera vez que se veían en ese conflicto. Llevaban siendo amigos más de treinta años, habían crecido y luchado juntos, compartido juguetes y peleado entre ellos. En el instituto habían compartido chicas y, de vez en cuando, peleado por ellas, pero por lo general renunciaban a la chica antes de que su amistad se resintiera.

Esta vez era diferente.

Abby era diferente.

A Mike le encantaban las mujeres. Sobre todo le gustaba follárselas. Quería follarse a Abby. Después de eso, ¿quién sabe? Pero Abby no le daba ni la hora sin el respeto que se tiene por el jefe, y eso lo sacaba de sus casillas. Por lo general, las mujeres se le lanzaban encima.

De acuerdo, la indiferencia de ella hería un poco su ego. No tuvo más remedio que reírse de sí mismo por eso. Puede que estuviera acostumbrado a la adoración. Seth siempre decía que él era el guapo, porque era alto, tenía el pelo negro, la piel bronceada y los ojos azules, y además hacía bastante ejercicio para que su cuerpo estuviera en buena forma. De modo que era atractivo, tenía un cuerpo maravilloso y un carácter tranquilo, y tal vez utilizara esos atributos de vez en cuando. Vale, los usaba mucho.

Seth lo llamaba «imán de coños». Aquello le divertía, pero maldita sea si no era verdad. Por otra parte, pasado el tiempo, no sabía si lo que atraía a las mujeres era su aspecto, su dinero o el considerable tamaño de su pene. Puede que fuera una combinación de las tres cosas.

Extrañamente, nada de eso parecía interesar en absoluto a Abby. Y ella llevaba el tiempo suficiente en la clínica para haber escuchado los rumores. Sin embargo, desde que la conocía, ella ni siquiera le había guiñado un ojo.

Tal vez fuera por eso por lo que estaba interesado en ella. Jamás había tenido que perseguir a una mujer con anterioridad.

—¿En que estás pensando? —preguntó Seth.

Mike se encogió de hombros.

—En ella.

—Lo más probable es que la hayamos asustado. Sobre todo tú. A veces eres un poco... excesivo, Mike.

—¿Qué? ¿Te estás refiriendo a mi polla?

Seth resopló.

—Todavía no se ha encontrado con el monstruo de Nottingham, a menos que se la hayas estado enseñando a escondidas.

Mike miró a Seth con exasperación y le lanzó un expediente.

—Exacto. Lo sabes de sobra. Mantengo la búsqueda de mujeres fuera de la clínica. —Algo que ambos acordaron hacer cuando montaron la sociedad. El negocio era el negocio. La diversión quedaba para después del trabajo. Y eso les había dado buen resultado durante los últimos diez años. Nada de pasatiempos personales en la clínica. Nada de citas con las empleadas y absolutamente nada de follar en la clínica. Nada de enredarse con clientes, jamás. Esa era una regla inamovible que ninguno de ellos había roto nunca, para mayor disgusto de gran parte de la clientela femenina.

Por supuesto, de vez en cuando perdían algún cliente por ese motivo, pero aquello había ayudado a mantener su negocio y su amistad. Cuando una cliente quería de ellos algo más que una relación profesional, se veían obligados a decir que no.

Pero ahora deseaban a Abby. Los dos.

Y Mike era bastante bueno para juzgar a las mujeres. Puede que Abby se hubiera sorprendido, pero también estaba interesada. Había visto la llamarada de interés en sus ojos cuando ambos hablaron de su deseo por ella. Y si alguien necesitaba un hombre y un polvo verdaderamente bueno, era ella.

—¿Crees que va a ser de uno en uno o un dos en uno? —preguntó Mike.

Seth se encogió de hombros.

—Puede ser que ninguna de las dos formas. Aunque estaba interesada.

—¿Tú qué prefieres que sea?

Seth se rió.

—La quiero para mí, idiota.

—Bastardo egoísta —dijo Mike, riéndose disimuladamente. Eran demasiado amigos para que Mike se sintiera insultado—. No si puedo convencerla para que me escoja a mí antes.

—Creo que Abby elegirá lo que quiera. Y si nos quiere a los dos, dudo que cualquiera de nosotros se queje de ello.

Seth tenía razón.

—Nunca le hemos hecho ascos a un ménage. Sólo de pensarlo se me pone dura. De modo que deja de hablar de ello antes de que tenga que andar por el vestíbulo con una erección.

Mike sacudió la cabeza y le mostró a Seth un par de expedientes que había que terminar, pero su mente permaneció con la mujer que había capturado la atención de ambos.

Si Abby estuviera de acuerdo, él se ocuparía de que lo pasara realmente bien aquel fin de semana. Ya se imaginaba la fiesta en el club, preguntándose si ella sería capaz de estar con los dos o si elegiría sólo a uno. Y si de verdad escogía a uno, ¿a quién sería?

—Bueno, ya veremos cómo va la cosa —dijo Seth, entregándole a Mike los expedientes—. Me marchó a mi oficina.

—Yo he terminado por hoy. Te veré mañana.

Seth se sentó en su escritorio para terminar el trabajo administrativo. Le gustaban las noches, cuando todos se habían marchado. Normalmente se quedaba el último. Mike siempre tenía alguna cita. O alguna amiga con derecho a roce, por lo menos. No era frecuente que se fuera a casa sin una mujer.

Seth era más selectivo en aquella época. Y últimamente sus ojos estaban puestos en Abby.

El cambio se produjo desde el primer día que ella llegó a la clínica. Divorciado de una endemoniada zorra vengativa, Seth estaba convencido de que ninguna mujer, y con eso quería decir ninguna, conseguiría hacer que la mirara dos veces. Puede que para un polvo rápido sí, pero ¿para algo más? Nunca más.

Aunque a Abby la había mirado más de un par de veces. De acuerdo, quería tirársela. ¡Demonios, claro que quería tirársela! De pie, tumbado, de lado, por delante, por detrás, y de cualquiera de las maneras. Dios, se le levantaba sólo de pensar en las formas en que quería montar a aquella mujer. Con su pelo rubio, largo hasta la barbilla, sus ojos azul celeste, su piel cremosa y su cuerpo flexible, era un húmedo sueño andante. Sin embargo, también se encontró deseando pasar su tiempo con Abby fuera del dormitorio. Era total y completamente ingenua, y eso era lo que más lo cautivaba. No tenía ni idea de lo seductora que era, no sabía ni lo más elemental sobre cómo utilizar su belleza y su increíble cuerpo para tener a un hombre comiendo en la palma de su mano. Inteligente, condenadamente divertida y además, ingenua. ¿Qué hombre no desearía ponerse de rodillas y adorarla?

Excepto que Mike sólo deseaba follársela. Vale, a lo mejor Mike quería algo más, le concedería eso a su mejor amigo. Aunque Mike era el ardiente dios del sexo, y Seth quien utilizaba el encanto y la persuasión para llevarse a las mujeres a la cama. Primero se hacía amigo de ellas. Mike sólo usaba su *sex-appeal*. Eran completamente distintos en su forma de acercarse a las mujeres y puede que ése fuera uno de los motivos por los que nunca habían ido detrás de la misma mujer con anterioridad. Tal vez era por eso por lo que seguían siendo amigos. Sin embargo, Seth suponía que iban a competir por Abby, o quizá la compartieran, lo que ofrecía un abanico de posibilidades.

Si ella estuviera de acuerdo en la fiesta del sábado por la noche, aquel fin de semana podría ser realmente interesante.

Capítulo 2

Cuando Abby llegó a Tormos, su restaurante mejicano favorito, divisó a Blair en su sitio de siempre, en el rincón de la barra. Ya tenía, un margarita esperándola. Blair la saludó con la mano, haciendo tintinear los colgantes de plata de varias pulseras.

—¿Dónde está Callie? —gritó Abby por encima del alto volumen de la música. Se sentó en el asiento de vinilo, frente a Blair.

Les encantaba Torinos, especialmente por los mortíferos margaritas, pero también porque podían hablar de sus intimidades sin que nadie las escuchara disimuladamente. Siempre estaba abarrotado y con ruido, por lo que nadie podía oír lo que decían a menos que se sentara prácticamente encima de ellas.

—Vendrá más tarde. Tenía que encontrar a alguien para que la sustituyera en la tienda durante la comida. No tardará en llegar —Blair bebió un sorbo de su margarita y cogió una rodaja de limón para mordisquearla—. Bueno, ¿qué pasa?

—Voy a esperar a que llegue Callie. No quiero tener que contar esto dos veces.

Blair arqueó una de sus perfectas cejas castañas.

—Vaya. ¿Tan importante es?

—Es... interesante. —Bebió un largo sorbo de su margarita, estremeciéndose con la quemazón del tequila. Se le llenaron los ojos de lágrimas y masticó una rodaja de limón para absorber el alcohol.

—Estás acabando conmigo, Abby —dijo Blair, dando golpecitos con las uñas en el contrachapado de la mesa—. Sabes que odio esperar. Dame una pista.

—Oh, oh. Vamos a esperar a Callie.

—Que llega tarde, pero ya está aquí. Lo siento. Apártate, Blair. —Callie se sentó junto a Blair y le sonrió a Abby—. Hoy Casey estaba enferma y normalmente es ella la que hace el turno de la comida, de modo que he tenido que esperar a que llegara Jolene.

—Podríamos haber hecho otros planes, Callie —dijo Abby—. Tu tienda es importante. No tenías por qué dejarla.

Callie levantó la mano para pedirle al camarero un margarita y luego se dirigió a Abby.

—¿Bromeas? Tú eres importante. Cuando una de las ABC convoca una reunión es que se trata de algo serio.

—En eso tienes razón, cariño —intervino Blair—. Yo he cancelado una cita para hacerme la cera para el bikini por ti.

Abby puso los ojos en blanco, pero sonrió de oreja a oreja al mirar a Blair y Callie. Aquellas dos eran completamente opuestas. Blair con todo su brillo y su hermosa melena de pelo castaño rojizo, Callie con su maravillosa piel de moca y su pelo negro. La una toda elegancia, la otra suave y sutil. Blair era una diseñadora de interiores y Callie regentaba una cafetería. Sus dos mejores amigas en los últimos veintiocho años. ¿Dónde estaría sin ellas? Desde el jardín de infancia se las conocía como las ABC; eran inseparables, compartían todas las alegrías, tristezas y secretos, y se

daban consejos cuando era necesario. Y ahora mismo, ella necesitaba que la aconsejaran de verdad.

—Tengo un problema.

—Nos lo imaginábamos —dijo Blair—. De modo que suéltalo.

—¿Conocéis a los veterinarios para los que trabajo? —preguntó después de dar un par de tragos de su margarita para reunir valor.

—Mike Nottingham y Seth Jacobs —dijo Callie.

—También conocidos como Tío Bueno y Tío Buenísimo —añadió Blair.

Abby estuvo a punto de escupir su bebida; le dio un ataque de tos que le llenó los ojos de lágrimas. Callie abandonó su asiento y se apresuró a darle palmaditas en la espalda hasta que consiguió volver a respirar.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó.

Abby asintió y utilizó la servilleta para limpiarse la cara.

—Estoy bien —graznó—. Por Dios, Blair, la próxima vez avisa.

Blair enarcó una ceja.

—¿Qué he hecho?

—No importa —¿Cómo iba a poder soltarlo?

—¿Y bien? —preguntó Blair, volviendo a dar golpecitos con las uñas.

—De acuerdo —dijo Abby con un suspiro—. No puedo creer que haya pasado, pero me pidieron que saliera con ellos. O algo así.

—Te pidieron que salieras con ellos. —repitió Blair. Los golpecitos cesaron.

Callie volvió a su sitio para coger su margarita y dar un sorbo, con sus ojos color ámbar como platos.

—¿Los dos?

—Al mismo tiempo? —puntualizó Blair.

—Sí. Más o menos. Creo. No estoy realmente segura, pero sí, creo que eso hicieron. —En esa ocasión se terminó el margarita y luego le indicó por señas a la camarera que pusiera otra ronda.

—¿Cuándo? ¿Cómo? Quiero saberlo punto por punto —exigió Blair, con los ojos brillando de excitación.

Abby les hizo un resumen de su extraña conversación con Mike y Seth, agradecida por el ambiente ruidoso y la música atronadora.

—¡Mierda! —exclamó Callie cuando Abby terminó—. Chica, deberías ir a comprar un billete de lotería, porque estás de suerte.

Abby se encogió de hombros.

—No lo sé. Esto es demasiado extraño. Creo que ni siquiera me había dado cuenta de su interés.

—¿Cómo demonios no ibas a darte cuenta de que dos macizos querían meterse en tus bragas? —preguntó Blair, echándose hacia atrás cuando la camarera trajo otra ronda de margaritas—. Cariño, ése es el sueño de cualquier mujer.

—El mío no —Abby cogió la bebida y dio unos sorbos. Verdaderamente necesitaba un montón de cócteles. Aquella había sido una semana infernal. En realidad llevaba dos años siendo un infierno. Los últimos dos días fueron sólo el remate. Un remate muy bueno.

—Tonterías. Dos tíos importantes, ricos, triunfadores, endemoniadamente calientes y lo bastante atractivos como para derretirte la ropa, te han dicho que quieren salir contigo. Y por «salir» entienden desnudarte, lamerte por todas partes y follarte hasta que caigas rendida, cariño. ¿Y vas a decirme que no sueñas con eso cada vez que te masturbas?

Siempre se podía contar con Blair para los detalles gráficos.

—Bueno, tal vez he fantaseado un poco con acostarme con más de un hombre. Pero eran fantasías. Y no viene a cuento, ya que de todas formas, Mike y Seth no dijeron nada sobre un trío.

—No necesitaban decirlo —intervino Callie—. Tú sabes que lo tienen en mente. Apuesto a que no les importaría participar.

—¡Oh, Señor! —Abby se puso la cabeza entre las manos—. No puedo aceptar.

—Sí que puedes. Me gustaría estar en tu lugar. ¿Quieres que nos cambiemos?

Abby levantó la cabeza y posó sus ojos suplicantes en Blair.

—Desde luego. Ve tú en mi lugar.

Callie se rió disimuladamente.

—Se los comería a los dos y luego los escupiría como hace con todos sus hombres.

Blair agarró una rodaja de limón y la agitó delante de Callie.

—Sí, pero luego me lo agradecen. —Mordió la rodaja y sonrió de oreja a oreja mientras la masticaba.

Abby se rió.

—En serio, Abby, ¿qué tienes que perder? —preguntó Callie—. Hace siglos que no tienes una cita. Y se trata del club de campo. ¿No es miembro Chad?

—Sí.

Blair se echó a reír.

—Mejor aún. ¿Y no se moriría al verte andando por allí con Mike y Seth? Me refiero a morir de celos de verdad.

—¡Por favor! A Chad no le importaba lo que yo hacía cuando estábamos casados. ¿Por qué iba a importarle ahora?

—Porque siempre pensó que le pertenecías. Sabes que todavía lo piensa —contestó Blair—. Y verte feliz lo mataría. Ese asqueroso bastardo tramposo quiere que sufras y languidezcas por él. Creo que deberías ir sólo por restregárselo y demostrarle que has seguido adelante. Que tienes una carrera y dos hombres a falta de uno, para ocupar su lugar.

Valdría la pena ver la cara de Chad mientras ella se divertía con Seth y Mike. No es que fuera mínimamente vengativa. En el divorcio aceptó lo que le correspondía legalmente, y nada más, para mayor irritación de su abogado. Sólo quería que aquello terminara, olvidar la vergüenza, el bochorno y la humillación pública que Chad le había causado con su descarado engaño. Pero le gustaría mostrarle, aunque sólo fuera una vez, que había logrado una vida aceptable sin él, y que era capaz de conseguir otro hombre. Puede que incluso dos.

—Me encanta cuando sonríes así —declaró Blair—. Es una sonrisa malvada. Me recuerda a los viejos tiempos.

Abby no podía evitarlo. En realidad había empezado a imaginar toda clase de situaciones, desde la llegada al club de campo hasta lo que pudiera pasar después. ¿Pero sería capaz de llevarlas a la práctica en caso de que cenar y bailar llevara a algo más con Mike, con Seth, o incluso —que Dios la ayudara—, con ambos? No se le había ocurrido que ellos pudieran estar pensando en algo así, hasta que Blair lo mencionó. Ella no era una mujer de mundo. Carecía de experiencia en esa clase de sexo pervertido. No es que no hubiera fantaseado con él. Pero la fantasía era una cosa y la realidad algo completamente distinto.

—Yo vendería mi alma por una noche de pasión con dos hombres como Mike y Seth —dijo Callie con un suspiro—. O incluso con uno de ellos. El sexo lleva siendo prácticamente inexistente en mi vida desde, ya sabes. Demasiado tiempo.

Callie miró fijamente su margarita como si fuera una bola de cristal. Abby sabía que estaba pensando en Bobby. Deslizó una mano hacia Callie.

—Lo echas de menos.

—Sí. —Callie sonrió—. Aunque ya es hora de seguir adelante. Ha pasado mucho tiempo.

—Y Bobby te daría de patadas en el culo si sigues muriéndote de pena más tiempo —añadió Blair, colocando la mano encima de las de Callie y Abby.

Los ojos de Callie brillaron con lágrimas no derramadas. Abby sabía lo mucho que había amado a su marido. Perderlo por culpa del cáncer fue un duro golpe. Pero Callie era una de las mujeres más fuertes que conocía y lo resistió bien. Siguió adelante, porque aquello era lo que Bobby hubiera querido que hiciera. Sin embargo, tenía razón, ya había pasado mucho tiempo. Tenía que empezar a vivir de nuevo.

—De modo que me parece que vas a ser la única que va a conseguir algo por ahora —dijo Callie con una sonrisa.

Blair arqueó una ceja.

—Cariño, yo siempre consigo algo. Aunque admito que la cosecha está siendo bastante escasa últimamente.

—Eso es porque sigues rechazando a todo aquél que te propone matrimonio, y a aquéllos a quienes aceptas, los plantas en el altar en el último minuto. Si te limitaras a lanzarte encima de Rand McKay, cosa que deberías haber hecho hace quince años, tu sexo y tus penas de amor estarían perfectamente atendidos —bromeó Abby, sabiendo que eso irritaría a Blair, aunque por otro lado, necesitaba que alguien se lo dijera. Llevaba desde el instituto enamorada de Rand. Y todo el mundo lo sabía, incluido Rand. Pero por la razón que fuera, con el único que Blair se negaba a tener algo que ver, era con él.

—De momento el sheriff Rand McKay no está en mi punto de mira —dijo Blair, indignada—. Y francamente, no es mi tipo.

Abby miró a Callie, y luego las dos se volvieron hacia Blair, estallando en carcajadas.

—¿Que no es tu tipo? *¿Que no es tu tipo?* ¡Y una mierda! Claro que lo es. Prácticamente babeas cada vez que te cruzas con él.

—No babeo.

—Sí que lo haces —insistió Abby, contenta porque el tema se hubiera desviado hacia otra persona.

—De acuerdo, puede que necesite sexo. Lo que no quiere decir que se me haya pasado por la imaginación que necesite a Rand McKay, ¿entendido?

—Entendido —dijo Abby, aunque intercambió una mirada intencionada con Callie. Oh, sí, a Blair le pasaba algo con Rand.

—Me parece que todas necesitamos un buen revolcón —declaró Blair—. ¿Sabéis lo que quiere decir eso, no?

Abby casi tenía miedo de preguntar. Blair tenía *esa mirada* en los ojos. Y cuando Blair tenía aquella mirada, eso significaba problemas.

—¿Qué quiere decir?

—Necesitamos hacer una apuesta.

—¡Mierda! —susurró Callie.

—¡Doble mierda! —añadió Abby.

—Cobardes. Sabéis de sobra que eso es lo que necesitamos. Y otra ronda —Blair se incorporó en el asiento y buscó con la mirada a la camarera en la barra, que ahora estaba atestada de gente, frunciendo el ceño al no verla—. Enseguida vuelvo. Id pensando.

Cuando se hubo marchado, Abby miró a Callie con desesperación.

—Odio cuando hace eso.

Abby asintió.

—Yo también. Sólo Dios sabe con qué apuesta nos va a salir. Soy demasiado mayor para estas tonterías.

Sin embargo, ambas soltaron una risita, como hacían en el instituto, ante la idea de tener que aguantar una apuesta. Aunque fuera algo alarmante, siempre se habían divertido. Por lo general, la instigadora era Blair. Si algo tenía, era imaginación.

Cuando Blair volvió, acompañada de una camarera ligeramente irritada, tenía aquél destello especial en sus ojos.

—Ya lo tengo. Y los margaritas también.

—¿Qué tienes, qué? —preguntó Callie.

—Pues la apuesta, desde luego.

—¿No somos algo mayores para eso? Creo que ya hemos dejado atrás el instituto. —Callie dirigió una mirada esperanzada a Abby.

—Callie tiene razón. A nuestra edad no podemos andar llenando de papel higiénico la casa de nadie.

—Por todos los demonios, sabéis perfectamente que no estoy sugiriendo eso —dijo Blair—. Y tenéis razón, ya hemos pasado la edad de tirar huevos y papel higiénico. Pero ya ha sido lanzado el guante, he sugerido una apuesta y sabéis de sobra que ahora no podéis echaros atrás.

Callie masculló por lo bajo algo sobre que algunas personas nunca terminaban de crecer.

Abby gimió. Necesitaba consejo y compasión, no una maldita apuesta. A veces se preguntaba por qué se molestaba en pedir ayuda, cuando lo único que conseguía a cambio era introducir más caos en su vida, ya de por sí caótica.

—De acuerdo, ¿de qué se trata?

—De sexo.

Abby esperó, pero Blair no dijo nada más.

—¿Ya está? ¿Sexo?

—Bueno, ¿y qué más? —preguntó Callie.

—No hay más, idiotas. ¡Dios! ¿No es eso lo que queremos? Un fin de semana de sexo desenfrenado y sin inhibiciones.

—Me parece bien —dijo Callie—, pero para eso no necesitamos una apuesta. Por cómo están las cosas, al menos para mí, necesitamos un milagro. ¿Dónde sugieres que vayamos a buscarlo?

Blair se removió en el asiento.

—Aquí es donde entra la diversión. Cada una de nosotras tiene una oportunidad. Tenemos que disfrutar de un fin de semana de sexo tórrido. Sin ataduras, por supuesto. No es que tengáis que buscar y encontrar al hombre de vuestros sueños, ni nada parecido. Sólo tenéis que tiraros a alguien.

—Eso es fácil —dijo Callie, mordiendo un nacho—, de modo que, ¿dónde está la trampa?

Abby sonrió. En las apuestas de Blair, siempre había una trampa.

—Las otras dos tienen que escoger al hombre.

—¿Qué? —¿De verdad Blair acababa de sugerir lo que Abby creía que estaba proponiendo?

—Ya me has oído. Nosotras escogemos a tu hombre. Por ejemplo, si le toca a Abby tener su fin de semana de sexo salvaje, entonces Callie y yo tenemos que elegir al tipo que va a recibir los honores.

—Estás de broma. —A Abby se le desorbitaron los ojos—. ¿Y si no nos gusta ese hombre?

Blair sonrió con malicia.

—Cariño, si no puedes confiar en tus mejores amigas para que te escojan un hombre, ¿en quién vas a confiar?

Callie parecía tan sorprendida como Abby. Algunas veces, ésta se preguntaba si a Blair no le faltaría un tornillo. Pero claro, Blair siempre fue la más atrevida de las tres. Abby no debería sorprenderse por esta apuesta.

—No sé, Blair. Esto es bastante subido de tono, incluso para ti.

—¡Por el amor de Dios, Callie! No estamos hablando de espionaje. Se trata de sexo. Un fin de semana de sexo. Un montón de orgasmos. Con hombres de confianza. Y además nos vigilarémos unas a otras para asegurarnos de que no pasa nada.

Abby miró a Callie y se mordió el labio inferior, con las palabras *no pienso hacerlo*, en la punta de la lengua. Luego recordó a Chad, en todas las noches que se había pasado ella en casa mientras él estaba por ahí follando con todo lo que llevara faldas. Seguro que no había hecho distinciones. Y durante los últimos años, Abby se había dejado el culo trabajando, mientras su libido languidecía por falta de atención.

Necesitaba un polvo. Y un orgasmo, o varios centenares.

—Me apunto.

Callie arqueó una ceja.

—De acuerdo, si tú te apuntas, yo también.

Blair puso los ojos en blanco.

—Ya era hora. Estaba empezando a verme comprando sombreros de color púrpura y haciéndome socia de un club de bridge. Joder con vosotras, me teníais preocupada.

Abby se echó a reír.

—Todavía no. Estoy lista y preparada.

—Eso es bueno, señorita Abby. Porque tú vas a ser la primera, y este fin de semana — anunció Blair con una sonrisa astuta. La risa de Abby desapareció.

—¿Yo? ¿La primera?

—¡Oh, sí! —dijo Callie—. Y además, creo que ya sabemos con quién.

—¡Mierda! Me parece que yo también lo sé. —Se había metido de cabeza en aquello y tenía el presentimiento de que lo había provocado. Le ardieron las mejillas al pensar en lo que acababa de pactar. La teoría era una cosa, y la realidad algo completamente distinto. ¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de olvidarse de la vieja Abby Lawson y coger lo que tenía justo delante de ella?

—Y además, no se trata tan sólo de un tío. Has ido a encontrar la veta madre, Abby. Vas a tirarte tanto a Mike Nottingham como a Seth Jacobs.

—¿A los dos? ¡De ninguna manera! Eso no formaba parte de la apuesta.

—Una pena. Te desean los dos, ¿verdad? Dijiste que ambos estaban interesados. En realidad, tú eres quien lo tiene más fácil. Esos dos ya están listos y preparados para ti.

—Para quedar conmigo, no para follarme. Al menos eso es lo que creo que quieren. ¡Oh, demonios, no lo sé! —Se colocó el pelo detrás de las orejas y las miró fijamente—. ¡Socorro!

—Te estamos ayudando, cariño —dijo Blair—. Es evidente que te desean.

—Para mí no lo es.

—Para eso nos tienes a nosotras —intervino Callie—, para ayudarte con tus problemas sexuales.

Abby la fulminó con la mirada.

—No es tan divertido. Ahora mismo tengo un grave problema de sexo. Como por ejemplo, cómo demonios voy a acercarme a ellos. ¿Qué voy a decirles?

—Empieza por aceptar su ofrecimiento de una fiesta en el club de campo, este fin de semana —le sugirió Blair—. El resto lo iremos improvisando a partir de ahí.

—Iremos —A Abby siempre le daba miedo cuando Blair hablaba en plural.

Sin embargo, había estado de acuerdo, de modo que ahora tenía que decirles a Mike y a Seth que estaba de acuerdo en hacer una pequeña celebración el sábado por la noche. ¿Pero cómo iba a convertir unos cuantos bailes y bebidas en el club de campo en un verdadero *ménage á trois*?

—¿Y que pasa si alguna pierde la apuesta? —preguntó.

Blair miró el techo durante un minuto, luego volvió a mirarlas a ellas con una sonrisa diabólica.

—Tendrá que pagar el viaje de las tres a Las Vegas, un fin de semana.

Callie silbó.

—Eso supone un gran agujero en el presupuesto.

—Tú lo has dicho —dijo Abby—. No quiero perder.

—Yo tampoco —declaró Callie.

—Entonces vais a llevarla a cabo. Todas nosotras lo haremos. A jugar, señoras —dijo Blair.

Abby suspiró. La apuesta había comenzado.

Capítulo 3

Abby apagó la luz del salón y se dirigió a la cocina. Preparó el café para la mañana siguiente, aspirando el aroma del café recién molido. Ahora mismo le parecía que le vendría bien tomarse una taza. Aunque tomar cafeína a esas horas era una pésima idea.

No sólo iba a realizar una operación por la mañana, sino que además tenía que planear como decirles a Mike y a Seth que le encantaría asistir a su pequeña fiesta. Y de paso, encontrar la manera de dirigirlos hacia un trío antes de que terminara el fin de semana.

Maldita Blair y sus apuestas.

Sacudió la cabeza, apagó la luz de la cocina, y agarró su vaso de agua, dirigiéndose a su dormitorio por el pasillo a oscuras. Los margaritas la habían sosegado, dejándola en un agradable estado de relajación, perfecto para dormir. Se desnudó y se deslizó bajo las frescas sábanas; la noche era demasiado cálida para colchas.

Pero en vez de sumirse de inmediato en el sueño, se quedó observando desde la ventana la luna creciente que parecía estar suspendida en la cima de un alto roble, casi cegándola con su brillo plateado.

Mierda.

¿Por qué no conseguía dormirse? Estaba tranquila, relajada y saturada de margaritas. A estas alturas debería estar dormida. En vez de eso, estaba completamente desvelada y nerviosa.

¡Y la pérdida de consciencia era esencial, maldición! Lo último que necesitaba era dormirse mañana en la sala de operaciones. Después de todas las alabanzas que Mike y Seth le habían dedicado, no quería defraudarlos.

¡De modo que duérmete ya, Abby!

Inquieta, sabía que la orden de dormir sólo iba a empeorar las cosas. Las sábanas, que tan frescas le parecían unos minutos antes, ahora le arañaban los pezones como si fuera una especie de tortura.

Se excitó. Y la cabeza empezó a darle vueltas con las imágenes de ella entre Mike y Seth, como si fuera el cremoso relleno de una galleta Oreo.

Maldición. Necesitaba correrse. Quería que ambos se materializaran mágicamente en su dormitorio y le lamieran el clitoris hasta provocarle un orgasmo alucinante. O dos, o tres. Que la tocaran, lamieran y follaran hasta que cayera en el olvido, saciada hasta la extenuación.

Cosa que, podía añadir, nunca había sucedido con Chad, pensó con un ruidoso resoplido. Lo cual era el motivo por el que había ido acumulando un montón de juguetes en un cajón con el correr de los años. Sus compañeros sexuales. Y además, poseía una imaginación bastante viva. Sus fantasías habían sido sus salvadoras, porque Chad era todo palabrería y nada de acción.

Bueno, eso no era exactamente cierto. Por supuesto que la había tenido, pero toda su acción fue con otras mujeres. Durante todos los años de matrimonio, había tenido una mujer salvaje en casa y nunca se dio cuenta. Nunca explotó su sensualidad y jamás se tomó su tiempo para descubrir lo que ella buscaba.

Imbécil. Esperaba que se le acabara cayendo la polla.

¡Oh, a la mierda Chad! Nada de Chad. Mike y Seth. Se puso de lado y rebuscó en la mesilla de noche hasta que encontró lo que quería: su lubricante favorito y el vibrador. Se le contrajo la vagina de anticipación.

Sí, de una manera u otra, aquella noche iba a follar. Echó las sábanas hacia atrás con los pies, emitiendo un suspiro de alivio cuando el aire nocturno refrescó su cuerpo acalorado. Sin embargo, estaba a punto de elevar la temperatura unos grados. Plantó los pies sobre la cama y separó las piernas, luego se puso un poco de lubricante de color cereza en la mano, disfrutando de la sensación que le proporcionaba al filtrarse entre sus dedos.

Las caderas se le levantaron por propia iniciativa, buscando su mano.

—¿Lo deseas, verdad? —susurró en la oscuridad—. Necesitas una polla en ese coño.

Pero primero quería excitarlo un poco. Presionó la mano contra su sexo, permitiendo que el lubricante se deslizara por la hendidura hasta cubrir el orificio del ano. Estaba tan excitada que no le importó. Llevaba preparada desde el día anterior y, entre la conversación con Mike y Seth y la apuesta, aquella noche necesitaba una intensa cabalgada. Se notaba caliente, descontrolada y obscena, y necesitaba algo más que un simple masaje en el clítoris para quedar satisfecha.

Paseó los dedos alrededor del nudo, excitándolo, sin tocar el punto mágico que ansiaba su atención. En su lugar, se entretuvo en la parte alejada de su centro de placer, rozando la vulva y los muslos; atormentándose con ligeras caricias hasta que se le irguieron los pezones y se le contrajeron las nalgas. Jadeó con la anticipación, haciendo que se le secara la garganta. Deseaba introducirse el vibrador en el coño y los dedos en el ano. ¡Oh, sí! Necesitaba que la follaran intensa y profundamente, esta noche necesitaba rudeza.

Echó mano del consolador, lubricó el grueso y gelatinoso pene, disfrutando al sentir cada arista y cada vena, cerrando los ojos e imaginándose a Mike de pie, junto a su cama, exhibiendo su cuerpo desnudo a la luz de la luna. Mientras frotaba el vibrador, se lo imaginó mirándola desde arriba, inclinándose hacia ella para pasarle las manos por los pechos, excitarle los pezones hasta que estuvieran tensos y erguidos, a la espera tan sólo de que Seth se acercara lentamente a la cama y se los llevara a la boca.

—Sí —susurró con un siseo—. Chúpame los pezones, Seth.

Y allí estaba Seth, desnudo, avanzando despacio hacia ella, presionando su duro y musculoso cuerpo contra el suyo, cuando se recostó sobre ella para besarla, con sus manos reclamando sus pechos, abarcándolos, y apartando luego la boca para besarle el cuello, recorrer con la lengua la base de su garganta, y seguir bajando hasta llegar a sus sensibilizados pezones. Ella arqueó la espalda, ofreciéndose a sus impacientes labios.

Oprimió el pene con la mano, cuando Seth cogió un pezón entre los dientes y tiró de él con la fuerza suficiente como para hacerla gritar. Oyó el siseo de Mike cuando subió la mano por su miembro y luego la bajó, precipitándola contra sus testículos, mientras el enfebrecido frenesí de su excitación tomaba el mando.

—Fóllame —gimoteó, estirando las piernas del todo.

Mike avanzó lentamente hasta la cama y le cogió los tobillos con las manos, separándole las piernas. Abby se colocó el vibrador en la vulva. Era duro y cálido, como debía de estar el pene de él. De cabeza gruesa, casi demasiado grande para que ella lo acogiera.

—Pero lo acogerás, ¿verdad, nena? —preguntó él—. Entero.

—Sí.

—Quieres que lo introduzca con fuerza en tu coño, ¿verdad?

—¡Oh, Dios, sí! Fuerte y profundamente, Mike. Haz que duela.

—Le gusta la dureza, Seth. ¿Estás preparado para dársela?

—Lo sabes de sobra.

—Boca abajo, Abby.

¡Santo Dios, sí! Precisamente como le gustaba. Giró sobre sí misma, utilizando una mano para masajearse el clítoris, al tiempo que se ponía una almohada debajo y se derrumbaba sobre

ella. Metió la mano en el cajón para coger otro vibrador, más delgado en esta ocasión y grueso en la base. Lo lubricó con manos temblorosas y luego lo deslizó hacia atrás.

—¿A quién quieres en tu culo, nena? —El tono de Mike era rígido debido a la tensión.

—A Seth. Quiero que Seth me folle por el culo.

En ese momento sus dedos se movían velozmente sobre su clítoris; la fantasía se mezcló con la realidad cuando se separó las nalgas. Se puso lubricante en el ano y tanteó con el vibrador pequeño, introduciendo la punta. Jadeó ante la maravillosa sensación.

—Esto va a doler —dijo Seth—. ¿Lo quieres violento o que lo haga lenta y suavemente?

—Hazme daño —ordenó ella, presa de una pasión que la llevaba a un frenesí próximo a la locura—. Deseo que sea violento, Seth.

—Lo sabía —dijo él, inclinándose para lamerle la espalda desde la parte más baja hasta el cuello. Cuando le mordió la nuca, ella se estremeció y gritó, derramando sus fluidos en el colchón.

Mike la alzó y se deslizó debajo de ella. Su grueso pene le rozó el clítoris al colocarse contra su vulva. Se le tensó la cara cuando él la agarró por el pelo y la obligó a concentrarse en él.

—Yo primero, Abby. Voy a martillear ese dulce coñito que tienes mientras Seth se ocupa de tu culo.

Le encantó su mirada de intensa concentración, la forma en que la necesitaba. Sólo a ella.

—Sí. ¡Oh, sí! —Eso era lo que ella deseaba, que ambos la penetraran al mismo tiempo. Bajó la mano, deslizó el vibrador grueso entre los labios de su sexo y se lo introdujo profundamente. Su vagina oprimió el consolador, contrayéndose alrededor de él. Dios, era capaz de correrse en ese mismo momento.

Todavía no. Todavía no. Se detuvo, permitiendo que las contracciones aminoraran. No podía correrse ahora. La fantasía todavía no se había acabado.

—¿Estás preparada, Abby?

La voz de Seth; el vibrador tanteó su ano. Ella lo empujó por la apretada barrera de músculos, introduciendo el delgado mango y gritando cuando el pene la llenó por completo.

—¡Oh, sí! ¡Fóllame!

Ella se penetró a sí misma por partida doble, frotando su clítoris contra la almohada, enloquecida por las sensaciones mientras se sacaba uno de los vibradores al tiempo que se introducía profundamente el otro. El silencio de la habitación le permitió oír los sonidos de succión de los vibradores entrando y saliendo de su cuerpo. Los sonidos eran salvajemente eróticos, y no le costó nada imaginarse que aquello era real.

—Eres obscenamente salvaje, Abby —gimió Mike, elevando las caderas para impulsar su polla hacia arriba.

—Zorra viciosa de culo apretado —dijo Seth a su espalda, clavándole los dedos en las nalgas—. Un culo dulce y caliente, Abby.

Ella se encorvó contra la almohada, frotándose el clítoris, mientras notaba que se aproximaba al orgasmo.

—¡Oooh, oh, Dios! —gimió, poniendo los vibradores a la máxima potencia. Más y más rápido. Entonces se corrió y gritó mientras su mundo se hacía pedazos y los fluidos de su vagina se escurrían por el vibrador, fluyendo por su mano, en tanto que ella lo mantenía en su sitio mientras las fuertes contracciones la estremecían. Un dulce e insoportable placer estalló en su interior, y remontó cada sensación, conteniéndola y sin querer parar nunca.

Se derrumbó, agotada, empapada, sudando, y completamente satisfecha. Estuvo jadeando un rato, con los ojos cerrados y permitiendo que la fantasía llegara a su fin. Ellos la besarían y le acariciarían el pelo, murmurando lo mucho que significaba para ellos y cuánto placer les había dado.

Dios, aquello había sido fantástico.

Cuando consiguió moverse, salió de la cama y se metió en el cuarto de baño para limpiarse a sí misma y a sus juguetes.

Al mirarse en el espejo, Abby no reconoció a la mujer que le devolvía la mirada. Tenía el pelo alborotado, los ojos vidriosos, la respiración todavía irregular y los pezones apretados; tenía un aspecto completamente salvaje. Y también condenadamente sexy.

¿Por qué Chad no lo había visto nunca? Ella poseía una libido verdaderamente excitable. Sin embargo él no había ni siquiera intentado descubrir qué era lo que la ponía en marcha. Simplemente, se le tiraba encima, se movía un par de minutos, lanzaba su carga y se dormía, como un reloj. Nunca le provocó un orgasmo. Ella era tan joven e inexperta, que nunca se le ocurrió hablarle de lo que le daba placer. Y no es que eso hubiera significado diferencia alguna. A él no le importaba. Jamás le importó.

—Que te jodan, Chad. Tú te lo has perdido. Sin embargo Mike y Seth no van hacerlo.

Más decidida que nunca a hacer que lo de aquel fin de semana funcionara, permitió por fin que la tensión desapareciera. Tenía derecho a disfrutar de un poco de diversión. No, tenía derecho a disfrutar de muchísima diversión. Tenía que recuperar años de falta de atenciones sexuales y aquella era su vuelta al baile, empezando por este mismo fin de semana.

Apagó la luz del cuarto de baño y se metió en la cama, cerró los ojos y se quedó dormida de inmediato.

Capítulo 4

—Voy a vomitar.

Blair miró furiosa a Abby.

—Nada de eso. Acabo de terminar de maquillarte y estás a punto de ponerte este pecaminoso vestido. Si vomitas encima, te doy una bofetada.

Abby soltó una carcajada.

—De acuerdo, eso ha tenido gracia. —Dios, eso era lo que necesitaba: dejar que Blair le quitara el miedo de un plumazo.

—Estás preciosa —dijo Callie, levantando el vestido que le habían ayudado a elegir—. Vas a poner a esos tíos más duros que una roca en cuanto entres por la puerta.

—¡Ay Dios! —El estómago le dio un vuelco y miró a sus amigas con desesperación—. ¿De verdad voy a poder hacerlo?

—Claro que sí. Eres muy sexy, cariño —contestó Blair—. Ahora ponte ese vestido y veamos cómo te queda.

Se puso el traje, logrando tener una breve visión de sí misma en el espejo de la entrada al hacerlo. Dios, sólo la ropa interior hacía que se humedeciera. Un tanga de seda negra, ligero, medias, y un sostén negro a juego, diseñado para elevar sus pechos, pero que no los cubría en absoluto. Los pezones se le endurecieron hasta convertirse en pequeños puntos.

El vestido de fibra elástica era negro y ajustado, y se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel. Callie se apresuró a subirle la cremallera. Apenas podía respirar, pero sabía que era culpa de los nervios y no de la ropa.

—Deberíamos dedicarnos a esto —dijo Blair, exhibiendo una sonrisa de satisfacción.

—Estoy de acuerdo —contestó Callie—. Mírate, Abby.

Abby se volvió y quedó frente al espejo. Estaba claro que sus amigas eran unos genios. Callie le había echado el pelo hacia atrás y se lo había recogido arriba, dejando caer unos mechones por el cuello y las mejillas. Un toque de desaliño, de aspecto increíblemente seductor. Blair la había maquillado de una forma que no resultaba exagerada, pero que decididamente resaltaba sus ojos. Brillaban como zafiros.

El vestido se ceñía a sus pechos, el sujetador daba la sensación de empujarlos casi por encima del corpiño, que los sujetaba lo bastante como para que a ella no le pareciera que iban a saltar. Los estrechos tirantes de diamantes falsos eran sólo de adorno, ya que el corpiño era lo bastante ajustado como para mantener el vestido en su sitio. La cintura se entrecruzaba para caer luego por las caderas, haciendo susurrar la tela cada vez que ella se movía.

Se sintió endemoniadamente seductora. Nunca había sido de las que se arreglan o se sienten atractivas. Pero esta noche sí.

—Gracias. Sois increíbles.

—Lo sabemos —bromeó Blair, guiñando un ojo—. Ahora será mejor que nos vistamos. Tú ve a buscar unos pendientes. ¡Ah, y una pulsera! Nada más. Y esos zapatos que hacen que tus

piernas parezcan kilométricas. Estoy condenadamente celosa y me gustaría ser más alta. Esta noche voy a tener que llevar zapatos de estilete sólo para poder competir.

Abby se echó a reír y fue a buscar su joyero en cuanto Blair y Callie la dejaron para ir a vestirse.

Aquello volvía a ser como en el instituto, todas ellas reunidas para arreglarse antes de un baile. Con la diferencia de que aquella era su casa y hacía ya mucho tiempo que habían dejado el instituto, aunque era una noche importante.

Le alegraba que ambas hubieran accedido a ir con ella. Por supuesto, en cuanto les dijo que Mike y Seth las habían imitado también, Blair declaró que no iba a perderse esa noche ni por todo el dinero de la cuenta corriente de Bill Gates. Y Callie se volvió loca de emoción.

Abby seguía teniendo ganas de vomitar.

—A lo mejor lo entendí todo mal —les dijo a Blair y a Callie, poco después, en el coche—. Es posible que sólo quisieran montar todo este follón porque son encantadores y deseaban darme la enhorabuena. Probablemente ni siquiera estén interesados en mí... de esta forma.

Blair se volvió en su asiento y enarcó una ceja.

—¿Estás de broma, verdad? ¿Cuántas veces tenemos que repetírtelo? Estás buenísima. Ellos están buenísimos. Ambos quieren echarte un polvo. Y ahora cierra la boca, o haré que Callie pare el coche, iré atrás y te daré una bofetada.

No pudo evitarlo. Empezó a reír al imaginar a Blair trepando por la consola central del coche con su estrecho vestido, y peleándose con ella. Y una vez que empezó a reír, no podía parar. Blair empezó a reírse y luego se les unió Callie. Cuando llegaron a la entrada principal del club de campo, se había relajado lo bastante como para dejar de hiperventilarse.

Pero ahora ellos estaban allí, y ella tenía que salir del coche y entrar como si supiera lo que estaba haciendo. Como si fuera una mujer de mundo que hacía aquello continuamente.

De acuerdo. Una mujer de mundo. Ni siquiera tenía una cita; llevaba sin tener una cita desde... Chad.

—¿Por qué acepté esta estúpida apuesta? —preguntó Abby, mientras salía del vehículo.

—Porque estás desesperadamente necesitada de sexo —susurró Blair, echándose el chal por encima de su ajustado vestido rojo.

—Como todas —añadió Callie, poniéndose al otro lado de Abby.

Esta la miró, la presencia de Callie era tranquilizadora. Blair era toda relámpagos y fuego. Callie era serenidad y sentido común. Sólo con mirarla se sentía mejor.

—Voy a perderte en cuanto crucemos esa puerta —dijo Abby, mirando el vestido de seda color crema que se pegaba a las generosas curvas de Callie como una segunda piel—. Estás condenadamente guapa.

Callie sonrió de oreja a oreja.

—Estoy muy nerviosa por estar aquí. Demonios, cariño, nos hemos esforzado mucho. Esta es nuestra ocasión para divertirnos. Y tu oportunidad de brillar, para librarte de los restos de Chad y de todo el trabajo duro que has llevado a cabo. Vete a presumir de atributos. —Empujó a Abby, y Blair y ella se colocaron justo detrás.

Abby hizo acopio de valor, cogió aire y cruzó las puertas del club, percibiendo los ánimos de sus chicas a la espalda.

Podía hacerlo. Lo haría. Lo quería y lo necesitaba. Aunque aquella noche no sucediera nada más, al menos iba a divertirse todo lo que pudiera.

El Silverwood Country Club era lo más de la ciudad. Sus miembros eran la élite y eso se notaba. Elegante, de buen gusto, aunque endemoniadamente lujoso, desde los suelos de mármol hasta las lámparas de araña, pasando por las manillas de cobre de las puertas y el revestimiento de madera oscura de las paredes. Todo en él hablaba de dinero, dinero, dinero.

Abby se sintió fuera de lugar. Sabía que Chad frecuentaba el club, pero aquello no era para ella. No era chica de fiestas. A ella le iban los vestidos playeros o los vaqueros, las camisetas

ajustadas y nada de zapatos; sentarse en una mecedora ante la puerta, bebiendo un té helado y observar las estrellas como una niña. No disfrazarse y convertirse en quien no era.

Se paró en seco y se dio media vuelta.

—No puedo hacerlo.

Blair la miró con determinación.

—Sí que puedes.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo. Esta no soy yo. Tú me conoces, Blair. Esta no soy yo.

—Abby, mírame.

Se volvió hacia Callie.

—No puedo Callie. Por favor. Tú lo sabes.

Callie asintió.

—Lo sé, cariño. Él te hizo daño. Hizo que creyeras que carecías de valor, pero es él quien es una completa mierda. Llevas ese vestido como si hubieras nacido para andar con él. Y puede que no te sientas a gusto llevándolo, pero tienes el mismo aspecto que un millón de dólares.

—Pero ésta no soy yo, Callie. Sabes que no lo soy. Me siento como un fraude.

Callie le cogió las manos con dedos cálidos y reconfortantes.

—¿Sabes una cosa? A veces está bien hacer el papel de princesa de cuento de hadas. Sólo por una noche.

—¡Abby! ¡Justo a tiempo!

¡Oh, Dios! La voz de Seth. El corazón estuvo a punto de estallarle en el pecho. Echó una mirada de pánico a Blair y a Callie, quienes mostraban una ancha sonrisa. Los dedos de Callie la soltaron y se echó hacia atrás. A Abby no le quedó más opción que darse la vuelta.

Vaya amigas que eran, abandonándola en su momento de necesidad.

Seth se acercó a ella, vestido con un traje gris oscuro, camisa gris claro y corbata azul oscuro de seda. Se le desorbitaron los ojos.

—¡Vaya! —exclamó con una ancha sonrisa—. Estás increíble.

En vez de estrecharle la mano, le rodeó la cintura con uno de sus fuertes y cálidos brazos, y la acercó hacia sí para abrazarla. ¡Oh! También era condenadamente firme; todo su cuerpo era puro músculo, notó al sujetarse instintivamente en su bíceps. Al último hombre al que se había agarrado era Chad, y él no era tan musculoso. Sin embargo, se notaba que Seth ejercitaba su cuerpo. Y por el amor de Dios, olía tan condenadamente bien que casi se le doblaron las rodillas. No se trataba de ningún tipo de colonia. Olía sólo... a hombre.

Verdaderamente necesitaba sexo. Si se sentía tan bien sólo con que un hombre la rodeara con un brazo, no iba a poder sobrevivir a una noche de sexo de primera.

Cuando él se retiró, la observó con una mirada muy distinta a las que le dirigía en el trabajo.

—Tienes un aspecto... ¡Maldición, Abby! Me he quedado sin palabras.

Ella notó que le subía el rubor por el cuello ante el elogio.

—Gracias. Tú también tienes un aspecto estupendo.

—Vamos a la fiesta. ¿Quiénes son tus amigas? —Apartó la mirada y les dedicó la amistosa sonrisa de Seth Jacobs a Blair y a Callie.

Lo cual significaba que ella tenía que recuperar el habla.

—Estas son mis mejores amigas, Blair Newcastle y Callie Jameson.

Él les estrechó las manos.

—Me alegro mucho de que hayáis venido. No sé si Abby hubiera venido de no ser con vosotras.

—Oh, yo creo que sí —dijo Callie.

—La fiesta está en pleno auge. ¿Puedo escoltar a tan encantadoras damas al salón de baile?

—Cariño, tú puedes acompañarme a donde quieras. —Blair le guiño un ojo y deslizó el brazo en el de Seth, indicándole a Abby con la cabeza, que hiciera lo mismo por el otro lado. Ella

obedeció y sujetó la mano de Callie para tener apoyo. Entraron en el salón de baile en el que había un ruido tremendo, ya que estaba tocando un grupo.

Y estaba a oscuras. Menos mal que era Seth quien las dirigía. A Abby le costaba bastante andar por culpa de los estúpidos tacones altos que Blair había insistido que se pusiera porque «hacían que sus piernas parecieran kilométricas». O algo parecido. Sus piernas no parecerían tan atractivas cuando se rompiera una y acabara escayolada.

El salón de baile, reconvertido en comedor, estaba abarrotado de mesas independientes para que la gente disfrutara de la cena con sus familiares y amigos. Mantel blancos, porcelana elegante y multitud de tenedores. Todo aquello proclamaba a gritos clase y dinero. Abby miró a su alrededor para ver si conocía a alguien; de acuerdo, estaba buscando a Chad. Pero no lo encontró y además estaba demasiado intimidada por lo que la rodeaba como para seguir buscando.

—Hemos conseguido un rincón, un poco apartado de todo esto —dijo Seth, indicando varias mesas junto a las puertas dobles de la terraza.

Ella asintió, sonrió e intentó concentrarse en recordar cómo se caminaba con tacones.

La mayor parte del personal de la clínica estaba allí, recibéndola con abrazos de enhorabuena. Lo cierto era que iba a echar de menos trabajar con aquella gente. La habían ayudado más de lo que podría agradecerles nunca. Empezó a mezclarse con la gente, asegurándose de acercarse y darle las gracias a cada uno de ellos. A la única persona a la que no vio fue a Mike.

—¿Dónde está Mike? —le preguntó a Seth, una vez que terminó de saludar.

—Probablemente peinándose —contestó Seth con una sonrisa arrogante.

Abby lanzó un resoplido. Dudaba mucho que Mike hiciera algo más aparte de salir de la ducha y parecer un dios. Seguramente estaría ocupado en otra cosa. Puede que ni siquiera viniera esa noche. No es que fuera obligatorio que estuviera allí. Y en cualquier caso, ¿por qué se estaba obsesionado por eso?

Ella se preguntó si Blair y Callie se sentirían fuera de lugar, pero para cuando Seth le hubo puesto una copa de champán en las manos, sus amigas ya estaban deambulando por allí, mezclándose con algunos empleados y riéndose con los chistes que contaba Dave, uno de los técnicos veterinarios.

Ah, sí, Dave, el de los chistes verdes. No tenía nada de raro que se rieran. Debería haber sabido que no tenía que preocuparse por sus amigas. Eran capaces de buscarse su propia diversión.

—¿Hambrienta? Hay muchos entrantes.

La voz de Seth por encima de su hombro le provocó un escalofrío en la espalda.

—La verdad es que no.

—Bien. Vamos a bailar. —Le deslizó una mano alrededor de la cintura y ella sintió cómo la ardiente sensualidad del gesto le quemaba a través de la ropa. Él le dio la vuelta y la cogió de la mano, conduciéndola hasta la pista de baile.

No te caigas de culo, Abby. Sacarse los zapatos de una patada en mitad de la pista de baile del Silverwood Country Club, probablemente no fuera adecuado. No era el Whisker's Bar precisamente, y ella no llevaba vaqueros.

Seth la acercó hacia sí y posó la mano en el hueco de su espalda, acercándola con un gesto íntimo que hizo que su pelvis quedara en contacto con su muslo. Su vagina respondió con una contracción de reconocimiento. Oh, sí, un hombre. Algo que llevaba mucho tiempo sin tener cerca. Él bailó con ella al son de la melodía de una de sus canciones lentas favoritas. Aunque hubiera otras parejas bailando, a ella le pareció como si todo el mundo los estuviera mirando a ellos.

—¿Estás condenadamente nerviosa, verdad? —susurró él contra su oído.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Yo? Nada de eso.

—Tonterías. Estás más tiesa que una tabla. Relájate, Abby. No nos está mirando nadie. Este sitio está atestado. Todos los que están aquí tienen su propia fiesta. La gente se dedica a comer y beber. No te estás exhibiendo.

Ella no sabía por qué estaba tan tensa, pero Seth tenía razón. Al revisar el lugar se dio cuenta de que nadie les estaba prestando la más mínima atención.

—Lo siento. Tienes razón.

—Entonces reclínate sobre mí, déjame disfrutar de tu compañía y relájate, nena.

Dios, era tan atractivo. Su voz era suave y tranquila, y disolvía su tensión. Su mano le rodeaba el trasero como una manta caliente, y le permitió que la dirigiera por la pista de baile, mientras contemplaba sus ojos marrones como el chocolate. Con Seth siempre se sentía a gusto.

—Así está mejor. Ahora ya no tienes tan tensos los músculos.

—Gracias. Me siento tonta por ser tan asustadiza.

—No lo seas. Sólo son los nervios por ser la primera vez que estás aquí. Aunque tu ex marido es socio, ¿no?

Ella asintió.

—Pero nunca me trajo aquí.

Seth sacudió la cabeza.

—Gilipollas.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Ésa es una buena descripción. —En ese momento, Seth le gustó aún más. La manera en que la mantenía cerca, pero no demasiado, no era amenazadora ni inadecuada, ni agresiva en absoluto. Y sus cuerpos se adaptaban a la perfección. Era alto, con la constitución de una roca. Se le endurecieron los pezones al pensar en cómo sería estar desnuda mientras se presionaba contra aquella pared de músculos, poder frotarse contra él, pasarle las manos por el cuerpo...

—Vale, ya la has tenido bastante tiempo. Me toca a mí.

Abby levantó la cabeza de golpe y vio a Mike con la mano extendida. Volvió la mirada hacia Seth, que estaba sonriendo.

—Si no hay más remedio. —Le besó la mano y la puso en brazos de Mike diciendo—: Hasta luego, Abby.

—Hasta luego, Seth. —Fue al encuentro de los brazos de Mike y aquello fue completamente distinto. La respetable distancia desapareció.

Mike la abrazó íntimamente y a ella le dio la sensación de que la temperatura subía mil grados. Cuando le pasó el brazo por la espalda, descansando la palma de la mano sobre su piel desnuda, sintió que las llamas lamían todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Se le contrajo la garganta, se le endurecieron los pezones, y se le humedecieron las bragas. Demonios, encendió su libido a toda velocidad.

Iba vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata plateada; sus ojos azules contrastaban con su piel bronceada. Nunca se había acercado a él más que lo necesario para pasarse instrumental o expedientes en el trabajo. Olía a tormentas y lluvia de primavera. Deseaba lamerlo por todas partes.

—Siento haber llegado tarde. La cirugía de hoy se complicó y no tuve más remedio que ocuparme de ello.

Ella intentó con todas sus fuerzas encontrar algo coherente que decir.

—¿Ha salido todo bien?

—Ahora ya sí. Me alegro de haber terminado a tiempo. No me hubiera gustado perderme esta noche.

Ella apartó la mirada, buscando a Seth. Se encontraba en compañía de Blair y de Callie, riéndose. Por supuesto, Blair era capaz de capturar la atención de cualquier hombre y mantenerla durante horas. Posiblemente durante días. Y Callie era tan hermosa que podía embelesar a un

hombre para siempre. En cuanto a Seth, era maravilloso por asegurarse de que sus amigas no se sintieran excluidas.

—Te pongo nerviosa, ¿verdad? —preguntó Mike.

Ella apartó la vista de Seth y la volvió a posar en Mike.

—Esta noche casi todo me pone nerviosa. Aquí estoy un poco fuera de mi elemento.

—Deja de preocuparte por Seth cuando estés conmigo. Y no te preocupes por mí, cuando estés con Seth. Somos adultos. Ya resolveremos esto.

—Sin importar lo que sea.

—Será lo que tú quieras que sea, Abby. Esta noche no va a pasar nada que tú no quieras que pase. Limitate a relajarte y a divertirte. Se trata de una fiesta con los empleados y tus amigos; si de ella surge algo más, que así sea. —La llevó hasta las puertas abiertas de la terraza, las cruzaron, y luego hizo que le cogiera del brazo y caminó con ella hasta la barandilla.

Había luna llena, las estrellas habían salido en masa, y la noche de verano era dolorosamente bella. Las gardenias suavemente perfumadas poblaban las jardineras bajo sus pies. No podía haber deseado un escenario más perfecto.

Quería congelar ese momento y no avanzar ni retroceder. Pero Mike le dio la vuelta, y supo que tenía que corresponder a su amabilidad, prestándole atención.

Allí fuera iba a pasar algo. Podía notar la anticipación zumbándole por dentro como una vibración.

Enterrando una mano en su pelo, Mike la mantuvo hipnotizada.

—Si esta noche resulta ser algo más que una simple fiesta, entonces iremos paso a paso.

Cuando él se inclinó, ella dejó de respirar.

—¿De acuerdo? —susurró él, con los labios a menos de un centímetro de los suyos.

—De acuerdo.

Él presionó sus labios en los de ella, luego profundizó el beso, y que la condenaran si no estuvo a punto de caerse de sus tacones de aguja.

Capítulo 5

Cuando Mike la inclinó sobre su brazo, le pareció que era la protagonista de una película romántica y por fin entendió el significado de la palabra *desvanecimiento*. Caramba, aquello era condenadamente romántico. Y ardiente, cuando su lengua le presionó los labios con insistencia, invadiendo todos los recovecos de su boca. Aquello no les pasaba a personas como ella.

Mike era demasiado para sus sentidos, y sólo el hecho de que la mantuviera contra sí, era suficiente para producirle una sobrecarga. Sentir su mano entre el pelo, su insistente boca sobre la suya, su lengua entrando y saliendo como si le estuviera follando la boca, como una tentación, una promesa del sexo grandioso que estaba por llegar. Era una suerte que la estuviera sosteniendo, porque le temblaban las piernas. ¿Cuándo fue la última vez que la besaron así? ¡Maldición, *nunca* la habían besado de esa forma! Le dieron ganas de buscar a Chad y darle de patadas por todas sus carencias. Se sujetó a los brazos de Mike, sintiendo su fuerza y su calor, y le entraron ganas de desnudarlo allí mismo, en la terraza y explorar cada centímetro de él con la lengua.

Se estremeció cuando su otra mano comenzó a moverse a lo largo de su pierna, deslizándose muslo arriba, subiendo poco a poco el vestido. Su sexo tembló de necesidad. La conmoción se mezcló con el deseo y no supo si tenía que detenerlo o separar más las piernas, suplicándole que le hiciera el amor allí mismo.

Pero él la incorporó y apartó la boca, rompiendo el hechizo. Estaba mareada, desorientada y condenadamente excitada.

—Lo siento —dijo con la voz ronca por el deseo—. Por un segundo he perdido el control. Es mejor que paremos antes de que acabe con los dedos dentro de ti.

Ella se estremeció y permitió que sus ojos se cerraran durante un instante, dándole vueltas a esa imagen. ¿Tan malo sería? La realidad se había desvanecido y en ese momento ella se encontraba en un mundo de fantasía. Por supuesto, tenía que ser él quien pensara con lógica. Cogió aire y lo soltó para aclararse la cabeza. Se imaginó el aspecto que debía de tener con el pelo revuelto por sus caricias y los labios hinchados por sus besos.

De acuerdo, había llegado el momento de recuperar el control. Miró hacia abajo, sus ojos se posaron en la magnífica polla que se perfilaba contra sus pantalones. ¡Santo Dios, era enorme! Se acabó lo de recuperar el control.

—Lo siento. Yo también me he dejado llevar durante unos segundos. —Levantó la mano e intentó colocarse el pelo.

Él extendió la mano y se lo alisó.

—Estás preciosa. —Lanzó un suspiro—. ¡Maldita sea, Abby, estoy deseando echarte un polvo!

Su corazón se saltó un latido. ¿Cómo se suponía que tenía que responder a eso? Con sinceridad, probablemente. ¿Acaso no era eso lo que quería? Debería decirle a Mike que aquello era exactamente lo que deseaba, porque así era. Tenía el coño húmedo y ansioso por tener sus dedos, su boca y su polla encima y dentro de ella.

—¡Eh! ¿Habéis empezado sin mí?

Ella se giró al oír la voz de Seth. Él salió a la terraza con una camarera siguiéndolo. Esta llevaba una bandeja con copas de champán y una botella. Seth cogió la botella y las tres copas y luego le guiñó un ojo a la camarera.

—Cierra la puerta al salir, Cin.

—Claro, señor Jacobs.

Seth se volvió hacia ellos.

—Bueno, ¿qué me he perdido? —Sirvió el champán y le entregó una copa a Abby. Ella la aceptó con mano temblorosa y dio un buen trago.

—No mucho —respondió Mike—. Abby sabe bien. Al menos su boca.

¡Ay, Dios! Iba a estallar en llamas directamente allí, en la terraza. ¿La gente que había dentro se daría cuenta, a través de las cortinas, de que se estaba produciendo una hoguera?

—¿De verdad? —Seth depositó su copa en la cornisa y le quitó a Abby la suya, entregándosela a Mike. Colocó la palma de la mano sobre el cuello de Abby—. Me parece que yo también necesito probar. ¿Puedo?

Oh sí. Iba a explotar. Ya mismo. Pero primero iba a besar a Seth.

—Sí. Definitivamente sí.

Su beso era más suave que el de Mike. Al menos al principio. Aplicó tentativamente una suave presión a sus labios, luego la atrajo más cerca, rodeándole la nuca con los dedos y envolviéndole la cintura con el otro brazo, atrayéndola hacia su musculoso cuerpo. Ella notó su pene, endurecido e insistente, moviéndose contra su sexo, tocándole el clítoris. En su interior empezaron a originarse explosiones. Cuando la lengua de él tocó la suya, fue como si un relámpago atravesara su cuerpo. Gimió contra su boca, y él le devolvió el gemido, lamiéndole la lengua como si estuviera hambriento. La sensualidad del beso era como el agua para una mujer sedienta. Lo anhelaba como a nada en su vida. Donde Mike era fuego repentino y pasión, Seth era persuasión y tormento, como ir ascendiendo lentamente hacia el éxtasis. Aquellos hombres la estaban volviendo loca.

Cuando él se apartó y sonrió, Abby se sujetó a la barandilla para sostenerse. Seth recuperó su copa y se la entregó.

—Ahora ya me he puesto al día —dijo él.



—¡Mierda! Me estoy excitando sólo de verlos. —Blair se desplazó hacia el rincón y se volvió a Callie, cuya mirada ambarina era de asombro. Soltaron la cortina.

—Chica, tú y yo, las dos. Esta noche voy a necesitar dosis doble de vibrador. ¿Abby es la mujer con más suerte del mundo, no?

—Me gustaría saber por qué no se los tira a los dos ahora mismo.

Callie puso los ojos en blanco.

—Vamos, Blair. Ese no es el estilo de Abby y lo sabes. No le va el sexo en público. —Callie se estremeció, deseando ser ella quien estuviera en la terraza con aquellos dos hombres. La idea de hacerlo a la vista de la gente la ponía tan caliente que era capaz de tener un orgasmo allí mismo, en el salón de baile.

Blair frunció los labios.

—De acuerdo, tienes razón. Pero yo digo que nuestra chica va bien encaminada para tener un buen *ménage a trois* esta noche —suspiró Blair—. ¡Ay, quien fuera una mosca en la pared para poder verlo!

A Callie le pareció que la habitación se cerraba a su alrededor; el calor y su libido se encendieron hasta extremos febriles.

—O sea, que te gustaría observar.

Blair se encogió de hombros.

—Puede que sí y puede que no. ¿Pero a quién no le gustaría ver con detalle la clase de diversión que va a disfrutar Abby esta noche?

Callie vendería su alma por presenciarlo. Pero claro, aquello era lo que más les gustaba hacer a los mirones. Y ni siquiera sus dos mejores amigas conocían sus secretos más íntimos e inconfesables. Existían algunas cosas de las que una no hablaba, ni siquiera con sus amigas. Iba a fantasear con aquello esa noche, poniéndose en el lugar de Abby, ahí plantada en la terraza. Sin embargo, ella no se detendría en un simple beso.

Cuando llegara el momento de follar, Callie lo haría a plena vista. Porque no sólo le gustaba ver a los demás practicando sexo. También se excitaba ante la idea de tenerlo ella con gente mirando.

—No puedo esperar a que pase este fin de semana para tener el informe de Abby —dijo Blair, cogiendo un trozo de fruta de su plato—. Me pregunto hasta que punto serán pervertidos Mike y Seth.

—¿Te refieres a que si les va la sodomía, los azotes y cosas así?

La cara de Blair se enrojeció. Se encogió de hombros.

—¡Eh! Con algunas personas nunca se sabe.

Callie sonrió. Con otras se sabía intuitivamente qué era lo que las encendía. Como a Blair, quien proclamaba que le gustaba llevar el mando, quien mandaba a paseo a todos los hombres que se relacionaban con ella. Sin embargo Callie apostaría un millón de dólares a que lo que Blair necesitaba era al hombre adecuado que eliminara de un plumazo su dominio.

—No —reflexionó Callie—, con algunas personas nunca se sabe.



—De modo que, ¿brindamos por esta noche? —le preguntó Mike a Abby, levantando su copa.

¿Brindar? ¡Oh, sí! Brindaría toda la noche, hasta acabar ardiendo y chispeando.

—Claro.

—Por todo lo que quieras, Abby. Cualquier cosa que desees —dijo Seth.

—Brindo por eso —añadió Mike.

—Por vosotros dos. Gracias por todo esto. Ni siquiera sé qué decir. —De modo que bebió un largo trago de champán, con la esperanza de que se le ocurrieran las palabras capaces de expresar lo que sentía. Por desgracia, lo único que fue capaz de hacer fue deleitarse ante la visión de los dos hombres espectaculares que acababan de besarla, que era evidente que la deseaban. Y ella no tenía la menor pista de cuál debería ser el siguiente paso.

Pensó en Blair y en Callie, en lo que ellas le aconsejarían que hiciera en ese momento, y deseó que aparecieran de repente para sostenerle la mano. Pero no iban a hacer tal cosa. Había llegado el momento de levantarse sola y de ir en busca de lo que quería. Era una mujer adulta y tenía necesidades. Era hora de plantarse y ver en qué dirección la llevaba el viento.

—¿Por qué no te limitas a decirnos que te gustaría que ocurriera a continuación? —sugirió Seth—. Podemos pasarnos toda la noche aquí fuera. Bailar y divertirnos con todos, y pasar un buen rato.

—O podemos escabullimos y tener una fiesta privada —propuso Mike, apoyándose contra la barandilla, con una ardiente mirada de reojo que la abrasó por dentro.

Seth se aclaró la garganta.

—Con uno de nosotros o con los dos. La elección es tuya, Abby.

—Creo que es plenamente consciente de cuáles son sus opciones —contestó Mike—. Es Abby quien decide lo que desea. Todos los presentes somos adultos, y tanto Seth como yo

podemos soportar que elijas. Si quieres estar sólo con uno de nosotros, perfecto. ¡Eh! Si no nos quieres a ninguno, perfecto también. De modo que, ¿qué deseas, Abby?

Ella los miró a ambos, tan diferentes de tantas maneras, y supo que lo iba a lamentar toda la vida si no aceptaba lo que le ofrecían.

—Voy a ser sincera. Nunca he hecho nada parecido. —Se miró los zapatos, el vestido, la persona que no era, y se sintió temblar a causa del nerviosismo que la estremecía por dentro. Chad se reiría de ella si la viera ahora, atormentada por la indecisión.

¡Vete a la mierda, Chad! Levantó la cabeza y los miró a ambos a los ojos.

—Lo que quisiera es salir de aquí sin llamar demasiado la atención y pasar un rato a solas. Con vosotros dos. Lo que pase después de eso... bueno, iremos paso a paso.

Mike enarcó una ceja y asintió. Seth sonrió y dijo:

—Entonces eso es lo que haremos. Vamos, volvamos al baile un ratito y luego nos escapamos.

Ella suspiró de alivio y los siguió dentro, localizó a Blair y a Callie, y se disculpó cuando la arrastraron al servicio de señoras.

—¿Y bien? —preguntó Blair en cuanto se aseguró de que estaban solas.

—Les he dicho que quería marcharme con ellos. —Dios, no podía creer que lo hubiera hecho, pero así era. Iba a hacer un trío con Mike y con Seth.

Callie chilló.

—¡Vas a pasártelo muy bien! ¡Y no puedo esperar a oír todos los sórdidos detalles!

—Apúntalo si es necesario. ¿Quieres mi bolígrafo y algo de papel? —añadió Blair.

Abby puso los ojos en blanco, agradeciendo que las bromas de sus amigas eliminaran algo de la tensión que le crispaba los nervios.

—No, gracias. Creo que voy a tener recuerdos lo bastante intensos como para que me duren toda la vida. —Se le desvaneció la sonrisa y las agarró de las manos—. No puedo creer que esté haciendo esto. ¿Podré hacerlo? —Se sintió mareada.

—Claro que podrás —dijo Blair—. Lo necesitas, y lo que es más importante, cariño, te lo mereces. Ahora ve a divertirme y a tener sexo sin parar.

Seth observó a Abby y a sus amigas dirigiéndose al servicio de señoras.

—Ya sabes que van a hablar de nosotros —dijo Mike.

—Por supuesto. —Miró a Mike—. ¿No creerás que vayan a intentar hacer que cambie de idea, verdad?

Mike se rió.

—Lo dudo. Vi la sonrisa que tenían en sus caras cuando echaron un vistazo a través de las cortinas, mientras nosotros estábamos en la terraza. Para empezar, yo diría que su contribución fue decisiva para que Abby aceptara esto.

—¡Ah! Bueno, eso está bien. —Conservó la mirada fija en la puerta del cuarto de baño, como si temiera que Abby fuera a salir de allí en cualquier momento, para dirigirse a la salida más próxima—. En cualquier caso, ¿cómo vamos a hacer esto?

—Igual que con cualquiera de las mujeres que hemos compartido anteriormente.

Seth frunció el ceño.

—Abby no es como cualquier otra mujer que hayamos compartido, Mike. Lo sabes. Ella es... distinta.

—Sientes algo por ella, ¿verdad?

—¿Algo?

Mike puso una ancha sonrisa.

—Sí. Algo. Y no finjas que no sabes de qué estoy hablando.

—No siento nada por ella. Lo único que sucede es que no quiero verla sufrir.

—No creo que Abby vea esto como un romance normal, floreciendo ante sus ojos. Lo que busca es un poco de buen sexo, y aquí lo tiene. Está tan condenadamente tensa que apuesto a que es capaz de disfrutar de dos docenas de orgasmos. De modo que se los daremos.

Esa idea le hizo sonreír de oreja a oreja. Seth tenían ganas de hacer que se corriera. Muchas veces.

—Eso vamos a hacer.

Mike le dio una palmada en el hombro.

—Así es que deja de preocuparte. Seremos amables y delicados. Y dejaremos que ella lleve la iniciativa. Y pasará buenos momentos. Y cuando se acabe, se acabó.

—Tienes razón. Sabe lo que está haciendo.

—¿Tu casa o la mía?

—Me da igual. —Desde luego las mujeres se pasaban un montón de tiempo en el cuarto de baño. ¿Estaban urdiendo un plan de batalla? Siempre se preguntaba de qué hablarían.

—Seth. ¿Estás prestando atención?

—¿Qué? Oh. No me importa. La tuya está bien.

—De acuerdo. Voy a despedirme y a irme a casa para preparar las cosas. ¿Por qué no traes tú a Abby?

—Eso haré. Te veo dentro de un rato. —Apartó la mirada de la puerta del servicio de mujeres y volvió a la fiesta. Dios, estaba prácticamente acosándola. Era patético.

Lo último que necesitaba era involucrarse con Abby. Mike tenía razón; cuando el sexo hubiera acabado, irían por caminos separados.

Era mejor así. Ella tenía su vida y acababa de empezar. Él tenía la suya y no estaba dispuesto a volver a complicársela.

Divertirse y follar. Eso era todo. Y por la forma en que se le tensó el pene ante la idea de despojarla del vestido que se ajustaba tan pecaminosamente a su cuerpo, estaba listo para ambas cosas. Ahora mismo.



Cuando Seth entró en el camino circular que había delante de la extensa casa de una planta, Abby experimentó un acceso de pánico. De acuerdo, era posible que hubiera dejado unos buenos arañazos en el cuero del coche de Seth. Y quizá estuviera a punto de hiperventilarse por culpa de su agitada respiración.

De modo que tal vez su acceso de pánico se prolongara algo más que un instante.

Seth le oprimió la mano, atrayendo su atención.

—La palabra *no*, da buen resultado tanto con Mike como conmigo, Abby. Utilízala esta noche, siempre que quieras, y todo se detendrá.

Ella soltó el aire y asintió.

—Lo siento. Como he dicho antes, nunca he hecho esto.

Él se inclinó y la besó, robándole el aliento de una forma completamente distinta. Se dejó caer contra el respaldo y se regaló a sí misma las sensaciones de sus labios y su lengua moviéndose contra la suya, y de la forma en la que le rodeaba el cuello y la sostenía como manteniéndola a salvo. La tensión desapareció.

—Vamos a hacer que disfrutes, nena —murmuró él contra sus labios.

Ella se estremeció, dando vía libre al deseo y eliminando cualquier otro pensamiento. Extendió la mano y le acarició la mejilla, con un tembloroso suspiro.

—Lo sé.

Él rodeó el coche y le abrió la puerta, la ayudó a salir y la acompañó hasta la puerta principal, que estaba ya abierta. Ella entró, intimidada por la belleza de la casa de Mike.

Las baldosas del suelo eran oscuras y varoniles, parecidas al hombre que vivía allí. La recibieron dos setters irlandeses, quienes, cuando Seth les ordenó que se sentaran, se pararon y se sentaron obedientemente.

—Estos son Sal y Pimienta —dijo, presentándoselos.

Abby los acarició a ambos, enredando los dedos en su sedoso pelo.

—Son preciosos.

—¡Eh! Me alegra ver que no has abandonado el camino a la perdición —bromeó Mike, apareciendo en la entrada.

Se había despojado de la chaqueta y de la corbata, y se había soltado un par de botones de la camisa. El vello negro asomaba por encima de ésta, y aquella sombra de pelo y piel hizo que a ella se le hiciera la boca agua.

—Entra y siéntate, mientras yo me ocupo de las bebidas. Seth, quítate la chaqueta y la corbata. Pareces un corredor de bolsa.

Seth resopló. Los perros se fueron al patio de atrás por una solapa que había en la puerta. Abby siguió a Mike hasta una espaciosa sala de estar, amueblada con unos sofás y sillones de cuero de aspecto muy cómodo, un equipo de música lo bastante potente como para romperle los tímpanos a cualquiera, y una televisión de pantalla gigante, colgada en una de las paredes. Detrás de la puerta corredera de cristal, había una piscina de tamaño olímpico, muy bien iluminada.

—Esto es precioso —dijo, sentándose en uno de los sofás y quitándose los zapatos que le empezaban a hacer daño en los pies. Resistió el impulso de gemir de alivio.

—Gracias. ¿Qué te apetece beber?

—Me gustaría algo con ron.

—Hecho. Seth, pon algo de música.

Seth puso algo lento y con ritmo de jazz. Abby recogió las piernas y se puso cómoda en una esquina del sofá, sintiéndose extrañamente tranquila. Sucedería lo que tuviera que suceder. Incluso puede que no pasara nada. Tenía el presentimiento de que aunque lo único que hicieran fuera charlar y tomarse un par de cócteles, y luego ella dijera que quería irse a su casa, a ambos les parecería bien.

Aquello fue suficiente para hacer que se relajara. Mike le trajo su bebida y la depositó en un posavasos, sobre la mesa que estaba junto al sofá, luego tomó asiento en el sillón de cuero, a su lado. Seth se derrumbó en el cojín central del sofá, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y bebió un trago de su bebida.

—¿Esta ha sido la semana más larga del mundo o algo así? —preguntó.

—Eso parece —contestó Mike, recostándose en su sillón y estirando las piernas—. Esta semana debo de haber hecho quince cirugías y ninguna de ellas ha sido sencilla. —Lanzó un largo y lento suspiro.

Abby los miró a los dos. Todo aquello tenía aspecto de ser tan... normal. No estaba segura de lo que esperaba cuando se metió en aquello. ¿Ser tomada de inmediato, tal vez? Desde luego esto no. Sonrió y bebió unos sorbos, sintiéndose más segura con la decisión que había tomado. Ellos estaban haciendo aquello en beneficio suyo, para relajarla, y ella lo sabía.

—¿Cuáles son tus proyectos ahora que has acabado los estudios, Abby? —preguntó Seth.

—Mmm, no estoy segura. Empezar a ejercer en algún sitio.

—¡Oh, se me parte el corazón! Más competencia —bromeó Mike.

—No creo que tengáis que preocuparos por mí —dijo Abby.

—Famosas últimas palabras. —Mike se terminó la bebida y señaló su copa al levantarse—. ¿Otra copa?

Ella bebió otro sorbo de su cóctel, lo depositó sobre la mesa y se levantó para quedar frente a Mike. Ellos le habían permitido ir a su ritmo durante toda la noche, y lo sabía. Si tenía que suceder algo, iba a ser ella quien diera el primer paso.

—Creo que ya hemos hablado bastante por esta noche, ¿verdad?

Aunque tenía el corazón desbocado, se volvió hacia Seth y le ofreció la mano. Él la aceptó y ella dio un ligero tirón para que se levantara.

—Estoy caliente, relajada, y me gustaría terminar con lo que empezamos los tres en la terraza del club —dijo, al quedar frente a ellos.

La forma en la que ahora tenía su atención, le hizo la boca agua. Seth arqueó una ceja y Mike le dirigió una sonrisa perezosa.

Limitate a decirlo, Abby. Antes de que pierdas el valor. Aquella era su oportunidad de vivir todas y cada una de las fantasías con las que siempre se había masturbado.

—La verdad es que me gustaría que ambos me desnudarais.

Capítulo 6

Mike dejó su copa y se acercó a ella, con una media sonrisa que le hizo tambalearse. Seth le apretó la mano. ¿Un signo de confianza? Era eso, ¿verdad?

—¿Estás segura? —preguntó Seth.

—Sí —susurró ella. En ese momento era lo único que era capaz de decir. Mike se puso a su otro lado y presionó los labios contra su cuello, en el lugar donde latía el pulso. Tembló cuando lo lamíó.

—¿Estás húmeda, Abby? —murmuró contra su cuello.

Ella asintió; la respiración se le atascó en la garganta.

—Bien. Quiero tu coño empapado y goteando por tus piernas.

Seth le besó la palma de su mano.

—Me pones duro sólo con mirarte y ver cómo responde tu cuerpo. —Se acercó un paso más, trazando un sendero de fuego en la parte interior del brazo con las yemas de los dedos—. La forma en que te estremeces cuando te tocan, la rapidez con la que se te dilatan las pupilas.

Le pasó un brazo por la cintura, posando los dedos justo encima de su trasero. Ella deseó que le quitara el vestido y sumergiera los dedos en su interior. Sin embargo, no se movió.

—¿Cuánto tiempo hace que no te han follado? —preguntó Seth.

—Varios años.

—No simplemente follar. Un buen polvo —añadió Mike. Ella se volvió hacia él, deseando zambullirse en la oscuridad de sus ojos.

—Nunca.

Él asintió.

—Eso me parecía. Eso va a cambiar esta noche.

Unos espasmos de deseo salvaje ondularon por su vientre; las palabras de Mike prometían más de lo que había esperado nunca.

Seth movió la mano hacia arriba, entreteniéndose en rozar la piel desnuda de la espalda. Abby miró su cara y luego la de Mike, cautivada por su compenetración, como si supieran instintivamente qué hacer.

—Ya habéis hecho esto antes —dijo al entenderlo.

—Sí —confirmó Seth, mirándola—. ¿Te molesta?

—No. —Y lo cierto era que no le molestaba. Probablemente debería, pero aquella noche no le importaba.

—No se trata de un hábito, Abby —añadió Seth—. Sólo han sido un par de veces. Nos conocemos desde hace muchos años.

Abby se volvió a medias para quedar frente a él.

—No me importa lo que hicierais antes de esta noche. Lo único que quiero es que ambos me folléis. Y que lo hagáis bien.

Seth deslizó sus dedos por debajo de los tirantes del vestido y se los deslizó por los brazos, dejándolos caer hasta los codos. Mike se puso detrás de ella, acoplando el cuerpo a su espalda.

Agarró la parte superior del vestido y se la bajó, dejándola desnuda hasta la cintura; luego le desabrochó el sujetador y lo tiró a un lado.

Su ex-marido nunca se había entretenido en mirarla o en quitarle la ropa. Jamás hubo una exposición lenta de su piel, ni otro interés por su parte que tenerla desnuda y penetrarla lo más rápidamente posible. Ella había odiado su desinterés, como si el resto de ella careciera de importancia. Su único objetivo había sido su coño.

Aquella revelación, que llegaba con retraso, la hizo jadear. Mike descansó las manos sobre sus hombros, y las deslizó sobre su carne. Seth la miró fijamente, como si estuviera memorizando cada centímetro de su piel, como si quisiera saborear cada segundo y aprendérsela de memoria. Notó que enrojecía; los pezones se le endurecieron bajo su escrutinio. No tenía un cuerpo perfecto. Tenía treinta y tres años y las cosas no estaban en donde solían estar. No hacía ejercicio ni estaba en buena forma. Aún así, aquellos hombres hacían que se sintiera hermosa.

—Estás jodidamente buena, Abby —declaró Seth, en respuesta a sus pensamientos no expresados.

Mike ahuecó sus pechos, rozándole el pelo con la barbilla.

—Me he pasado el último año masturbándome, pensando en ti.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Sí?

Él la miró con una ancha sonrisa.

—¡Oh, sí! Me corría pensando en todas las formas en las que deseaba follarte.

Ella no se podía creer que le estuviera diciendo aquello. Que tuviera fantasías sobre ella. Que se masturbara pensando en ella.

—Lámele los pezones y succiónaselos, Seth —dijo Mike, y Abby volvió su atención a Seth.

Mike le sostuvo los pechos, y Seth se inclinó hacia ellos. Abby contuvo el aliento cuando los labios de éste último se cerraron alrededor de un pezón, chupando el hinchado brote con su lengua caliente y mojada. Estuvieron a punto de doblársele las rodillas; su coño levantó el vuelo ante la sensación. Se mordió el labio al tiempo que se estremecía y gemía.

Su boca era muy suave, y verlo haciéndole aquello era algo increíble. El sexo con Chad siempre fue a oscuras. Y desde luego, los juegos preliminares no estaban en su ámbito de conocimientos. Una cosa más en la que Seth y Mike no se parecían para nada a Chad. Tenían una sexualidad tan fuerte y potente que no existía comparación posible. Su ex marido era un imbécil. Y ella se había perdido años de sexo colosal.

Arqueó la espalda, deseosa de que él se metiera más su pezón en la boca. Seth se puso de rodillas, agarrando ambos pechos con las manos y lamiendo primero un pezón y luego el otro.

—Estás temblando, Abby —dijo Mike—. Me parece que tienes unos pezones muy sensibles. ¿Se te moja más el sexo cuando Seth los chupa?

—Sí.

Extendió la mano por detrás de ella y le levantó el vestido; su mano sobre la piel desnuda de sus nalgas casi la hizo desplomarse en el suelo, pero él le rodeó la cintura con un brazo, negándose a dejarla caer.

—Mmm, que piel tan lisa y suave. Y esas medias y ese ligero tan seductores. ¿Te has vestido para seducirnos a Seth y a mí esta noche, Abby?

—Sí.

—¿Has fantaseado con nosotros?

—Sí.

—Seth, quítale las bragas.

Seth la miró a la cara y luego metió las manos bajo su vestido, deslizándolas entre sus muslos hasta llegar a las tiras del tanga. Le bajó las bragas por las piernas y ella levantó los pies para quitárselas.

—Percibo tu olor —dijo Seth—. Es como miel dulce y almizclada, Abby. Me pone condenadamente cachondo. —Frotó las bragas con el pulgar—. Y éstas están empapadas.

Ella no iba a ser capaz de permanecer mucho más tiempo de pie. De no ser porque Mike la estaba sujetando, se habría derrumbado. No era capaz de soportar tanta excitación, aquellas abrumadoras sensaciones. Y de momento, sólo estaban jugando. La parte sería ni siquiera había dado comienzo todavía. Tenía el corazón desbocado, su respiración era rápida y jadeante, y no había forma de que pudiera pronunciar una sola frase coherente.

—Lo estás haciendo bien, nena —dijo Mike en respuesta a sus pensamientos ocultos—. Sabemos que ésta es una experiencia nueva para ti. Tú solamente relájate y deja que nos ocupemos de ti.

¿Qué se ocuparan de ella? Si aquello se ponía más caliente, iba a desmayarse y a perderse toda la experiencia.

—¿Has conocido alguna vez a una mujer como Abby, Mike? —preguntó Seth—. Pareces dulce e inocente, pero en tu interior arde el fuego, Abby. Una llama que espera una chispa para prender.

—Sólo necesitas que nosotros la encendamos —respondió Mike, acariciándole las nalgas y deslizando la mano entre ellas.

Ella no pudo evitarlo. Hacía mucho tiempo que un hombre no le acariciaba el sexo. Cuando notó la mano de Mike allí, lanzó un gemido tembloroso.

—Shh, está bien. —Movié la mano contra ella. Estaba empapada, sabía que le estaba mojando la mano, pero no era capaz de detener las sensaciones ni la respuesta de su cuerpo. Y no quería hacerlo. Deseaba moverse sin parar contra su mano.

—Por favor, *por favor*, tócame.

—Oh, voy a tocarte, Abby. Por todas partes. Toda la noche.

Ella cerró los ojos y se entregó a la sensación de sus dedos explorando su palpitante sexo, introduciéndole primero un dedo y luego dos. Notó las pulsaciones de su vagina al envolverlo, las dulces contracciones de placer ante la invasión.

¡Oh, era tan bueno sentir de nuevo el contacto humano sobre su cuerpo! No se había dado cuenta de lo sola y aislada que había estado en los últimos años, lo mucho que había acabado por depender de sus propias caricias. ¡Cuánto echaba de menos la mano de un hombre en su piel! En su interior, abriéndose paso lentamente, el dulce asalto de su esencia se derramó a modo de respuesta.

Se movió contra la mano de él, acercándose y retirándose, encontrando un ritmo que la llevara a la liberación. Estaba tan perdida en su propio mundo de auto placer, que casi se olvidó de que no estaba sola.

Llevaba mucho tiempo sola. Demasiado.

—Abby, mírame.

La voz de Seth, debajo de ella, le llegó a través de la neblina de éxtasis. Levantó las pestañas, bajó la mirada, y lo vio de rodillas, preparado entre sus piernas.

—Sepáralas para mí.

Ella las separó, estremeciéndose. Mike le introdujo los dedos más profundamente y ella lanzó un jadeo.

Seth se apoyó y colocó la boca sobre su clítoris, capturando la envoltura entre los dientes, lamiendo los pliegues hasta capturar la diminuta perla que estalló de placer.

—¡Ahh, oh, Dios! —gritó ella, clavando las uñas en el brazo de Mike, mientras observaba la lengua de Seth bañándola con lengüetazos apasionados e implacables, en tanto los dedos de Mike la penetraban con un ritmo constante. No podía soportarlo. Era demasiado pronto, pero no pudo contenerse. Llegó al límite en cuestión de segundos, tensándose y arqueando la espalda, estremeciéndose en un orgasmo salvaje que parecía haber salido de ninguna parte y que la pilló

desprevenida. Mike la sostuvo, impulsando los dedos a través de los músculos apretados de su vagina y continuó moviéndolos hasta que ella volvió a llegar al límite.

Pero cuando los sacó, ella estuvo a punto de llorar por la sensación de vacío. Seth se incorporó y ella se sintió abandonada y sola, medio desnuda, sintiéndose increíblemente vulnerable.

Aunque no duró mucho tiempo. La boca de Seth salió al encuentro de la suya con una intensidad que la sorprendió. Donde antes había sido pausado y amable, ahora era enérgico y lleno de una pasión que igualaba la suya. Llevó la mano hacia su pelo y la hundió en la maraña de rizos, echándole la cabeza hacia atrás y arrasando su boca con los embates implacables de su lengua. Ella fue a su encuentro con impaciencia, tanteando los botones de su camisa, desesperada por sentir su piel contra la suya.

Oyó un susurro de ropa a su espalda y supuso que Mike se estaba desnudando. Ni siquiera separó la boca de la de Seth cuando Mike tiró de su falda. Ahora estaba poseída por el deseo, y lo único que quería era tener a esos dos hombres dentro de ella, de cualquier forma posible. Los preliminares suaves y la conversación amistosa habían terminado. Quería sus duras pollas dentro de ella y las quería en ese momento.

Mike se resistió al impulso de arrancarse la ropa, pero Abby se lo estaba poniendo muy difícil. El olor de ella impregnaba el aire a su alrededor y tenía la mano empapada por su orgasmo. Se lamió los dedos. Sabía dulce y picante, y le hacía desear enterrar la cara entre sus piernas hasta volver a oír sus suaves gemidos.

Ella se había corrido enseguida. Cuando se liberaba, se liberaba de verdad. A él se le puso el pene dolorosamente rígido y a punto de explotar, sólo con escuchar su gimoteo y de sentir su vagina contrayéndose alrededor de sus dedos.

Su ex marido era un ser despreciable. Apostaría un millón de dólares a que la había tratado como si fuera una mierda, todo el tiempo que estuvieron casados. A ese tío habría que atarle las pelotas con una goma hasta que se le pudrieran y se le cayeran.

¡Ah, que le dieran por el culo a ese gilipollas insignificante! Ahora mismo la única que importaba era Abby. Y conseguir estar dentro de ella de todas las formas posibles. Se arrancó la camisa y se desabrochó los pantalones, dejándolos caer al suelo y apartándolos de una patada. Se quedó desnudo rápidamente y tiró de su vestido hacia abajo, lanzándolo sobre la pila formada por su ropa.

—¡Maldición!

Liguero y medias. No había nada que le excitara más. Había algo en una mujer parcialmente vestida que hacía que se le estremecieran las pelotas. Se arrodilló detrás de ella y le pasó las manos desde los tobillos hasta los muslos, saboreando la sedosa sensación contra las palmas de las manos y demorándose en el lugar donde el encaje se unía con el enganche de las ligas. Aspiró la fragancia almizclada, metiendo la mano entre sus piernas para capturar algo de la humedad que había allí. Podía ver como goteaba, estaba condenadamente mojada, y se imaginaba lo fácil que le sería deslizarse dentro de ella, introduciéndose hasta la empuñadura. Su pene dio una sacudida, exigiéndoselo.

Se levantó y miró a Seth, quien acababa de terminar de desnudarse. Estaba bien ser tan amigo de alguien. Alguien en quien confiabas y conocías tan bien. Le indicó con la cabeza el sofá. Seth asintió y sonrió.

Sí, Seth sabía hacia donde se dirigía Mike con eso.

—Abby, quiero mi polla en tu coño.

Abby se dio media vuelta. Su mirada entornada le indicó que estaba ausente, embriagada por culpa de la pasión y la necesidad de experimentar completamente todo aquello.

—Fóllame —dijo ella, con el tono más áspero que había oído nunca.

Él sabía que había un gato salvaje acechando bajo toda aquella inocencia. Apenas sujeto y esperando tan sólo al hombre adecuado —hombres en este caso—, que le permitieran salir de la

jaula. Le encantaban las mujeres cuyas pasiones igualaban a las suyas. Y Abby estaba teniendo su primera cata de esa clase de pasión.

Sí, su ex era un imbécil.

Ella dirigió la mirada hacia su pene, abriendo mucho los ojos durante un segundo. Él se agarró la polla y se la acarició para ella, permitiéndole ver lo que estaba a punto de obtener. Ella tragó saliva, se lamió los labios y apartó la vista para mirar a Seth.

Seth se sentó en el sofá y la llamó por señas, envolviéndose el pene con la mano.

—Chúpame la polla, Abby.

Mike se acercó por detrás y le puso una mano en la mitad de la espalda, haciéndola avanzar. Ella dobló la cintura y apoyó las manos sobre los muslos de Seth, al tiempo que separaba las piernas.

En esta posición, Mike tenía una vista perfecta de su coño. Ella se lo había depilado, los labios rosados e hinchados estaban húmedos e inflamados. El pene dio una brusca sacudida ante la deliciosa visión, como si fuera un banquete para su boca. Se agachó, inclinándose para pasarle la lengua lenta y pausadamente, necesitando probarla.

Ambrosía pura. Ella se estremeció y vertió más en su lengua. Oh sí, podía seguir lamiéndola así hasta que se volviera a correr. La tentación de tomarla allí, entretenerse entre sus piernas y succionar su coño hasta que suplicara por correrse, era intensa. Pero en esta ocasión, quería que lo hiciera sobre su polla.

Se colocó entre sus nalgas, recreándose un momento para pasarle la mano por la curva de las caderas, disfrutando de la postura y de la inclinación de su cuerpo. Tanteó entre los labios de su vagina, sintiendo que su calor lo llamaba.

Era grande, y lo sabía, de modo que a pesar de las ganas de sumergirse en ella con un rápido empujón, se tomó su tiempo, introduciéndose despacio y mirándola para apreciar su reacción. Ella se quedó inmóvil y clavó las uñas en los muslos de Seth, con los labios a menos de un centímetro de su pene.

¡Cristo, que apretada estaba! Podría asegurar que llevaba algún tiempo sin ser usada. Su coño lo aprisionó como un torno, comprimiendo y pulsando. Era una condenada suerte que tuviera un buen control, de lo contrario se hubiera corrido en ese instante. Su vagina era como estar en el cielo, y él deseaba permanecer allí un rato. Y los sonidos que hacía —unos suaves gemidos y quejidos, mientras él se abría camino—, eran suficientes para volver loco a cualquiera.

Había tenido su cuota de mujeres con el correr de los años, pero Abby era algo especial.

Y aquello le sorprendía muchísimo. Porque Mike jamás pensó que las mujeres fueran especiales. Una mujer estaba bien para joder y nada más. No cabía duda de que Abby tenía un buen polvo, pero en aquella mujer había mucho más que un revolcón de una noche.

Basta de pensar. Pensar sólo llevaba a la emoción y la emoción sólo desembocaba en el compromiso, el cual era un terreno desconocido e indeseado.

Una vez que ella se hubo acostumbrado a su tamaño, cuando notó que su flujo se vertía sobre él y que su cuerpo lo aceptaba con facilidad, empujó con fuerza y se introdujo del todo, recibiendo su grito de sorpresa con satisfacción. Le había hecho un poco de daño, pero a ella le gustaba eso. Lo percibía en sus gemidos jadeantes, en la forma en la que su flujo se vertía sobre sus pelotas y por el modo en que se echaba hacia atrás contra su polla.

Bienvenida al Monstruo de Nottingham, Abby.

A Abby le parecía haber sido empalada por un monstruo. Un monstruo del tamaño de una polla en su coño. No podía respirar, mientras el pene de Mike palpitaba dentro de ella, llenándola. Hacía un tiempo condenadamente largo que no sentía una polla en su interior. Al menos una de verdad. Decididamente existía una diferencia palpable entre un hombre de carne y hueso y un vibrador. El calor se fue incrementando dentro de ella y él se movió. ¡Dios, como se movió contra ella! Dolía, pero cuando le rozó el punto G con su considerable pene, la sensación fue endemoniadamente buena.

Y justo delante de sus ojos estaba la otra polla. La de Seth, quien la excitaba al verlo observar como la follaba Mike, con una expresión hambrienta en los ojos, acariciándose su propio pene, y esperando a que ella lo tomara en su boca. La deseaba con tanta urgencia que se estaba tocando a sí mismo con anticipación.

Ella también estaba hambrienta. Quería probarlo. La oportunidad de tener dos pollas al mismo tiempo, de disfrutar de dos hombres. Se inclinó y permitió que Seth dirigiera la cabeza de su polla hacia sus labios, y sacó la lengua para probar la crema que asomaba en la punta.

—Salado —dijo con una voz demasiado baja y seductora para ser la suya. Se lamió los labios, satisfecha.

Seth inclinó la barbilla hacia su pecho y ladeó la cabeza, con una mirada semi cerrada, increíblemente excitante. ¿Quién hubiera dicho que excitar a un hombre podía resultarle tan estimulante? No es que ella tuviera una gran experiencia. Se detuvo, esperando a que él introdujera la polla en su boca.

Sin embargo, no lo hizo. En vez de eso, esperó a que fuera ella quien lo hiciera, dejando el control en sus manos. ¡Oh, a ella le gustó esa parte! Antes nunca había jugado. Aquella era su oportunidad. Volvió a pasarle la lengua, entreteniéndose en saborear la suave y aterciopelada textura de la punta satinada, permitiendo que la saliva humedeciera la polla para luego poder acariciarla con la mano. Rodeó la cabeza del pene con los labios, succionándolo con cuidado. Seth gimio e impulsó hacia arriba las caderas, introduciéndole la polla.

Mike, a su espalda, se movía con deliberada lentitud, deslizándose ahora dentro y ahora fuera y haciendo que le resultara fácil concentrar sus esfuerzos en chupar el pene de Seth. Ser el receptáculo de un placer tan asombroso al mismo tiempo que se lo proporcionaba a otra persona, era demasiado para asimilarlo de una sola vez. Sin embargo estaba decidida a memorizar cada embate, cada sabor y cada textura. A grabarlo a fuego en su memoria para no olvidar jamás esta noche tan especial.

Porque esa mujer salvaje que estaba siendo follada y que a la vez chupaba la polla de un hombre, no era la verdadera Abby Lawson. Era una fantasía, un sueño, e iba a disfrutar de cada momento mágico de aquella fantasía mientras durara.

Capítulo 7

Seth empujó hacia arriba, observando cómo su polla desaparecía entre los carnosos labios de Abby. Elevó la mirada hacia Mike, y vio las tensas líneas de concentración en su rostro, mientras su amigo la follaba, imaginándose lo que debía sentirse al estar sumergido en su pequeño y caliente coño.

No tardaría en estar dentro de su vagina. La idea hizo que se le estremecieran los huevos. Si pudiera, estaría en ambos sitios de inmediato. Pero no era posible, de modo que se concentró en sus labios. La boca de ella era húmedo calor líquido, rodeándolo, succionándolo, conduciéndolo a una agonía insoportable, mientras él batallaba con un orgasmo que amenazaba con salir a borbotones, como un geiser. Enredó los dedos en su pelo, le quitó las horquillas y las tiró, liberando las suaves ondas para que se derramaran sobre su rostro. Así era como le gustaba; con el pelo suelto y enmarcándole la cara. Cuando los ojos verde esmeralda de ella se encontraron con los suyos, tenía un aspecto salvaje e indómito; el fuego de su excitación lo abrasó.

A ella le gustaba proporcionar placer tanto como disfrutaba recibéndolo. Aquello no le sorprendió, teniendo en cuenta lo que sabía de ella. Saboreaba su polla como un animal hambriento, sacándosela para mirarla y lamer las gotas de líquido nacarado que se reunían en la cabeza, para luego volver a devorarla, introduciéndosela hasta el fondo de la garganta.

El podría correrse en su garganta y ella lo aceptaría todo, se tragaría cada gota que brotara de allí. Su entusiasmo y su deleite de aquella noche le asombraban. Oh, al principio estaba insegura e indecisa, pero ahora estaba disfrutando de cada segundo. Le gustaba verla tan liberada, sin embargo tenía que admitir que una parte de sí mismo deseaba que esa ferocidad fuera sólo para él, quería que chupara sólo su polla y que follara sólo con él.

Aunque esa noche era para Abby. Aquella noche tenía que compartirla.

—Eso es, nena —dijo, elevando las caderas para metérsela—. Chúpala a fondo. —Estableció contacto visual con Mike, vio la forma en que éste apretaba los clientes, y supo que estaba a punto. Seth no creía que ninguno de los dos estuviera dispuesto a correrse todavía, sin que Abby tuviera antes otro orgasmo. Contempló los movimientos de su boca, reprimiendo mentalmente el impulso de mover su pene con mayor rapidez entre la fuerte succión de sus labios; luego extendió las manos hacia su rostro, deteniéndola.

—Basta por ahora.

—Quiero que te corras —dijo ella, con la voz convertida en poco más que un susurro gutural. ¡Dios, lo que le estaba haciendo!

—Lo sé. Y lo haré. Más tarde.

Mike se retiró también, y Seth se levantó, incorporando a Abby del todo.

—No queremos que te canses demasiado o que te dé un tirón en la espalda. Tenemos toda la noche.

La atrajo hacia sí y la besó, introduciéndole la lengua para saborear el lugar donde acabada de estar su miembro. Sabía a ron y a él. Sus senos se frotaron contra su pecho, seduciéndolo con sus puntas endurecidas. Abarcó los pechos con las manos, frotando los hinchados pezones con

los pulgares, y se obligó a interrumpir el beso para poder contemplar sus ojos mientras lo hacía. Ella contuvo el aliento cuando los hizo rodar entre sus dedos. Él utilizó su respuesta a modo de guía. Le gustaba con un poco más de presión, algo más fuerte que un pellizco.

Ella era muy receptiva y le indicaba con sus suspiros, sus gemidos y las expresiones de su cara qué era insuficiente y qué demasiado.

Él iba a darle cualquier cosa que deseara. Incluso lo que todavía no sabía que deseaba. Pero en aquel instante lo que quería él era estar dentro de su pequeño y estrecho coño; quería acomodarse en su calor y sentir su húmeda vagina rodeándolo. Levantó una de las piernas de Abby, adaptándola a su cadera.

Mike había salido de la habitación. Seth no sabía dónde había ido. Sinceramente, no le importaba, por el contrario deseaba disfrutar de su momento a solas con Abby. Encajó la polla contra su sexo, frotándola contra su clítoris, observando cómo se le desenfocaban los ojos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se elevó, deslizando su vagina sobre su pene y empalándose a sí misma.

—¡Cristo! —murmuró al notar lo estrecha que era.

Ella se aferró a él, y comenzó a moverse arriba y abajo. Él le sujetó la pierna, le oprimió el culo con la otra mano y tomó impulso, deseando enterrarse profundamente en ella. Le gustaba mirarla, ver la expresión de su cara. Ella se mordió el labio inferior, concentrándose como si estuviera conteniendo su propio orgasmo, mientras se sostenía sobre sus hombros y echaba el cuerpo hacia atrás. Ahora él podía ver el movimiento de sus pechos y su clítoris cada vez que se elevaba. Tenía el coño hinchado y húmedo, y el aroma de su pasión impregnaba el aire en torno a ellos. Su cuerpo estaba bañado por la luz tenue de la habitación, enrojecido por el calor de sus movimientos. Tenía el pelo enmarañado alrededor del rostro y los labios hinchados de succionar y besarlo. Respiraba con dificultad, unos pequeños jadeos escapaban de sus labios mientras lo cabalgaba. A cada embestida de él, ella lanzaba un gemido desde lo más profundo de su garganta.

—Córrete para mí, Abby.

Deseaba que aquella experiencia fuera sólo de ellos dos, sin la presencia de Mike en la habitación. Sabía que era egoísta, pero le daba igual. En su interior empezó a surgir una sensación de urgencia, la necesidad de tener ése momento con ella.

Metió la mano entre sus cuerpos, le acarició el clítoris —¡joder, estaba empapada!—, y esparció sus flujos sobre la protuberancia con movimientos suaves. Se le desorbitaron los ojos, se le abrió la boca y sobre su cara apareció una atormentada expresión de éxtasis puro. Le clavó las uñas en los hombros cuando él arremetió más fuerte y rápido con el pene, sintiendo que las paredes de la vagina le exprimían y que sus dulces líquidos se derramaban sobre sus testículos.

—Córrete, nena —susurró—. Hazlo por mí. Córrete en mi polla.

Ella tembló, clavó el coño contra su pelvis y lanzó un grito. Él notó que las contracciones lo cercaban y se contuvo todo lo que pudo. Quería verle la cara cuando se corriera. Y lo hizo; echó la cabeza hacia atrás y gritó al llegar al orgasmo, arañándole los hombros y los brazos. Él la sujetó con fuerza y entonces se dejó ir, arrojando un chorro caliente en su interior con un gemido. La incorporó y escondió la cara en su cuello mientras se estremecía por la intensidad de su clímax.

Seth abrió los ojos. Mike estaba de pie en la entrada, con el pene en la mano, acariciándolo mientras los miraba.

—Bonito espectáculo.

Seth se retiró y le dio la vuelta a Abby para quedar frente a Mike.

—Lo siento —dijo, aunque sus palabras carecían de sinceridad—. No podía esperar.

Mike se encogió de hombros y se apartó de la entrada.

—No te culpes. Si yo tuviera a Abby para mí solo durante unos minutos, tampoco te esperaría. Además, me gusta mirar.

Afectada todavía por los efectos secundarios del asombroso orgasmo que acababa de experimentar con Seth, Abby miró con cautela a Mike, preguntándose si estaría enfadado por no haber sido incluido. Estaba tan concentrada en Seth que ni siquiera se dio cuenta de que Mike había salido de la habitación.

Sin embargo, con la boca torcida en una semi sonrisa, no daba la sensación de estar molesto. Desde luego su miembro no parecía estar ofendido cuando se le acercó, descaradamente desnudo y erecto. Se detuvo frente a ella, le deslizó una mano por el cuello, acercó la cara a la suya, y le metió la lengua en la boca.

Caliente, mojado, posesivo, como exigiendo que se alejara de Seth. Le devoró los labios con un beso seductor que hizo que su coño volviera a palpar de deseo. Creía que era imposible volver a sentir deseo tan pronto, después del orgasmo que acababa de tener, pero así era, estaba preparada. Cuando Mike se apartó, ella respiraba con dificultad y tenía los pezones contraídos. Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano; sus ojos azules estaban tan oscuros como una tormenta a punto de estallar y sin embargo, su voz fue suave, como si estuviera conteniendo con esfuerzo las riendas de su propia necesidad.

—Tenemos mucho tiempo para corrernos juntos esta noche, Abby. Aquí no hay lugar para los celos, de modo que no te inquietes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Relajó la tensión de los hombros y aceptó la mano que él le ofrecía.

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso. ¿Qué tal una zambullida en el jacuzzi?

Ella asintió, agradecida por disponer de unos momentos para calmarse.

—Suena maravillosamente. —Estiró el cuello para ver si Seth los seguía.

—Estaré allí dentro de un minuto —dijo él, pero se quedó en la entrada, viendo como salían Mike y ella.

El jardín de Mike estaba rodeado por una alta valla de madera, y no había vecinos cerca, de modo que nadie podía verlos. Sin embargo, era extraño salir al exterior completamente desnudos. E increíblemente liberador.

El aire nocturno seguía siendo muy caliente, y él vivía bastante lejos de la ciudad, de modo que las luces no impedían la visión de las estrellas en lo alto. Aquella era verdaderamente una noche mágica. El jacuzzi estaba construido sobre un saliente con vistas a la piscina, sobre la cual se derramaba una cascada que caía desde unas rocas de gran tamaño. En lugar del típico conjunto piscina-bañera, aquello parecía un oasis, con palmeras, arbustos y aves del paraíso junto al agua. Un dosel de celosías blancas cubría el resto del jardín por detrás de la piscina, con buganvillas color rosa oscuro iluminadas por unos focos en el suelo.

—Esto es precioso.

—Gracias —dijo él, conduciéndola hacia el jacuzzi por un camino llano—. Suelo hacer muchas cosas fuera, porque me paso la mayor parte del día dentro de la clínica. Tardé bastante en montar todo esto.

—¿Lo has hecho tú mismo?

Él se encogió de hombros al tiempo que se metía en el jacuzzi y le sostenía las dos manos mientras ella hacía equilibrios en el borde e introducía los pies. El agua estaba perfecta.

—Unos contratistas me echaron una mano con la piscina y el jacuzzi, pero fui yo quien lo diseñó todo. El jardín y la celosía los hice yo.

Ella mantuvo la mirada fija en él mientras se metía en el agua hasta el cuello.

—Estoy... sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque no pareces de esa clase de hombres.

Él se rió.

—¿Por hacer qué? ¿Por construir algo con mis manos? ¿Por diseñar el jardín? ¿Por qué?

—No sé. No quería decir eso. —Se dio cuenta de que probablemente acababa de insultarlo. *A lo que me refería es a que eres rico, tienes éxito, y estás muy bueno. Seguro que durante el día*

trabajas en la clínica y por las noches sales, recoges a una mujer y te la follas hasta saciarte. No es como si emplearas el tiempo en algo útil. ¡Vaya! A veces se preguntaba dónde tenía guardado su supuesto cerebro.

—¡Ah! Creías que yo era sólo un hombre guapo e inútil.

Ella abrió mucho los ojos y estaba a punto de pronunciar una disculpa cuando se dio cuenta de que él se estaba riendo.

—No quería decirlo como si fuera un insulto. De verdad.

Él extendió los brazos por el borde exterior del jacuzzi.

—Lo sé. Por culpa de mi aspecto la mayoría de la gente cree que lo único que hago es salir, divertirme y joder. ¡Eh! Los tíos nos convertimos en estereotipos tanto como las mujeres.

A ella nunca se le había ocurrido eso. Probablemente la gente daba por supuestas muchas cosas sobre Mike Nottingham. Ella sabía que lo había hecho. Volvió a tener la sensación de que desconocía mucho sobre él, partes que él mantenía ocultas. No era un libro abierto. Tal vez aquello formara parte de su atractivo. A las mujeres les gustaba descubrir misterios, y un hombre enigmático era diabólicamente fascinante. Pero bueno, la mayoría de las mujeres probablemente no iban más allá de su magnífica apariencia, de sus hipnóticos ojos y de su cuerpo de infarto. Posiblemente ella sería culpable de lo mismo de no haber tenido la suerte de trabajar a su lado durante casi un año. Al menos ella conocía algo más de él, aparte del físico; sabía que era inteligente, cariñoso y divertido.

Y aún así, sabía muy poco sobre él.

O sobre Seth, en realidad.

Y sin embargo había follado con los dos.

Por otra parte, ¿necesitaba de verdad disponer de una biografía detallada de ambos para tener sexo con ellos? A los hombres nunca les importaba el interior de una mujer antes de llevársela a la cama, de modo que, ¿por qué se preocupaba? Sabía que eran serios y prósperos. Que eran honestos y de confianza. Al menos hasta ahora.

Hasta ahora el sexo había sido fantástico. No tenía nada de lo que quejarse.

—Estás sonriendo.

Alzó la vista hacia Seth, que había conseguido acercarse sigilosamente a ella mientras estaba perdida en sus pensamientos.

—¿Sí?

—Sí. Una sonrisa de satisfacción. —Se deslizó en el jacuzzi a su lado—. Espero que sea señal de que lo estás pasando bien.

—Así es. Muy bien.

—¿Estás relajada ahora que has disfrutado de un pequeño respiro? —preguntó Mike.

Ella lo miró.

—Sí, mucho. Gracias a los dos por esta noche. Esto supera mis fantasías más descabelladas.

Mike enarcó una ceja.

—¿Y cómo son tus fantasías, Abby?

—No tengo ninguna —barbotó ella.

—¿Estás diciendo que no tienes sueños? ¡Venga ya! Todo el mundo los tiene.

Ella se encogió de hombros, notando que se ruborizaba y sabiendo que no tenía nada que ver con el agua caliente. Bajó la vista a las burbujas de espuma que cubrían la superficie.

—Tal vez.

Mike le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Me cuesta creer que vayas a sentir vergüenza con nosotros a estas alturas. Yo fantaseo a todas horas.

—¿SÍ?

—¡Demonios, sí! Me sacan de la rutina de todos los días. Y sé que Seth también lo hace, ¿verdad?

Ella miró a Seth, quien asintió.

—¿Qué tío normal no piensa en el sexo cada vez que puede? —admitió Seth.

Ella se rió.

—Supongo que eso es cierto. Las mujeres también lo hacen. Mis amigas y yo hablamos mucho de sexo. —Si Mike y Seth supieran el motivo por el que estaba allí... sí se enteraban de la apuesta que habían hecho Blair, Callie y ella...

—Cuéntanos tus fantasías cuando piensas en tener dos hombres, Abby. —Seth estiró el brazo hacia atrás, sirvió una copa de champán frío y se la entregó. Ella bebió un sorbo del líquido cuyo frescor suponía un intenso contraste con el calor del interior del jacuzzi.

—Oh, no creo que sea capaz de hacerlo. —Un repentino ataque de timidez le atenazó la garganta. Hablar de fantasías con sus amigas era una cosa y otra muy distinta relatar sus más oscuros e íntimos deseos nocturnos a dos hombres. No podía hacerlo. De ninguna manera.

—¿Cómo vamos a poder convertir tus sueños en realidad si no sabemos cuáles son? —Mike cogió una de las copas de champán, mirándola intensamente mientras bebía un largo y lento sorbo.

—No... puedo. —Mantuvo la mirada en la copa, acariciando el borde con la yema del dedo.

—¿Por qué te acaricias a ti misma cuando piensas en ellos? ¿Por qué crees que nadie debe saber nada de ellos excepto tú? —preguntó Mike.

¡Dios, era persistente! Y su voz tan sensual, exigente e increíblemente seductora. Alzó la vista hacia él y el modo en que parecía estar sondeando los recovecos de su mente, le resultó casi doloroso. Fue demasiado para ella. Demasiado.

—Abby.

Ella giró su cabeza al oír la voz de Seth, agradeciendo verse apartada de la intensa mirada escrutadora de Mike.

—No hagas nada que te haga sentir incómoda, pero francamente, me gustaría saber qué es lo que te excita, lo que hace que te pongas caliente y húmeda.

Seth tenía algo; no sabía si era el modo de expresar las cosas o simplemente su modo de dirigirse a ella, que la hacía sentirse más cómoda para revelar cosas sobre sí misma. Incluso sus fantasías.

Sin embargo, tampoco era ella quien debía responder a todas las preguntas. Era hora de volver las tornas un poco.

—¿Qué es lo que te excita a ti, Seth? —Se puso al otro lado del jacuzzi para quedar frente a ambos—. ¿Y a ti, Mike? Me gustaría saber sobre qué giran vuestras fantasías. Habladme de los tríos que habéis experimentado juntos.

Los labios de Mike se curvaron, como si supiera lo que ella estaba haciendo.

—Me pongo cachondo al ver a una mujer excitada. Ver cómo te corres, por ejemplo. Cuando estabas ahí con Seth, cabalgando sobre su polla. La forma en que echaste la cabeza hacia atrás, abandonándote a la sensación. Cuando te dejaste llevar así y te corriste aquello fue excitante. Ésas eran mis fantasías contigo. Que toda aquella profesional, recatada y decente Abby Lawson se desmelenara y se convirtiera en una salvaje cuando la follaran. —Inclinó la copa y bebió otro largo sorbo de champán, como si hablar de las cosas que lo excitaban le resultara muy fácil. Lamentaba que para ella no lo fuera.

—Mike y yo sólo hemos llevado a cabo unos pocos tríos, y casi todos sucedieron porque estábamos completamente borrachos y terminamos juntos en la cama. Nada que estuviera planeado. Nada como ahora, contigo —dijo Seth.

—¿Los dos tenéis un plan conmigo? —preguntó ella, levantando una ceja.

Seth se rió ligeramente.

—No es en realidad un plan. Sólo el deseo de complacerte.

—Bueno, ya lo habéis hecho.

—Oh, acabamos de empezar, Abby —intervino Mike, colocándose en el centro de la bañera y levantándose—. ¿Alguna vez te han lamido el coño dos hombres a la vez?

A ella se le volvió a secar la garganta e intentó tragar el gigantesco nudo que apareció de repente allí. Negó con la cabeza.

—Sécate y ve dentro. —Mike se dio media vuelta, salió y cogió unos albornoces que colgaban de una percha en la pared, justo detrás del jacuzzi. Extendió la mano y la sacó de la bañera, poniéndole encima uno de los largos albornoces de algodón. Seth salió detrás y agarró la botella de champán; Mike se hizo cargo de las copas y se dirigieron a la casa.

Abby los siguió en silencio, preguntándose que nuevos acontecimientos le tenían reservados. La anticipación duplicó el calor de su cuerpo, aumentando la sensación de sus pezones al rozar la suave bata de algodón.

Mike la condujo por un largo pasillo débilmente iluminado, hasta llegar a una puerta de dos hojas que se abría a un espacioso dormitorio, provisto de una cama monumental como pieza central del mismo. Unos postigos blancos daban al cuarto una sensación de luminosidad a pesar de lo avanzado de la hora, y la cama y el armario de madera blanca, a juego, lo hacían parecer todavía más luminoso.

—¿Cuánta gente duerme en esa cosa? —preguntó ella, contemplando con temor la cama y dándose cuenta después de lo que acababa de decir.

Idiota.

Pero Mike se echó a reír.

—Aquí no duerme nadie. Sólo yo. Me tumbo a mis anchas.

Gracias a Dios no se ofendía con facilidad.

—Lo siento. Es que es enorme.

—La mayoría de las mujeres dicen eso de mi polla —bromeó Mike.

Abby se echó a reír.

—Entonces habrá mucho espacio para nosotros tres —dijo Seth, poniéndose detrás de ella y apartando el cuello del albornoz para depositarle un beso en el hombro. Ella se estremeció y se le contrajeron los pezones.

Mike se acercó, le desató el albornoz y se lo abrió para deslizar las manos en torno a su cintura.

—¿Estás lo bastante caliente?

Ella asintió y él le quitó el albornoz del todo, luego le cogió las manos, la acompañó hasta la cama, y le dio la vuelta de modo que su trasero quedó contra el borde del colchón.

—Justo ahí. Quiero que puedas mirar.

¿Mirar qué?

Seth se colocó al lado de Mike y entonces ella dejó de pensar en hacer preguntas cuando ambos dejaron caer sus batas, permitiendo que se diera un festín con sus cuerpos.

Hombro con hombro, eran un compendio de contrastes. Mike era más alto y delgado. Seth más musculoso. Mike tenía el pene más largo. El de Seth era más grueso. El aura que desprendía Mike era de peligrosa excitación, mientras que Seth poseía un encanto sensual que a ella le parecía increíblemente atractivo.

¿Con cuál se quedaría? Si realmente se le presentara tal opción, no sabía a quién escogería. Aunque era una pregunta interesante.

Ellos extendieron la mano hacia ella al mismo tiempo, y no pudo evitar el pequeño jadeo que escapó de sus labios con el primer contacto de sus manos sobre sus pechos.

Seth se quedó quieto.

—¿Pasa algo?

—No. ¡Por Dios, no! Por favor, tócame.

Era increíblemente erótico tenerlos a ambos acariciándole la piel, sin saber donde la iban a tocar después. Aquello era un examen sensual de la cabeza a los pies, una exploración íntima de cada centímetro de su cuerpo. Seth le apartó el pelo para besarle el cuello, mientras Mike le frotaba los pezones con el pulgar. Seth deslizó una mano por su brazo y luego por la cadera, y Mike trazó una línea ascendente, apenas perceptible, con la yema de un dedo.

Una explosión de sensaciones se formó dentro de ella. Manos y bocas por todo su cuerpo, besándole la oreja, lamiendo sus pezones, acariciándole la espalda, ahuecándose en su sexo. Gimió, y Mike se apoderó de su boca, sumergiendo la lengua en ella al mismo que tiempo que un dedo —no sabía ni siquiera de quién—, se deslizaba en el interior de su vagina con movimientos lentos y deliberados. Sintió salir la inundación de cálida humedad. Sintió como la humedad se deslizaba fuera de ella, a la vez que la vibrante necesidad de la excitación sexual iba creciendo como una llama en su vientre.

—Separa las piernas, Abby —susurró Seth en su oído, deslizándose luego por su cuerpo, hasta quedar de rodillas ante ella.

—Observa —dijo Mike, separando la boca de la suya, para luego besar la curva de sus pechos, lamiéndole los pezones, el estómago y seguir bajando hasta que también él estuvo de rodillas, hombro con hombro, junto a Seth.

—¡Oh, Dios! —Cuando Mike recostó la cabeza entre sus piernas y sacó la lengua para lamer lenta y pausadamente su clitoris dilatado, se agarró al alto poste blanco de la cama para sostenerse. Estuvo a punto de caer a causa del calor y la humedad mientras él se movía a lo largo de su sensibilizada piel, pero se aferró al poste y se sujetó, mordiéndose el labio inferior, mientras miraba lo que le estaba haciendo.

Bebió de ella como un gatito lamiendo leche, a la vez que trazaba lentos círculos alrededor de su clitoris. ¡Oh, sí! Así era exactamente como le gustaba. Justo cuando empezaba a sentir las espirales del éxtasis envolviéndola, él se echó hacia atrás y Seth ocupó su lugar, cubriendo por completo el montículo y succionándole el clitoris entre los dientes. La sensación era distinta de la que le había provocado Mike, había sido tan erótico verlo succionar de ese modo su clitoris.

Se asió a la cama como si fuera un salvavidas, y miró a aquellos dos hombres, mientras ellos se turnaban para lamerla, llevándola cada vez más cerca del orgasmo que necesitaba con la misma desesperación que un adicto su siguiente dosis. En ese instante se sentía como una adicta. Necesitada de esas sensaciones, de que aquel placer desesperante continuara sin cesar, y de ese escenario, perverso e inmoral que habían preparado para ella. Le parecía que era una reina a quien sus hombres rendían honores, y aquello le gustaba, le encantaba, y no quería que acabara nunca.

Pero la tensión creció, su resbaladizo y caliente núcleo se derritió bajo sus lenguas. Se arqueó contra sus caras cuando el torbellino empezó a dar vueltas sin control, gimiendo en voz alta, sin importarle ya exigir a gritos lo que podían proporcionarle. Tenían los rostros húmedos, cubiertos con su flujo, y aquello la excitó incluso más, al saber que se trataba de su propia humedad. Una parte de ella quería caer al suelo para lamer de sus caras el rocío de su propio cuerpo. Se sentía salvaje y completamente fuera de control.

Mike le introdujo dos dedos en el coño y los empujó con fuerza. Ella estuvo a punto de echarse a llorar de placer, y casi gritó de desesperación cuando los sacó.

—Shhh, nena, está bien —dijo él.

Después movió los dedos detrás de ella, le separó las nalgas y le humedeció el ano con su propia esencia. Seth le aspiró el clitoris y deslizó los dedos dentro del coño, reparando así la sensación de pérdida con sus gruesos dedos y follando su vagina mientras Mike le excitaba el ano con los suyos.

¡Oh! Estas sensaciones eran nuevas y totalmente increíbles.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a Mike en un susurro.

—Voy a joderte el culo con el dedo —respondió él, manteniendo los ojos fijos en los suyos mientras le separaba las nalgas con una mano y deslizaba un dedo entre la barrera apretada de su ano.

Seth movió los dedos hacia arriba y hacia abajo, y le lamió el clítoris con lengüetazos deliciosamente lentos y perversos. Ella gritó de placer cuando el dedo de Mike invadió su ano.

Aquella fiera invasión de sus orificios por parte de aquellos dos hombres, era su sueño, su fantasía.

—Sí, Mike, Fóllame ahí —pidió ella; su ano aferró su dedo cuando lo introdujo por completo. Bajó la vista hacia Seth, observando cómo trazaba círculos alrededor de su clítoris con la lengua, como lo aspiraba entre sus labios y vio lo empapada que estaba su mano.

—Quiero correrme —sollozó, empujando las caderas contra los dedos invasores al sentir las tensas espirales de deseo a punto de estallar.

Seth en ese momento la estaba excitando con la lengua, con movimientos tan rápidos que explotó contra su boca con un grito, clavando las uñas en el poste de madera. Su coño y su ano se contrajeron en torno a los dedos y el flujo se derramó por sus piernas, presa de un orgasmo tan potente que cayó sobre la cama, temblando.

Permaneció allí tumbada durante largo rato, sin importarle que ellos sacaran los dedos y abandonaran momentáneamente la habitación. Durante un buen rato continuó experimentando diminutas réplicas del orgasmo inicial, y sonrió.

—¡Guau! —susurró, sin dirigirse a nadie en especial.

—Lo mismo digo.

Abrió los ojos y vio a Seth de pie sobre ella, sonriendo de oreja a oreja. Quería devolverle lo que él le había dado. Él y Mike, los dos. Dios, debía de haber sido el orgasmo más maravilloso de su vida. Cuando Mike se puso a su lado, los miró a ambos y entendió el significado de la expresión "rabiosamente duro". Ambos estaban dolorosamente empalmados.

Aquella escena había sido montada única y exclusivamente para su disfrute, cosa que nunca antes había experimentado.

Con Chad no, desde luego. Le sorprendía que hubiera hombres dispuestos a retrasar su propia liberación para darle placer a ella.

Abby tenía mucho que aprender sobre el sexo.

Y era una estudiante muy impaciente.

Capítulo 8

Abby tenía el aspecto de una diosa, tumbada en la cama, con el cuerpo enrojecido por efecto del orgasmo y las piernas completamente abiertas. El pecho se le movía cada vez que respiraba y parecía estar absolutamente feliz. Seth le dirigió una sonrisa, deseando besarla, abrazarla y quererla para siempre.

Sin embargo, esas eran emociones a las que no estaba preparado para enfrentarse.

Como Mike le recordó, esta noche era para joder y nada más.

Y francamente, eso era lo único que estaba dispuesto a hacer. Cualquier otra cosa le encaminaría directamente al desastre otra vez.

Por supuesto, ella tenía un aspecto endemoniadamente apetitoso, con la vulva hinchada y húmeda, y suplicando a gritos una polla. Tenía los testículos tan apretados y tensos que palpitaban. Ansiaba enterrarse en su pequeño coño apretado y embestir sin parar, hasta lanzar un aullido largo y estridente, lanzando una tonelada de semen dentro de ella.

Y sabía exactamente donde quería estar Mike.

—Ponte boca abajo, Abby —dijo Mike.

Ella arqueó una ceja, con una sonrisa satisfecha en la cara.

—Sí, mi capitán.

Mike lanzó unas cuantas almohadas al centro de la cama y colocó el vientre de Abby encima de ellas. Hizo intención de subirse, pero Seth le puso una mano en el hombro.

—Espera un segundo. Quiero follarla yo así primero.

Mike se encogió de hombros.

—Muy bien. A mí puede chupármela. Me muero por tener esos pequeños y calientes labios alrededor de mi polla.

La idea de ver a Abby chupando a Mike excitaba a Seth más de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero demonios, le gustaba ver porno, y las felaciones siempre le ponían cachondo. El pene de Mike era enorme y él siempre disfrutaba viendo a las mujeres succionándolo. Ver a Abby haciéndolo mientras Seth la follaba sólo haría que la experiencia fuera más intensa.

Se colocó entre las piernas de Abby, deteniéndose un instante a admirar el espectáculo del trasero de Abby. Tumbada de aquella forma, ofrecía una visión perfecta de su ano y de su vulva húmeda y brillante a causa de su orgasmo. Mike se deslizó en la cama, a la altura de la cabeza de Abby, extendió las piernas y le colocó la polla directamente en la boca.

—Chúpamela, Abby —ordenó Mike.

Seth situó su pene en la entrada de su coño mientras ella aceptaba la cabeza del de Mike entre sus labios. Se estremeció al recordar la sensación que provocaba tener su cálida boca rodeándole la polla. Fue avanzando lentamente en su coño, cerrando los ojos y gimiendo cuando lo envolvió el húmedo calor de su vagina.

—Estás muy apretada, Abby. Me absorbes, me oprimes, tiras de mí. —Se movió poco a poco hacia atrás y se lanzó hacia delante, introduciéndosela con cuidado, mientras contemplaba

como sus labios descendían lentamente sobre el miembro de Mike, y el modo en que su pequeña lengua sonrosada salía rápidamente de su boca para lamer toda la longitud de su pene.

No sabía que era mejor, si follarla o que le hiciera una mamada. Una cosa era segura: Abby disfrutaba realmente del sexo. Y no había nada mejor que una mujer que disfrutara abiertamente follando.

Abby se encontraba nuevamente entre dos pollas y deleitándose con las dos. El pene de Mike que se deslizaba entre sus labios tenía una textura y un sabor muy diferentes al de Seth. Su boca no era capaz de abarcarlo tanto como al de Seth, y desde luego Seth no tenía una polla pequeña. Pero la de Mike era monstruosamente grande y a duras penas le cabía la mitad en la boca. Aunque él iba con mucho cuidado y apenas se movía contra sus labios para no llevarla demasiado lejos contra los suaves tejidos del fondo de la garganta.

Estudió los ojos entrecerrados de Mike mientras la chupaba, la manera en queladeaba la cabeza y se concentraba en su boca, como si separara la emoción de la experiencia. Tan diferente de Seth, quien en su momento pareció profundamente conectado a ella, expresando a cada instante su placer. Seth la había mirado a los ojos. Mike miraba su boca.

Aunque odiara compararlos a los dos, no pudo por menos que notar las diferencias en sus reacciones ante lo que ella les hacía.

Mike le cogió la barbilla.

—Abby, ¿alguna vez te han follado el culo?

Ella se detuvo, mientras él retiraba el pene.

—No.

Él dirigió la vista hacia Seth.

—Ponte debajo. Yo quiero su culo.

Ella se estremeció ante la sombría promesa de su voz. Seth se retiró, la incorporó y lanzó las almohadas al suelo. Rodó sobre ella y se tumbó de espaldas, poniendo a Abby a horcajadas sobre él.

—Móntate en mi polla —dijo Seth, sujetándole las caderas—. Fóllala.

La urgencia se apoderó de la habitación, una gruesa pared de tensa excitación envolvió a Abby. Se estremeció, se levantó y se deslizó sobre el pene de Seth, frotando el clítoris en cada glorioso centímetro mientras la penetraba. Apoyó las manos a ambos lados de sus hombros y se alzó y descendió, controlando el ritmo. Seth le acarició los pechos, rozándole los pezones con los pulgares. La sensación le tensó de inmediato el clítoris, produciéndole una espiral de sensaciones, una especie de torbellino de impulsos eléctricos.

Mike, a su espalda, le apartó el pelo y le besó el cuello.

—Tumbate encima de Seth, nena.

Ella obedeció y entonces Mike le besó la curva de la espalda, deteniéndose al llegar al punto en el que ésta se unía a sus nalgas.

—Hueles maravillosamente, Abby —dijo él—. Por todas partes.

En esta posición, oía a Mike, notaba lo que le hacía, pero sólo podía ver a Seth, quien hundió los dedos en su pelo y la atrajo para darle un beso. Mientras lo hacía, Mike le separó las nalgas y continuó besando su cuerpo. Contuvo el aliento cuando sintió la humedad cálida de su lengua invadiendo su ano.

¡Ah, Dios! ¿Qué le estaba haciendo? La sensibilidad de aquel lugar la llevó inmediatamente a lanzar un salvaje gemido contra los labios de Seth.

Abrió mucho los ojos e interrumpió el beso, pero Seth la volvió a atraer hacia sí, devorándole la boca mientras Mike realizaba perversidades en su ano con la lengua.

¡Oh, Dios, aquello era sensacional! Cada una de las locas fantasías que había tenido, cobró vida con la lengua invasora de Mike. Incluso se preguntó si Seth estaría notando la lengua de Mike en los testículos y el pene. ¡Oh, qué maldad! Imaginarlo hizo que su coño se contrajera

contra la polla de Seth, y éste lanzó un gemido, le succionó la lengua y se introdujo más profundamente en su vagina.

Su clítoris se arrastraba sobre la pelvis de Seth con cada movimiento; con aquella duplicidad de sensaciones era capaz de correrse fácilmente. Sin embargo se contuvo ya que deseaba culminar una vez realizadas sus más íntimas fantasías. Cuando Mike se movió a su espalada y sintió que algo frío y húmedo le cubría el ano, jadeó contra la boca de Seth, esperando la invasión.

—Relájate, Abby —dijo Mike detrás de ella—. Voy a ir despacio.

Ella no podía relajarse. Estaba agitada, excitada, al borde del orgasmo y desesperada por ser invadida de inmediato por dos pollas. Se había masturbado innumerables veces con esa fantasía y disfrutado de la idea de ser follada por partida doble. Y ahora, eso estaba a punto de convertirse en realidad.

Mike presionó la gruesa cabeza de su pene contra su ano, abriéndose paso entre los músculos apretados. Aquello quemaba, pero ella ya se lo esperaba y no hizo caso, permitiéndole que se deslizara fácilmente a través de la barrera. Seth la sostuvo, le acarició el pelo e interrumpió sus propios movimientos, mientras ella se acostumbraba a la polla de Mike en su interior. Ella esperó a que su cuerpo aceptara toda la longitud de Mike, saboreando cada sensación. Mike introdujo lentamente cada centímetro, enviando vibraciones por todo su cuerpo. Cuando Mike empujó más las paredes vaginales contra Seth, su coño se aferró con más fuerza a la polla de éste. El clítoris golpeaba la piel de Seth cada vez que Mike se retiraba un poco. Y su ano estaba colmado por los gloriosos centímetros del pene de Mike.

Estaba sucediendo de verdad. Realmente la estaban follando dos hombres. Dios, sentía no poder grabarlo en video para poder masturbarse viéndolo, muchas veces. Era mucho mejor que hacerlo ella misma con dos vibradores. Unas pollas de verdad, de carne caliente y pulsante, separadas tan sólo por una delgada barrera, moviéndose dentro de ella. Casi podían joderse el uno al otro.

Y aquella sí que era una idea atrevida. Ni siquiera se había dado cuenta nunca de que pudiera excitarla tanto un hombre con otro, y sin embargo, ahora sabía que probablemente los testículos de ambos estuvieran tocándose.

¿Se daban cuenta ellos? ¿Les excitaba? Esperaba que sí, porque a ella le sucedía. Sus fantasías siempre estaban saturadas con lo prohibido. Pero aquella noche eran su realidad.

—¿Os sentís el uno al otro? —preguntó, necesitando saberlo.

—Sí —respondió Seth, con los ojos oscurecidos de pasión. Se elevó, empujando hasta el fondo, y su coño lo aferró como un torno, arrancándole un siseo.

—¿Eso te excita, Abby? —preguntó Mike—. ¿Pensar que ambos podemos notar la polla del otro moviéndose dentro de ti?

—Sí —contestó ella sin vacilar, arqueándose hacia atrás contra su pene. Él respondió follándole el ano con más fuerza.

Y entonces, se encontró volando sobre el abismo sin poder contenerse.

—¡Oh, me voy a correr! —No sabía qué hacer para pararlo, pero la sensación de plenitud, de saber que ambos se estaban jodiendo el uno al otro, era una fantasía que la hacía tambalearse.

Su clítoris estalló y lanzó un grito, contrayéndose alrededor de ellos, mientras se retorció, se aferraba a ellos y volvía a moverse contra los dos. Entonces ambos empezaron a moverse, entrando y saliendo de ella con furia, uno por delante, el otro por detrás, con un ritmo que hizo que el orgasmo alcanzara de nuevo su punto máximo, empapándolos con su propia humedad mientras experimentaba un estremecimiento tras otro.

Era como caer en un agujero negro; no podía hablar, sólo follar con ambos como una salvaje, arañando el pecho de Seth. Mike se inclinó sobre ella, le introdujo por completo la polla en el ano, la mordió en la nuca y gruñó mientras metía y sacaba el pene con golpes fuertes y violentos.

A ella no le importó. Deseaba el dolor, deseaba volver a correrse. Cuando lo hizo, su grito fue aún más fuerte. En esta ocasión elevó los glúteos, separándose del pecho de Seth para acercarse a Mike, y giró la cabeza para devorarle los labios. Debió de morderle porque notó el sabor de la sangre. Él gruñó y se rió, con un sonido sombrío y demoníaco. Le asió los pechos, le pellizcó los pezones, se estremeció contra ella y lanzó un juramento al correrse.

Bajo ella, Seth asió sus caderas con fuerza, clavándole los dedos al tiempo que la obligaba a descender sobre su polla. Ella apartó la boca de la de Mike y clavó los ojos en él, en su cara tan llena de placer que era casi doloroso ver como se corría, arqueándose salvajemente contra ella, impulsando las caderas hacia arriba y moviéndose violentamente bajo su cuerpo.

Ella jadeaba, apenas podía moverse. Estaba cubierta de sudor y sabía que estaba hecha un asco, pero jamás se había sentido tan femenina, tan salvaje ni tan saciada en toda su vida. El agotamiento se apoderó de ella y se desplomó mientras Mike se retiraba y la apartaba de Seth. Entre los dos la llevaron a la ducha, la secaron y la metieron en la cama, pero ella fue sólo vagamente consciente de todo eso y agradeció la dichosa oscuridad cuando se apagó la luz.

A cada lado de ella se acostó un cuerpo caliente, y sonrió mientras se iba quedando dormida, pensando que cualquier chica podía llegar a acostumbrarse a aquello.

Capítulo 9

Abby despertó con la luz del sol introduciéndose en la habitación y brillando sobre su cara. Ardiente.

Y en una cama muy grande y muy vacía.

Una cama que no era la suya. Se incorporó de un salto, momentáneamente desorientada. Entonces lo recordó todo de golpe y se apartó el pelo de la cara.

¡Ah sí! Era la cama de Mike. El lugar donde la noche anterior había tenido un sexo verdaderamente salvaje. Con dos hombres asombrosos.

Lo había hecho. Se había liberado de los últimos vestigios que quedaban de la aburrida, sumisa y estúpida ex esposa de Chad. Por primera vez tenía la sensación de ser una mujer independiente y sensual. En resumen, ahora se sentía endemoniadamente mundana.

Elevó las manos por encima de la cabeza con una media sonrisa satisfecha, se estiró, bostezó, salió de la cama y caminó suavemente por el pasillo, en busca de sus compañeros de sexo.

En la cocina no había nadie, pero descubrió una jarra de café que consiguió que se le abrieran los ojos de golpe. Y una taza vacía. Se sirvió y se encaminó a la puerta de atrás, desde donde vio a Seth nadando en la piscina.

Desnudo, por supuesto. Se apoyó contra la puerta y bebió unos sorbos de café, complacida con la visión del poderoso cuerpo de Seth surcando el agua. El sol de la mañana se reflejaba en la superficie de la piscina, bañando su cuerpo con un brillo dorado. Sus nalgas tersas aparecían y desaparecían mientras oscilaba de un lado a otro. Suspiró de placer ante la imagen que ofrecía.

Realmente le gustaba aquello del desnudo integral. Sobre todo cuando dos hombres tan magníficos se paseaban sin ropa a su alrededor.

Cuando Seth llegó al extremo más alejado, se sumergió y desapareció. Abby esperó. Y siguió esperando. Preocupada, cruzó la puerta abierta y se acercó al borde de la piscina, mirando atentamente el agua transparente.

Vale, ya llevaba demasiado tiempo sumergido.

Justo cuando estaba a punto de dejar la taza y zambullirse para buscarlo, la cabeza de Set emergió de golpe, directamente a sus pies.

—Buenos días preciosa.

El alivio la inundó.

—Creí que te habías ahogado.

Él exhibió una ancha sonrisa.

—Tu preocupación me conmueve. —Sacó los brazos del agua y los apoyó en el borde de la piscina—. ¿Me estabas mirando?

—Sí. Desde la puerta.

—En el colegio formaba parte del equipo de natación. No te preocupes, puedo aguantar mucho tiempo debajo del agua.

Aguantar debajo. Aquellas palabras le aceleraron el corazón de un modo que no tenía nada que ver con la natación. Habría pensado que después de las actividades de la noche anterior, lo más alejado de su mente sería el sexo. Estaba dolorida en sitios que no habían sido usados desde... bueno, que no se habían usado nunca. Pero era un malestar muy placentero.

—Ven aquí conmigo.

Un chapuzón mañanero parecía algo celestial.

—De acuerdo.

Depositó la taza en una mesa cercana y se zambulló en el extremo más profundo. El agua estaba fría lo que hizo que desaparecieran las últimas telarañas de su cerebro. Seth se reunió con ella en medio de la piscina y emergieron juntos.

Ella se echó el pelo hacia atrás y parpadeó para quitarse el agua de los ojos.

—¿Dónde está Mike?

—Se ha ido a la clínica para comprobar el estado del perro que operó ayer. Volverá enseguida. —Seth le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí—. Pero de momento estamos solos.

Ella era más ligera en el agua, de modo que le resultó fácil poner las piernas alrededor de la cintura de Seth. Su vagina entró inmediatamente en contacto con una polla muy dura. Sonrió de oreja a oreja y le rodeó el cuello con los brazos.

—Cierto. ¿Qué vas a hacer al respecto?

A él se le oscurecieron los ojos y su sonrisa, habitualmente tranquila y despreocupada, murió y fue sustituida por una expresión tan intensa que le produjo una acumulación de calor entre las piernas.

—Voy a follarte. Con fuerza. Exactamente aquí. —Cruzó la piscina hasta que la espalda de ella chocó contra el borde. Antes de que le diera tiempo a respirar, tenía su pene dentro.

La sensación de su miembro desnudo en su interior fue tan salvajemente erótica que lanzó un grito ahogado y se impulsó hacia arriba. A él se le dilataron los ojos y luego sonrió de oreja a oreja cuando ella se desmoronó, con un orgasmo que los pilló a ambos por sorpresa.

Jamás se había corrido tan rápido. No era propio de ella, sin embargo entre sus brazos llegó al clímax con una aguda e intensa explosión de placer que la hizo subir como un rayo. La boca de él cubrió la suya, zambulléndole la lengua al tiempo que arremetía con tanta fuerza que el borde de la piscina le arañó la espalda. Le dio la bienvenida al dolor y disfrutó del orgasmo de él casi tanto como del propio.

Permanecieron unidos, jadeando durante unos segundos, luego Seth se rió.

—Eso ha sido un polvo rápido —murmuró contra su cuello.

Abby se echó a reír y se inclinó hacia atrás, sonriéndole.

—Pero un gran polvo.

Él la besó, y esta vez saboreó dulcemente sus labios con besos lentos y modelados, que parecían... sentimentales. A Abby se le contrajo el corazón, el estómago le dio un vuelco ante la forma en que la sostenía, la tocaba y acariciaba cariñosamente con la boca.

Cuando se apartó, su mirada era tan intensa que ella contuvo el aliento.

—Abby, necesito decir algo...

—¿Habéis estado follando sin mí esta mañana?

Ella levantó la cabeza de golpe y dirigió la vista hacia la intensa luz del sol. El cuerpo de Mike quedaba en sombras, alto e imponente contra la brillante luz.

—Hola.

—Demonios, claro que estábamos follando sin ti —contestó Seth, apartándose de ella y saliendo del agua—. ¿No creerías que íbamos a esperarte, verdad? —Cogió una toalla y se secó.

Abby se preguntó que sería lo que Seth estaba a punto de decirle antes de que Mike apareciera. A juzgar por la seriedad de su rostro, parecía ser algo importante.

—No, sabía que no ibas a esperar. Maldición, yo tampoco lo habría hecho —respondió Mike, guiñándole un ojo a Abby.

Ella sonrió y asió la mano extendida de Mike. Él la sacó de la piscina y le entregó una toalla.

—Pareces una sirena, completamente mojada y recién follada.

Ella soltó una risita.

—¡Vaya, gracias! —Él iba vestido con unos vaqueros y un polo—. ¿Cómo está el paciente?

—Recuperándose. He traído el desayuno. ¿Tienes hambre?

Ella lo siguió a la cocina.

—Estoy hambrienta. Y desnuda. Tengo que ducharme y vestirme.

—De momento ponte una de mis camisetas. Están en el cajón de arriba de la cómoda.

Después de una ducha rápida, se puso una de las enormes camisetas de Mike, que era tan grande que le quedaba como un vestido por encima de las rodillas. Para cuando volvió a entrar en la cocina, Mike ya había preparado los croissants calientes con mermelada, el zumo y otra taza de aromático café. Cuando entró, tanto Mike como Seth levantaron la vista de la mesa y la miraron con una expresión hambrienta en los ojos.

Caramba, tenía el pelo hecho un lío, húmedo y enmarañado, y vestía una de las camisetas de Mike que debía ser unas diez tallas mayor que la suya. Era prácticamente un antídoto contra la lujuria.

Suponiendo que aquella expresión hambrienta era por la comida que había sobre la mesa, cogió un croissant, una silla y empezó a comer con entusiasmo. Su estómago protestó ruidosamente ante los deliciosos olores. Era evidente que una gran cantidad de horas de sexo, despertaba el apetito.

Una vez satisfecha su hambre de comida, se preguntó qué iba a pasar a continuación. La única ropa que tenía era el vestido ajustado de la noche anterior. Y aunque no le apetecía dar por finalizada aquella mágica fantasía, al igual que a Cenicienta, el reloj había dado la medianoche y la fiesta había terminado. Era hora de volver a la antigua Abby y a la monotonía de su vida normal.

—Tengo que volver a casa —dijo, bebiéndose el último sorbo de zumo de naranja.

—Yo puedo llevarte —se ofreció Seth—. Tengo algo de papeleo en la oficina.

—Genial.

Mike se recostó en la silla y le sonrió mientras se terminaba el café. Seth hizo lo mismo. De repente se sintió como si estuviera en un escenario, en el primer acto de una comedia, y a punto de fracasar porque no se le ocurría una sola cosa que decir.

Ellos la observaban expectantes. ¿Pero por qué?

Porque se trata del ajedrez, te toca mover, idiota.

¡Guau! Aquello era embarazoso. ¿Cómo iba a arreglárselas? *Ehh, gracias por ese gran trío, chicos. Ha sido el mejor polvo de mi vida.* No, eso quedaba frío. Y se sentía demasiado caliente y cómoda por dentro para convertirlo en algo tan... falto de emoción.

Aunque, la verdad, ¿qué pintaban allí las emociones?

A veces el mejor movimiento era sencillamente reconocer la derrota. Admitámoslo, la noche anterior fue la representación de una fantasía y de un papel. A la fría luz del día, seguía siendo Abby Lawson y no tenía ni idea de cómo comportarse con dos hombres maravillosos y viriles que la miraban fijamente con la esperanza reflejada en sus caras.

—Dejad que limpie esto y luego me... vestiré. Tengo muchas cosas que hacer en casa —Inclinó la cabeza y empezó a quitar las servilletas, los platos y los restos del desayuno, con la esperanza de que ninguno de ellos hablara o que, Dios no lo quisiera, se moviera de la silla.

La osadía de la noche anterior había desaparecido, sustituida por su terror habitual. Aquí estaba fuera de su elemento. Sin poder mover la lengua, nerviosa y temblándole las manos, tiró los restos a la basura, aclaró los platos y los metió en el lavaplatos vacío.

—Abby.

Ella se congeló ante el sonido de la voz grave de Mike a su espalda, sin ni siquiera darse cuenta de que él se le había acercado furtivamente por detrás. Cuando le rodeó la cintura con un brazo, pegó un salto y se dio media vuelta.

—Maldita sea, mujer. Esta mañana estás muy tensa.

Apartándose de un soplido un mechón de pelo de la cara, esbozó una deslumbrante sonrisa, con la esperanza de disimular su incomodidad.

—Lo siento. Sólo estaba repasando la lista de las cosas que tengo que hacer. Dentro de unos días tengo que entregar un documento final y necesito empezar a trabajar en él.

—¿Qué sucede?

Echó un vistazo hacia la mesa del rincón y se dio cuenta de que Seth había abandonado la cocina.

—Nada. —*Aparte del hecho de que tu cercanía me está haciendo comprender que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.*

Tenía que salir de allí.

—Te late el corazón como el de un caballo después de correr un cuarto de milla. Tranquilízate y dime que es lo que pasa.

Ella se le quedó mirando el torso, percatándose de que sus pechos estaban aplastados contra la dura superficie de sus pectorales. No era de extrañar que notara los latidos de su corazón. Respiró hondo, con lo cual sólo consiguió que se le impregnaran los sentidos del fresco aroma del jabón que utilizaba. Quería enterrar la nariz en su cuello, rodearlo con las piernas y suplicarle que volviera a follarla; deseaba negar la realidad y su monótona existencia, y vivir para siempre en este mundo de fantasía.

Le dio una palmada en el pecho con un suspiro y lo empujó con cuidado. Él retrocedió un paso, interpretando la señal. Entonces ella lo miró y, como siempre, se perdió de inmediato en sus ojos azules.

—Sólo estoy sintiendo la realidad de todo esto.

Su sonrisa y su asentimiento, ayudaron.

—Está bien. Anoche pasamos un muy buen rato. Nada de ataduras. —Le abarcó el cuello y la obligó a acercarse para darle un beso que empezó siendo tranquilo y amistoso, pero que se convirtió rápidamente en algo más.

¡Dios, con qué facilidad era capaz de perderse en él! Su magnetismo dominante y la manera en que se hacía con el mando, la conducían hasta un lugar escondido dentro de su propia cabeza, en el que habitaba aquella criatura salvaje e indómita. En cuestión de segundos estaba mojada, con el clítoris palpitando y el coño dolorido por la necesidad de su polla. Él presionó toda la longitud de su miembro contra su muslo, insistiendo, exigiendo, meciéndose contra ella, hasta que asió su camisa y gimoteó contra su boca.

—Sí —susurró él contra su cuello cuando apartó los labios—. Aquí. Ahora mismo.

Le levantó la camiseta que vestía, abarcando su coño desnudo con su enorme mano. Ella se arqueó ante el contacto, sin pensar en dónde estaban y sin preocuparse de que Seth fuera a entrar.

—Ya estás condenadamente húmeda, Abby. ¿Quieres mi polla en tu coño?

—Ya sabes que sí. Fóllame. —Extendió las piernas, mordiéndose el labio inferior, mientras él se desabrochaba los vaqueros y se los bajaba a medias, liberando su pene. Le asió las nalgas con una mano y la levantó, empalándola con su miembro.

Ella se deslizó en él, desechando la idea de la facilidad con la que cualquiera de aquellos hombres podía poseerla; que bastaría con que chasquearan los dedos para que ella estuviera húmeda y preparada para ellos. En aquel instante le importaba una mierda. Estaba siendo follada y le encantaba.

—¡Tan caliente! ¡Cristo, Abby, estás muy apretada! Uno de los mejores polvos que he tenido en la vida. —Su voz era pastosa y grave, y multiplicó por diez el deseo de ella.

Apoyó las manos en la repisa del fregadero que tenía a la espalda y empezó a ascender y descender sobre su polla, permitiendo que el clítoris se arrastrara a lo largo de su miembro. Olas de placer se apoderaron de su coño, tensándola.

—Más fuerte —exigió, con la vista clavada en la de él, observando la expresión atormentada de su cara mientras le oprimía las nalgas y le hundía los dedos en ellas. Se retiró y embistió de golpe contra ella, golpeándole el clítoris y haciendo que gritara de dolor y de éxtasis.

—Sí, eso es. Fóllame fuerte.

Apretó los dientes y se sostuvo, los brazos temblando, y el clítoris dilatado mientras la espiral de tensión se iba haciendo cada vez más intensa.

—Me voy a correr en tu polla, Mike.

La volvía loca, la hacía sentirse perversa. Le encantaba.

—Córrete para mí, Abby. Conmigo.

—Sí, ¡Sí, me estoy corriendo! —Luego ya no pudo contenerse, cuando las oleadas se estrellaron dentro de ella, inundándolo con sus fluidos. Lanzó un grito por la intensidad de su orgasmo. Mike la sujetó y la aplastó contra él, gruñendo mientras se corría, introduciendo profundamente su pene en ella, estremeciéndose y sacudiéndose al alcanzar el clímax.

Ella soltó el fregadero y le rodeó con los brazos, lamiendo el sudor salado de su cuello hasta que la dejó de pie en el suelo. Se sujetó a él unos segundos, temblorosa todavía, preguntándose qué acababa de pasarle.

Dios, había perdido el control. Estaba a punto de vestirse para marcharse cuando él susurró su nombre y se lanzó a por él.

—Seth ha ido a ducharse. No tardará en volver. Si quieres te puedes lavar en otro cuarto de baño.

Casi no pudo mirarlo a los ojos, él parecía poco afectado por lo que acaba de pasar, mientras que lo único que ella quería era acurrucarse en el suelo y llorar.

—De acuerdo. Espera a que coja mi ropa.

Le dirigió una sonrisa desenfadada, con tanta despreocupación como le fue posible, y se alejó por el pasillo, recogiendo su vestido en la sala de estar y yendo en busca del cuarto de baño de invitados. Después de darse una ducha rápida, se puso el vestido, se arregló el pelo con los dedos y se entretuvo unos segundos para recobrar el aliento.

Un golpe en la puerta la hizo volverse con el corazón desbocado.

Por el amor de Dios, Abby. Domínate.

—¿Sí?

—Soy Mike. ¿Puedo pasar?

—Ehh, claro. —Se apoyó en el lavabo, tratando de parecer tranquila y relajada y ofreciéndole una sonrisa cuando entró y cerró la puerta—. Ya estoy casi lista para irme.

—Puedes quedarte si quieres. No estoy intentando echarte. —Se apoyó contra la puerta cerrada y se cruzó de brazos—. Aunque me da la sensación que estás deseando largarte de aquí.

—¡No! ¡No es eso para nada! Es que tengo muchas cosas que hacer en casa.

—¡Oh!

Se le daba fatal eso de la despreocupación.

—Lo he pasado muy bien, Mike. De verdad. Gracias. Esto ha... superado mis fantasías más salvajes. Estar con Seth y contigo esta noche ha sido...

—Quiero volver a verte.

Ella se interrumpió a media frase.

—¿Sí?

—Sí. Sal conmigo esta noche.

Ella sabía que tenía la boca abierta, pero francamente, no se esperaba aquello.

—Contigo.

—Sí.

—Esta noche.

—Sí.

—¿Sólo tú y yo?

Él arqueó una ceja.

—¿Deseas otro trío?

Aquella era la pregunta del millón. ¿Deseaba otro trío? ¿Quería salir con Mike? Demonios, en ese momento el cerebro no le funcionaba en absoluto. Mike acababa de pedirle que saliera con él. Ella simplemente se limitó a suponer que se refería a los dos.

¿Qué era lo que quería?

—Tengo que pensarlo.

—¿De verdad?

—¡Oh, no es lo que piensas! Quiero decir que es un honor que me pidas que salga contigo. Cualquier mujer se excitaría si le pidieras que saliera contigo, Mike. Creo que lo sabes. Pero honradamente, ahora mismo no me funcionan las neuronas. Necesito irme a mi casa y reorganizarme.

Él se rió.

—De acuerdo. Te llamaré después.

Esperaba no acabar de insultarlo, pero realmente no sabía lo que quería en ese momento. Aunque sí lo que necesitaba: distancia y tiempo para pensar.

Mike abrió la puerta y la dejó salir. Seth estaba esperando en la sala de estar y ladeó la cabeza con curiosidad al ver que Mike y ella salían del mismo cuarto de baño.

—¿Estás lista? —preguntó él.

—Sí. —Se volvió hacia Mike—. Gracias de nuevo. Por todo.

Él la besó ligeramente en los labios, pasándole el pulgar por el labio inferior.

—Te llamaré luego.

Le hormigüeo el labio en el punto donde él lo había tocado y su siguiente respiración fue temblorosa.

—De acuerdo.

El viaje de vuelta a su casa en compañía de Seth fue extrañamente silencioso. Y tampoco fue un silencio cómodo. Lo notaba irritado por algo, pero no quería ser ella quien lo rompiera.

Seguro que no estaba celoso de que hubiera pasado un rato a solas con Mike, ¿verdad?

¡Oh, desde luego, Abby! Eres tan increíblemente deseable que ahora estos dos hombres van a pelearse por ti.

Era asombrosa la cantidad de tiempo que podía pasarse en el mundo de la fantasía.

Cuando Seth entró en su complejo de apartamentos, Abby estaba convencida de que él tan sólo estaba deseando dejarla y librarse de ella. Sin embargo, cuando se soltó el cinturón de seguridad y asió el tirador, él le puso una mano en el brazo.

—Abby, espera.

Ella se detuvo, sabiendo que le iba a decir algo agradable como *gracias por una gran noche*.

—Sal conmigo esta noche.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Sé que es una tontería, pero todo el camino hasta aquí he estado intentando averiguar cuál sería el modo correcto de plantear esta pregunta sin que pareciera que lo único que quería era volver a joder contigo. Pero es más que eso. Aunque también quiera volver a follarte —añadió con una seductora sonrisa.

A ella se le cerró la garganta e intentó respirar. De acuerdo, aquello no podía estar pasándole. Mike le pedía que saliera con él. Seth lo mismo. Tenía la cabeza hecha un lío y no sabía qué hacer con todo aquello.

¿Quería verlos a cualquiera de ellos otra vez? ¿Y qué quería decir eso?

—Su... supongo que estaría bien —barbotó. Luego se dio cuenta de que Mike se lo había pedido primero. ¿Existía algún tipo de protocolo para esto? ¿Había alguna razón para que le dijera que sí a Seth cuando antes le había dicho a Mike que tenía que pensar?

Sus células cerebrales necesitaban recuperarse. No cabía ninguna duda.

Él resopló.

—Bueno, eso es entusiasmo.

Ella se frotó el punto palpitante entre las cejas que anunciaba el comienzo de un dolor de cabeza.

—Lo siento. Creo que necesito echar una cabezada.

—Esta tarde te llamo y lo hablamos. Vete a descansar. —Se inclinó hacia ella y presionó los labios contra los suyos; su aliento era fresco y sabía a canela. Deseó quedarse en el coche y lamerle los labios, zambullirse en su abrazo e invitarlo a entrar en su casa. No quería dejar que se fuera. Sin embargo, también necesitaba espacio.

¿Confusa, Abby?

Abrió la puerta de su apartamento, la cerró, tiró el bolso al suelo, se quitó los zapatos y se desplomó en la silla más próxima.

Acababa de quedar con Seth para salir esa noche. Y Mike iba a llamarla para conocer la respuesta a su proposición de tener una cita esa noche.

Joder con ambos era una cosa. Citarse con los dos otra completamente distinta. Y obviamente, era un desastre a la hora de compaginar varias citas, porque ella lo había complicado todo por no contestar a Mike primero.

¿Qué demonios se suponía que iba a hacer ahora?

Capítulo 10

Abby miraba fijamente el teléfono, esperando a que sonara. Todavía no tenía ni idea de lo que iba a decirle a Mike cuando llamara.

Suponía que podía intentar decirle la verdad. No era una buena mentirosa. Chad era un maestro de la mentira y se le daba condenadamente bien. Tal vez debiera llamar a su ex marido y pedirle que le diera algunas lecciones.

Resopló ante la ocurrencia.

Jamás daría resultado. A diferencia de Chad, a ella se le daba fatal herir los sentimientos de los demás.

Por supuesto, para herir a Mike, a él tendría que importarle ella, ¿verdad? Y si ella no le importaba, ¿cómo iba a ofenderlo negándose a quedar con él aquella noche?

En realidad era sencillo.

El teléfono sonó y ella estuvo a punto de caerse del brazo del sofá.

—¡Por favor! —murmuró para sí. Se le aceleró el pulso, pero se obligó a tranquilizar la voz cuando cogió el inalámbrico y presionó el botón.

—¡Hola, nena!

—Hola Mike.

—¿Has descansado?

—Sí, un poco —mintió. En vez de descansar, trabajar en sus papeles o hacer algo para eliminar el dolor de cabeza, se había pasado las últimas cuatro horas pensando en qué hacer con Mike y Seth.

—Bien. Entonces, ¿qué pasa con lo de esta noche?

Por muy fácil que pensara que iba a ser, no le gustaba mentir a nadie. Demonios, no tenía práctica.

—Seth también me pidió que saliéramos —soltó antes de acabar teniendo una cita con los dos.

—¿Sí, eh? Y le dijiste que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Está bien, Abby. Quedaremos otra noche.

Ella miró por la ventana, observando a unos niños pequeños jugando con los columpios en el parque, al otro lado de la calle, mientras se frotaba la sien dolorida.

—Me siento fatal por eso.

Oyó su suave risa al otro extremo.

—¿Por qué? No se trata de una cita importante. Deja de preocuparte, ¿de acuerdo?

El sentimiento de culpabilidad le golpeó el estómago como un martillo neumático. Nunca había dejado de preocuparse por ello.

—De acuerdo.

—Anoche disfruté follando contigo.

Su voz susurrante, baja y grave, la estremeció. Y estuvo húmeda en un momento. Se le contrajeron los pezones y sintió el impulso de colocarse las manos entre las piernas y frotarse el clítoris.

¿Cómo se las arreglaba para provocarle aquello?

—Yo también disfruté.

—Hasta luego, Abby.

El chasquido del teléfono cuando colgó fue como una descarga rara su sistema nervioso. La había excitado para luego dejarla colgada. Excitada, necesitada y caliente.

Con una maldita frase.

¡Maldición!

Ella era demasiado fácil.

Soltó un suspiro tembloroso, dejó el teléfono en la mesa y se obligó a trabajar, aunque le resultaba tremendamente difícil concentrarse. Lo que de verdad quería hacer era llamar a Blair o a Callie para que le dieran algún consejo. Pero no iba a hacer tal cosa. Había llegado la hora de que tomara sus propias decisiones sobre su vida, sin la interferencia de sus amigas.

Independientemente de cuáles fueran dichas decisiones. No es que tuviera el control total en cuanto a Mike y Seth.

O tal vez sí. Puede que la responsabilidad fuera suya. Ambos le habían pedido volver a verla. ¿Por qué no podía admitir que era posible que los dos estuvieran interesados en ella? ¿Tanto había destrozado Chad su autoestima que ni siquiera era capaz de admitir que dos hombres fabulosos la encontraban lo bastante interesante como para querer verla otra vez? ¿Ése asunto del trío que habían llevado a cabo la noche anterior había despertado su interés lo suficiente como para querer ir tras ella de modo individual? ¿Era posible que su interés por ella se debiera a algo más que sólo sexo? ¿Y si así era? ¿Quería salir con ambos?

¡Dios! ¿Podría manejarlos a ambos? Eran muy diferentes. Una conferencia sobre contrastes. Seth era la sensualidad personificada, acompañada de inteligencia, calidez y preocupación, y la hacía sentirse segura. Mike, por su parte, era una bomba de relojería sexual andante. Hacía que se sintiera atrevida, salvaje y completamente fuera de control; una sensación embriagadora de la que, no le importaba admitirlo, disfrutaba.

¿Podría escoger entre ellos si la obligaban a hacerlo?

¿Tenía que hacerlo siquiera?

Ahora mismo no quería pensar en ello. Había demasiadas ideas y emociones encontradas luchando por imponerse sobre las demás. No sabía cuáles eran sus sentimientos.

Para distraerse, se puso a trabajar, concentrándose en el examen final que estaba previsto para la semana siguiente. Aquello la ayudó a apartar la mente de Seth y de Mike y a centrarse en algo más que en hombres y sexo. Para cuando llegó a aquella conclusión, habían transcurrido cuatro horas y había llegado el momento de prepararse para su cita con Seth. En vez de llamarla le había enviado un correo electrónico para indicarle que la recogería a las seis. Guardó el archivo, se dio una ducha, y luego se quedó de pie delante del armario, intentando decidir que ponerse.

Mierda. Ni siquiera le había preguntado a Seth donde iban a ir.

Maldición, maldición, maldición. ¿Qué se suponía que tenía que llevar? Se le ocurrió llamarle, pero eso estaría mal. Pasados unos minutos, se decidió por un vestido veraniego con un estampado de flores y se lo puso junto con unas sandalias de tacón bajo. Aquello servía tanto para ir semi-elegante como informal a la vez.

Se secó el pelo y se lo dejó suelto, se maquilló un poco, se puso unos pendientes y una pulsera y decidió que así estaba bien.

Esta noche iba a salir como Abby Lawson y no como otra persona.

Mientras iban pasando los minutos y esperaba a que Seth pasara a recogerla, le divertió comprobar lo nerviosa que estaba. En ocasiones dirigía la vista hacia el teléfono deseando llamar

a Blair o a Callie. Sinceramente, le sorprendía que no la hubieran llamado o se hubieran presentado en su casa para exigir que les contara todos los detalles sórdidos de la noche anterior.

Pero bueno, quizá pensarán que todavía estaba con Mike y con Seth.

Tal vez debería seguir estando con ellos. ¿Se había equivocado al abandonarlos tan deprisa?

No. No había cometido un error. Hizo exactamente lo que quería hacer: pasar una noche maravillosa con dos hombres increíbles, realizando una salida llena de elegancia cuando aquello hubo terminado.

Sonó el timbre y el corazón le dio un salto; la excitación disparó la adrenalina por sus venas. ¡Aquí estaba Seth!

Se alisó el vestido, abrió a puerta y lanzó un suspiro de sincera admiración femenina.

Él llevaba vaqueros y un polo azul oscuro desabrochado, que dejaba ver un trozo de su pecho. Respiró e inspiró el olor a limpio a hombre recién duchado. Maldición, aquel olor era siempre muy sexy.

—Hola —lo saludó, apartándose para dejarlo entrar.

—Hola. Estas estupenda. —Entró y la abrazó. Ella lo aceptó de buena gana, dándose cuenta de lo mucho que lo había echado de menos en las pocas horas que habían estado separados. Sus labios aprisionaron los suyos en un beso cálido y suave; su boca se movió sobre la suya al tiempo que su lengua se abría paso. Ella se derritió entre sus brazos. Era como una película romántica en la cual el héroe coge a la heroína entre sus brazos y la besa hasta dejarla sin sentido.

Así es como se sentía ella siempre que Seth estaba cerca: insensata.

Él interrumpió el beso y se apartó.

—Creo que es mejor que pare o no vamos a salir en toda la noche de aquí.

¿Y eso sería tan malo?

—Si insistes... ¿Dónde vamos?

—Si no te importa, iremos otra vez al club; esta noche actúa una banda de música de los años cincuenta y sesenta. Van a hacer perritos calientes, hamburguesas y patatas fritas. Comeremos y bailaremos un poco.

—¡Ah! Me gusta ésa época. Parece divertido.

—Me alegro de que pienses así. —Le ofreció la mano, inclinó la cabeza y la obsequió con su mejor imitación de Elvis—. Vamos a por el *rock and roll*, nena.



Cuando llegaron, el club estaba decididamente animado. Decorado como una fiesta de graduación del instituto con serpentinas, globos y una banda que tocaba todas sus canciones antiguas favoritas. Seth se hizo con perritos calientes y patatas fritas para los dos y ambos se sentaron en una mesa, comiendo y riéndose de algunos de los disfraces que llevaba la gente. El tema de la noche era cualquier cosa, desde los vaqueros enrollados hasta el típico atuendo hippie.

Ella pensó en cambiarse de ropa, pero Seth no se lo permitió. Le dijo que tenía un aspecto relajado y sexy, y que le gustaba como le sentaba el vestido.

¿Cómo iba a discutir con él después de que la piropeará así?

—¿Tienes sed? —preguntó él.

—Sí.

—¿Cerveza?

Ella enarcó una ceja con expresión provocativa y jadeó burlonamente:

—¿Cómo? ¿Nada de champán esta noche?

Él se encogió de hombros.

—No pega con los perritos calientes. Además, sinceramente, soy un tío de cervezas.

Ella se estaba enamorando locamente de él.

—Uno de los míos. Me encantaría tomar una.

Él compuso una ancha sonrisa.

—Enseguida vuelvo.

Desapareció entre la multitud que abarrotaba el local. Abby no se podía creer la cantidad de gente que había. Y eso que Seth le había dicho que esa clase de acontecimientos siempre atraía a mucha gente.

—Me imaginaba que te encontraría aquí.

Levantó la vista de golpe al oír la voz profunda de Mike.

—¡Mike! ¿Qué haces tú aquí?

Él enarcó una ceja y separó una silla.

—Soy miembro del club.

—Oh. Claro. No me acordaba. —El fuego de la vergüenza le ardió en la cara. Tenía la sensación de haber sido sorprendida haciendo algo que no debía. Pero él sabía que ella iba a salir con Seth aquella noche, de modo que, ¿por qué iba a sentirse culpable?

—¿Te diviertes?

Ella cruzó las manos en el regazo y se obligó a alejar al demonio de la culpabilidad.

—Hasta ahora sí. Tenemos perritos calientes. Seth ha ido a buscar cerveza. —Y ella se sentía afectada y nerviosa por su culpa. ¿Pero por qué?

—Bien. Estás muy guapa. Con ese vestido se te ven unas piernas condenadamente sexys. —Deslizó los dedos por el bajo del vestido, rozándole ligeramente la piel y ella pegó un salto.

¡Mierda! ¿Ahora qué se suponía que debía hacer? Su cuerpo se encendió bajo su contacto, su coño respondió con la familiar punzada de deseo. Y lo reconoció como lo que era: una respuesta meramente física. ¿Qué clase de mujer no reaccionaría a las atenciones de Mike? Era uno de los hombres más dinámicos, guapos e irresistibles que había conocido en su vida. La clase de hombre que hacía que una mujer volviera la cabeza. El tipo de los que hacían que una mujer se volviera dos veces. No, tres. Y cuando un hombre como Mike Nottingham le prestaba atención a una, esa una deseaba empezar a quitarse la ropa por él. Era así de carismático.

¡Pero ella estaba en medio de una cita con Seth! Se suponía que no iba a verse con Mike aquella noche.

Ahora había que convencer a su cuerpo, que respondía saltando de entusiasmo por estar cerca de él.

Sin embargo, cuando él empezó a deslizar los dedos por debajo de su vestido, ella colocó la mano sobre la suya.

—Mike, me... parece que no es una buena idea.

Él apartó la mano y se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Pero no creo que a Seth le importara. Siempre estamos compartiendo. Anoche te compartimos a ti.

—Eso fue anoche, amigo. Hoy sí que me importa.

Seth estaba ante la mesa con dos cervezas en la mano y no parecía contento de ver a su mejor amigo y socio.

Probablemente Mike tenía tazón. A Seth no debería importarle que Mike apareciera aquella noche, que deslizar la mano bajo el vestido de Abby y que la acariciara de una forma que en condiciones normales le hubiera excitado sólo de verlo.

Pero maldición... la verdad es que sí le importaba. Más de lo que deseaba. De hecho, una intensa ira lo obligó a depositar cuidadosamente las botellas de cerveza en la mesa y respirar hondo un par de veces, antes de decir o hacer algo que causara un daño irreparable a su amistad o a su sociedad.

—No lo dices en serio. —Mike tenía una expresión de incredulidad en la cara que a Seth le resultó cómica. ¿Reaccionaría igual Mike si la situación fuera a la inversa?

No. A Mike no le importaría. Mike jamás creaba vínculos emocionales con las mujeres. A Mike no le preocupaba Abby. Y ahí es donde radicaba la diferencia. Le gustara o no, a Seth sí que le importaba.

—Mike, vamos a hablar. Fuera.

—¡Eh, vosotros dos! Lo siento si he causado algún...

—Tú no has hecho nada, Abby —dijo Seth, manteniendo la atención fija en Mike. Mike levantó una ceja.

—¿Y yo sí? ¡Venga ya, hombre!

—Fuera, Mike. Ahora.

—Desde luego —dijo, encogiéndose de hombros. Apartó la silla y miró a Abby—. Enseguida vuelvo.

No, Mike. No vas a volver.

El sofocante calor del verano abofeteó a Seth en la cara en cuanto abrió la puerta, lo cual no ayudó a aliviar su irritación. Se pasó los dedos por el pelo y se volvió hacia Mike en cuanto la puerta se cerró.

—Quiero que dejes a Abby en paz.

Mike abrió mucho los ojos.

—¿A qué viene eso? Anoche nos parecía bien a los dos divertirnos con ella.

—Eso fue anoche.

—No creo que seas tú quien deba tomar esa decisión, amigo. Es cosa de Abby.

La parte racional de su cerebro ya lo sabía; una voccita interior le indicaba que la elección no estaba en sus manos. Pero ahora mismo no estaba pensando de forma racional precisamente.

—Ella me importa, Mike.

—¿Y crees que a mí no?

—¿Por qué estás aquí esta noche?

Mike echó una ojeada al aparcamiento, volviendo la cabeza de un lado a otro. En cualquier dirección con tal de no encontrarse con la mirada de Seth. Se encogió de hombros y por fin lo miró.

—No tenía otra cosa que hacer. Se me ocurrió pasarme a ver la fiesta.

—Sabías que iba a traer a Abby aquí.

Mike puso los ojos en blanco.

—¿Ahora resulta que soy vidente? ¿Cómo demonios se supone que iba a saber que ibas a traerla aquí? ¿Debería haberte llamado antes de venir?

Mierda. Mike tenía razón. No sabía que Seth iba a estar esa noche allí con Abby.

—Esto va a ser complicado.

Mike se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se encogió de hombros.

—No tiene por qué serlo.

—Puede que para ti no. ¡Maldición, Mike, no quiero que la veas!

—Pues voy a hacerlo, si ella está de acuerdo. Lo siento Seth.

—Muy bien. Pero si me encuentro por casualidad con vosotros cuando salgáis, no me voy a entrometer en vuestra cita.

Mike asintió.

—Ahí me has pillado. Lo siento, amigo. Me he pasado y no debería haberlo hecho. Te veré en el trabajo, socio. —Le ofreció la mano y Seth la aceptó.

—Gracias. Te veré en el trabajo.

Observó como Mike se marchaba y luego volvió a entrar. Abby parecía un ciervo deslumbrado por las linternas al comienzo de la temporada de caza.

—Arreglado. Se ha ido.

Ella se volvió para mirarlo de frente.

—Lo siento muchísimo. No sabía qué decir.

Él acercó más la silla, encajando sus rodillas entre las piernas extendidas de ella.
—Para nosotros es complicado. Lo entiendo. Y Mike también —dijo él, colocándole un mechón de pelo suelto tras la oreja—. Si de mí dependiera te guardaría sólo para mí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Sí?

—Sí. ¿Qué te parece?

Ella se pellizcó el labio inferior con los dientes.

—No lo sé. Este fin de semana ha sido una locura y no sé cómo reaccionar, Seth. Todavía no puedo contestar a eso.

Él se inclinó y presionó sus labios con los suyos.

—De acuerdo. ¿Qué tal un baile?

Ella ladeó la cabeza y sonrió de buena gana cuando empezaron a sonar los familiares acordes de Unchained Melody.

—Están tocando mi canción de amor favorita.

—En ese caso mi sentido de la oportunidad es perfecto, ¿verdad? —Se levantó y le ofreció la mano.

A Abby le encantaba aquella canción. Seth la envolvió en sus brazos, y el calor de su cuerpo eliminó toda la tensión de los momentos anteriores. No tenía ni idea de lo que había sucedido entre Mike y él ahí fuera, pero no parecía estar enfadado, de modo que debían haberlo resuelto. En cualquier caso estaba aliviada por no volver a encontrarse en el medio.

Ahora podría disfrutar de su tiempo con un hombre. Del otro se preocuparía después.

Y este hombre en particular era un gran bailarín. La hizo evolucionar por la pista, tumbándola, dándole vueltas, apretándola contra su cuerpo y dirigiéndola como un experto.

—¿Dónde aprendiste a bailar?

—Cuando éramos niños, mi madre se empeñó en que tomáramos lecciones. En aquel entonces las odiaba, pero ahora me doy cuenta de las ventajas.

Se le agrandaron los ojos cuando él le presionó la parte baja de la espalda, atrayéndola hacia su muslo.

—Eres muy bueno en esto. Soy como cera en tus manos.

—¿Eso significa que harás cualquier cosa que te pida?

—Depende de lo que sea. ¿Tienes en mente algo en especial?

La orquesta iba de una canción lenta a otra, de modo que continuaron bailando. Le gustaba estar en brazos de Seth. De algún modo parecía... lo adecuado. Se compenetraban perfectamente.

—Un montón de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Para empezar, pasar la noche contigo a solas. Eso me gustaría.

A pesar de que la pista de baile estaba abarrotada y de que la gente chocaba contra ellos por todas partes, a Abby le dio la sensación de que ellos dos eran los únicos que había en la sala. Seth le hacía olvidar que estaban rodeados de gente.

—A mí también.

—¿Sabías que cuando estás excitada separas los labios y respiras por la boca?

Ella enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Sí. Y cuando estás pensando en algo o estás nerviosa, te muerdes el labio inferior.

—No lo hago.

—Sí, lo haces. Y me entran ganas de coger ese labio entre mis dientes y morderlo.

El deseo se apoderó de su entrepierna y se le endurecieron los pezones. En ese instante se dio cuenta de que tenía los labios separados y sonrió.

—Te deseo, Abby.

La inclinó sobre su brazo y luego la incorporó, permitiendo que su miembro endurecido se insinuara entre sus piernas. Ella suspiró por la maravillosa sensación. Entre su clítoris y la erección de él, no había más barrera que la fina tela de sus bragas y la seda del vestido.

—En ese caso, sácame de aquí y Fóllame —susurró ella.

En menos de dos minutos estuvieron fuera del club. Seth salió del aparcamiento y recorrió la calle principal batiendo casi todos los récords de velocidad en su prisa por llegar a dondequiera que se dirigieran.

A Abby le ardía el cuerpo de deseo, tanto que estuvo todo el viaje a punto de sufrir un colapso. Después de la noche anterior debería estar saciada, pero no era así en absoluto. Era como si una presa se hubiera reventado en su interior inundándola de ansias de ser poseída.

Por suerte, Seth no vivía lejos de la ciudad. Se detuvo frente a la entrada de una casa modesta de dos pisos, apagó el motor, y abrazó a Abby, devorándole la boca con un beso apasionado. En cuanto lo interrumpió, ella se desabrochó el cinturón de seguridad y echó mano del tirador de la puerta, con prisa por salir del coche. No había tiempo para que rodeara el coche y le abriera educadamente la puerta. Quería meterse en su casa y en sus pantalones.

Él forcejeó a oscuras con las llaves, hasta que se le cayeron y ambos procuraron contener la risa, como un par de críos intentando que no los pillaran besuqueándose en la puerta de la calle. Cuando él consiguió por fin abrir, la empujó hacia dentro, cerró la puerta de un golpe, la pegó contra ésta y le cubrió el cuerpo con el suyo.

—¡Joder! No puedo esperar a estar dentro de ti —murmuró, manoseándole todo el cuerpo. Le abarcó los pechos, arrancándole un gemido cuando su pulgar encontró la sensible punta del pezón. Volvió a gemir cuando deslizó las manos por su cuerpo, por sus caderas y por sus muslos, y las introdujo por debajo del vestido.

—No te entretengas —jadeó contra sus labios—. Fóllame aquí mismo.

Él le levantó la falda, buscó sus bragas y se las bajó por las piernas.

—¡Mierda! —exclamó él contra su boca, agachándose para quitárselas.

Se apartó de ella el tiempo justo para desabrocharse los vaqueros y bajárselos, dejando libre el pene, hinchado y grueso. Se pasó el pulgar por el glande, capturando el líquido nacarado y se lo puso en la boca.

—Chúpalo —ordenó.

Ella se apoderó del pulgar y saboreó la humedad, observando cómo se le oscurecían los ojos cuando se lo puso entre los labios y lo succionó como si fuera un pene.

—¡Joder! —Le subió una pierna hasta su cadera, colocó la polla en la entrada de su vagina y se introdujo en ella con fuerza. Ella lanzó un grito ante el placentero dolor de su invasión.

Su coño, húmedo y preparado para él, se adhirió a su miembro, oprimiéndolo y pulsando a su alrededor, mientras él retrocedía y volvía a sumergirse, dándole exactamente lo que ella llevaba ansiando desde que la abrazó en la pista de baile. Le fue mordisqueando el pulgar para luego volver a succionarlo.

—¡Oh, nena, cuando haces eso me vuelves loco! Es como si me chuparas y me follaras al mismo tiempo. —Le rodeó el trasero y se lo oprimió, sujetándola contra la puerta al tiempo que se introducía en ella una y otra vez. Con cada embestida su cuerpo le rozaba el clítoris, acercándola cada vez más al orgasmo.

Ella se sacó el pulgar de la boca y atrajo su cabeza para besarlo, succionándole la lengua como había hecho con el dedo. Él le castigó los labios mientras embestía contra su coño.

Abby estaba enloquecida de placer; necesitaba tanto ése torbellino de pasión como parecía necesitarlo Seth. Jamás había sentido aquel salvaje impulso incontrolable, sin embargo ahora deseaba causar estragos en Seth, marcarlo y hacerlo suyo de una forma primitiva que era incapaz de explicar. Le desgarró la camisa y hundió los dientes en la carne entre su cuello y su hombro.

Él lanzó un gruñido e intensificó los embates de su polla, agarrándole el culo y alzándola en el aire para embestir una y otra vez, hasta que ella levantó la cabeza y buscó sus ojos, al sentir el estallido del orgasmo.

—Eso es nena, córrete —dijo él—. Córrete en mi polla, Abby.

Ella mantuvo la mirada sobre la de él, clavándole las uñas en los hombros. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando él se quedó inmóvil con la pelvis pegada a la suya. La sensación en el clitoris fue su perdición; estalló en estridentes oleadas de placer. Seth la miró y ella no pudo evitarlo. Gritó y se movió contra él, estremeciéndose y sollozando presa de las incesantes sensaciones. Él se apoderó de su boca y gimió, vaciándose en ella con un fuerte empujón final.

Él la sostuvo así, aparentemente feliz de tenerla contra la puerta de la calle y de soportar todo su peso.

—Debo de pesar —murmuró ella contra su cuello.

—Muy poco. —Sin embargo fue deslizándose su cuerpo despacio, hacia el suelo, apoderándose de su boca con un beso ardiente—. Lo siento. Ésta no ha sido la seducción lenta y romántica que tenía en mente.

Ella mostró una ancha sonrisa y le rodeó el cuello con los brazos.

—Olvídate de eso. Te deseaba.

—Y yo a ti. Todavía te deseo. —La cogió en brazos y la llevó por el pasillo hasta el dormitorio, abriendo la puerta entornada de una patada.

Encendió la luz con el codo. Se trataba de una habitación muy masculina, con muebles de madera oscura y presidida por una cama de tamaño gigante. Sin embargo lo que le llamó la atención fue la decoración.

—¡Vaya, imita a una selva! ¡Me encanta!

Las paredes oscuras estaban decoradas con imágenes de toda clase de animales, desde elefantes hasta jirafas y tigres. Hasta las aspas suavemente onduladas del ventilador del techo, eran palmeras. Unas palmeras altas hasta el techo, se elevaban sobre la cama y el ventilador las movía como si una suave brisa atravesara la habitación. Casi esperaba oír los chillidos de los monos o el rugido de un león en cualquier momento.

Él la dejó de pie en el suelo.

—Hace unos años estuve en un safari. Me enamoré de África. Allí los animales son increíbles, y la gente más aún.

—No puedo ni imaginar tener una aventura así. Debe de haber sido alucinante.

—Lo fue. Fui con un grupo de veterinarios en un programa de ayuda. Estuve tres meses y fue una experiencia inolvidable.

—Me gustaría poder hacer algo así algún día.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Podrás. El mes que viene terminas la carrera y dentro de nada pondrás tu propia clínica. Podrás hacer lo que desees.

Ella se abrazó a sí misma.

—No consigo imaginar siquiera una vida como ésa.

—El mundo se abre ante ti, Abby —dijo él, colocándose a su espalda y pasándole los brazos por la cintura. Su respiración le agitaba el pelo al hablar—. Puedes tener cualquier cosa que sueñes.

Todo aquello parecía irreal y lejos de su alcance.

—Cada cosa en su momento. —Le resultaba difícil creer que iba a llegar tan lejos.

Y también que estuviera en el dormitorio de Seth.

Él la obligó a darse la vuelta.

—Puedes hacer cualquier cosa, ser lo que quieras ser. Posees iniciativa y talento.

—Tienes demasiada fe en mí.

Él se encogió de hombros.

—Simplemente, sé de lo que eres capaz.

Ella presionó la palma de la mano contra su mejilla; le gustaba la textura áspera de su barba.

—Gracias. Para mí significa más de lo que podría llegar a explicarte. —Se puso de puntillas, y acercó la cabeza de él a la suya para besarlo.

El primer revoloteo de sus labios contra los suyos siempre la hacía contener la respiración. Era tan delicado, tan perfecto, que se le contrajo el estómago. Nadie la había besado nunca así, sólo con rozarle los labios.

Ni siquiera Chad. Chad menos que nadie. Había sido una estúpida.

Y jamás iba a volver a serlo. En esta ocasión tenía los ojos bien abiertos.

Hablando en sentido figurado, claro, porque ahora mismo sus ojos estaban cerrados, y las manos apoyadas en los pectorales de Seth. Los latidos de su corazón retumbaban fuertes y acompasados contra su mano, mientras la besaba a fondo. Ella se derritió como si estuviera hecha de mantequilla, recostándose contra su cuerpo duro y atlético.

Él le pasó la mano por detrás y le desabrochó el vestido. Este cayó al suelo; el suave deslizamiento de la seda por su cuerpo fue una tortura insoportable. Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, todos sus sentidos, estaban alertas y esperando sus caricias. Casi podía imaginarse en la selva con él, rodeados de animales y árboles. Estarían en una tienda de campaña y él la desnudaría y acariciaría lentamente cada centímetro de su piel, igual que estaba haciendo en ese instante.

Cuando le apartó el tirante del sujetador, la besó en el hombro. La sensación de la tela por su piel hizo que se estremeciera de expectación.

—Fresas. Hueles a fresas —murmuró él.

Ella sonrió y mantuvo los ojos cerrados, concentrada en la caricia de sus labios a lo largo de su cuello, su mandíbula y su boca, donde se entretuvo en pasar rozando de una comisura a otra.

Al tipo le gustaba besar. Y a ella le encantaba que perdiera el tiempo en explorarle la boca, introduciéndole la lengua, acariciándola despacio y con ternura, con la misma suavidad con la que solía acariciarle el cuerpo.

Seth era capaz tanto de hacerle el amor con una intensidad salvaje, como de hacer que su unión, dolorosamente lenta, diera testimonio de su habilidad como amante. La levantó en brazos y la depositó sobre la cama, permaneciendo luego de pie, a su lado mientras se desnudaba. Ella se puso de costado y observó cómo iba descubriendo su cuerpo musculoso, impaciente por que volviera a tocarla. Cuando se quitó los vaqueros, dejando al descubierto su miembro, ella sonrió y extendió la mano.

—Déjame chuparla. —Se mordió el labio, esperando.

Él la hacía ser osada y pedir en voz alta cosas con las que antes sólo fantaseaba. ¿Aceptaría él?

Él entrecerró los párpados, de esa manera que a ella le parecía tan seductora, y luego se subió lentamente en la cama y se arrodilló a su lado. Se cogió el pene y se lo acarició para ella. ¡Dios! Aquello hizo que se le contrajera el coño y que la vagina empezara a segregar el caliente flujo. Se puso una mano entre las piernas.

Igual que en sus fantasías.

—¡Oh, sí! —dijo él, acercándole la cabeza—. Tócate para mí, nena. Me gusta verlo.

Ella quería hacerlo bien para él, enseñarle como lo hacía cuando estaba sola en la oscuridad. Apoyó las plantas de los pies en la cama y se masajeó el sexo, hipnotizada por la forma en que él se acariciaba a su vez. El oprimió la punta, luego aferró el miembro y empezó a acariciarse lentamente.

—Tengo hambre —dijo ella, fingiendo un puchero—. Dame de comer.

—¡Por Cristo, Abby! —Se acercó a ella y le deslizó el pene entre los labios. Ella lo aceptó ávidamente en la boca, al tiempo que presionaba la mano contra el clítoris.

Hacerle una mamada mientras se masturbaba, era una experiencia embriagadora. Se le hinchó el clitoris y le palpitó el coño. Se introdujo un dedo en la vagina, que lo absorbió, contrayéndose en torno a él.

Seth le estaba follando la boca, y ella elevó las caderas, imitando sus movimientos.

—Esto es condenadamente erótico —dijo él.

Paseó la mirada de su rostro a los movimientos de su mano. Ella estaba ya a punto de tener otro orgasmo. Llegar hasta allí por sí misma siempre era fácil. La verdad, le asombraba poder hacerlo en presencia de otra persona, pero, por alguna razón, con Seth era sencillo. Él hacía que le resultara natural enseñarle qué era lo que le daba placer. Porque él estaba más concentrado en el placer de ella que en el propio.

—Córrete para mí, Abby. Enséñame.

Retiró la polla y la lanzó hacia delante, sujetándole la cabeza mientras se la introducía en la boca. Ella se introdujo dos dedos en la vagina y utilizó la otra mano para excitarse el clitoris.

Gimió contra su miembro, muy cerca ya del final.

—Déjate ir, nena —susurró él—. Córrete. Hazlo por mí.

Ella lo hizo. Seth apartó la polla de su boca justo cuando ella lanzaba un grito triunfal. Las oleadas del éxtasis llegaron a ella con un orgasmo demoledor. Seth se inclinó y absorbió el grito con sus labios, zambulléndole la lengua en la boca.

Ella seguía presa de las convulsiones del orgasmo, cuando él se colocó encima y la penetró.

La sensación de su vagina rodeándolo y contrayéndose con los efectos residuales de su orgasmo, era como estar en el cielo. La apretó contra sí, asiendo sus nalgas, mientras ella se agitaba por el efecto de una emoción que parecía que no iba a terminar nunca.

Lo rodeó con las piernas y se arqueó, sujetándose a él y besándolo.

Amándolo.

El descubrimiento hizo que se le dilataran los ojos. Observó los de él, completamente abiertos, y se sintió colmada al ver su emoción mientras le hacía el amor.

Luego cerró los ojos de golpe y envolvió a Seth en un abrazo, notando como se estremecía y convulsionaba al correrse. Él la apretó fuertemente al llegar al orgasmo, como si intentara fundirse con ella en una sola persona.

Dios, le encantaba eso de él.

No.

No podía, no quería pensar en el amor. Ahora no. Ni nunca.

Acababa de empezar con él, estaba empezando a explorar su libertad. Aquello era sólo sexo. Un sexo increíble y alucinante. Y estaba confundiendo orgasmo y emoción.

¿O no?

¿O se trataba de algo completamente distinto? El hecho era que con él se sentía a gusto, que la llevaba a lugares en los que nunca había estado antes, tanto física como emocionalmente. Que se preocupaba sinceramente por ella.

No. No, no y no. No estaba preparada para aquello. Tenía una nueva vida por delante. Nuevas aventuras que correr.

¿Cómo podía estar enamorándose?

Capítulo 11

Abby tenía una cita con Mike aquella noche.

Cuando Mike la llamó por la mañana, aceptó salir con él, convencida de que estaba completamente equivocada en cuanto a su reacción emocional hacia Seth de la noche anterior.

Al principio pensó en negarse. Tenía documentos que terminar y cosas de última hora para la facultad. Tenía que averiguar qué hacer con su carrera. Y después de pasar un fin de semana salvaje con ambos hombres, lo último que deseaba era más caos. Hubiera sido agradable disponer de tiempo para pensar.

Sin embargo, las persistentes dudas en cuanto a Seth la mantuvieron despierta toda la noche.

Seth quiso que se quedara a dormir con él.

Dios, eso era lo que deseaba ella también. Quería acurrucarse contra él y dormirse envuelta en la comodidad de sus brazos. Pero le respondió que no, que tenía cosas que hacer al día siguiente.

Y él reaccionó bien. Dijo que lo entendía. La llevó a su casa y le dio un beso de buenas noches que la excitó y la humedeció una vez más. Estuvo a punto de invitarlo a entrar y pedirle que se quedara con ella.

No quería que se fuera.

Maldición.

Pero ella lo dejó partir. Y luego no pegó ojo en toda la noche porque seguía llevando encima su olor, y recordaba tan vividamente sus caricias y sus besos, que se pasó la noche sufriendo por él.

Aquella noche descubriría si sentía lo mismo por Mike.

Sabía cuál era el problema. Su sequía sexual había durado tanto tiempo que aquello era como la primera lluvia en el desierto; estaba simplemente recuperando el tiempo perdido. Disfrutar de un mano a mano con Seth fue algo sensacional y confundió con emoción lo que en realidad fue sólo un sexo grandioso.

Apostaba a que aquella noche iba a suceder lo mismo.

Mike le dijo que irían al casino de la ciudad. Estaba muy nerviosa por eso, ya que nunca se había podido permitir ir allí sola, de modo que no había estado. Se puso una falda corta de color negro y un top plateado y ceñido, que le había cogido prestado a Blair unas semanas antes. Se apartó el pelo y se puso unos pendientes falsos de cristal. Incluso volvió a ponerse los tacones de aguja.

Estaba vestida para matar. O mejor dicho, para joder.

Cuando Mike llamó al timbre, corrió hacia la puerta, con un hormigueo de anticipación. Él arqueó una ceja y lanzó un silbido al entrar.

—¿Estás segura de que quieres que salgamos esta noche? —preguntó, revisando cada centímetro de su cuerpo.

Ella se rió y giró sobre sí misma, mareada de entusiasmo.

—¿Te gusta?

Él asintió.

—Demonios sí. Estás buenísima.

—Gracias. —Él también estaba condenadamente bueno con aquellos pantalones negros que se ajustaban tan bien a su elegante culo, y una sencilla camisa blanca que se le pegaba al cuerpo.

Fuera cual fuera el aroma que desprendía, tanto si se trataba de colonia como si era sólo su propio olor, penetró en sus sentidos como un llamamiento a sus feromonas. Era tan caliente y sexy que no la sorprendió en lo más mínimo.

—¿Estás lista?

¡Oh, sí! Estaba lista. Su cuerpo estaba a punto de dispararse como un cohete.

En el casino no había demasiada gente, ya que era lunes, de modo que fueron pasando de una mesa a otra. Aprendió a jugar a los dados y a la ruleta, incluso jugó unas manos de blackjack, el cual no tardó en descubrir que no se le daba nada bien. La que más le divirtió fue jugar a las tragaperras porque podía entretenerse más sin perder todo su dinero.

Por muy generoso que fuera Mike, ella se negaba a desperdiciar el dinero. Por eso le gustaba jugar en las tragaperras. Él estaba entretenido en una mesa de dados y parecía estar acumulando bastantes fichas, de modo que buscó una máquina y metió veinte dólares. Ganó, cosa que la alegró tanto que continuó jugando.

—¿Te diviertes?

Ella se dio media vuelta, con una ancha sonrisa, creyendo que era Mike.

—En realidad...

No se trataba de Mike. Se le congeló la sonrisa y luego desapareció del todo cuando se enfrentó a la mirada de su ex marido, Chad.

El corazón le dio un vuelco, los nervios se le pusieron en tensión. Una cascada de recuerdos, todos desagradables, cayó sobre ella, y de pronto volvió a ser la tímida ama de casa. Chad, alto, moreno, guapo, el chico de sus sueños. Sí, vale, el error más grande que había cometido en su vida. Todo el entusiasmo y la diversión de los que había estado disfrutando, desaparecieron en un instante.

—¿Qué haces tú aquí?

Él se apoyó contra la máquina en la que ella estaba jugando y se quitó un padrastro, una costumbre que a ella siempre le había molestado.

—Estoy jugando, querida. ¿Y tú?

Fregar los suelos, imbécil. ¿A ti qué te parece que estoy haciendo?

—Tengo una cita.

—Al parecer tu cita te ha abandonado, porque no lo veo por aquí.

Tranquila, Abby. Está intentando irritarte a propósito. Le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—En realidad sé exactamente dónde está.

—¿Quién es?

—Está en la mesa de los dados. Justo ahí. —Señaló con la cabeza la mesa en la que estaba Mike. Este levantó la vista justo cuando ella miraba en su dirección. Le guiño un ojo y tiró los dados.

—¡Ah! Nottingham.

—Sí.

—La otra noche te vi con él en el club.

¿Chad estaba en el club la otra noche? Ella no lo había visto, pero claro, dejando aparte los primeros cinco minutos, estuvo tan inmersa en Mike y Seth que no lo habría visto aunque lo hubiera tenido delante de las narices.

—¿De verdad?

—Sí. Estabas con Nottingham y con Seth Jacobs.

Ah. De modo que la había visto. Se preguntó hasta que punto lo habría hecho. Una pequeña llamarada de triunfo empezó a parpadear en su interior.

—Entonces era yo. Es gracioso, no te vi por allí. Claro que estaba bastante ocupada con mis citas.

Chad abrió mucho los ojos.

—¿Estabas allí con los dos?

Ella apretó uno de los botones de la máquina, sin hacerle caso.

—La verdad es que sí.

—Un poco putita, ¿no es así, Abby?

Ella ni siquiera desvió la mirada de las luces que parpadeaban en la máquina.

—Eso es como si el cazo llamase negra a la sartén, ¿no Chad?

—Antes eras una buena chica.

El desagrado en el tono de su voz era evidente, pero ya no poseía el poder de herirla. Apartó por fin la mirada de la máquina y arqueó una ceja.

—Sigo siéndolo, Chad. Una chica muy buena.

—No puedo creer cuánto ha cambiado la chica dulce con la que me casé.

Ella lanzó un bufido.

—¡Por favor! ¿Y de qué me sirvió eso, Chad? Te fui fiel, me quedé todas las noches en casa esperándote. ¿Dónde estabas tú? Saliendo con otra mujer, follándola a ella en vez de a mí. Bueno, pues ahora soy yo quien se acuesta con otros hombres en vez de contigo. —Apretó el botón de devolución del dinero, esperó a que se imprimiera el justificante y lo arrancó de la máquina—. Y deja que te diga algo: ahora mismo estoy disfrutando del mejor sexo de mi vida. Todos esos años desperdiciados con un hombre como tú. ¡Ojalá hubiera sabido lo que me estaba perdiendo!

Esperó a que le contestara, pero él se limitó a mirarla fijamente, con la cara roja. Entonces se dio cuenta de que se había quedado mudo. Por primera vez en su vida había conseguido que el bastardo fuera incapaz de hablar. Era el momento de entrar a matar.

—En cualquier caso, ¿qué vieron en ti todas esas chicas que te tiraste mientras estuvimos casados?

Él parecía a punto de estrangularla. Ella agitó el recibo delante de su cara, con expresión triunfante.

—Me gustaría quedarme a charlar contigo un poco más, Chad, pero ahora tengo una vida en la que no hay sitio para ti.

Se alejó sin mirar atrás, se acercó furtivamente a Mike y se apoyó en su hombro. Él le rodeó la cintura con un brazo y le plantó un beso ardiente en los labios.

Esperaba que Chad estuviera todavía mirándola.

—Te he visto hablando con tu ex —dijo Mike cuando ella interrumpió el beso. Reunió sus fichas y se apartó de la mesa, llevándola hacia la ventanilla de cobros.

—Es un imbécil —declaró ella, entregándole el recibo al empleado.

—¿Te ha causado algún problema? —preguntó Mike, metiéndose en el bolsillo la importante cantidad de billetes que le entregó el cajero.

Abby le devolvió lo que había ganado en la máquina tragaperras, a pesar de los intentos de Mike por impedirse.

—Ninguno. Me las he arreglado muy bien.

—Me lo imagino. —La rodeó con un brazo y se dirigieron a la salida. Él había aparcado su coche al final del aparcamiento. Aquello estaba aislado, rodeado por un semicírculo de árboles y a oscuras. En cuanto llegaron al coche, él la hizo volverse, la empujó contra la puerta y su boca cayó sobre la suya.

Se quedó sin aire cuando él le introdujo la lengua y devoró sus labios con un beso lleno de pasión. Ella busco sus brazos, sintiendo el ardiente y duro músculo bajo la camisa. Él le separó las piernas con la rodilla, metiendo el muslo entre ellas.

Su cuerpo respondió con una explosión instantánea, se le humedeció el coño y se le contrajeron los pezones al rozar contra su pecho. No era capaz de evitar su reacción ante él. Era irresistible y ella no podía hacer otra cosa que dejar que su cuerpo respondiera.

¿Lo deseaba? ¡Demonios, sí! Sin embargo, mientras las manos de él vagaban por su cuerpo, acariciándole los pechos, pellizcándole los pezones, y volviéndola loca de deseo, una parte de ella reconoció que la reacción que estaba experimentando era pura y simplemente física.

Deseaba a Mike. ¡Oh, Dios! Lo deseaba siempre.

Pero eso era lo único que sentía. Lo único que iba a sentir siempre. Se dio cuenta, de manera instintiva, de que Mike Nottingham era demasiado para ella. Aunque era maravilloso, atractivo y condenadamente excitante, no era la clase de hombre con el que podría mantener una relación.

El tipo de relación que ansiaba.

El tipo de relación que quería.

La relación que deseaba con Seth.

¡Oh, Dios!

Seth.

Mike separó la boca de sus labios para llevarla a su cuello y le lamió el punto en el que le latía el pulso, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Le metió la mano por debajo de la falda, abarcando su sexo. Ella estuvo a punto de correrse.

Aquello tenía que parar. ¡Se sentía culpable!

Le plantó las manos en el pecho y lo empujó, al principio con suavidad y luego con algo más de firmeza.

—Para, Mike.

Él le acarició el clitoris y ella luchó contra las sensaciones. Estaba cerca, tan condenadamente cerca, que estuvo a punto de correrse, de olvidar sus principios y dejarse llevar.

Pero no podía. No podía, maldición. Malditos escrúpulos.

—Mike, por favor, para. —Le sujetó la muñeca y le apartó la mano de la falda.

Él levantó la cabeza y la miró, con expresión de desconcierto.

Y en aquel momento, ella supo exactamente por qué. Porque estaba jadeando, sus pechos subían y bajaban contra el torso de él, y le temblaba todo el cuerpo. Y aunque el pene que se movía contra su muslo estaba duro, en los ojos de él había algo que indicaba que no estaba tan alterado por aquello como ella. Un distanciamiento que no había notado antes.

Algo que no estaba presente en los ojos de Seth. Con Seth había sexo, pero ella podía mirarle a los ojos y verle el alma con toda claridad. Cuando estaban juntos, él se involucraba totalmente.

Mike no sentía ninguna clase de emoción. Era, simple y llanamente, lujuria. Entre él y ella no existía la conexión emocional que había con Seth.

—¿Qué pasa, Abby? Estás tan condenadamente a punto que puedo notar como tiemblas.

—Lo sé. Dios, lo sé. Lo siento. No puedo hacerlo.

—Podemos irnos a mi casa si este sitio te molesta. No había pensado que aquí no tenemos intimidad.

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Yo... Ni siquiera sé por dónde empezar.

Mike suspiró y se apartó, poniendo distancia entre ellos. Ladeó la cabeza y la observó.

—Es por Seth.

A ella se le ensancharon los ojos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Él dijo casi lo mismo respecto de ti, anoche.

—¿Sí? —No pudo evitar la sonrisa que asomó a su cara. No quería ponerla, simplemente apareció. Se sintió muy mal por ello e intentó borrarla, pero no lo consiguió.

—Sois de los que se enamoran. Lo lleváis escrito en la cara y da náuseas.
Le estaba tomando el pelo. Lo notó en la media sonrisa de sus labios y en su forma de mover la cabeza.
—Lo siento, Mike.
—No lo sientas. —La atrajo hacia sí y la abrazó, depositando un beso en su cabeza. Permaneció callado unos segundos y luego susurró—: Envidio vuestra capacidad para amar.
Iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero él la apartó y le dirigió una ancha sonrisa.
—Voy a llevarte con Seth. Puede que le haya mencionado que tú y yo teníamos una cita esta noche, y seguramente ahora mismo esté destrozando su casa por culpa de los celos.
—No habrás sido capaz.
Mike se encogió de hombros.
—¡Oye, soy un cabrón! Lo sabe todo el mundo.



Seth iba de un lado a otro de su salón, bebiéndose lo que le quedaba de ron y mirando hacia el bar para escoger otra bebida.

No era una buena idea. Por la mañana temprano tenía una operación. Además, el alcohol no había llegado a rozar siquiera la irritación que llevaba toda la noche consumiéndole, maldita sea, más que toda la noche, desde el principio, cuando Mike le mencionó de pasada, al salir de la clínica, que aquella noche iba a recoger a Abby.

Lo cual explicaba por qué no se quedó en su casa la noche anterior; abandonó su cama, se fue a su casa y quedó con Mike para esta noche. Puede que incluso le hubiera llamado nada más entrar en casa.

De cualquier forma, sabía lo que eso significaba: ella no sentía nada por él.

Lo cual le molestaba. Bueno, lo cierto era que dolía. No se había metido en aquello para que volvieran a hacerle daño. Sin embargo, ¿no se le había ocurrido que de todos modos sucedería? Cerró su corazón al amor después de que su ex se lo pisoteara, dejando un tocón marchito y seco tras ella. Después de eso, utilizó a las mujeres únicamente para el sexo.

Y además se le daba condenadamente bien. Mike era un maestro excelente en aquellos asuntos. Se fijó en él, y aprendió del mejor.

Pero en algún momento, se dejó la puerta abierta, y en el transcurso del año anterior, Abby se coló sin hacer ruido.

Ahora tendría que volver a cerrarla.

Puede que después de todo, se tomara otro trago.

Cuando sonó el timbre, frunció el ceño. Mierda. ¿Quién demonios llamaba a esas horas de la noche? Se acercó a la puerta y miró por la mirilla; se llevó un gran sobresalto al ver a Abby. Entreabrió la puerta y la observó con cautela.

—Hola —saludó ella, con las mejillas enrojecidas.

—Hola. Creía que esta noche salías con Mike.

El rubor de sus mejillas se intensificó.

—Lo sé. Me dijo que lo sabías. Acaba de dejarme.

—¿Por qué?

—¿Puedo entrar o quieres que hablemos aquí fuera?

—¡Oh! Lo siento. —Se apartó para dejarla entrar. Maldición, tenía un aspecto muy sexy con aquella falda negra, ajustada y el exiguo top. Llevaba el pelo ligeramente recogido y unos cuantos rizos rubios se habían escapado del pasador. Cerró los puños para no estirar la mano y tocarla—. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. —Se sentó en el sofá del salón, tan peligrosamente cerca del borde que corría el riesgo de caerse en cualquier momento.

Y parecía sentirse muy incómoda.

Lo cual sólo podía significar una cosa: había ido a decirle que no quería volver a verlo.

¡Qué considerado por parte de Mike que le permitiera hacerlo sola! Claro que, a lo mejor, ella quería hacerlo sin que él estuviera presente. Eso sería típico de Abby. No quería que Mike anduviera por allí con una sonrisa victoriosa, mientras ella rechazaba a Seth.

—¿Por qué estás aquí, Abby?

Ella levantó la cabeza, con los ojos desorbitados por algo parecido al terror.

—T... tengo que decirte algo.

Supuso que debía comportarse como un caballero y facilitarle las cosas, pero en ése momento no se sentía amable precisamente. En su lugar, se sentó en el sofá de enfrente.

—Claro. Dispara.

Estiró las piernas y descansó los brazos en el respaldo del sillón. De ninguna manera iba a demostrarle hasta que punto le afectaba su rechazo. Cuando ella se lo dijera, él se limitaría a actuar como si no tuviera demasiada importancia y se despediría de ella. Lo más probable era que Mike la estuviera esperando en el coche.

Dímelo y acaba de una vez, Abby.

—¿Tienes algo que decirme?

—Estoy enamorada de ti, Seth.

Él tamborileó con los dedos el respaldo del sofá.

—¿Y?

Ella enarcó una ceja.

—¿Y?

Cuando las palabras que ella acababa de pronunciar penetraron en su cerebro, dejó los dedos quietos y se inclinó hacia delante.

—¿Qué acabas de decir?

Ella tragó saliva y él se quedó mirando el movimiento de su garganta.

—He dicho que estoy enamorada de ti.

Aquello no era lo que se había preparado para escuchar. En absoluto.

¡Mierda!

Abby observó las emociones que cruzaban la cara de Seth, resistiendo el impulso de sonreír de oreja a oreja. Dedujo que se había preparado para oír algo completamente distinto.

—Me amas.

—Sí.

—¡Demonios! —Parpadeó, se pasó los dedos por el pelo y alzó la vista hacia ella otra vez—. Me amas.

—Sí —repitió ella, riéndose en esta ocasión—. Te amo.

Él se levantó, cruzó los dos pasos que le separaban de ella, la cogió de las manos y la puso en pie.

—Me amas.

Ella asintió.

Él sacudió la cabeza.

—¡Pensaba... Joder! Da igual. —Se agachó y unió los labios con los de ella. El beso fue conmovedor, cargado de tanta emoción y sentimiento que se le llenaron los ojos de lágrimas. Él extendió los dedos sobre la piel desnuda de su espalda y la acercó más.

Ella deseó fundirse con él.

Él se separó, con una mirada cargada de emociones que ella no supo cómo interpretar.

—Llevo enamorado de ti desde el primer día que apareciste en la clínica, Abby. No quería enamorarme. Me juré que no lo haría. Y después de este fin de semana, entre Mike, tú y yo, no estaba seguro de lo que querías, pero sí de lo que quería yo. Te deseaba a ti. No quería volver a compartirte jamás.

El corazón de ella se iba aligerando con cada palabra.

—Soy mujer de un solo hombre. Este fin de semana ha sido una experiencia, una fantasía hecha realidad. No voy a negar que disfruté como una loca. Sin embargo, no quiero volver a repetirla.

Él sonrió.

—Yo también disfruté, pero puedo hacer realidad tus fantasías de muchas formas diferentes.

Ella levantó las cejas.

—Estoy segura de que sí.

—Y apuesto a que tienes unas fantasías verdaderamente salvajes.

De algún modo sabía que estaría dispuesto a explorarlas todas con ella. No podía esperar.

—La verdad es que sí.

Sus dedos trazaron un ardiente sendero, lento y sensual a lo largo de su espalda, se deslizaron bajo su falda y se detuvieron justo en la separación de las nalgas.

—Dime una ahora mismo.

Ella miró a su alrededor y luego sonrió.

—Siempre he tenido la fantasía de estar inclinada sobre el sofá con la falda levantada...

La sonrisa de él causó estragos en sus sentidos. Era diabólica y estaba cargada de promesas.

—Creo que podemos arreglarlo. —Se puso detrás del sofá y la inclinó sobre él.

Ella meneó el trasero y luego extendió las piernas.

—Me gusta esta fantasía tuya, Abby.

Ni siquiera la había tocado aún y ya estaba empapada. Notó sus manos en el dobladillo de la falda y sus nudillos acariciándole los muslos. Le levantó la falda tan despacio que le entraron ganas de gritar y el clítoris le palpitó de expectación.

Lo que no se esperaba era que le apartara las bragas y le deslizara la lengua directamente en el coño. Lanzó un grito y aferró los cojines del sofá. La lamió y arrastró la lengua hasta rodearle el clítoris.

Ese hombre hacía maravillas con la lengua y sexualmente era una sorpresa constante. Le metió la mano entre las piernas para acariciarle el sexo, tirándole del clítoris hasta que ella se contorsionó contra su mano.

—Córrete para mí, nena —la animó él, instándola a tener un orgasmo con la misma tranquilidad que si le estuviera pidiendo que le pasara la sal. Ella se tensó, gritó y se estremeció contra su lengua y sus dedos.

Dios, estaba tan preparada para llegar al orgasmo, tan excitada sexualmente por culpa de Mike, que Seth la llevó al borde en cuestión de segundos. Jadeó y cerró los ojos, pensando que debería sentirse culpable por permitir que un hombre terminara con lo que otro había empezado.

No. El hombre adecuado estaba terminando lo que había empezado el equivocado, y no iba a sentirse culpable por eso.

Todavía temblaba cuando él se incorporó, le separó las piernas con los muslos y entró en ella con un fuerte empujón, pegándola contra el respaldo del sofá. Se sujetó mientras él se movía con fuerza contra ella, dándole exactamente lo que había pedido y haciendo realidad otra de sus más secretas e íntimas fantasías.

La folló sin piedad, sin darle tiempo siquiera a recuperar el aliento, impulsando su miembro hacia arriba y haciendo que el clítoris rozara contra el sofá, hasta que su vagina lo asió con tanta fuerza que gritó su nombre, la sujetó por las caderas y se corrió con una sucesión de estremecimientos. Se derrumbó contra su espalda con el corazón desbocado.

Cuando se retiró, le dio la vuelta y le levantó las piernas para que le rodeara con ellas. La besó otra vez —al parecer le encantaba besarla, gracias a Dios—, con ternura, y le quitó el pasador del pelo para poder meter los dedos entre los rizos.

A ella le encantó su forma de tocarla.

La llevó así hasta el dormitorio, con los pantalones medio bajados, y se echaron los dos a reír cuando estuvo a punto de tropezar con ellos varias veces. Cayeron en la cama y se quedaron allí, mirándose el uno al otro.

—Me amas —volvió a decir él, con una sonrisa tonta en la cara, que ella estaba segura que era un reflejo de la propia.

—Sí. Y tú a mí.

—Tan cierto como que estoy aquí.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

Él se apoyó en un codo y le desató los tirantes del top.

—Ahora vamos a volver a follar.

—Eso ya lo sé —dijo ella, riendo—. Me refería a nosotros.

—Lo iremos viendo día a día —dijo él, apartando la tela y dejando al descubierto sus pechos—. Tienes una carrera y una vida por delante. No voy a interponerme en eso.

Y aquella era una de las cosas que más le gustaban de él. Se daba cuenta de que necesitaba ser independiente sin necesidad de que ella se lo dijera. Enamorarse había sido la cosa más descabellada de aquel fin de semana. Algo inesperado, pero desde luego, no por ello indeseado.

Había obtenido de aquella apuesta más de lo previsto.

No podía esperar a contárselo a Blair y a Callie en cuanto volviera a verlas. Pero ahora mismo, un hombre increíblemente sexy estaba desnudándola. Extendió las manos hacia los botones de su camisa y empezó a desabrocharlos.

—Bueno, Seth, ya hemos investigado a fondo mis fantasías, así que, hablemos ahora de las tuyas...

Perversa

Blair

Capítulo 1

—Salga del coche y separe las piernas.

Blair estuvo un rato dando golpes en el volante de cuero, con las uñas recién arregladas, y mirando al frente mientras contaba despacio hasta diez antes de mirar por la ventanilla y darse por enterada de la presencia de Rand McKay. De ninguna manera iba a obedecer su ridícula orden. Ya era bastante malo que la hubiera detenido en aquel camino desierto, con las sirenas ululando, cuando ya iba con retraso para comer con Abby y Callie, pero, ¿decirle que saliera del coche y separara las piernas como si fuera una vulgar delincuente?

Que le besara el culo.

No, espera. Probablemente aquello le encantaría, y Blair no estaba dispuesta a hacer nada con lo que Rand pudiera disfrutar.

—Piérdete, Rand. Llego tarde a una cita.

Por el rabillo del ojo vio que las Ray-Ban se le deslizaban lentamente por la nariz, larga y recta, revelando la expresión de sus acorados ojos grises y la firmeza de sus labios perfectos.

No iba a dejar que la afectara. ¡Por mucho que sus condenados pezones se endurecieran, no iba a dejar que la afectara!

—Puede que interpretara mal el sonido de la sirena que lleva sonando detrás de su culo desde hace tres millas, señorita Newcastle. Significa, que se detenga en la cuneta y salga del maldito coche. Ahora.

Señorita Newcastle. Conocía a Rand McKay desde la escuela primaria, mucho antes de que se convirtiera en el sheriff de Silverwood, y sólo la llamaba señorita Newcastle cuando quería sacarla de quicio.

Aquello daba resultado. Estaba verdaderamente enfadada. Se quitó las gafas de sol y lo miró, negándose a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Mándame la multa. Ya conoces mi dirección.

Él se inclinó y apoyó sus musculosos y bronceados antebrazos en la puerta.

—Sal del condenado coche ahora mismo, Blair, o tendré que sacarte. Y si tengo que hacer eso, te voy a cachear, desnuda, aquí mismo, en la carretera.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba.

Con un suspiro de fastidio, apretó el botón que liberaba el cinturón de seguridad y luego abrió la puerta bruscamente, con la esperanza de darle de paso un golpe a Rand en el culo. Pero él se apartó sin problemas y esperó a que saliera del Mercedes. Ella cerró con fuerza la puerta del coche y se cruzó de brazos.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó, dando golpecitos con el pie en la grava.

No podía verle los ojos a través del espejo de las gafas de sol, pero su sonrisa burlona le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Ibas con exceso de velocidad.

—No.

—Ir a ochenta y cinco en una zona con un límite de sesenta es ir con exceso de velocidad, Blair.

—Bueno, pues ponme una multa y deja que me largue.

—Voy a tener que ver tu permiso de conducir y comprobar el seguro.

—¡Por el amor de Dios! Te sabes mis datos de memoria. —Él lo sabía todo acerca de ella, incluyendo su dirección y el número del permiso de conducir. Se conocían de toda la vida. Llevaban peleándose desde el instituto. Ella conocía a Rand McKay mejor que a cualquier otro hombre. Era el hombre más irritante que había conocido en su vida. Metió la mano por la ventanilla abierta del coche, sacó el bolso y buscó la identificación.

—¿Llevas una pistola en el bolso, Blair?

—Sabes perfectamente que sí.

—Deja el bolso, date la vuelta y apoya las manos en el techo del coche.

Ella levantó una ceja.

—¿Lo dices en serio?

—Haz lo que te digo. Ya.

—Rand, sabes muy bien que tengo una...

—¡Hazlo!

Estaba de un humor de perros y en condiciones normales ella se resistiría, pero hoy parecía estar jugando a los policías y si se quedaba allí, discutiendo con él, no iba a llegar a la comida. Se trataba de un juego. Ya lo habían jugado antes. Si le dejaba salirse con la suya, y que la molestara un poco, podría continuar su camino. Se dio la vuelta y apoyó las manos en el techo del coche.

—Separa las piernas.

Eso era exactamente lo mismo que le había dicho al pararla. Sólo que entonces ella pensó que estaba bromeando.

—Por Dios Rand, esto no es divertido.

—Voy a tener que cachearte para ver si escondes algo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Te has fijado en lo que llevo puesto? Es muy difícil esconder algo. —Con el calor del verano lo único que soportaba llevar era una falda corta de seda y un top. De no haber quedado a tomar unas copas con Blair y con Callie, ni siquiera llevaría sujetador.

—Date la vuelta, mirando hacia el coche.

Le separó las piernas con el pie y se puso a su espalda, obligándola a pegarse al coche con la proximidad de su cuerpo. Ella aspiró el olor especiado que desprendía, cuyo poder se veía incrementado por el calor de la tarde. ¿Qué tenía aquel hombre que la enfurecía y la excitaba tanto a la vez?

—Voy a dar parte de ti a tus superiores —protestó ella.

—Hazlo.

Empezó por sus muñecas, le pasó las manos por los brazos desnudos y por los hombros, y luego, empezó a bajar. No tenía por qué tocarla allí, maldición. Se le puso la piel de gallina cuando le rozó con los dedos la parte superior del pecho.

—Ten cuidado —le advirtió.

—Oh, estoy teniendo mucho cuidado.

Le tanteó los pechos. El simple sujetador de seda no bastaba para esconder el endurecimiento creciente de sus traidores pezones, ni la impaciencia con que se hinchaban los pechos en sus manos.

—¡Eso no es cachearme!

—Sólo me aseguro de que no lleves nada oculto en el sostén.

—Sí que lo llevo. Mis pechos. ¡Ahora déjalos en paz!

Su aliento caliente chocó contra su nuca, sin aliviar en absoluto el sudor.

—No parecen querer que los deje en paz. —Para demostrarlo, le pasó los pulgares por los pezones. Ella contuvo el gemido que estaba deseando escapar de su garganta. ¡Dios, ese hombre tenía unas manos portentosas! Y llevaban sin tocarla desde... hacía demasiado tiempo. Le palpitó el clítoris, se le humedeció el sexo y las bragas se le pegaron a la piel.

Deseaba sexo.

Pero no deseaba a Rand. ¡No señor!

—¿Has terminado ya? —preguntó, apretando los dientes.

—No del todo.

Pensaba hacérselo pagar de alguna manera, por obligarla a hacer caso omiso de las necesidades de su cuerpo. Con cualquier otro hombre, a estas alturas ya le habría rodeado con las piernas y tendría su miembro dentro de ella.

Pero nunca jamás, se acostaría con Rand McKay.

Ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra y ella estuviera desesperadamente cachonda. Prefería tirarse a un cactus.

Él abandonó por fin sus pechos y ella respiró, pero entonces sus manos, enormes y calientes, examinaron rápidamente sus costillas y se deslizaron bajo el top para tocar su piel desnuda. Dio un respingo.

—¿Pasa algo?

—Nada. —Que la condenaran si le daba la satisfacción de saber que la estaba afectando. Se limitaría a fingir irritación y nada más. Y luego, haría que lo despidieran.

Él le metió más la rodilla entre las piernas, mientras que sus manos se posaban en sus caderas. Cuando la atrajo hacia sí, ella ya estaba harta.

—Rand —le advirtió.

Pero su advertencia cayó en oídos sordos. Le levantó la falda y la sentó sobre su muslo enfundado en los vaqueros; el roce de la tela contra su clítoris inflamado bastó para hacerla jadear.

—Estás mojada —susurró él contra su oído.

—Hace calor. Estoy sudando —mintió ella.

—Gilipollices. Te puedo oler. Ese dulce aroma es a sexo, nena, no a sudor.

Imbécil. Su miembro endurecido le rozó el trasero cuando la asió con fuerza por las caderas. Ella respiró por la nariz, intentando no jadear. Estaba tan excitada que cada una de las fibras de su ser le gritaba que se diera la vuelta y le suplicara que la follara. Justo ahí, en la cuneta.

Y aquello era exactamente lo que él quería que hiciera. ¡Jamás!

Él le fue subiendo poco a poco la mano por la pierna, con las yemas de los dedos peligrosamente cerca de su sexo. Empezó a frotarle la parte interior del muslo, a escasos centímetros del clítoris. Con sólo moverse un poco podría colocar el pequeño botón palpitante en su mano. Oh, y él la tomaría allí mismo. Sabía que era capaz de hacerlo. Unas embestidas y estallaría. Ya estaba condenadamente a punto. Excitada, dolorida y con el coño vibrando de necesidad.

En ese momento odió a Rand McKay y al excesivo poder que tenía sobre ella.

—Suéltame, Rand. Esto ya ha ido más allá de un simple registro.

—Tengo que revisarte bien el cuerpo, Blair. Estoy buscando la llave.

Ella tragó en seco.

—¿Qué llave?

—La que enciende el fuego en tu interior, Blair. Basta con que digas una palabra y lo haré. Sabes que puedo. Soy el único que puede.

Le masajeó con los dedos el lugar donde sus bragas se unían al muslo, con el canto de la mano a menos de un centímetro del clítoris. Los labios hinchados de su sexo se estremecieron con el contacto.

—Necesitas que te tome, nena —dijo él, moviendo su miembro endurecido contra ella—. Líbrate de ese famoso autocontrol Newcastle y haré que te corras como nunca en tu vida te has corrido. Permítemelo, Blair.

Ella se paralizó como si una repentina lluvia helada hubiera empezado a caer en el atardecer de agosto. Empezó a apartarle la mano.

—Suéltame, Rand.

Y él obedeció. Se apartó de ella al instante y Blair se alisó la falda sin hacer caso al infierno que ardía en su interior ni al clamoroso orgasmo que había estado a punto de tener.

El que nunca iba a tener con Rand McKay.

Se obligó a mostrar un comportamiento tranquilo y desenfadado que no sentía, se dio la vuelta, se acercó un par de pasos a él, y hundió el dedo en el centro del ancho pecho masculino.

—Entérate de esto, Rand. ¿Quieres ponerme una multa por exceso de velocidad? Perfecto. ¿Quieres llevarme a la comisaría por poseer una pistola que tengo permiso para tener? Hazlo. Pero nunca —acentuó la palabra *nunca* con un golpe del dedo—, jamás, vuelvas a ponerme las manos encima.

En vez de discutir con ella, él cruzó los brazos sobre su musculoso pecho y le sonrió con aire de suficiencia. ¿Cómo se atrevía a estar tan tranquilo cuando ella estaba a punto de estallar? De no ser por la excitación claramente visible en sus vaqueros, juraría que aquel hombre era tan frío como el hielo.

—Blair, cuando estés preparada para perder el control, ya sabes dónde encontrarme.

—Cuando se anuncien las próximas Olimpiadas de Invierno en el infierno, lo haré.

Sin molestarse en evaluar su reacción, reunió toda la dignidad perdida, se metió en el coche, se abrochó el cinturón de seguridad, y se fue, poniendo el aire acondicionado a una temperatura polar. Estaba tan condenadamente caliente que iba a quemarse. Ardiendo de ira y de pasión no correspondida.

Lo odiaba. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Y nunca había deseado a un hombre tanto como deseaba a Rand McKay.

Siempre había sido así.



Rand se apoyó contra su coche patrulla y contempló cómo se iba Blair a toda velocidad, escupiendo grava con los neumáticos. Infrigiendo las leyes de tráfico, sin duda. Le debía una multa. Por otra parte, sabía exactamente dónde encontrarla.

Y ella sabía dónde encontrarlo a él. Cosa que haría a no tardar mucho.

Se había pasado quince años viéndola ir con un hombre tras otro. Con tres de ellos incluso había llegado a comprometerse, pero nunca llegó a hacerlo ante el altar.

Él sabía la razón. Ninguno de aquellos hombres podía satisfacerla. No se daban cuenta de lo que necesitaba.

Rand lo sabía con precisión.

Puede que exteriormente Blair Newcastle fuera fría, serena y responsable, pero por dentro estaba desesperada porque un hombre se encargara de ella y la dominara.

Él lo sabía, y ella también.

Se metió en el coche, anunció por radio a la comisaría que volvía de patrullar y se fue en dirección a la ciudad.

Su pene todavía estaba duro y dolorido. Dios todopoderoso, en ese momento estaba hecho polvo. Lo único que podía hacer era sacarlo y masturbarse junto a la cuneta, liberando la presión de sus testículos. Se llevó los dedos a la nariz e inhaló el olor dulce y almizclado de Blair que seguía presente en sus manos.

Mierda. Gimió y maldijo mentalmente a la obstinada mujer. ¿Qué rayos le pasaba? Cuando le abarcó los pechos, tenía los pezones endurecidos, y el coño húmedo cuando le pasó los dedos por las bragas de seda. Fue una tortura para él no tocarla y llevarla al límite. Oyó los suaves jadeos que ella creía estar disimulando y supo que la más leve caricia de sus dedos en el clítoris, sería suficiente para hacerla estallar. Estaba lista para experimentar un intenso orgasmo. Hasta que empezó a luchar contra sus impulsos naturales.

Aunque apenas hubiera luchado. Por lo general, cuando se peleaban, ella lo maldecía y le daba una bofetada. Sin embargo, en esa ocasión no. Estaba excitada y a punto de cederle el control.

No obstante, se negó a rendirse a él, aterrada por lo que podría pasar si lo hacía.

Llevaban quince malditos años dando vueltas el uno alrededor del otro. No pensaba obligarla a tomar una decisión; si quería que él asumiera el mando, iba a tener que ser ella quien se lo pidiera.

Hasta ahora no lo había hecho, pero él era un hombre muy paciente. Y estaba seguro de que ella estaba a punto de claudicar.

Tarde o temprano se daría cuenta de que la única persona que la haría feliz era él.

Y cuando así fuera, estaría preparado.



Mientras debatía mentalmente entre si abrirse o no de piernas en el coche y masturbarse hasta llegar al orgasmo allí mismo, en el camino de acceso a la casa de Callie, Blair maldijo mentalmente a Rand McKay un millar de veces, apagó el contacto soltando una maldición y dejó caer las llaves en el bolso.

Estúpida. Su cuerpo todavía vibraba por su contacto y su forma de susurrarle promesas en el oído, con su voz profunda y ronca, atrayéndola hacia un orgasmo al que ella estaba deseando llegar en sus manos.

Nunca. Nunca, nunca, nunca. En cuanto cediera el poder a un hombre, nunca más sería ella la responsable de su propio destino. Y Rand era un macho alfa hasta la médula, de los que no pararían hasta quitarle el control y pisotear su libertad. No se parecía en nada a los hombres con los que solía salir. En nada. Ella escogía a hombres a los que podía manejar.

Dejó de pensar en Rand y se dirigió a la puerta abierta de la modesta casita de Callie, anunciando su llegada.

—¡Estoy aquí!

—¡Llegas tarde! —exclamó Callie desde la cocina.

—¡Lo sé! —Sonrió y entró en la cocina, encantada al ver la sonrisa de Abby, quien se encontraba apoyada en la encimera de la isla. La envolvió en sus brazos y le dio un fuerte abrazo—. Parece que has sobrevivido a tu fin de semana salvaje.

—Ya lo creo —dijo Callie—. Lleva sonriendo así desde que llegó, pero no ha soltado prenda.

—¡Eh! Yo no tengo la culpa de que Blair haya llegado tarde.

—Culpable —dijo Blair, apartando una silla. Aceptó uno de los mimosas que Callie le ofreció y bebió un largo trago del frío líquido, con la esperanza de que apagara el fuego que ardía en su interior—. Pero no ha sido culpa mía. Me... detuvieron cuando estaba de camino.

Callie arqueó una negra ceja.

—¿De verdad?

—Sí. Rand McKay me estuvo dando por culo.

—Oooh. Espero que en el buen sentido —dijo Abby, moviendo las cejas.

—No, dándome por culo a su manera habitual, tan molesta como siempre.

Abby y Callie intercambiaron una mirada entendida.

—Dejad de miraros así. Y ni se os ocurra empezar con Rand y conmigo. Sabéis perfectamente que no tengo ningún interés en él. Es como un hermano molesto.

Callie resopló.

—Sí, vale. A mí no me lo parece.

—No estamos aquí para hablar de mí. Quiero saberlo todo sobre el fin de semana loco de Abby, con Mike y Seth. ¿Qué tal estuvo?

La cara de Abby se cubrió de un adorable rubor.

—Fue... genial.

Callie chilló.

—¡Lo sabía!

Blair asintió.

—Y yo. De modo que venga, ¡detalles, mujer, detalles! En el club, los dos estaban babeando por ti y te vimos en el balcón con ellos. ¿Qué mujer no tendría múltiples orgasmos recibiendo las atenciones de dos hombres?

Abby apoyó los codos en la encimera y escondió la cara entre las manos.

—Soy casi incapaz de pensar en ello ahora sin enrojecer. Ni siquiera puedo describirlo; baste decir que se cumplieron cada una de las fantasías que he tenido en la vida, y algunas más. Ellos estuvieron increíbles.

Blair puso su mano sobre la de Abby.

—Bueno, ya era hora de que te dejaras llevar.

Abby bajó los párpados y juntó las manos.

—Aquello fue más que simplemente sexo, Blair. Mucho más.

—¿Hay más? Vamos chica, suéltalo —exigió Callie.

Cuando Abby volvió a mirarla, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Me he enamorado.

—Estás de broma —dijo Blair.

—No.

Abby las puso al corriente de lo sucedido durante el fin de semana y los días posteriores. Se lo contó todo, incluso sus reacciones al estar con Mike y con Seth por separado, y su encuentro con Chad en el casino. Para cuando terminó, las cosas cobraron sentido para Blair.

—Por supuesto que estás enamorada. Seth es el hombre ideal para ti, pero Mike no. Mike es sexualmente irresistible; es bueno para divertirse, pero no para mantener una relación. Seth es con quien deberías haber estado desde el principio, pero en cambio acabaste con Chad, ese mentiroso, embaucador y putero hijo de perra.

—¡Ay, cariño! ¡Me alegro mucho por ti! —Callie se apresuró a rodear el mostrador y abrazó a Abby.

Blair incluso tuvo que parpadear para evitar derramar unas lágrimas. Bueno, francamente, estaba emocionada por Abby. Y bastante celosa de que la apuesta para tener un poco de sexo se hubiera convertido en una relación amorosa para una de sus mejores amigas.

Luego se pasaron la velada celebrando el amor recién descubierto de Abby, mientras ella les contaba lo que iba a hacer ahora, es decir, licenciarse y empezar una nueva carrera como veterinaria al mismo tiempo que proseguía su relación con Seth.

Cuando volvieron al salón de Callie, Blair ya estaba relajada, así que apoyó los pies sobre la mesa de madera y unió los brazos detrás de su cabeza.

—Bueno, Blair, me parece que te ha llegado el turno.

Miró a Abby, que estaba sentada sobre sus pies en la silla de mimbre.

—¿El turno para qué?

—La apuesta.

Blair enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Gran idea. Y tengo exactamente al hombre indicado para ti —dijo Callie.

Ahora sí que estaban hablando de un tema que le interesaba. No podía imaginarse a quién tendrían en mente para ella, Callie y Abby.

—¿Quién?

—Rand McKay —contestó Callie, con una risa satisfecha.

—Rand es perfecto —añadió Abby.

—Muy graciosas. —Blair estiró y dobló los dedos de los pies—. Pues yo no opino lo mismo.

—A menos que me equivoque, señorita Newcastle, fuiste tú quien tuvo la idea de esta apuesta y quien puso las reglas —dijo Abby—. Y una de esas normas es que nosotras, y no tú, escogeríamos a quien te ibas a tirar.

Se incorporó y las miró, boquiabierta.

—Estáis hablando en serio, ¿verdad?

—Completamente —respondió Callie.

—Creía que erais mis amigas.

—Lo somos.

—¿Entonces cómo podéis hacerme esto?

Abby puso los ojos en blanco.

—No te estamos haciendo nada. Simplemente hemos elegido al hombre con el que creemos que deberías tener tu festival de sexo de fin de semana.

Esto era increíble. No podía hacerlo. Con Rand, no. Cualquiera excepto Rand. Se le contrajo el estómago al pensarlo.

—Pues renuncio a la apuesta.

Callie se quedó boquiabierta.

—Blair Newcasde, en todo el tiempo que hace que nos conocemos, nunca te has echado atrás en una apuesta. ¿Tan cobarde eres?

¡Joder! Callie tenía razón, nunca, jamás, había renunciado a una apuesta. Pero se trataba de Rand, por el amor de Dios. ¿Cómo iba a poder aceptar las reglas? ¿Por qué le hacían eso, sabiendo lo que sentía por él?

—Blair —dijo Abby—, puede que creas que tienes un oscuro secreto, pero para nosotras no es así.

A Blair se le dilataron los ojos. ¡Era imposible que lo supieran!

—¿De qué estás hablando?

—De Rand McKay. Llevas ardiendo por él desde el instituto. Es algo evidente para cualquiera que os conozca a los dos.

—No es verdad. —Y además ése no era su secreto. No era eso lo que la mantenía alejada de Rand. No tenían ni idea de lo que le estaban pidiendo.

—Sí que lo es —dijo Callie—. Os miráis el uno al otro como dos animales en celo. Cariño, estáis destinados a estar juntos. Lo único que nosotras estamos haciendo es darte un empujoncito en la dirección correcta.

—Sobre todo porque, por alguna razón que no alcanzamos a entender ni Callie ni yo, eres demasiado cabezota para dar ese paso —añadió Abby.

—El destino no tiene nada que ver con el motivo por el que Rand y yo no estamos juntos. No lo estamos porque he decidido no estar con él.

—Te desea —dijo Abby.

—Ése es su maldito problema.

—Este fin de semana no —contestó Callie, echándose a reír—. Este fin de semana va a tenerte. Una vez, y otra y otra.

—¡Esto no tiene gracia, joder! —Se levantó del sofá y se puso a mirar por la ventana, en dirección al lugar donde estaba aparcado su coche, en la entrada. El coche en el que se había

apoyado mientras Rand le manoseaba todo el cuerpo, encendiendo todos sus sentidos. Si permitía que la tocara, perdería el control. Él se lo arrebataría y la dominaría. No podía permitírselo. Si lo hacía nunca volvería a recuperarlo.

Aunque pensándolo bien, ¿de verdad tenía que renunciar al control? Era una experta en manejar a los hombres con el dedo meñique. Llevaba años haciéndolo y se le daba condenadamente bien. Si ponía en práctica sus artimañas con Rand, estaba segura de que él terminaría arrastrándose. Se sorprendería tanto de que ella estuviera dispuesta a abrirse de piernas para él, que ni siquiera se daría cuenta de que ella no le daba nada que no quisiera darle. Se zambulliría en su vagina, tan feliz de que ella se lo permitiera después de tantos años, que no le daría tiempo a comprender que era ella quien controlaba la situación, que era ella quien mandaba.

Pensaría que era él quien llevaba la batuta. Y para cuando por fin se diera cuenta, ella ya habría cumplido con las condiciones de la apuesta, le habría fundido el cerebro y continuaría con su vida. Asunto arreglado.

Su corazón estaría a salvo.

Se apartó de la ventana y miró a sus traidoras amigas con una sonrisa astuta.

—Es verdad. Tenéis toda la razón. Ya es hora de que me lance encima de Rand McKay y me lo tire.

—¿Eso quiere decir que lo vas a hacer? —preguntó Callie—. ¿Vas a tirarte a Rand después de tantos años?

—Sí, lo haré. Me acostare con Rand McKay.

Capítulo 2

Blair se sentó en su oficina y empezó a dar golpecitos con las uñas en el escritorio, con la vista puesta en la ventana y pensando en su enorme equivocación. ¿Cómo fue capaz de poner unas condiciones cuyo resultado era que se veía obligada a seducir a Rand McKay?

Y no es que supusiera un gran esfuerzo para ella lanzarse a la arena de la seducción. Él estaba listo para ella, y como le había dicho el día anterior, lo único que tenía que hacer era decírselo y él se ocuparía de ella.

Imbécil arrogante.

No iba con ella eso de postrarse ante un hombre. Ella era la reina de hielo, maldición, una imagen de sí misma que había perfeccionado a lo largo de los años: intocable, indomable, perversa e imposible de controlar. Tenía reputación de devora hombres, de ser quien llevaba las riendas. Todas las mujeres la envidiaban. Todos los hombres la temían.

Todos excepto Rand, quien nunca se tragó su actuación.

Porque eso es lo que era. Una actuación. Y él lo sabía condenadamente bien.

Tonta. No entendía cómo demonios lo sabía, pero así era. Por eso se había mantenido alejada de él todos esos años. Los demás hombres caían rendidos ante ella para adorarla y que hiciera lo que quisiera con ellos. Sólo tenía que chasquear los dedos y tenía el mundo a sus pies. Los hombres andarían haciendo el pino si ella se lo pedía.

Con algunos estuvo a punto de casarse. Eran realmente agradables. Simpáticos, dulces y seguros. De verdad que intentó llegar hasta el altar con ellos. Hasta que recobraba la sensatez y se daba cuenta de lo mucho que se iba a aburrir. Aún cuando sólo se tiraba a hombres a quienes pudiera controlar, sabía que nunca sería feliz con alguien así.

Un callejón sin salida. Estaba perdida tanto si lo hacía como si no.

En cualquier caso, ¿quién necesitaba casarse? Podía escoger a cualquier hombre de Silverwood. Había bebido, cenado y se había enrollado con muchos de ellos y, aunque los abandonó a todos, los dejó con una sonrisa en la cara y el cariñoso recuerdo del mejor sexo del que hubieran disfrutado en sus vidas. Y sin sufrimiento alguno por su parte.

Puede que de vez en cuando se sintiera sola. Muchas mujeres se pasaban la vida solas. Estaba acostumbrada a hacer las cosas a su manera y no iba a cambiar a estas alturas. Probablemente lo mejor era que permaneciera soltera y sin ataduras. Y completamente responsable de su vida.

Y ahora se tenía que pasar un fin de semana con un hombre al que no podía dar órdenes. Su mente lógica y controladora tenía miedo, y su cuerpo no podía parar quieto ante la perspectiva.

Traidor.

Además, ¿cómo iba a hacerlo? Ni podía ni quería acercarse a él y poner su destino en sus manos. De eso nada, iba a disfrutar demasiado. Se negaba a servirle el control en bandeja de plata.

Tenía que ser algo más sutil, cosa difícil, porque la sutileza no era exactamente su método habitual de actuar.

La conocía por dentro y por fuera, de modo que tendría que sorprenderlo.

¡Una doncella en apuros! Eso es. Dado que Blair sería la última mujer sobre la Tierra dispuesta a jugar esa baza, se llevaría una gran sorpresa cuando ella la llevara a cabo con él. Se le caería la coraza y se rascaría la cabeza, intentando saber qué pasaba. Para cuando lo tuviera en el suelo con los pantalones bajados, ya sería demasiado tarde. El cedería y ella tendría el control de la situación. Estaría tan condenadamente contento por tener la polla en su coño, que no le importaría como había llegado allí.

Ella ganaría, él perdería, y cumpliría con las condiciones de la apuesta.

De acuerdo, pensar en acostarse con Rand la excitaba, y prometía sexo salvaje. Los hombres con los que se había acostado en el transcurso de los últimos quince años no habían encendido precisamente toda su pasión. Apenas fueron el parpadeo de una vela, la verdad. Cualquier satisfacción sexual provenía de su propia mano o después de darle al hombre en cuestión unas instrucciones detalladas y el itinerario hacia su coño. Aún así, nueve veces de cada diez, seguían sin dar con él.

Estaba dispuesta a apostar a que Rand sabía encontrar el punto de una mujer. Con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda.

Se le contrajeron los pezones al recordar sus manos abarcándole los pechos y sus dedos rozando lo tensos botones con una caricia experta que la hizo jadear como una hembra en celo.

Iba tener que jugar este juego con mucho cuidado. Y era una experta en cuanto al sexo.

Lo primero que tenía que hacer era escoger su atuendo. Apagó el ordenador, salió del despacho y se dirigió al dormitorio; abrió la puerta del vestidor y encendió la luz.

Miró con ojo crítico sus trajes de *femme fatale*, y escogió el más llamativo. La falda, escandalosamente corta y con la cinturilla en las caderas, se pegaba a las piernas, al andar. El top blanco, de fibra elástica, dejaba el vientre al aire para lucir el bronceado. Tenía un escote bajo y redondo para acentuar la separación de los pechos y era tan corto como para que se asomara por debajo el piercing que llevaba en el ombligo.

Se dio una larga ducha, se secó el pelo hasta que los mechones castaños adquirieron un brillo intenso y cayeron en suaves ondas sobre sus hombros, y luego se vistió. Escogió un par de sandalias de cuña para lucir sus torneadas piernas y después comprobó su aspecto en el espejo.

Si Rand McKay no se ponía cachondo nada más verla, es que no era un hombre.

Una vez trazado su maquiavélico plan, cogió el bolso, se dirigió a la puerta y llamó a Callie al móvil para que sus amigas supieran que el juego había comenzado. Su intención era terminar la noche en casa de Rand, de modo que si Abby y Callie querían acercarse a echar un vistazo y asegurarse de que cumplía con su parte, estaban invitadas.

Quería asegurarse de que supieran exactamente donde estaba. Ella había hecho la apuesta, ellas le habían escogido al hombre, y maldita fuera si no se lo iba a tirar.



¡Qué día tan largo! Rand suspiró, soñando con la cerveza fría que iba a tomarse en cuanto entrara por la puerta de su casa. Lo que no se esperaba era ver un par de piernas, sexys y bronceadas, inclinadas bajo el capó levantado de un Mercedes blanco, a la entrada de su propiedad. Detuvo el Jeep detrás del coche de Blair y se bajó.

Ella ni se molestó en sacar la cabeza de debajo del capó, se limitó a dar golpecitos con un pie enfundado en una sandalia y a canturrear. La leve brisa le movía la falda lo suficiente para dejarle ver los muslos, lisos y delgados, y la curva del trasero. Se tragó el nudo de la garganta y disimuló la porción de su cuerpo que despertó a la vida dentro de sus vaqueros.

Se colocó a su lado y miró bajo el capó.

—¿Algún problema?

—No, estoy intentando ponerme más morena.

Ella tenía una boca rápida. Y bonita, además. Unos labios carnosos, rosados y malhumorados entre los que le encantaría deslizar su miembro. Se movió para colocar su creciente excitación y dijo:

—Muy graciosa. ¿Cuál es el problema?

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él, y se bajó un poco las gafas, dejando ver sus cristalinos ojos azules.

—¿Estaría aquí si lo supiera?

—Aparta. —Le propinó un golpe en la cadera—. ¿Qué es lo que le pasa?

—Que no arranca, estúpido.

—Cuidado con esas respuestas ingeniosas. Todavía puedo tumbarte encima de mis rodillas aquí mismo, levantarte la falda y darte unos azotes en el culo.

El susurro ultrajado de ella fue música para sus oídos. Comprobó la batería, que estaba bien. El sistema eléctrico, al que no le pasaba nada. Todo estaba bien excepto un cable flojo que evidentemente Blair había arrancado para asegurarse de que el coche no arrancara. Y no era un cable fácil de ver. Tuvo suerte al descubrirlo.

Chica lista. La pregunta era, ¿por qué? Aunque no hacía falta ser un genio para deducirlo.

Se incorporó y se limpió las manos en los vaqueros.

—Dale al contacto.

—¿Has conseguido arreglarlo?

La expresión de su cara no era de esperanza.

—No estoy seguro. Inténtalo.

Ella se colocó detrás del volante y encendió el motor. Por supuesto, él no se había molestado en volver a colocar el cable en su sitio, de modo que el motor no arrancó. Hubiera jurado que la vio esbozar una sonrisa de satisfacción.

—No responde.

—Hmmm —dijo ella, logrando parecer irritada y decepcionada.

Él se inclinó sobre el motor otra vez, moviendo un par de cables para disimular. Dentro de unos segundos le daría la mala noticia y se acabó. Ella había empezado el juego y él pensaba aprovecharse todo lo que pudiera. Porque a su modo de ver, Blair había lanzado el guante. Había ido a él. Puede que no lo hubiera hecho exactamente como él hubiera querido, pero, ¿cuándo hacía Blair las cosas de forma convencional?

—No sé cuál es el problema. Déjame engancharlo al jeep y remolcarlo hasta mi casa. Puedo echarle un vistazo allí.

—Puedes llamar a una grúa. Yo me quedaré aquí esperando —dijo ella, saliendo del coche para mirarlo por encima del techo.

—Imposible. Ha habido un accidente en la autopista y las dos grúas están allí.

—¡Maldición! —Se mordió el labio inferior.

—¿Tenías una cita?

Ella curvó los labios.

—Cariño, yo siempre tengo una cita.

Sí, claro.

—Entra en el Jeep, Blair. Con este calor te vas a derretir. Arranca mi Jeep y colócalo delante de tu coche.

—Bien. —Cogió el bolso, se dirigió al Jeep y lo dejó perfectamente colocado delante del Mercedes.

Él tuvo en las manos el cable de remolque nada más pedirlo, luego se sentó en el asiento del conductor del Jeep y condujo hasta la entrada de su propiedad.

Blair permaneció en silencio durante los cinco minutos que duró el trayecto por el camino de tierra. Rand aprovechó la oportunidad para comerse con los ojos su cuerpo apenas cubierto. Con ese atuendo estaba vestida para matar. Y estaba condenadamente cerca de acabar con él. La escueta camisa dejaba medio torso fuera y se ajustaba a sus magníficos pechos y la falda extremadamente corta apenas le tapaba el trasero, dejando ver sus largas piernas.

Hacía que se le pusiera dura. Y su presencia en la entrada de su propiedad era tan premeditada como la ropa que llevaba. Era una suerte que el trayecto fuera corto, porque según pasaban los segundos, le iba creciendo el pene.

Y su olor impregnaba el habitáculo del Jeep. No se trataba de un aroma floral o penetrante. No, Blair era mucho más sutil que eso. Permitía que su fragancia natural hablara por ella. Jabón, champú y el olor a limpio de una mujer hermosa, era lo único que necesitaba para hacer que él se subiera por las paredes.

Para cuando entró en la rotonda y aparcó delante de la casa, ya estaba completamente excitado, y su miembro se movía como la vara de un zahorí que acabara de encontrar el lugar de origen de un manantial.

Rascal, su perro, llegó hasta ellos, saltando desde la parte trasera de la casa, ladrando y moviendo la cola.

Él se formaba una opinión sobre un montón de mujeres por la forma en que trataban a su perro. Rascal no era lo que se llamaría un perro de buena apariencia. Tenía algo de pastor y de Dios sabía qué más, pero sobre todo, se trataba de un amasijo de polvo y enredos, una maraña de pelos provista de una lengua larga que soltaba enormes cantidades de baba.

La mayoría de ellas ni siquiera salían del coche hasta que él espantaba a Rascal. Sin embargo, Blair no. Abrió la puerta y saludó a Rascal con un grito de alegría, le acarició y le rascó detrás de las orejas. No tardó en agacharse y en acariciar al monstruo apestoso por todas partes, sin dejar de arrullarlo y de emitir ruiditos de bebé. Y Rascal disfrutó de cada segundo.

De acuerdo, había pasado aquella prueba. Sacudió la cabeza.

—Entremos antes de que te plante las patas sucias en el top blanco.

Blair le dirigió a Rascal una ancha sonrisa, se incorporó y le acarició la cabeza. Rascal se puso a su lado y permaneció pegado a ella mientras iban hacia la casa.

—No me importa, me encantan los perros.

Rascal subió las escaleras primero y cruzó la puerta en cuanto Rand la abrió.

—No volveremos a verlo en toda la noche. Se tumbará encima de una de las salidas del aire acondicionado y se quedará dormido.

Blair resopló.

—No puedes reprochárselo. Ahí fuera hace un calor de mil demonios.

—Se pasa el día en el establo, que es fresco y no le entra el sol en todo el día. No te dejes engañar por su mirada triste. —Rand se dio cuenta de que era la primera vez que Blair estaba en su casa. ¡Demonios!, casi nunca llevaba allí a las mujeres. La casa era su refugio, un lugar en el que alejarse de todos y de todo. Llevar allí a una mujer significaba una invasión de su espacio y de su aislamiento. Se trataba de un fenómeno poco frecuente.

Blair, sin embargo, era distinta. Quería que estuviera allí, llevaba años deseándolo. El hecho de que apareciera en la entrada de su propiedad significaba algo. Un primer paso. Hacía mucho tiempo que lo esperaba.

—¿Vas a ver qué le pasa a mi coche? —preguntó ella, pasando las yemas de los dedos por la brillante superficie de la mesita antigua de su abuela.

—Ahora mismo hace demasiado calor fuera. Se me ha ocurrido que podríamos relajarnos un poco, tomar un par de cervezas y charlar. Espera a que refresque.

Ella se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolso, luego dejó éste sobre la mesa y se metió en la cocina para lavarse las manos.

—Supongo que no tengo otra opción, ¿verdad?

—Siempre tienes elección, Blair. —No pensaba permitirle coger la salida más fácil. Si iba a pasar lo que él creía, entonces tendría que ser una decisión consciente por su parte. De otro modo no iba a funcionar.

—No siempre.

Después de secarse las manos, deambuló por el salón como si estuviera haciendo inventario. De acuerdo, él era soltero y la decoración no era bonita. Unas cuantas antigüedades heredadas aquí y allá, completamente ajadas por otra parte. Siempre pensaba que tenía que hacer algo para remediarlo, pero, francamente, ¿a quién le importaba? A él no. Ella se volvió para quedar frente a él.

—¿Y esa cerveza?

Él sacó dos botellas de la nevera y le entregó una.

—Siéntate.

Ella escogió el sillón de una plaza. A propósito. Era más seguro. No permitiera Dios que se sentara en el sofá. De hecho, él podía sentarse a su lado.

—Siento lo de tu abuelo —dijo ella, y por el tono de su voz, él supo que era cierto. Su abuelo había muerto el mes anterior, y aunque había pasado los dos últimos años en un geriátrico, con él desapareció el último de sus parientes. Lo único que le quedaba de su familia era aquella casa.

—Gracias.

No tenía más remedio que reconocérselo: estaba tranquila, o bien era una actriz condenadamente buena. La tensión entre ellos, como siempre, electrizaba el ambiente. Sus altercados tenían algo de incendiario. Incluso la conversación más sencilla tendía a convertirse en una tensión sexual que crepitaba entre ellos.

Incluso ahora, sin necesidad de decir nada, su lenguaje corporal le indicaba todo aquello que ella no quería que él supiera. Mantenía la espalda recta como si el más mínimo cambio en su postura fuera a revelar demasiado sobre lo que sentía. Sus pechos se elevaban cada vez que respiraba profundamente, lo cual quería decir que era muy consciente de que había un hombre en la habitación. Y él era endemoniadamente consciente de ella. De cada apetitoso centímetro de su cuerpo. De la forma en que su pelo rojizo absorbía y recogía la luz que entraba entre los postigos entornados, rodeando su rostro como un halo de fuego. De su piel, bronceada y brillante a causa de algún tipo de loción corporal que olía a lluvia de primavera. Y en medio de todo, el inconfundible olor a almizcle de una mujer preparada para el sexo.

Bebió un largo trago de cerveza que al menos sirvió para apagar el fuego de su garganta. Aunque no refrescó en absoluto la hoguera que tenía entre las piernas. Claro que nada hubiera dado resultado. A menos que antes tuviera a Blair desnuda, abierta de piernas y suplicándole que la follara. En cuanto tan dulces palabras salieran de sus labios, le introduciría profundamente la polla en la vagina y por fin obtendría lo que llevaba quince interminables años deseando.

Nunca había necesitado tanto a una mujer como necesitaba a Blair. Siempre la había deseado. Y sabía perfectamente que ella también lo deseaba. Pero en lo tocante a él, había construido un muro a su alrededor. Sin embargo, perdía el tiempo con aduladores débiles, inútiles y tontos, que carecían de valor tanto dentro como fuera del dormitorio. No era de extrañar que nunca durara demasiado con ninguno. ¿Qué tenían de bueno?

Lo que Blair mostraba al mundo y lo que realmente necesitaba eran dos cosas diferentes. A veces Rand se preguntaba si él era la única persona que veía más allá de aquella fría y controlada apariencia que escondía a una mujer aterrorizada y que temía expresar sus verdaderas necesidades.

Lo único que tenía que hacer era decirlo en voz alta y él descubriría todo un mundo para ella. Le daría todo lo que siempre había querido. Haría que se corriera multitud de veces.

Vamos, nena. Sabes que puedo dártelo. Sólo tienes que pedírmelo.

Porque lo que Rand no iba a hacer era cogerlo. Si Blair lo deseaba, iba a tener que pedirselo.

Y una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás.



Si Blair seguía manteniendo aquella postura durante mucho más tiempo, le iban a dar calambres en la espalda. Parecía que estuvieran jugando al ratón y al gato. A mirarse hasta que uno de ellos cediera. Y ella no estaba dispuesta a ceder. Pero joder, Rand no dejaba de mirarla. Y no se limitaba a eso, sino que la devoraba con sus penetrantes y enigmáticos ojos que siempre parecían ser capaces de ver a través de ella. Como si conociera sus más íntimos y oscuros secretos, y estuviera esperando a que ella los expresara.

Ya había llegado muy lejos. Estaba en su casa, notaba el abultamiento de su erección bajo la tela de los vaqueros, y sabía que estaba cachondo por ella. ¿Por qué diablos todavía no se le había lanzado? ¿Tenía que hacer un striptease encima de la mesa para obtener su atención? No es que apareciera periódicamente en su casa con su conjunto más sexy.

A ver si lo pillas, Rand. Estoy aquí, soy atractiva y estoy más caliente que el Infierno. ¡Fóllame, maldición!

Pero nada. Él continuó mirándola fijamente como si esperara que fuera ella quien hiciera el primer movimiento. Estaba segura de no haberlo interpretado mal todos aquellos años. No era posible que se pareciera a todos aquellos hombres con los que había salido, ¿verdad? Sin carácter, débiles y demasiado asustados para apoderarse de lo que querían. ¿Lo había juzgado mal?

La decepción se fue apoderando de ella, el humor se le empezó a agriar y sintió un vacío tan doloroso en el estómago que casi la hizo llorar. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto con él? Los juegos que llevaban a cabo, su forma de provocarla, de tocarla y de atormentarla todos aquellos años, prometían el mejor sexo de su vida. De ninguna manera podía haberse equivocado en cuanto a la reacción de su propio cuerpo. ¡De ninguna manera!

Y aún así, él continuaba sentado, mientras que a ella sólo le faltaba abrirse de piernas ante él. ¿Es que estaba esperando una invitación por escrito? ¿Qué le diera permiso verbalmente para tocarla? Aquello no era propio de Rand, no tenía nada que ver con el hombre que estuvo condenadamente cerca de tirársela en la carretera el día anterior.

De no ser por la apuesta, se levantaría y se marcharía. En cambio, tenía que quedarse allí y follarse a ese imbécil que empezaba a resultarle increíblemente molesto. De acuerdo. Cuanto antes acabara con aquello, mejor. Se levantó, bebió un largo trago de cerveza, se acercó al sofá contoneándose y se dejó caer al lado de Rand. Ladeó la cabeza y le miró entre los párpados entornados; uno de sus movimientos más provocadores.

—¿Qué es lo que quieres, Blair? —preguntó él, con una leve sonrisa deformando su generoso labio inferior.

—¿Necesitas que te lo explique con todo detalle?

—Necesito que me digas lo que quieres. Lo que deseas de verdad.

Su mirada gris la desafiaba a que se atreviera a decirlo en voz alta. Sin embargo, Blair era una experta en ese juego, sabía manipular a los hombres mejor que cualquier otra mujer que conociera. Se inclinó hacia él, presionando el pecho contra su sólido brazo.

—¿Por qué no me dices lo que te gustaría hacer a ti?

Él se movió y le metió una rodilla entre la suyas, mirándola con intensidad.

—Yo no soy el tipo de hombre que te dice lo que le gusta, Blair. Voy a decirte lo que va a pasar si te quedas aquí. Quiero que te arrodilles ante mí y me chupes la polla. Quiero joder esa boca insolente que tienes hasta acabar corriéndome entre esos hermosos labios. Luego te follaré. Te ataré a mi cama, con las piernas separadas y tu precioso sexo desplegado ante mi vista. Voy a lamerte y chuparte hasta que grites mi nombre y me ruegues que te folle. Entonces te introduciré la polla hasta el fondo, hasta que te retuerzas debajo de mí y supliques un orgasmo. Después te

pondré boca abajo, separaré esas dulces nalgas y meteré mi miembro en tu estrecho ano. Me voy a pasar la noche y todo el fin de semana echándote polvos hasta que seas incapaz de recordar a cualquiera de los hombres con los que te hayas acostado antes, porque ninguno de ellos te ha follado como voy a hacerlo yo.

Por todos los demonios. La temperatura ambiente se elevó diez grados en un instante y ella estuvo a punto de estallar en llamas. Tragó saliva y separó los labios para aspirar grandes bocanadas de aire, aturdida por las imágenes que habían creado sus palabras. Ningún hombre le había hablado así antes. Los hombres que escogía casi le pedían permiso antes de besarla. Rand estaba lejos de hacerlo. Le ofreció un plano detallado de todas las perversidades que tenía intención de hacerle.

—Mi paciencia tiene un límite muy fino, Blair. Estás aquí y te deseo. Si no lo quieres, es el momento de decirlo, porque este fin de semana no voy a pedirte absolutamente nada: me apoderaré de ello. Si te quedas eres mía. Cómo yo quiera y durante todo el tiempo que desee.

¡Oh, Señor! Él lo sabía. De alguna manera sabía lo que ella ansiaba, lo que no había tenido en todos aquellos años. Ninguno de aquellos hombres supo nunca el tipo de mujer que era y las necesidades que tenía. Pero Rand sí. Le estaba ofreciendo lo que siempre había deseado y temido.

Algo que deseaba sobre todas las cosas, lo que más le asustaba: someterse por completo a un hombre.

Y no a un hombre cualquiera, sino a Rand McKay.

Tenía el cuerpo en llamas, los pezones contraídos y presionando contra el fino algodón del top; la humedad de su sexo empujaba la delgada tira de las bragas y le cubría la entrepierna. El clítoris estaba hinchado y palpitaba sin cesar. Se imaginó lo que él podría hacerle.

Estuvo a punto de provocarle un orgasmo sin tan siquiera tocarla. Sin ni siquiera frotarle el clítoris.

Llevaba quince años teniendo un sexo desastroso. Tenía que superar una apuesta.

Aquello era para un fin de semana, no para siempre. La oportunidad de lanzar por los aires sus inhibiciones y dejar el control en manos de un hombre. Sin más obligación que sumirse en sus más profundos, oscuros y perversos deseos.

Sólo durante el fin de semana.

Cuando éste terminara, se acabó. Él no tendría ningún poder ni control sobre ella, ni expectativa alguna de que aquello fuera a prolongarse más.

¿Qué daño podía hacer disfrutar de sus fantasías y experimentar lo que seguramente fuera a ser el mejor sexo de su vida? Era muy posible que aquella fuera su única oportunidad de tener un sexo fabuloso.

Aquello no iba a hacerle ningún daño. Mientras conservara el control, mientras supiera que una vez acabara el fin de semana, el juego habría terminado.

Mientras su corazón no se viera implicado, podría alejarse con una sonrisa en la cara.

Una sonrisa enorme.

Levantó la barbilla, negándose a soltar el control por completo.

—Si lo quieres, cógelo, Rand.

Capítulo 3

Rand observó el cúmulo de emociones que cruzaron la cara de Blair al decir eso: incertidumbre, algo de miedo, incluso cólera y por último, decisión. Mantuvo la barbilla en alto con obstinación, como si le retara a que le ordenara hacer algo que no quisiera a hacer.

Seguía sin entenderlo. Pero antes de que el fin de semana acabara, se daría cuenta de que era ella quien ostentaba todo el poder.

Se levantó y la miró, extendiendo la mano. Ella la contempló durante unos largos segundos y luego deslizó sus dedos cálidos por la palma de su mano. La ayudó a ponerse de pie y la atrajo hacía su pecho.

—Llevo quince años esperando esto —afirmó él, inclinándose hacia su boca y aspirando el perfume a canela.

El primer contacto con su boca fue como un reguero de pólvora. Unas llamas incontrolables le hicieron arder. Aún sabiendo lo que iba a sentir, no estaba preparado para lo condenadamente caliente que era ella, para la perfecta sensación de su cuerpo pegado al suyo. Para sus pechos aplastados contra su torso y sus caderas apoyadas en su pelvis. De repente quiso tocarla y acariciarla por todas partes.

Despacio. Tranquilamente. El corazón se le puso a cien por hora cuando movió los labios sobre los suyos, hundiendo los dedos en la suavidad exuberante de su pelo, devorando su boca y su lengua como si fuera el néctar de los dioses. Su miembro era una lanza dura que empujaba contra la cremallera de los pantalones, empeñada en quedar libre. Le dolían los testículos y le hormigaban los dedos por envolver las suaves y firmes nalgas.

Hasta que no estuvo a punto del delirio, no se dio cuenta de que el único que estaba perdiendo el control era él. Blair estaba rígida, inmóvil y conteniéndose. Aunque tenía las manos apoyadas contra su pecho y su boca respondía a la suya, ella no participaba. Seguía sus indicaciones, pero no como él deseaba.

Blair tenía miedo de soltarse. Lo cual quería decir que él iba a tener que asumir el mando y obligarla. Ella no consentiría que le arrebatara el control, pero se vería obligada a participar. Él ya conocía ese juego, llevaban quince años jugándolo. Era evidente que tendrían que seguir haciéndolo.

Disminuyó la intensidad de su beso y se obligó a reducir la velocidad suicida de su pulso hasta que se convirtió en algo más controlable. Era el momento de recuperar el juicio y controlar la situación antes de que Blair se convirtiera en una viga de acero entre sus brazos.

Interrumpió el beso y se apartó de ella, que abrió los ojos y lo miró fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó ella.

—De rodillas.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —Se soltó el botón de los vaqueros y su pene palpó de impaciencia—. Ponte de rodillas.

Ella miró hacia su entrepierna, observando cómo se bajaba lentamente la cremallera.

—Estás de broma.

—¿Te parece que bromeo? —Se sacó la camiseta por la cabeza y la lanzó al sofá que estaba a espaldas de ella.

Ella no apartó en ningún momento la mirada de la bragueta abierta. Hasta que esos maravillosos ojos celestes fueron subiendo lenta y tranquilamente por sus caderas, su estómago y su pecho, para por fin, posarse de nuevo en su cara. Sin embargo en esta ocasión no estaban desorbitados por el asombro.

Estaba irritada. Sin embargo, aparte del ceño fruncido y los labios apretados, en sus ojos había un fuego que antes no existía, una pasión de la que carecían cuando fue a él voluntariamente.

Muy bien, de modo que le gustaba que le dieran órdenes. Seguro que él podía vivir con eso.

—He dicho que ahora, Blair. Haz lo que te digo o te obligaré a hacerlo.

Iba a disfrutar de cada jodido minuto doblegándola a su voluntad. Y en lo más profundo, sabía que Blair también.

Que empiece el juego.

Blair respiró hondo, llena de sincera indignación. Que se pusiera de rodillas.

Ya podía ir besándole el culo si se creía que iba a arrodillarse como un súbdito ante su rey, para chuparle la polla sólo porque él se lo ordenaba. Estaban besándose. Las cosas estaban yendo bien. ¿Qué rayos había pasado?

De acuerdo, puede que el suelo no se estremeciera bajo sus pies, pero estaba bien.

Y puede que cuando le ordenó que se arrodillara ante él, le temblara el clítoris y se le contrajeran los pezones. Pero eso no significaba que fuera a hacerlo.

—No te has movido —dijo él, con un tono de voz una octava más bajo.

Una octava condenadamente seductora, además.

—No pienso hacerlo. Es una estupidez. No estoy jugando...

—Y yo tampoco —la interrumpió él, cogiéndola de la muñeca y arrastrándola hacia sí. En cuestión de segundos sus posiciones se habían intercambiado y Rand estaba sentado en el sofá con Blair tumbada boca abajo sobre su regazo—. Esto ya ha durado demasiado tiempo.

Ella hubiera gritado de no ser porque se quedó sin respiración. Lo único que consiguió emitir fue un gruñido de ultraje cuando Rand le plantó la mano en el trasero, con firmeza, le subió la falda por encima de las caderas y arrancó la diminuta tira del tanga, desnudando sus nalgas.

—Tienes un trasero firme y delicado, Blair. Me moría por ponerle las manos encima.

Ella no pudo evitarlo. Se humedeció cuando él le pasó su enorme mano por las nalgas. La expectación le inflamó el clítoris, y se tensó, esperándolo.

Necesitándolo.

Cuando el primer azote se precipitó contra la nalga izquierda, contuvo un gemido, negándose a demostrarle lo mucho que aquello la excitaba. ¡Pero ya lo creo que lo hacía! Él sabía la fuerza exacta con la que debía azotarla. La picazón era caliente y dulce, y él la acompañó acariciando el lugar, deslizand la mano entre sus muslos, para volver a levantarla y dejarla caer contra la otra nalga.

Ella se estremeció y luego respiró hondo cuando él volvió a acariciarle el trasero, con movimientos suaves, hasta deslizar la mano entre sus piernas, tan cerca del clítoris que éste enloqueció. Sin embargo no la tocó ahí. Pensaba atormentarla.

¡Maldición, era bueno!

—Has sido una chica muy mala, Blair —afirmó él, volviendo a dejar caer la mano sobre su trasero, golpeando en esta ocasión la parte inferior de ambas nalgas con una palmada ligera que hizo que se le estremeciera el sexo—. Creo que vas a necesitar que te castigue mucho más.

Oh, eso esperaba ella. Le tembló todo el cuerpo bajo la sensual agresión, a la espera del siguiente movimiento, ansiando su contacto. Estaba sedienta de aquello.

—Y tienes el coño empapado. —La abarcó con la mano y le frotó el clítoris. Esta vez, ella gimíó. No pudo contenerse. Lo que él le hacía no era inesperado. Era deliberado, ideado para provocarla, para advertirle de que era él quien estaba a cargo de su placer.

Era un maestro en ese juego.

Ella lo había subestimado.

Se movió, ondulando contra su mano, intentando acercar el clítoris a la palma de su mano. Él la quitó.

Bastardo.

—Te correrás cuando yo lo decida —dijo él, volviendo a azotarla—. Aquí quien lleva las riendas soy yo, Blair. No tú.

La apartó de su regazo y la puso de rodillas en el suelo, cogiéndole un puñado de pelo. Se bajó los vaqueros hasta debajo de las caderas, liberó su pene y se lo acarició junto a su rostro.

Era largo y grueso, y la punta era ancha y suave. Al contemplarlo no pudo evitar lamerse los labios y que se le contrajeran los pezones al aspirar el olor a almizcle de él. ¡Dios, era magnífico!

—Chúpala.

Le palpitó el sexo ante la orden.

—Que te folien —contestó ella, apretando los dientes.

Él le echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—Nena, eso no tardará en llegar. De momento vas a chuparme la polla.

Se sujetó el miembro con la mano libre y le untó los labios con el líquido nacarado de la punta. Ella quería desafiarlo.

Deseaba succionarlo, extender las manos, sujetar su miembro entre ellas y devorarlo. Pero si se rendía a sus deseos, le dejaría a él el control, y no estaba dispuesta a hacerlo.

Abrió la boca, conteniéndose con cuidado, y lamió la cabeza del pene; echó la cabeza hacia atrás para verle la cara y saboreó la mirada ausente de sus ojos cuando lamió lenta y pausadamente el sedoso glándulo.

Le tembló el vientre al probarlo. Sabía salado y salvaje. Por mucho que se esforzara por parecer controlado ante ella, se le levantaron las cejas y su respiración se volvió acelerada y jadeante cuando le rodeó con la lengua, cerró los labios en torno a él e introdujo el miembro en el calor de su boca.

—¡Cristo! —susurró él, abriendo un poco la mano con la que le sujetaba el pelo—. Esto está muy bien, nena. Chúpala.

Se echó hacia delante, introduciéndole cada glorioso centímetro, con los dedos enredados en su pelo, mientras ella jugaba con el glándulo hinchado, percibiendo su calor deslizándose entre sus labios.

A lo que ella no estaba dispuesta a renunciar era a tener sus testículos en la mano y acariciarlo mientras se tragaba su polla.

Sin embargo, estaban jugando. Y ella no pensaba perder ese juego. Las apuestas eran altas y sin importar cuán intensas fueran las sensaciones, no pensaba ceder.

En cualquier caso, su sabor y su olor eran tan dulces que la incitaban a librarse de sus inhibiciones y entregárselo todo.

Lo deseaba. ¡Oh, cómo lo deseaba! Su cuerpo lo anhelaba, lo necesitaba más de lo que podría admitir jamás, ni siquiera ante sus más íntimas amigas. Ellas no lo entenderían.

Nadie entendía lo que ella necesitaba.

Sólo Rand lo sabía. Porque su desenfreno igualaba al suyo; sus músculos se contraían, la tensión que los rodeaba fue en aumento al mover las caderas hacia delante y hacia atrás y deslizar el pene sobre su lengua. Ella lo succionó, percibiendo como se sacudía cuando lo aprisionó con la boca al ir a retirarse.

—Descansa —susurró él—. Esto te gusta, ¿verdad, nena? Esa boca, esos labios dulces y llenos, y esa lengua ardiente, fueron hechos para comerme.

No tenía ni idea de lo que ella era capaz de hacerle, de lo mucho que disfrutaba con su placer, de lo que provocaba en su propio cuerpo. Tenía la entrepierna mojada y palpitante por la necesidad de que él pusiera allí su mano, su lengua y su miembro.

Se apartó y le mordió suavemente el glande con los dientes, notando como se estremecía. Luego no pudo resistirse a tocarlo. Le cogió la base del pene y empezó a acariciarlo al tiempo que lo chupaba, deseando todo lo que él tuviera para darle, queriéndolo todo.

Quería tener el control, despojarlo de él y volver al lugar en el que se sentía cómoda. Le oprimió el miembro y le chupó la punta, eliminando con la lengua el fluido que escapaba, y utilizó la otra mano para palpearle con cuidado los testículos. Supo que había dado con su punto débil cuando su pene se sacudió y le llenó la boca.

—¡Joder, Blair! —gimió, tirándole del pelo y moviéndose hacia delante para introducirle más el pene.

Ya lo tenía. Ningún hombre, ni siquiera Rand, hubiera podido contenerse. Lo absorbió por completo, notando como se apretaban los testículos en su mano cuando él empujó, follándole la boca con unos movimientos tan eróticos que hicieron que su clitoris suplicara atención a gritos.

Ella quería que sus caderas embistieran contra su vagina y la penetraran de la misma forma que estaba haciendo con su boca. Dejó que sus labios continuaran trabajando mientras se metía las manos entre las piernas para aliviar el insostenible dolor y deseando correrse al mismo tiempo que él. Se buscó el clitoris, sabiendo lo cerca que debía estar él de lanzarle una caliente descarga de semen. Incrementó los movimientos sobre el clitoris, jadeando de deseo, gimiendo contra su pene mientras lo succionaba, moviendo la boca rápidamente, oprimiéndole los testículos con una mano y acariciándose el clitoris con la otra.

Estaba a punto... condenadamente cerca.

Córrete en mi boca, Rand. Vamos, ya casi hemos llegado los dos.

Jadeó de sorpresa cuando él sacó el miembro de su boca y quitó la mano de su coño. La puso en pie con expresión sombría y contrariada, respirando con gran esfuerzo.

¿Qué pasaba? Ambos estaban a punto de alcanzar un increíble orgasmo.

—Te correrás cuando yo lo diga, y no será por tu propia mano, Blair. No eres tú quien manda aquí, ¿recuerdas?

No. ¡Ni hablar! De ninguna manera podía estar haciéndole eso. Ni siquiera podía respirar, le palpitaba el clitoris, y estaba a punto de estallar de placer, ¿y él quería controlar su orgasmo?

—¿Has perdido la cabeza?

Él sonrió, curvando ligeramente sus letales y peligrosos labios.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. Y tú también. Crees que puedes volver las tornas y llevar la batuta. Te lo advertí.

Ella intentó apartar el brazo, pero él le sujetó con fuerza la muñeca. Ella paseó la mirada desde su mano hasta su cara.

—Me estás haciendo daño.

—Mentira.

—Suéltame.

—Te dije que si estabas de acuerdo en este fin de semana, yo estaría al mando. No eres tú quien tiene la última palabra, Blair. No vas a ser tú quien lleve las riendas. Las llevaré yo.

Lanzó una ojeada a su pene. Todavía estaba duro como una piedra y enhiesto. Y ella seguía estando al borde del orgasmo. Maldito fuera. A ella se le daban bien estas cosas. ¿Por qué no se limitaba a dejar que se encargara del placer de los dos?

—Porque tienes que aprender a relajarte —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento.

—No sé de qué hablas.

—Lo sabrás. —Se subió los vaqueros, tapando el hinchado miembro, se agachó, se la echó al hombro y se levantó.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó ella, cuando él empezó a salir de la habitación.

Él no contestó, se limitó a cruzar el estrecho pasillo con zancadas rápidas y decididas, deteniéndose sólo lo indispensable para abrir una puerta y entrar en una habitación en penumbra. Ella intentó incorporarse, pero en aquella posición le resultó imposible. El cuerpo de él era como una roca y la tenía condenadamente bien sujeta.

Hasta que, de alguna manera, salió volando y aterrizó con un chillido.

Sobre algo suave.

Una cama.

—¡Gilipollas! —Se puso de rodillas, con idea de bajarse de la cama y largarse, pero él le sujetó las manos y la arrastró a la cabecera de la cama.

La habitación estaba oscura, a pesar de que todavía había luz, de modo que ella sólo podía ver que estaba en una cama y poco más. Aquello no era de mucha ayuda. Además, él la tenía firmemente sujeta por los brazos. Por mucho que se debatiera, era como luchar contra un roble gigantesco.

No le costó nada sacarle el top por la cabeza y tirarlo, para luego bajarle la falda por las caderas y las piernas. Oyó un tintineo, después un sonido seco y metálico, y por fin el frío acero de unas esposas le rodeó las muñecas cuando él la esposó a los barrotes de la cama.

—Rand, esto no es divertido.

—No pretendo que lo sea —respondió él, moviéndose hacia sus pies.

En esta ocasión no fueron unas esposas las que le inmovilizaron los tobillos, con las piernas abiertas, a los pies de la cama, sino algo más suave, probablemente una cuerda de algodón. A pesar de su intensa irritación, se le contrajeron los pezones y el clítoris volvió a la vida.

Atada y con las piernas abiertas en la cama de Rand McKay. A oscuras, con unas esposas en las muñecas y los tobillos inmovilizados con una cuerda.

Ella estaba a su merced.

¡Piedad!

Adaptando sus ojos a la penumbra de la habitación, Rand observó que los de Blair se dilataban de expectación, y algo más. Contuvo el aliento cuando él sujetó la última ligadura a los barrotes de la cama, dándole a entender que esta vez no tenía escapatoria. Ya no era ella quien estaba al mando. Era él.

Ella se metió el labio inferior en la boca y se le endurecieron los pezones. Cuando él tomó aliento y la luz penetró en la habitación, lo olió y lo vio en su cara: excitación.

¡Oh, sí! Podía fingir toda la ira o la indiferencia que quisiera, pero su cuerpo decía la verdad.

Subió las persianas, permitiendo que entrara un poco de luz en el dormitorio. La luz bañó su cuerpo, dándole el aspecto de una diosa de oro.

—Esta habitación la mantengo a oscuras cuando trabajo de noche y duermo de día, pero quiero ver tu cuerpo bajo la luz. Necesito verte. Y tú tienes que ver lo que voy a hacerte.

Ella mantuvo los labios firmemente apretados y los ojos entornados. Él esbozó una sonrisa cuando rodeó la cama, inspeccionando su trabajo, y permaneció a los pies de la cama para ver su sexo expuesto ante sus ojos.

—Tienes el coño más bonito que he visto en mi vida, Blair. ¿Te has entretenido hoy más que de costumbre para prepararlo para mí?

—No he hecho nada parecido, estúpido.

Estaba mintiendo. Él se puso al lado de la cama, se sentó y le levantó un pie.

—Y esos pies tan sensuales, con las uñas pintadas de rojo; apuesto a que también te gustaría que te chuparan los dedos, ¿verdad?

Ella no contestó, pero cogió aire de manera audible. Sí, de acuerdo, le gustaría. Él se levantó, se quitó la ropa y se acercó a la cabecera de la cama. Ella siguió cada uno de sus movimientos como una víctima cautelosa ante un depredador.

Rand se cogió el pene y se lo acarició, aunque sólo de pensar en follársela así lo puso duro en un instante. Había estado a punto de correrse en su boca, deseando contemplar el movimiento de su garganta cuando ella se tragara hasta la última gota de su semen. Le dolieron los testículos sólo de imaginar lo bueno que habría sido aquello.

Pero eso hubiera otorgado el control a Blair. Y eso es lo que ella quería, a lo que estaba acostumbrada.

Él tenía intención de poner su mundo patas arriba ese fin de semana, y eso significaba que no podía ser ella quien llevara la batuta.

Quería su rendición completa y total, lo cual quería decir que sus propias necesidades tenían que esperar.

O tal vez no. Se fue moviendo lentamente sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre su pecho, sin dejar de acariciarse el pene, queriendo que lo viera, que lo mirara y que supiera que él podía hacer lo que le diera la gana.

A sí mismo o a ella.

Y que ella sólo podía mirar.

Asió el tenso miembro, movió la mano hacia delante y hacia atrás, rozándose los testículos y permitió que un gemido escapara de sus labios.

—Tu boca sobre mi polla ha sido dulce y caliente, Blair. Lo haces como si hubieras nacido para ello.

Sus labios se abrieron con un suspiro tembloroso, mientras observaba los movimientos de sus manos.

—¿Quieres mojármelo mientras me acaricio? ¿Quieres chupar un poco la punta? Me gusta tu boca.

Ella tragó saliva y asintió, pero no pronunció ni una palabra. Él apoyó una mano en la pared, por encima de la cama, se inclinó hacia ella, y le deslizó únicamente el glande entre los labios.

Una humedad infernal lo abrasó cuando ella lo rodeó con la lengua, cerró los labios en torno a él y lo aspiró. Su pene chocó contra el paladar de ella, que gimió; un leve murmullo que provocó un estremeciendo de agonía en sus testículos. No pudo evitarlo; apartó la mano y se introdujo profundamente, dándole cada centímetro de su miembro. Ella lo aceptó todo. Ver como desaparecía su miembro entre sus labios fue como vender su alma al mismísimo diablo.

¡Dios, deseaba correrse en su boca!

Pero todavía no, y no en esa ocasión.

Antes tenía que hacerlo ella. Tenía que rendirse.

En cuerpo y alma. Él lo quería todo.

—Tú ya me has saboreado, ahora tengo que probarte yo —sacó el pene de su boca, estremeciéndose ante el sonido que produjo. La muy codiciosa no quería soltarlo. Le gustaba que ella lo sujetara tan fuertemente, que disfrutara chupándolo.

Se inclinó y le acarició la coronilla con la boca, respirando hondo. El pelo le olía a lluvia de verano. Le besó la frente y los párpados, y se quedó allí cuando ella abrió los ojos y lo observó con recelo.

Le besó la punta de la nariz, la comisura de cada uno de los labios y la barbilla, ligeramente levantada, luego revoloteó sobre su boca, aspirando su aliento y observando como su expresión recelosa se convertía en expectación.

—Dime lo que necesitas —dijo él, con los labios tan cerca de los suyos que casi se tocaban.

Casi, pero no del todo. Quería que lo dijera, necesitaba que lo dijera.

—Bésame —susurró ella por fin.

Él obedeció, capturó su boca y se apoderó de ella, conteniendo el impulso de saquearla. En vez de eso, le acarició la boca con cuidado, pasando los labios sobre los suyos; le mordisqueó el labio inferior y se lo separó para introducir la lengua.

Ella, caliente y provocadora, se la envolvió con la suya, como si fuera un abrazo, succionándola hasta que el beso tierno y juguetón, se convirtió en algo más apasionado y necesitado, en una sensación de urgencia que los envolvió a ambos. Cuando ella elevó las caderas y se arqueó contra él, supo lo que quería.

Sexo. Follar los pondría al mismo nivel.

Pero ése no era su plan. Separó los labios a regañadientes y trazó un sendero de fuego por el hueco de su garganta, deteniéndose allí antes de descender lentamente por su cuerpo.

Como si de un explorador se tratase, no quería dejar nada intacto. Cada pedazo de ella era una aventura. Ahora que la tenía atada y no podía escapar, pensaba memorizar cada centímetro de su cuerpo. Lo que le gustaba y lo que no. Lo que la excitaba, lo que la dejaba indiferente, lo que le ponía la piel de gallina y lo que la hacía gritar.

Decididamente iba a disfrutar haciéndola gritar de placer. Iba a ganarse su confianza, porque ella le estaba entregando mucho al permitir que la atara así. Y él no se lo tomaba a la ligera.

Blair iba a tener la experiencia de su vida.

Iba a aprenderlo todo sobre la dicha de la rendición.

Capítulo 4

Blair contuvo el aliento, con el cuerpo en tensión, mientras Rand le iba lamiendo el cuello. Su aliento era cálido y sus susurros eran más propios de la oscuridad y la medianoche que de las últimas horas de la tarde.

—¿Qué se siente al estar atada y saber que puedo hacerte lo que quiera, y que tú no puedes moverte?

Ella tembló y contuvo la contestación que tenía en la punta de la lengua. Lo que deseaba hacer era exigirle que la soltara, vestirse, largarse, volver a conectar los cables del Mercedes y salir pitando de allí. En vista de que ya no era ella quien estaba al mando, el juego había dejado de gustarle.

Pero entonces perdería la apuesta. Y odiaba perder. Ella no perdía.

—Estás temblando, nena. ¿Tienes frío?

Él había provocado en su cuerpo una fiebre abrasadora. No tenía frío.

Estaba aterrada, porque aquello le gustaba demasiado.

Él levantó la cabeza y la miró.

—No, estoy bien.

—¿Bien, eh? —Él sonrió—. No quiero que estés bien. Vamos a ver cómo le ponemos remedio.

Volvió a inclinarse hacia su cuello y depositó unos suaves besos en su garganta. Con tanto cariño y dulzura que los ojos se le llenaron de lágrimas.

No le gustaba el Rand dulce. Le gustaba el cascarrabias y peleón, no éste que satisfacía su cuerpo y le hacía desear abrazarle y suplicarle que le metiera la polla dentro.

Estaba necesitada.

Y Rand alimentaba sus necesidades, moviéndose desde su cuello a sus pechos, cogiéndolos en sus manos. Ella levantó la cabeza para verlo pasar la lengua de un pezón al otro, lo que hizo que se irguieran, exigiendo su atención.

Necesitaba aquella atención. Deseaba tanto tener allí su boca que le dolían los pezones. Quería suplicar, pero no lo hizo, se negaba a expresar en voz alta sus necesidades. Se arqueó contra él y el impacto de su boca la abrasó cuando él atrapó uno de ellos entre los dientes.

La sensación era increíble. Gritó cuando él le dio un golpecito con la lengua, luego lo succionó, y lo mordisqueó. ¡Dios Todopoderoso! ¿Qué le estaba haciendo? Todas las sensaciones que le provocaba iban directas al clítoris; el tembloroso y creciente apremio la incito a arquearse, a alimentarlo con su pecho. Se sentía consumida, como si él conociera cada centímetro de su cuerpo.

Él la estaba devorando, y ella quería más.

Y él se lo dio, pasando al otro pecho, lamiéndolo, mordisqueándolo, aplastándolo entre la lengua y el paladar, como si intentara tragárselo.

Lo deseaba. Era como si no pudiera darle lo suficiente de sí misma.

Él fue descendiendo por sus costillas, le introdujo la lengua en el ombligo y dio un tironcito al piercing que allí había.

—Esto es condenadamente sexy —dijo él, arrastrando las palabras, mientras daba golpecitos al adorno del ombligo.

Elevó la cara hacia ella, su rostro quedó iluminado por la luz del sol que penetraba en la habitación. El pelo, grueso y ondulado, le caía sobre la frente, y sus ojos, oscuros como un océano, brillaban de deseo, abrasándola desde los dedos de los pies hasta la cabeza.

Le deslizó la mano por el vientre plano y a ella se le tensaron los músculos en respuesta. Estaba tan cerca de su sexo que le temblaba el clítoris y todos sus músculos estaban tensos de expectación. En ese momento, lo que menos le importaba era quien estaba al mando, simplemente se alegraba de ser Mujer.

Su mujer.

Al menos durante aquel fin de semana. Ni podía ni quería pensar en nada que no fuera el placer de las manos de él sobre su cuerpo, y la forma en que despertaba cada una de sus terminaciones nerviosas, de un modo que nunca había experimentado. No iba a lamentarse por lo que se había estado perdiendo al mantener a aquel hombre a raya todos esos años. No quería.

Se iba a limitar a disfrutar del momento, a grabarse en la memoria cada precioso segundo de sus manos acariciándole las caderas, de su lengua en el hueco del ombligo, jugando con el pendiente que ella tenía allí, de la forma en que seducía a su cuerpo y obligaba a cada terminación nerviosa a tomar conciencia de que estaba ardiendo.

Antes de que descendiera entre sus piernas, y le lamiera la parte interna de los muslos y depositara allí unos besos suaves.

Se moriría si no le ponía la lengua en el clítoris, si no la succionaba, la lamía y le introducía los dedos; cualquier cosa que la hiciera correrse. En ese instante. Se estaba derritiendo sobre las sábanas, condenadamente húmeda, ansiosa y preparada para él.

Vamos Rand. Lámeme. Chúpame el clítoris. Fóllame con los dedos.

Lo deseaba tanto que no podía soportarlo.

Y quería que la desatara para poder retorcerse, sujetarle la cabeza entre las manos y plantar los labios sobre los suyos, agarrarle el pene y obligarlo a penetrarla. Elevó las caderas, arqueándose contra su indagadora boca.

—Tranquila, nena —dijo él, lamiéndole el interior del muslo—. Sé lo que quieres.

—Entonces dámelo. —La aspereza impregnó cada una de las palabras de ella. Ni siquiera parecía ser su voz. Sonó apasionada y sexy incluso a sus propios oídos.

—Me gusta cuando suplicas. ¿Hasta qué punto lo deseas, Blair?

Ella se mordisqueó el labio inferior, sin querer darle la satisfacción de pedirle que hiciera lo que sabía que iba a hacer de todas formas. Al final. Dentro de poco. Tenía que hacerlo. ¡Por Dios, sería mejor que lo hiciera!

—Por favor, Rand.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

El primer contacto de su lengua contra el sexo de ella fue como un estallido de calor, como haberlo puesto sobre un horno húmedo. Cuando movió la lengua hacia arriba y luego la volvió a bajar, ella lanzó un largo gemido. Y ya no le importó nada. Las inhibiciones salieron volando por la ventana mientras abría las piernas tanto como podía, facilitándole el acceso a su vagina.

—Chúpame —suplicó—. Sí, así.

Rand poseía una lengua magistral, sabía exactamente qué hacer con ella. Cuando Blair pensó en todos aquellos hombres a los que había tenido que dar instrucciones, dejó caer la cabeza en la almohada y maldijo los años desperdiciados.

Izó la bandera blanca, se rindió, y en ese momento supo que estaba perdida. Nunca jamás un hombre la había hecho sentirse tan bien, ninguno conocía su cuerpo de la manera que lo

conocía Rand. Sin necesidad de recibir instrucciones, sin frustración; le chupaba el clítoris como un atleta que sabía exactamente donde estaba la línea de meta.

Ella se arqueó contra su boca, impulsando su sexo contra la cara de él, dirigiéndose a toda velocidad a un clímax que ni podía ni quería contener. Se estaba acercando y lo deseaba, lo ansiaba y quería que Rand se lo proporcionara.

Sin embargo, él se alejó del clítoris, redujo la velocidad y alteró el proceso. Ella levantó la cabeza de la almohada de golpe, lo miró con la boca abierta y se lo encontró mirándola con una sonrisa entendida en la cara.

Estuvo a punto de insultarlo, pero él deslizo dos dedos en su vagina.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Joder, nena, eres como mantequilla derretida! —dijo él—. Estás caliente y apretada. Estoy impaciente por metértela.

Ella no podía arrancar la mirada de los movimientos de sus dedos, de su forma de observarla.

—Hazlo —susurró ella—. Fóllame.

Él le dirigió una sonrisa sesgada.

—En seguida. La tengo muy dura, Blair. Necesito follarte, pero antes quiero que te corras para mí. Quiero absorber tu orgasmo, sentir como me oprime los dedos. —Retiró los dedos y volvió a introducirlos—. Vamos, nena, córrete para mí y déjame verlo.

Ella se quedó mirando, paralizada, como ponía él la boca sobre su clítoris y lo chupaba, al tiempo que metía y sacaba los dedos de su vagina. Delirantes sensaciones empezaron a formarse, para luego ir creciendo en una incontrolable espiral que no acababa nunca.

Se contuvo todo lo que pudo, jadeando, y luego se dejó ir, permitiendo que el orgasmo fluyera a través de ella. Rand le lamió el clítoris cuando se corrió, dejando inmóviles los dedos cuando ella se arqueó hacia él, presa del orgasmo más intenso que le había brindado jamás un hombre. Los gritos le desgarraron la garganta; todo su cuerpo se convulsionó mientras luchaba contra las esposas y las ligaduras que la sujetaban; la humedad del orgasmo se derramó formando riachuelos calientes en dirección a su ano mientras ella se corría en una cascada que parecía no tener fin.

Las minúsculas descargas reverberaron a través de ella, hasta que por fin disminuyeron lo bastante para permitir que se desplomara sobre el colchón, saciada y exhausta, pero absolutamente feliz.

Estaba agotada y llena de energía al mismo tiempo; su vagina se contraía en pequeños espasmos en torno a los dedos de Rand. Levantó la cabeza y miró su cara mojada. Él se incorporó, sacó por fin los dedos y gateó sobre la cama hasta quedar a su lado.

—Prueba —dijo él, llevándole los dedos a la boca.

Ella nunca había hecho tal cosa antes, pero cuando él le puso los dedos contra los labios, le permitió que se los deslizara en el interior de la boca y probó su propio sabor. Olía a almizcle y sabía salado y dulce, como la miel. Él sacó los dedos y la besó, con el rostro cubierto por la esencia de ella.

Aquello de paladear su propio sabor de los labios de un hombre, fue lo más erótico que había experimentado nunca. Y nada desagradable. Hizo que le hormigueara todo el cuerpo y que la vagina se le contrajera con renovado deseo. La lengua de él la invadió, deslizándose contra la suya en un cálido remolino de terciopelo que le formó nudos en el vientre. Se debatió con las esposas, deseando estirar la mano y cogerlo, asirle el pene y dirigirlo hacia su sexo, que estaba a la espera.

¿Por qué no la tomaba? Se arqueó contra él, empujando la lengua contra la suya, dándole todas las señales necesarias y exigiendo. Sin embargo, él continuó con el lento y deliberado asalto a su boca, sujetándole la cabeza entre las manos y acariciándole el pelo mientras la besaba.

Lo estaba haciendo a propósito. Ella estaba consumiéndose de deseo y él volvía a los juegos preliminares; besando y acariciando, cuando lo que ella quería era follar. ¡Ese hombre era desesperante!

Cuando él interrumpió por fin el beso y la miró, ella contuvo el aliento ante la intensidad de sus ojos oscuros. En ellos se reflejaba un hambre y un crudo deseo. ¿Por ella? ¿Hacia ella? Nunca había visto a un hombre mirándola así.

Aunque intentó volver la cabeza, él se la sostuvo firmemente entre sus fuertes manos.

—No apartes la vista. Mírame. Observa cuanto te deseo.

Su pene se levantó entre las piernas de ella, atormentando su carne sensibilizada. Un solo y certero movimiento, y estaría dentro de ella. En su lugar, con lo único que la penetró fue con los ojos, como si pudiera ver en su interior y saber lo que pensaba.

—Para —ordenó ella.

—¿Que pare de qué?

—De mirarme así.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo?

Ella odiaba estar atada de aquella forma y ser incapaz de apartarse.

—Lo sabes perfectamente. Desátame.

—No.

—Me duelen las muñecas.

Él se estiró para examínrselas.

—No están irritadas. Estás bien.

—Tengo calambres.

—Mientes. Estás húmeda —dijo él, separándole con su miembro endurecido los labios del sexo y frotándose contra ella de una forma que le provocó un chispazo de placer en la vagina.

—Por supuesto que lo estoy, idiota: me he corrido.

Él volvió a moverse contra ella.

—Estás húmeda porque esto te gusta.

—No lo hagas. —Se sintió infantil al decirlo, pero no pudo evitarlo. Estaba en seria desventaja, y se veía obligada a recurrir a cualquier táctica que se le ocurriera. Que no eran muchas. Sufría de una irritante carencia de instrumentos para la batalla.

—¿Quieres tener mi polla dentro?

¡Sí! Ella se encogió de hombros.

—Me gustaría continuar con esto.

Él se rió e inclinó la cabeza hacia sus pechos, haciéndole cosquillas en el cuello con el pelo. Ella respiró hondo, inhalando su vivificante aroma, intentando no suspirar de placer. La volvía loca.

Y cuando él volvió a ascender por su cuerpo ella gimió.

—¿Qué estás haciendo?

—Prepararte —murmuró él entre beso y beso.

—Ya estoy preparada.

—No lo suficiente.

—Deja de hacer eso. Ya lo has hecho una vez.

Él se detuvo y elevó la vista hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Una vez? Oh, eso no es suficiente.

¡Santo Dios! ¿Qué rayos le pasaba? ¿Acaso no era típico de los hombres lanzarse directamente a por el premio gordo? Él no era normal, tenía que ser eso. Tenía la polla dura, los testículos debían de dolerle sin piedad. Necesitaba correrse. ¿Por qué no se limitaba a echarla un polvo?

Pero no. Rand no. Él volvía a estar entre sus piernas, deslizando la lengua por todo su cuerpo...

—¡Oh, Dios mío!

Si la primera vez estuvo bien, aquélla fue todavía mejor. Su boca le cubrió el sexo y su lengua le lamió el clítoris con golpes implacables. La presión se fue elevando como una tetera sobre el fuego. Ella sacudió con fuerza las ataduras que la sujetaban, mientras él la llevaba al mismísimo borde de la locura, trazando círculos alrededor del clítoris, hasta que se vio suspendida justo al borde del precipicio de un orgasmo.

Entonces él se detuvo. Ella levantó la cabeza y vio como se arrastraba perezosamente sobre su cuerpo. Como un depredador a punto de saltar. Él le sujetó los brazos y luego colocó su miembro a la entrada de la vagina de ella, elevándose sobre su cuerpo.

La luz del sol bañó su cuerpo, convirtiéndole en un dios de oro. Cada músculo, cada nervio, cada duro plano, era como una estatua de bronce sobre ella.

Se tensó, aguardando la primera embestida, sin embargo, él esperó con los ojos fijos en los suyos.

—Pídelo —dijo él.

—¿Qué?

—Pídelo.

Ella cerró los puños. Estaba decidida a no pedirle que la penetrara. Podía continuar manteniendo el equilibrio sobre las yemas de los dedos hasta la medianoche si quería, pero que la condenaran si le suplicaba que la poseyera.

Cerró firmemente los labios y los mantuvo así mientras él movía el glande contra su clítoris. Y ella no podía seguir moviéndose, porque cuando lo intentaba, él la acompañaba de forma que la rozaba constantemente.

Pero ella seguía negándose a decirlo.

Él acabaría por rendirse. Era él quien todavía no se había corrido, mientras que ella lo había hecho dos veces. Ella podía resistir más tiempo y a él acabarían por cansársele los músculos si seguía medio incorporado sobre ella.

Él le dirigió una sonrisa. ¡Dios, era guapísimo! Tenía una cara bronceada y de líneas toscas, pequeñas arrugas en las esquinas de los ojos, una nariz recta y larga, y una mandíbula cuadrada con un atisbo de barba que había percibido cuando él tuvo la cara metida entre sus piernas. Se estremeció.

—Si lo quieres, pídelo. —Se elevó sobre ella, directamente contra su clítoris, haciéndolo añicos, antes de apartarse y provocarla otra vez con su glande aterciopelado. Las sensaciones estaban acabando con ella, haciendo que se desesperara porque su grueso y ardiente miembro la llenara.

Todavía manteniendo el equilibrio sobre los brazos, inclinó la cabeza, cogió un pezón entre los dientes y tiró bruscamente de él. El dolor fue delicioso, pero se fue en un segundo cuando él humedeció el pezón con la lengua. Caliente, mojado y extremadamente seductor. Cuando hizo lo mismo con el otro pezón, ella elevó las caderas, incapaz de controlar la reacción de su cuerpo.

Aquello era injusto. Tenía los pezones sensibles y le gustaba que junto con el placer, hubiera un poco de dolor. Y él lo sabía. Igual que de alguna manera sabía todo lo demás sobre ella.

Maldito fuera.

—Pídelo —repitió él.

Y ella lo hizo, llena de frustración, con su cuerpo, moviéndose contra él y haciendo todo lo posible para que él no pudiera resistirse.

En cambio, él volvió a morderle el pezón, tirando de él con los dientes. A ella le tembló el clítoris, derramando su caliente humedad en respuesta. El miembro de él se movió contra los labios de su sexo, esparciendo los fluidos de ella.

—Cuando te muerdo te humedeces. Creo que te gusta sentir algo de dolor, señorita Newcastle.

De ninguna manera iba a responder a eso. Él ya sabía demasiadas cosas sobre ella.

—Pídelo.

—Jamás en mi vida le he suplicado a un hombre que me hiciera suya.

—Y apuesto a que jamás has disfrutado de un sexo verdaderamente bueno y enloquecedor, ¿verdad?

¡Ouch!

—Apuesto a que nunca has bajado la guardia, que nunca has abandonado el control el tiempo suficiente para someter tu cuerpo a un hombre, no has permitido que tus emociones se desbordaran y no has dejado que ningún hombre te hiciera todas las cosas que quieres que te haga, ¿verdad?

Otro ¡Ouch!

—Te arde el cuerpo, Blair. Tienes la cabeza llena de lo que podría ser, pero que nunca ha sido.

Él inclinó la cabeza y tiró de su pezón. Ella lanzó un gruñido ante la ardiente sensación. Él dejó un rastro de fuego, moviendo la lengua de un pezón a otro, hasta que ella se arqueó para salir al encuentro de su boca. Él se movió para capturarle los labios en un beso largo e intenso que la dejó sin aliento.

Bastardo.

—Déjate ir, Blair. Entrégate a mí y te prometo que no te arrepentirás.

Se elevó sobre ella, deslizando el glande entre los húmedos labios de su sexo, a modo de promesa de lo que podía ofrecer.

Ella jadeaba, estaba sin aliento y no podía soportar aquella tortura ni un segundo más. Lo miró enfurecida, odiándolo en aquel momento, pero necesítándolo más de lo que nunca había necesitado a un hombre, y masculó las palabras que había jurado no decir jamás.

—Penetrante, Rand.



Dando las gracias a los dioses por cualquiera que hubiera sido su intervención, Rand empujó entre los acogedores labios sexuales de Blair, enterrando profundamente su pene y permitiendo que se le escapara un gemido de satisfacción al hacerlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó, tirando de las esposas con las muñecas, mientras él se impulsaba dentro de su vagina.

¡Maldición, había esperado una eternidad para penetrarla! Se permitió derrumbarse sobre ella y le deslizó las manos por debajo de las nalgas para inclinarle la pelvis hacia arriba, pegándola más a él.

Con los pechos de ella presionados contra su torso, sintió cada uno de los latidos de su corazón con cada embestida, todas las contracciones de su vagina, oprimiendo su polla, cada respiración acompasada en el oído. Quería que lo rodeara con brazos y piernas, quería sentir su abrazo mientras se introducía en ella cada vez más profundamente.

Pero había sido él quien había empezado con aquella lección y tenía que terminarla, y eso significaba que ella tenía que estar abierta de brazos y piernas, incapaz de tocarlo y de corresponder a las caricias de la mano de él sobre su húmeda piel. Ella no podía mover ni los brazos ni las piernas, lo único que podía hacer era estremecerse, suspirar y gemir debajo de él, mientras él se elevaba y embestía con su miembro contra ella.

Ella no podía abrazarlo, pero su sexo le dijo todo lo que tenía que saber; los rápidos latidos de su corazón y los gemidos que acompañaban su respiración jadeante, le indicaban lo mucho que estaba disfrutando de aquello.

De momento era suficiente.

—Rand —gimió ella, levantando las caderas, la única parte del cuerpo que podía mover libremente, aparte de la cabeza.

—Me gusta oírte pronunciar mi nombre, nena —dijo él, apretando los dientes para contenerse. Deseaba liberarse dentro de ella, alcanzar el orgasmo que llevaba demasiado tiempo formándose. Pero quería que se corriera ella primero. E iba a hacerlo—. Vuelve a decirlo.

—Rand. —Los ojos le brillaban como zafiros rodeados por un mar de pestañas oscuras. Su ingenua seductora que no acababa de cruzar por completo las fronteras de la rendición, le estaba suplicando con el cuerpo, entregándole el control, y pidiéndole en silencio que le provocara un orgasmo.

Le clavó los dedos en las sensibles nalgas, impulsándolas otra vez hacia arriba, mientras él embestía con mayor fuerza. Ella lloriqueó y se elevó, saliendo al encuentro de cada golpe.

—¿Quieres correrte, nena? —preguntó él, retirándose y volviendo a lanzarse hacia delante, sepultándose dentro de ella hasta los testículos.

Ella asintió, dejando caer la cabeza hacia atrás, con los labios separados.

Era como si todas sus fantasías hubieran cobrado vida, con su pelo cobrizo desparramado, sus carnosos labios abiertos e invitadores, jadeando mientras él la follaba.

—Por favor —susurró ella.

Apostaría a que ni si quiera se había dado cuenta de que lo había dicho.

Sin embargo, aquella fue la más dulce de las rendiciones.

Los testículos se le estremecieron de expectación, la pasión le quemó las entrañas, mientras el fuego líquido de su vagina lo abrasaba.

—Córrete para mí, Blair. Córrete en mi polla.

Ella se quedó quieta, se tensó y después lanzó un grito que reverberó en él. La vagina se contrajo alrededor de su pene, arrastrándolo directamente a las convulsiones de un orgasmo que le empezó en los dedos de los pies y estalló en sus testículos. Se alzó y echó hacia atrás la cabeza, vaciándose en ella con un estremecimiento y un gemido, mientras que ella se retorció contra él con salvaje abandono, todavía presa de su propio orgasmo. Ella lo estaba matando, exprimiéndole la vida misma, y él moriría de buena gana dentro de ella.

¡Oh, sí! Verla correrse era el cielo sobre la Tierra, ver el rubor que se extendía por su piel, sus pezones contraídos, su cuerpo tenso mientras se liberaba, y observar cómo se relajaba al descender de las alturas.

Él se retiró, le quitó las esposas y le desató los tobillos, después la atrajo contra su pecho, permitiendo que su propio corazón recuperara el ritmo, que se le tranquilizara la respiración, al mismo tiempo que disfrutaba de la sensación de envolverla en sus brazos.

Podría acostumbrarse a tenerla allí. Pero era consciente de que sólo había arañado la superficie. Puede que hubiera ganado esta primera escaramuza con Blair, pero aquello aún no había acabado.

La guerra acababa de empezar.

Capítulo 5

Pasarse las tardes en la cama, durmiendo la siesta, era decadente. Pasarse las tardes en la cama, recuperándose de los orgasmos más espectaculares de su vida, era algo impensable en su mundo.

Haberlas pasado con Rand era como una fantasía pecaminosa.

Él era más de lo que ella había esperado nunca.

Y también lo que más había temido siempre.

Poderoso, dominante, sabía que teclas pulsar para excitarla y las presionaba como un experto titiritero. Si se hubiera equivocado una sola vez, ella habría sonreído con aire de suficiencia y se habría ido, sabiendo que Rand, al igual que cualquiera de los hombres con los que había estado, sencillamente no la había entendido.

Pero la entendió perfectamente.

Demasiado bien.

Al desmoronarse como lo hizo, cayó directamente en sus manos. ¿Dónde se había metido todo su control? ¿Es que no podía dominarse un poco? ¿Acaso tenía que experimentar un orgasmo cada vez que él la lamiera, la tocara o la hiciera suya? Cualquiera pensaría que tras el primer clímax, habría quedado satisfecha y que podría haberse quedado allí tumbada, como un pez muerto, simplemente para que él supiera que no estaba tan al mando como le gustaba creer.

Pero no. Su cuerpo traidor tuvo que responder con un sonoro: *¡Bien! ¡Me estoy corriendo otra vez!* Todas y cada una de las veces. Suspiró e intentó largarse de allí. Pero, como un ladrón intentando escapar con todo el botín, la huida fue imposible. Él le rodeó la cintura con un brazo y la trajo de vuelta contra el poderoso muro que era su pecho.

¡Maldición! Hacía que se sintiera segura, pegada a su cuerpo de esa forma. La postura era afectuosa y cómoda, y él era sólido y fuerte. Se sintió protegida y deseada. Necesitada.

¡Alto! Tenía demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo. Y todas erróneas.

Rand no era el tipo adecuado. No lo era. Al menos para ella.

—¿En qué estás pensando?

El timbre profundo de su voz hizo que se le dispararan los nervios en todas direcciones, como un cohete.

—En nada.

—Mentirosa. Dime en que estás pensando.

Él le cogió un pecho. No lo apretó, como muchos hombres hacían, sólo lo rodeó con la mano y arrastró ligeramente el pulgar por encima del pezón.

El clítoris de ella respondió y las campanas empezaron a repicar al sur de su cuerpo.

¿Estaba conectada eléctricamente a Rand? ¡Señor! Sólo tenía que acariciarla lánguidamente con los dedos y su cuerpo respondía.

Bueno, demonios, la responsable de su cuerpo era ella, no él. E iba a hacer caso omiso a las caricias a su pezón.

—Tan sólo estaba pensando que estoy cansada.

—Te has echado una siesta. De hora y media.

Una hora y media acurrucada en sus brazos. Un dulce olvido.

—Sigo estando cansada.

—No, no lo estás. Pero yo tengo hambre y estoy seguro de que tú también. ¿Qué tal una ducha y algo de comer?

Ella se encogió de hombros, pero el estómago le retumbó, delatándola. Él se echó a reír y la soltó.

—Ve a ducharte. Las toallas están en el armario al lado del lavabo. Yo voy a encender la parrilla y subiré cuando tú hayas terminado.

¿Ducharse? ¿En el cuarto de baño de un hombre? ¿Sin el maquillaje y el secador de pelo? ¿Qué se iba a poner luego? ¿Tenía él la más mínima idea del aspecto que tenía ella al salir de la ducha? No estaba preparada para aquello. Se metió en el cuarto de baño y encendió la luz, haciendo una mueca al ver lo... masculino que era todo. Un único lavabo blanco. Bastante aséptico, supuso. También había una ducha, pero, ¿dónde estaba la esponja vegetal? ¿Y la pequeña cuchilla de afeitar de color púrpura? ¿Y el gel de baño? Apostaría a que él ni siquiera disponía de un champú perfumado.

Probablemente usara algo llamado Garras de Oso o Espuma de Hombre.

¡Puaj!

Abrió los grifos y luego rebuscó en el armario de la ropa, dando las gracias al encontrar un champú aceptable y un acondicionador. Gracias a Dios. Y poseía unas agradables toallas, grandes y suaves. Se quitó el maquillaje, se lavó, se aclaró y salió justo a tiempo para encontrárselo junto a la puerta de la ducha, quitándose los vaqueros.

—El fuego de la parrilla ya está encendido. Déjame pasar mientras te secas.

Pasó junto a ella y se metió rápidamente en el plato de la ducha, mientras ella se acababa de secar.

Todo aquello era muy íntimo. Algo que haría una pareja que viviera en la misma casa.

Y ella necesitaba su peine.

—¿Tienes un cepillo de pelo? —preguntó a voces.

—En el tercer cajón de abajo.

Ella lo abrió y sacó un peine de dientes largos para deshacer los enredos de su pelo.

—Supongo que no tendrás un secador de mano.

—En el último cajón.

¡Sí! Corrió hasta el armario y sacó el secador. No era elegante, pero serviría. Ni siquiera iba a preguntarle por qué lo tenía, estaba agradecida de que lo tuviera. Él terminó de ducharse y salió, sacó una toalla del armario y, mientras se secaba, se quedó mirando cómo se arreglaba ella el pelo.

Y ella se quedó mirando cómo la observaba.

Y aquello empezó a ponerse más caliente a cada minuto, especialmente cuando él se envolvió las caderas con la toalla, cogió un cepillo y se puso junto a ella para cepillarle el pelo. La toalla descansaba sobre sus estrechas caderas. Ella devoró con los ojos su estómago plano, contó los músculos que lo surcaban, se le hizo la boca agua ante su pecho y sus brazos esculpidos, y luego se maldijo mentalmente a sí misma cuando él le sonrió a través del espejo.

¿Cómo, se atrevía a ser tan sexy? Decidió no hacerle caso.

Pero maldición, él olía bien. Suspiró y aspiró su aroma, resistiéndose al impulso de soltar el secador, caer de rodillas ante él y enterrar la cara en su entrepierna. Por suerte, él se fue del cuarto de baño antes de que ella cediera a sus bajos instintos. Apagó el secador y lo siguió, comprobando la elegancia y firmeza de sus nalgas mientras él se ponía un par de vaqueros y una camiseta suelta.

Ella cogió la falda y el top que estaban en la silla, junto a la cama, y se vistió. Las bragas estaban inservibles y de todas formas, tampoco sabía dónde se encontraban.

Rand la miró vestirse.

—Me gusta saber que no llevas nada debajo de esa falda —dijo, acercándose a ella y abrazándola. Le levantó la falda y le pasó la mano por las nalgas, deslizando los dedos entre ellas, para excitarla—. Quiero poder jugar contigo cuando quiera.

A ella se le irguieron los pezones y se contrajeron contra la tela, alertándolo de su excitación. Él le dirigió una sonrisa, plenamente consciente de la reacción de ella a su contacto.

—También me gusta que te humedezcas en cuanto te toco. Como estás haciendo ahora mismo.

—¿Estás intentando avergonzarme?

Él arqueó una ceja.

—¿Avergonzarte? No. Estoy intentando que te desinhibas. Este fin de semana tengo intención de poseerte, Blair. Donde y cuando quiera. Vas a cederme todo el control y aprenderás a disfrutarlo. Acostúmbrate a la idea.

Le colocó la falda sobre las nalgas, le acarició el trasero y salió de la habitación.

Mmm. Donde y cuando quisiera. Como si ella fuera una cualquiera que hubiera contratado para obedecer sus órdenes. Ya veríamos. Ella no era el juguete de ningún hombre y menos de Rand. Y por mucho que disfrutara teniendo sexo con él, ese juego psicológico que estaba jugando con ella no iba a dar resultado. Si estaba allí, era por una apuesta y nada más.

—¡Blair! Sal fuera —gritó él—, y trae una botella de vino tinto cuando salgas.

Ella puso los ojos en blanco, pero se detuvo en la cocina antes de salir por la puerta de atrás al patio, poniéndose las sandalias primero.

Él tenía dos filetes sobre la parrilla, junto con unas brochetas de verduras y unas patatas envueltas en papel de aluminio. Ella le entregó la botella, él la abrió y la dejó aparte para que el vino se oxigenara durante un momento.

—¿Hay algo más que necesitas que haga? —preguntó ella.

—Sí. Siéntate y relájate. Pareces tensa —dijo él con una ancha sonrisa.

Rascal empezó a saltar para que le dieran una palmadita en la cabeza y le rascaran las orejas. Blair se entretuvo jugando con el perro mientras Rand cocinaba. La escena era muy... hogareña, y le hizo sentirse incómoda.

La puesta de sol se colaba entre las densas copas de los árboles de la propiedad de Rand, suavizando ligeramente el agobiante calor. Aún así, aquélla iba a ser una noche calurosa, sin apenas brisa que la aliviara. Observó a Rand mientras éste cocinaba, imaginándose en el amplio patio con un par de niños, más perros y mucho bullicio. Unos columpios, juguetes por todas partes, y puede que una piscina y un jacuzzi.

Lo único que le faltaba era una mujer con quien compartirlo.

Y no es que ella fuera esa mujer.

Nada de eso. Esa clase de vida no era para ella. Se quedaría siempre soltera, feliz y sin preocupaciones. Todas aquellas fantasías de la familia, los niños, los acres de terreno, y una casa de rancho como la que poseía Rand, era el sueño de otra persona, no el suyo.

Algún día, él encontraría una mujer amable y dulce que se iría a vivir con él y haría realidad aquel sueño.

Entonces, ¿por qué la idea hacía que se le retorciera el estómago?

¿Y por qué se imaginaba a sí misma en medio de ese patio trasero, metida en la piscina hasta la cintura, y riéndose con los niños o forcejeando con los perros?

¡No era ella! Ella iba a ser una mujer soltera siempre; una mujer con una carrera profesional, responsable de su propio destino, con el control total de su vida. Y en ninguna parte de esa vida aparecían un rancho, una casa, un par de críos, un perro y una piscina.

—Lo estás haciendo otra vez.

Ella levantó la vista para encontrarse con que Rand le estaba poniendo un plato delante.

—¿Haciendo qué?

Él se deslizó en la silla de al lado de la de ella y sirvió una copa de vino para cada uno.

—Estás perdida en tus pensamientos. ¿En qué pensabas?

Ella, echándole la culpa al calor por el rubor de su cara, cogió una servilleta y miró el plato de comida que de repente había perdido todo su atractivo.

—En nada.

—Otra vez con secretos. —Él empezó a comer, pero la estudió, hablando entre bocado y bocado—. Voy a intentar adivinarlo.

No lo adivinaría ni en un millón de años.

—Te preguntas qué es lo que voy a hacer contigo después de cenar.

Ella resopló y levantó una brocheta de verduras.

—Fríó, frío.

—¿No te preguntas lo que voy a hacer contigo después de cenar?

—No.

—Pues deberías. —Le dirigió una sonrisa maliciosa y volvió a la comida.

Y ella comenzó a pensar mientras comía. ¿Qué iba a hacer con ella *después* de la cena? Para cuando terminaron de comer y quitaron los platos, ya se había imaginado varios escenarios. Gracias a Dios, él no tenía ninguna lámpara de araña en su casa.

—¿Sigues dándole vueltas? —preguntó él cuando metieron el último plato en el lavavajillas.

Otra escena doméstica más. Cosas seguras que le resultaban placenteras y fáciles de hacer con él. Eso le puso los pelos de punta. Nunca en su vida había fregado los platos con un hombre.

—¿Dándole vueltas a qué?

—¿A lo que tengo planeado?

—No. Pero doy por hecho que al final me lo dirás, de modo que no veo razón alguna para desperdiciar materia gris en tratar de descifrar lo que ha urdido tu retorcido cerebro.

Él volvió la cabeza y se rió, luego volvió a llenar las copas de vino y se dirigieron al porche delantero.

—¿Retorcido, eh?

Allí fuera la brisa era mejor, ya que el sol por fin se había puesto. Se sentaron en un balancín blanco de madera. Él empezó a moverlo con los pies y ella se relajó, cruzó las piernas por debajo de su cuerpo y empezó a beber el vino, con la mirada perdida en la noche despejada.

Allí, en el campo, se veían claramente las estrellas, algo que nunca conseguía ver en la superpoblada y muy iluminada ciudad.

—Me tranquilizas con una falsa sensación de seguridad —dijo ella.

—¿Qué?

—Es algo extraño. —A ella no se le ocurría otra forma de explicarlo—. Primero sexo sórdido, luego cena y vino, y ahora nos mecemos en el porche delantero. ¿Cómo sigue el guión, Rand? Continuemos con él, simplemente.

Él se terminó la copa de vino y la puso sobre la pequeña mesa, junto al balancín.

—¿Tienes una mesa reservada o algo así?

Sí. Necesito largarme de aquí antes de que empiece a disfrutar demasiado.

—No.

—Entonces tranquilízate, Blair. Olvida las prisas. Tenemos toda la noche. Permite que tu estómago haga un poco la digestión y límitate a disfrutar de la noche.

Ella apenas había comido nada, de modo que no había mucho que digerir. Estaba tan ansiosa y desquiciada como era posible estarlo. La desazón le recorrió el cuerpo. A pesar de las copas de vino que se había tomado, no estaba relajada en absoluto. Los pensamientos sobre barbacoas, patios traseros, piscinas y niños, le habían inundado la cabeza. Tenía que pasar este fin de semana de sexo desenfrenado con una sola idea en la cabeza: sexo. Follar de manera perversa con Rand y cumplir las condiciones de la apuesta. Nada más.

Sexo, sexo y más sexo. Algo que pudiera controlar. Y luego borrarlo para siempre de su memoria. Al llegar el lunes, su relación con Rand volvería a ser la misma de los quince años anteriores: hostil y distante.

Él le deslizó un brazo por la espalda y empezó a jugar con su pelo, a darle masajes en la cabeza y a tirar suavemente de los rizos.

¡Maldición! Le gustaba cuando un hombre jugaba con su pelo. Se le ponía la piel de gallina. La excitaba. Se le endurecieron los pezones. Recostó la cabeza en su mano para que continuara. Al inclinarla un poco más, se estremeció, disgustada cuando su clítoris empezó a hormiguear.

Ella era arcilla en sus manos, maldito fuera. Él sabía exactamente que botones pulsar.

Él se enroscó el pelo en el puño y tiró de él, obligándola a doblar el cuello hacia atrás, y luego presionó los labios en su garganta. A Blair se le desbocó el pulso, el corazón golpeó con fuerza contra su pecho. Todo el frescor que le había proporcionado la brisa, desapareció ante el golpe de calor que se originó en su interior. Él trazó un reguero de fuego a lo largo de su cuello y de su mandíbula, para acabar capturando su boca en un beso apasionado que explotó cuando le separó los labios y le introdujo la lengua.

Exploró todos los recovecos de la boca de ella con movimientos lentos, relajados y aterciopelados de su lengua, como si dispusiera de toda la noche. Y continuó asiendo su pelo todo el tiempo, sujetándole la cabeza, dominándola. Ella se estremeció bajo su control, por la forma en que le recorría la lengua con la suya, primero con suavidad y luego con mayor insistencia, presionando los labios contra los suyos con más firmeza. Él colocó el cuerpo sobre el de ella, le acarició la cintura con la mano que le quedaba libre y deslizó los dedos por debajo de la camiseta, subiéndola hasta sus pechos. Se inclinó y cogió un pezón entre los dientes, mordisqueándolo suave y ligeramente. Ella apretó los dientes y elevó las caderas en respuesta, deseando que hiciera lo mismo con el clítoris. Quedaba luz suficiente para ver cómo le lamía y mordía los pezones, para contemplar como los rodeaba con la lengua, haciendo que se irguieran, húmedos con su saliva, expuestos al aire y suplicando más atención.

Ella se estremeció, pero desde luego no fue de frío. Fue por su forma de mirarla cuando levantó la cabeza, por el hambre y la pasión que vio reflejada en sus ojos. Él le sostuvo la mirada mientras se soltaba el botón de los vaqueros y se bajaba la cremallera, dejando libre el pene. Se lo rodeó con la mano y se lo acarició, haciendo que a ella se le hiciera la boca agua de ganas de probarlo.

—Chúpame, Blair.

Todavía sujetándole el pelo, le empujó la cabeza hacia su regazo. Ella, impaciente por aceptar su miembro en la boca, rodeó el glande con los labios, lamiendo las finas gotas de líquido reunidas allí, y fue recompensada con un gemido de placer.

Puede que él se creyera que era él quien tenía el control, pero ella era una maestra en esto. Ella dio un golpecito con la lengua en la punta, y luego lo succionó, introduciendo poco a poco cada centímetro. Él se impulsó hacia arriba, alimentándola, hundiéndole los dedos en el pelo otra vez, mientras gemía de placer y echaba hacia atrás la parte superior del cuerpo.

Ella le clavó las uñas en los muslos cubiertos de tela, con el sexo empapado a causa de su propio deseo, e impaciente porque la penetrara. Se encontraba consumida por un apetito cruel, por la necesidad de darle placer, de arrastrarlo consigo a la cima de la insoportable urgencia.

—¡Oh, sí! —murmuró él—. Introdúcela hasta el fondo, Blair. Trágate.

Ya no quería desafiarlo. ¿Qué sentido tenía, si proporcionarle placer a él incrementaba el propio? Él empujó hacia delante y ella lo aceptó profundamente en su garganta, tragándose, comprimiéndolo, hasta que él dejó de moverse, le hundió los dedos en el pelo, y le sacó el miembro de la boca.

—¡Maldición! —exclamó él, echándole la cabeza hacia atrás e incorporándola. Cubrió la boca de ella con la suya y se la devoró, follándola con la lengua. Dura e insistentemente, con una

pasión devastadora que le magulló los labios, e hizo que se le hinchara el clítoris y le doliera de necesidad.

Ella gimoteó contra su boca y él apartó los labios, poniéndola a horcajadas frente a sí.

—Fóllame —ordenó él.

Ella se emocionó ante el tono áspero de su voz, y se montó en su polla, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo por el intenso placer de sentirse invadida por su grueso miembro.

—Sí —murmuró, aferrándose a sus hombros para alzarse y luego descender sobre él, hasta que sus testículos chocaron contra su sexo.

Fue ella quien impuso el ritmo, cabalgándolo lentamente; cada roce del clítoris contra la pelvis de él, era como el estallido de un relámpago en su vagina.

—Me gusta esto de follar contigo vestida. Es obsceno. Me gusta que seas obscena, Blair. Fóllame más fuerte.

Ella accedió, elevándose y cayendo de golpe contra él.

—Eso es, déjate caer sobre mis testículos. Maldición, esto es maravilloso.

Le agarró las nalgas y empezó a moverla arriba y abajo sobre su pene. Ella se levantó la falda para poder ver los movimientos de la polla de él entrando y saliendo de su sexo.

—Acaríciate el clítoris para mí, nena. Provócate un orgasmo.

Ella se llevó la mano a la entrepierna y se acarició el clítoris, sabiendo que él tenía una visión perfecta de la polla desapareciendo entre los labios del sexo, y de su mano frotando el clítoris.

—¡Maldición, es maravilloso! —dijo él, con la mirada puesta en el lugar donde ambos estaban unidos.

Se le hinchó el miembro mientras que las contracciones de la vagina le asían fuertemente, avisándolo de que estaba próxima al orgasmo.

Ella se acarició el clítoris con mayor rapidez, lanzándose hacia el clímax, observando como a él se le oscurecían los ojos y separaba los labios, jadeando con ella.

—Me voy a correr —susurró ella, respirando con dificultad. Arqueó la espalda y clavó el sexo contra él.

Los ojos de él eran tormentosos, sus labios estaban separados y su mirada entrecerrada era tan condenadamente seductora que ella no podía soportarlo.

—Córrete en mi polla, Blair. Absorbe mi orgasmo y llévame contigo.

Ella se sujetó a su hombro con una mano y se frotó con furia el clítoris, mientras las sensaciones la quemaban por dentro. Entonces llegó; un explosivo orgasmo que le arrancó un grito. Mantuvo los ojos clavados en los de él mientras se corría, y notó como él estallaba al mismo tiempo, entrando y saliendo de ella, lanzándole un abrasador chorro de semen.

Se movían a la vez, dirigiendo sus propios orgasmos, para estallar juntos.

Blair se desplomó hacia delante y se abrazó a los hombros de Rand, estremeciéndose con las réplicas del orgasmo que seguían recorriéndola. Él le acarició el pelo y la espalda con ternura mientras el frenesí de ambos iba disminuyendo de intensidad.

Abrazada a él de esa forma, Blair comprendió que con Rand se sentía más ella misma de lo que se había sentido nunca con un hombre.

Y eso la asustó más que cualquier otra relación de las que había salido huyendo.

Él la levantó en brazos y la llevó al dormitorio, donde la desnudó y la atrajo hacia sí. Su pene todavía estaba duro.

No le habló, se limitó a introducirse y a acariciarla, despacio, sin palabras, haciéndole el amor dulce y suavemente. Le acarició los pechos, la besó en la nuca, deslizandole las manos por todo el cuerpo para, finalmente, posarse en su clítoris.

Fue lentamente y sin prisas, como si tuviera todo el tiempo y la paciencia del mundo.

Ella no creía que pudiera correrse otra vez, y cuando lo hizo, la pilló desprevenida; los gritos de la culminación fueron una grata sorpresa cuando experimentó un orgasmo estremecedor que la llevó al borde de las lágrimas.

En esta ocasión, él no se corrió; se limitó a dejar el pene dentro de ella, y acunarla durante un rato, sosteniéndola, con el miembro suavizándose hasta que él dejó de moverse. Sin dejar de sujetarla, acariciarla o besarla.

Aquel era el instante más condenadamente dulce que ella había experimentado nunca.

Llevaba quince años amando a Rand McKay. Esta noche sólo había servido para empeorar las cosas. Su corazón se estaba rompiendo.

Tenía que largarse de allí por la mañana.



El sol asomó entre las persianas entreabiertas. Rascal ladraba por algo. Era hora de levantarse.

Rand buscó el calor de Blair, pensando que unos minutos más no tendrían importancia.

Extendió el brazo sobre la cama, pero ella no estaba allí.

Se incorporó y miró hacia el cuarto de baño, pero la puerta estaba abierta.

Salió de la cama, bostezando, y se asomó. Ni rastro de ella. Entró en la cocina. Tampoco estaba allí.

Cuando se asomó a la puerta de la calle, se confirmaron sus sospechas. El coche de ella no estaba. Blair se había ido.

Se puso furioso. ¡Maldición! Entró como un ciclón en el dormitorio y se puso los vaqueros, encendió la cafetera, dio de comer a Rascal, y después empezó a tamborilear con los dedos en la encimera, esperando a que el café terminara de hacerse.

Para cuando se hubo tomado un par de tazas, ya estaba lo bastante despierto como para que la cólera hubiera desaparecido. Y no le sorprendía tanto que Blair hubiera salido disparada de allí. La entendía mejor de lo que ella se entendía a sí misma.

Blair tenía miedo de lo sucedido entre ellos, porque lo disfrutaba. Él había resquebrajado su escudo. Él lo sabía y ella también.

De no importarle, se habría quedado. Y aquello era algo bueno. Significaba que estaba verdaderamente preocupada. Había dado el primer paso y se había acercado a él después de tantos años. Lo que ambos habían compartido era especial, y no estaba dispuesto a perderla.

Ahora lo único que tenía que hacer era planear lo que iba a hacer después.

Paseó la mirada por la cocina, cogió el café y se dirigió al salón, sonriendo cuando se le ocurrió una idea.

Tenía un plan. Un plan perfecto.

Capítulo 6

Blair soltó un suspiro y se dirigió a la mesa donde Abby y Callie la estaban esperando. Ambas se retorcían prácticamente en el asiento, con una sonrisa expectante en la cara, mientras ella se acercaba.

Honestamente, se arrepentía de haber puesto en marcha esa apuesta absurda.

—¿Y bien? —preguntó Callie, antes de que Blair se hubiera sentado siquiera en el reservado del Torinos.

Blair le pidió a la camarera un margarita y cogió una rodaja de limón de la cesta que tenía delante.

—¿Y bien, qué?

—No te hagas la estrecha con nosotras —dijo Abby con los ojos brillantes de entusiasmo—. Ya sabes el qué. Cuéntanos.

—Estuvo bien. —Mordió la rodaja y empezó a masticar.

—¿Bien? —Callie miró primero a Abby y luego de nuevo a Blair—. Puedes hacerlo mejor. Queremos detalles.

La camarera puso un margarita delante de Blair. Ella bebió un par de sorbos para animarse y luego dijo:

—Fui a su casa. Follamos sin parar. Nos lavamos, y repetimos. Luego me fui a mi casa.

Abby frunció el ceño.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Ya está?

—Ya está.

—Tiene que haber algo más, cariño —dijo Callie—. Eres una fuente de información sexual. Por lo general nos enteramos con todo detalle de cada una de tus conquistas. Nunca te mantienes callada como ahora.

¡Maldición!

—De acuerdo. Fue tórrido. Más que tórrido. Ha sido el mejor sexo de mi vida. ¿Ya estáis contentas? —Cogió un puñado de patatas fritas y se llenó la boca para no tener que seguir hablando.

—Lo sabía —dijo Callie.

—¿El estuvo fabuloso, verdad? —preguntó Abby.

—Sí —consiguió responder ella, con la boca llena de patatas.

—¿Entonces te quedaste todo el fin de semana con él?

Ella se acabó el margarita.

—No, me fui a casa después de la primera noche.

Callie abrió mucho los ojos.

—¿Por qué?

Blair se encogió de hombros.

—O empiezas a contarlo todo desde el principio, o llamo Rand para que me cuente los detalles —amenazó Abby.

Blair levantó la cabeza de golpe.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Entonces cuéntanos qué pasó! Porque si no lo haces, juro por Dios que iré a por Rand y escucharé su versión de la historia.

Blair miró a Abby boquiabierta. Nunca se había dado cuenta de que su amiga fuera tan violenta. Además, si tenía que hablar de aquello sin tapujos, ¿quién mejor que sus dos mejores amigas para escucharla? ¿Si no podía confiar en ellas, en quién iba a confiar?

—De acuerdo, pero aquí no. No puedo hablar de ello en este sitio.

—En mi casa —dijo Callie, cogiendo el bolso y llamando a la camarera para que trajera la cuenta.

Una hora más tarde estaban instaladas en el salón de Callie, descalzas y cómodas, con una jarra de margarita casero y la mesa salpicada de aperitivos salados. Abby y Callie la miraron expectantes.

Ella nunca le había contado a nadie sus deseos secretos más íntimos, ni siquiera a sus dos amigas. Aunque necesitaba consejo, de modo que era ahora o nunca.

—Probablemente no os lo creáis, porque siempre he sido una persona de carácter dominante y controlador, pero en la cama soy una sumisa total.

—Cuéntame algo que yo no sepa —dijo Callie, con una suave sonrisa.

A Blair se le cayó la mandíbula.

—¿Lo sabías?

—Yo sí. Abby, no sé.

Abby sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Explicame eso. ¿Sumisa tú? No tenía ni idea.

De acuerdo, no estaba siendo tan difícil como ella creía. Miró a Callie.

—¿Cómo lo supiste?

—Por algunas cosas que has ido diciendo a través de los años. Además, sé que Rand es tu tipo. Es un hombre totalmente dominante. Y hace que te derritas sólo de pensar en lo que te puede hacer.

A ella se le contrajo el sexo sólo de pensar en todo eso.

—Lo hace.

—Bueno, eso ya lo sabía —dijo Abby—, de modo que, ¿por qué no sigues allí?

—Porque él me asusta. Y también me aterra mi propia reacción hacia él.

—¿Por qué? —preguntó Callie, recostándose en el sofá.

Blair se sentó sobre los pies y centró la vista en su copa de margarita, avergonzada por lo que estaba a punto de admitir.

—Vi cómo mi padre controlaba todo lo que hacía mi madre: cuánto dinero se gastaba, quiénes eran sus amigas, a qué dedicaba el tiempo. Ni siquiera podía ir al supermercado sin que él la cronometrara, y luego la acusaba de engañarlo. Hiciera lo que hiciera, no estaba bien. No se levantaba a tiempo, no andaba bien, no se vestía bien. Cuando fui lo bastante mayor como para irme de casa, ella ya no era más que un robot a sus órdenes. Vivió una existencia miserable toda su vida, por culpa de un hombre dominante. Carecía del carácter, de la autoestima y del valor necesario para abandonarlo. A mí intentó hacerme lo mismo, pero yo me resistí todo lo que pude, negándome a permitir que me doblegara a su voluntad.

»Me juré que nunca, jamás, me enamoraría de un hombre así; que nunca me relacionaría con un hombre de voluntad fuerte, controlador y dominante.

El salón quedó en silencio, y a Blair le dio miedo mirar a Abby y a Callie, temiendo que fueran a juzgar los defectos de su madre y, de alguna forma, descubrieran también las imperfecciones que tenía ella.

Sus dos amigas, en cambio, se sentaron a ambos lados de ella en el sofá, y se vio en medio de un fuerte abrazo, que le llenó los ojos de lágrimas.

—Tú no eres responsable del comportamiento de tu padre ni de la falta de carácter de tu madre —declaró Callie, apartándose y mirándola.

Los ojos ambarinos de Callie estaban brillantes a causa de las lágrimas. Y de la tristeza.

—No llores por mi madre. Ella era débil. Yo no lo soy.

—Ya sé que no lo eres.

Abby le apretó la mano.

—Y Rand no se parece en nada a tu padre.

Blair asintió.

—La parte racional de mi cerebro lo sabe, pero la parte emocional sale corriendo como si la persiguiera el diablo siempre que se acerca a mí, y siempre lo hará. Eso es lo que me ha mantenido apartada de él todos estos años, lo que me empuja a ir con hombres de carácter débil en vez de hacia el dominante y controlador Rand.

Su siguiente respiración fue temblorosa.

—Amo a Rand desde que me di cuenta de las diferencias entre hombres y mujeres. Es divertido, honrado, inteligente, amable, y tiene una fortaleza que hace que las rodillas se me conviertan en gelatina. Entonces supe lo que era él y lo que era yo. Sabía que podía darme lo que necesitaba. Porque en el terreno sexual soy una sumisa. En los demás aspectos de mi vida soy fuerte, capaz y dominante. En el dormitorio me gusta rendirme. Y me da miedo que si me rindo a él en la cama, pretenda que me rinda en todo lo demás. Simplemente... no puedo.

—¿Le has hablado sobre tus temores? —preguntó Callie.

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Deberías hacerlo.

—No voy a tener esa oportunidad. Sé que es cobarde por mi parte, pero no puedo arriesgarme a entregar mi alma a un hombre que querrá controlarme cada vez que respire.

—Puedes confiar en él —dijo Abby—. Lo presiento. Es un buen tipo. Y creo que lleva toda su vida esperándote.

Ella cogió aire; el miedo le hacía temblar.

—También me aterra no ser lo que él quiere que sea.

—Nunca te había visto así —intervino Callie—. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco. A ti no te asusta nada.

—Esto sí. Él sí. Lo que siento por él, sí. Todo lo relativo a nosotros dos me asusta. No puedo estar con él.

—Entonces vas a huir en vez de descubrir si lo tuyo con Rand puede funcionar —dijo Abby.

Blair la miró y asintió.

—Sí.

—Puede que te estés alejando del amor de tu vida. Un punzante cuchillo se le clavó en el vientre.

—Puede.

Le daba la sensación de que ya lo había hecho. Tenía ese presentimiento.



—Tenemos un nuevo cliente.

Blair alzó la vista de su escritorio, en su oficina y sonrió a Mary, su asistente.

—Eso es genial.

—Puede que sí y puede que no. —Mary se mordió el labio inferior, y apretó la hoja de papel que llevaba en la mano.

—Déjame ver eso.

—No te va a gustar.

Blair puso los ojos en blanco. La empresa de decoración de interiores era su criatura, la sal de su vida. Vivía para tener clientes nuevos. Extendió la mano.

—Dame eso, Mary.

Mary deslizó el papel sobre el escritorio. Blair revisó la solicitud y luego frunció el ceño.

¿En qué diablos estaba él pensando? ¿Se trataba de otro juego, de otra forma de manipularla? ¡Ah, no! Eso no iba a suceder.

—Asígnaselo a Sue Ellen.

—Solicita expresamente que seas tú quien haga el trabajo.

—Ya lo veo. No voy a hacerlo. Estoy demasiado ocupada.

—Tienes la agenda vacía. Y éste es un trabajo importante. Dice que toda la casa.

—Me da igual. No voy a hacerlo.

—Dice que o te encargas tú, o no hay trato.

Ella se encogió hombros y se giró hacia el ordenador.

—Entonces supongo que no va a haber trato.

—No podemos permitirnos rechazar un encargo, Blair.

¡Tenía razón, demonios! Maldito fuera Rand por arrinconarla de ese modo. Esa era precisamente la razón por la que nunca iba a intentar tener una relación con él.

Manipulación, pura y dura. Exactamente como su padre. Todo giraba en torno al control.

Golpeó ligeramente el escritorio con los dedos y reflexionó. El proyecto era inmenso y supondría unos ingresos necesarios para el negocio. Lo cierto es que no podía permitirse rechazarlo, pero le fastidiaba ceder al ultimátum de Rand.

—De acuerdo, lo haré. Avisa a Rand de que me reuniré con él, en su casa, esta noche a las siete.

Mary soltó un suspiro.

—¡Genial! Va a ser un proyecto muy bueno. Me alegro mucho de que hayas cambiado de idea, Blair. ¡Va a ser maravilloso para el negocio!

Y catastrófico en otros muchos aspectos.



Rand se apoyó contra el pilar del porche y observó a Blair detenerse en el camino de entrada. Rascal salió corriendo a saludarla, ladrando y meneando la cola.

Él reconocía la sensación. Sólo de ver cómo salía del coche, vestida con una falda rosa ajustada y una chaquetilla a juego, se le aceleró el pulso. Las gafas de sol le tapaban los ojos, pero la expresión severa de sus labios le indicó que no se alegraba de estar allí.

Y no es que él esperara que fuera. De hecho, estaba seguro de que el ultimátum la había irritado.

—Blair —la saludó, cuando ella se acercó a la escalera.

—Rand.

—Gracias por venir.

—Vale, vale. ¿Empezamos?

—Claro. —Abrió la puerta mosquitera para dejarla pasar y ella entró con la espalda recta y rígida.

¡Oh, sí! Estaba más furiosa que una avispa. Sonrió de oreja a oreja.

—Indicabas que querías reformar toda la casa, ¿no es así? —preguntó ella, paseando la mirada por la habitación y tomando notas en un portapapeles.

—Sí.

—Voy a tomar unos apuntes y vuelvo. Supongo que no te importa si me doy una vuelta por toda la casa.

—Ya has estado aquí, Blair. No me importa nada que te pasees por donde quieras.

—En ese caso, siéntate —dijo ella, sin tan siquiera mirarlo—. Enseguida vuelvo.

Él se dejó caer en el sofá y apoyó los pies en la mesa de centro, mientras ella pasaba del salón a la cocina y a los cuatro dormitorios. Se preguntó si estaría recordando lo que habían hecho en el dormitorio la otra noche.

Él desde luego sí. El último par de noches tampoco había conseguido dormir. Las pasó despierto, masturbándose, con el olor de ella adherido a las sábanas y a las almohadas.

¡Joder, quería volver a tenerla en su cama! Y no solamente una o dos noches. La quería para siempre. Dios, se imaginaba cual sería su reacción si él le decía algo así. Sin embargo, conociendo sus temores, tenía que actuar con cuidado. Si la presionaba demasiado, la perdería. De modo que tenía que fingir indiferencia. Mucha indiferencia.

Cogió una revista de coches y se puso a hojearla mientras ella deambulaba por la casa; la soltó cuando ella volvió, y se fijó en que se sentaba en la silla que estaba junto al sofá. Manteniendo las distancias.

Ella lo miró de frente, dándole la vuelta al papel de portapapeles.

—Me imagino que tendrás alguna idea concreta sobre el diseño.

—La verdad es que no.

Las cejas de ella, perfectamente esculpidas, se alzaron.

—¿Perdón?

Él se echó hacia atrás y colocó los brazos en el respaldo del sofá.

—No tengo la menor pista.

—¿Entonces cómo se supone que voy a diseñar el interior de tu casa?

—En eso tú eres la experta, Blair. Yo soy un representante de la ley, no diseñador.

—Pero se trata de tu casa.

—Confío en tu criterio.

—Podría convertir toda tu casa en una pesadilla rosa, llena de volantes.

Él se rió.

—Podrías, pero no lo harás. Eres demasiado honrada para eso.

Ella suspiró.

—Tienes razón. ¿Cómo voy a saber qué es lo que quieres, Rand?

—Es fácil. Me conoces. Y este lugar es un batiburrillo de muebles que no hacen juego. Aparte de un par de antigüedades que pertenecieron a mis abuelos, lo demás sobra. Quiero sentar la cabeza y formar una familia algún día, de modo que lo único que me interesa es que sea práctico.

—¿De verdad?

Ella golpeó ligeramente el portapapeles con la pluma. Él contuvo una sonrisa.

—Sí, de verdad.

—De modo que quieres renovar la decoración para que las posibles novias se paseen por un lugar un poco más elegante de lo que tienes ahora.

Vaya, se estaba enfadando. Sentía no poder echarse a reír.

—Nada estrafulario. Soy un hombre sencillo. Sólo quiero que resulte agradable.

—Define *agradable*.

Le encantaba la forma en que le temblaba el labio inferior cuando estaba molesta. Le daban ganas de atraparlo con los dientes y acercarla a él. Le dolía el pene. Maldición, la quería como fuera. Pero no iba a tenerla. Al menos esa noche.

—Decórala como te gustaría que estuviera si vivieras aquí.

—De acuerdo. Me aseguraré de que le guste a la sucesión de posibles novias.

—Genial.
—Vas a tener que mudarte durante un par de semanas.
—Puedo quedarme en la comisaría. Allí hay un dormitorio y una ducha.
Ella se levantó, se alisó la falda y arrancó una hoja del portapapeles.
—Necesito que hagas una lista con los artículos que quieres conservar. Alguien de mi oficina te llamará por la mañana para decirte qué día empezaremos.
—Espero que sea pronto.
Ella apretó los labios y lo miró.
—¿Ya has pensado en alguna candidata a señora McKay?
—Algo así.
A ella le costó disimular la sorpresa ante ese comentario.
—En ese caso, haré cuanto pueda por acelerar las cosas. No quisiera hacer esperar a la novia.
—Gracias. Aprecio el detalle.
Ella respiró profundamente por la nariz, ya que tenía los labios fuertemente apretados, recogió sus cosas y echó a andar hacia la puerta, arrancando prácticamente la mosquitera de sus goznes al cerrarla de golpe.
¡Oh, sí! Ahora estaba completamente furiosa.
La tenía justo donde él quería. Encolerizada, celosa y desconcertada.
¡Dios, la amaba!



Redecorar. Sucesión de posibles novias. Blair dio golpecitos con las uñas en el escritorio y rompió los catálogos, deseando ser capaz de decorar la casa de Rand como el harén de un sultán. Almohadones enjoyados, guiraldas colgando, cortinas de seda de todos los colores del arco iris. Le estaría bien empleado si lo hacía.

Era una pena que ella tuviera escrúpulos profesionales.

Idiota. Estúpido. Degenerado. Gilipollas. Le odiaba. Le odiaba, le odiaba, le odiaba. Con una intensidad que hacía que le hirviera la sangre.

Por ser tan agradable, tan profesional y tan acomodadizo.

Tan total y absolutamente imprevisible. Ella se esperaba que tuviera una descripción exacta de cada uno de los muebles que quería, de cada color y de cada tela, y que no le permitiera salirse de eso. En cambio, la sorprendió diciéndole que podía hacer lo que quisiera.

En una ocasión, su padre le permitió redecorar una habitación de la casa. Fue justo después de que se graduara. Ella dio algunas ideas, pero a él ninguna le pareció lo bastante buena. Lo cambió todo. Y sus elecciones fueron horribles, pero, por supuesto, tenía que ser él quien diera las órdenes. Su madre no dijo ni una sola palabra. Muy típico. Blair no se molestó en discutir con él. Después de todo se trataba de su dinero. Él deseaba el feo estilo americano antiguo, y eso fue lo que obtuvo. Los colores eran oscuros, sin un solo toque femenino. Y se trataba del dormitorio principal. Cuando Blair terminó, no quedaba nada de su madre en él. Excepto su madre.

Y su madre se mostró encantada, elogió a Blair por su trabajo y le dijo a su padre que tenía un gusto maravilloso.

Repugnante.

Sin embargo, Rand, en vez de hacer lo que hubiera hecho el padre de Blair, acababa de poner en sus manos toda su casa. Le dijo que la decorara como lo haría si ella viviera allí.

Excepto que no iba a decorarla para ella, lo iba a hacer para otra mujer. Acababa de follar con ella cuando era evidente que ya le daba vueltas a la idea de casarse con otra.

Hijo de puta. ¿Cómo podía haber permitido que su corazón se viera involucrado por una noche de sexo fabuloso? Porque decididamente la idea de Rand casado con otra mujer; de que

cualquier otra estuviera en ese patio trasero con esos niños, esos perros, y esa piscina, le resultaba dolorosa.

En cualquier caso, aquello era una estúpida fantasía. Se trataba de una apuesta. Ella había cumplido con su parte y la había llevado a cabo. Ahora se acabó. Rand y ella habían terminado.

Y cuando acabara con ese encargo, no tendría que volver a pensar nunca en él, ni verlo, ni hablarle.

Pero iba a hacer un buen trabajo en su casa. Lo diseñaría como si fuera a ser ella quien se trasladara a vivir allí; como si fuera ella la mujer que iba a tener a sus hijos y a forjar una vida con él.

Le demostraría que podía depositar su confianza en ella.

Porque era una profesional que hacía condenadamente bien su trabajo.

No porque él la importara.

Capítulo 7

La casa quedó perfecta. Blair tenía el estómago revuelto, con una mezcla de excitación expectante y de pesar agriado. Ella podría vivir, cómoda y feliz, en esa casa.

La casa era magnífica, según ella, el sueño de cualquier mujer y, al mismo tiempo, un lugar donde a cualquier hombre le gustaría vivir.

Y Rand estaba a punto de llegar. Deambuló por todas las habitaciones para asegurarse de que no hubiera nada fuera de su sitio, y se apresuró a ir al porche delantero, cuando lo oyó llegar, con el estómago hecho un nudo.

Nunca estaba nerviosa cuando presentaba el resultado final de sus esfuerzos a los clientes, pero hoy sí. Sin embargo, se alisó la falda y se apoyó en la puerta cuando él subió las escaleras, mostrando una actitud tranquila y profesional.

E intentó que no se le cayera la baba cuando él enganchó los pulgares en las trabillas del cinturón de los vaqueros, se detuvo en el último escalón, apoyó la cadera en la barandilla del porche y lanzó un silbido.

Ella también se había ocupado del porche delantero. No demasiado, claro, pero lo suficiente para que él lo notara. O al menos, esperaba que lo notara. Había dejado el balancín porque le gustaba. Añadió unos amplios sillones de mimbre con cojines, unas plantas colgantes de vistosas flores, y un par de plantas en jardineras de cemento en el suelo que le dieron la bienvenida cuando subió las escaleras. Además habían pintado el porche, de manera que ahora brillaba con un blanco deslumbrante.

—Vaya, es precioso —dijo él, echando la cabeza hacia atrás y apoyando la mano en la culata de la pistola, enfundada en la pistolera del cinturón.

—Sólo es una ligera mejora del porche delantero.

La garganta se le había quedado completamente seca. Esperaba que él no se diera cuenta de que estaba temblando. La verdad, ¿por qué estaba tan nerviosa?

—Si te apetece, te enseñaré tu nueva casa —dijo ella, encogiéndose de hombros con indolencia.

—Por supuesto. Estoy impaciente por verla.

Rand no sabía quién de los dos estaba más nervioso, sí Blair o él. Por mucho que ella intentara disimularlo, él se daba cuenta de las miradas furtivas que le lanzaba mientras fingía despreocupación e intentaba mantenerse firme.

Durante dos malditas semanas se quedó en la comisaría, muriéndose de ganas de salir y ver lo que ella estaba haciendo, pero se mantuvo fiel a su palabra y permaneció alejado. Hacerlo le costó una enorme fuerza de voluntad y un montón de pajas.

La echaba de menos. Echaba de menos estar a su alrededor, echaba de menos su olor y su sonrisa, incluso echaba de menos fastidiarla. Realmente le gustaba irritarla. Le gustaba verla enfadada y furiosa, totalmente encolerizada con él. Cuando se cabreaba, los ojos le brillaban de pasión.

Echaba de menos tocarla. Besarla. Follarla.

Le dolía la polla por ella.

Le dolía el corazón por ella.

Estaba hecho un lío y rogó a Dios que aquello diera resultado.

—Si hay algo que no te guste —empezó a decir ella, bloqueando la puerta antes de que él entrara—, por supuesto, lo cambiaremos.

—Déjeme entrar, Blair —dijo él, suavemente—. Estoy seguro de que está muy bien.

—No quiero que esté muy bien. Quiero que te guste.

Aquello sí que era toda una revelación. Y él se dio cuenta, por su expresión, de que ella se había arrepentido de sus palabras en cuanto salieron de su boca.

—Ya me gusta. Lleva tu sello.

—Da igual. Aquí ha trabajado todo el equipo, no sólo yo. —Se apartó para dejarle entrar.

¡Vaya! Era una casa completamente distinta. Los viejos muebles ajados que no hacían juego entre sí, no estaban. Todo había desaparecido. Y nada parecía igual. Se sintió... cómodo, nada más entrar.

Ni recargado, ni presuntuoso, ni —Dios no lo quisiera— femenino. Y tampoco excesivamente masculino. Unos sofás tapizados con una tela de color neutro, colocados en perpendicular respecto de la chimenea, junto a un par de sillones de piel, de aspecto verdaderamente cómodo. El resto del salón estaba desnudo, excepto por un par de mesas de madera clara, junto a un mueble para poner bebidas y revistas. Las lámparas eran modernas, pero no estrafalarias. La estancia resultaba práctica y aprovechable, y lo bastante acogedora para disfrutar de una mujer, con una cómoda alfombra delante de los muebles. Era capaz de imaginarse a unos niños, con los juguetes desperdigados por esa alfombra, jugando ante el fuego en invierno, mientras Blair y él leían el periódico y tomaban café.

Se dirigió a la cocina y descubrió que la vieja mesa de caballete de su abuela había sido restaurada. Seguía conservando su antiguo encanto y los desperfectos y arañazos de antes, pero parecía... mejorada. No tan desgastada, machacada, ya no parecía un trasto viejo. Ahora parecía una verdadera antigüedad.

—Esta mesa no tenía sillas, de modo que yo... los empleados, fueron a algunos mercadillos y encontraron varias que combinaban perfectamente —explicó ella.

Seis sillas, para ser exactos. Y además cada una distinta. Cosa que le encantó, porque las que tenía su abuela tampoco hacían juego. Demonios, ni siquiera recordaba dónde habían ido a parar. Seguro que desperdigadas por las casas de familiares. Sin embargo, aquellas robustas sillas de madera que no parecían nuevas, le gustaban; armonizaban con el resto de la cocina.

Los muebles eran de pino, robustos y oscuros, a juego con la mesa de la abuela. Las encimeras habían sido sustituidas por un bonito granito oscuro y el fregadero era ahora de dos senos y de un brillante cromado. Era moderno y antiguo al mismo tiempo. Tenía la apariencia de una cocina rústica, pero cualquier mujer lanzaría exclamaciones de alegría si tuviera que cocinar allí, con la enorme nevera de dos puertas y los fuegos en la isla central.

Se había quedado sin palabras. Y muy impresionado por el talento de Blair.

—Si me acompañas al vestíbulo —dijo Blair—, te enseñaré los dormitorios.

Él era consciente de que todavía no había pronunciado ni una palabra y que Blair, probablemente, estuviera loca de preocupación, pero Dios era testigo de que no sabía que decir.

—Hemos dejado tres sin decorar, como pediste, suponiendo que algún día querrás convertirlas en habitaciones para los niños —explicó, con una voz que acabó en un tono más agudo. Tuvo que aclararse la garganta al llegar al vestíbulo.

Él sonrió.

—Aja.

—Y ahora, el dormitorio principal. —Se volvió a medias hacia él mientras abría la puerta de la habitación, y luego se apartó de su camino al encender la luz—. Espero que te guste.

Mientras Blair estuviera allí con él, le gustaría, aunque sólo hubiera una caja cartón y una toalla en el suelo.

No había nada de eso. En su lugar, la cama de hierro tenía un cabecero forrado con un diseño moderno de flores y corazones, que a una mujer le parecerían atractivos, al igual que a los pies de la cama. Lo que le gustó fue el dosel de hierro a juego, de construcción fuerte y sólida. Se le desbocó la imaginación, y empezó a imaginarse a Blair inmovilizada, con las muñecas sujetas en lo alto de la estructura, las piernas atadas y extendidas, y el coño a la altura de la boca.

Maldición. Concentrado en aquella cama, ni se fijó en el resto del dormitorio, aunque estaba seguro de que debía estar precioso. ¡Joder, le daba igual!

—¿Quieres ver el resto de la habitación?

—No. —Miró fijamente la cama.

—Humm, ¿cuenta con tu aprobación?

Él se volvió hacia ella sin molestarse siquiera en ocultar su erección, que presionaba contra la cremallera de los vaqueros.

—¿Cuenta con la tuya?

Ella esbozó una sonrisa.

—Claro que sí. Yo fui quien la diseñó.

—Muy bien. Desnúdate.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. Quítate la ropa.

La mirada de ella pasó de la sorpresa a la ira en un instante.

—¿Has perdido la cabeza?

—No.

—Mira, Rand, acepté este trabajo porque es bueno para el negocio. Querías redecorar la casa, perfecto. Lo hice. Ni te has molestado en decir si te gusta o no. Bueno, pues el trabajo ya está terminado. Le gustará a cualquier mujer con la que tengas pensado casarte. Lo sabes tú y lo sé yo. Me largo. Te mandaré la factura por correo. Nuestra relación ha terminado.

—Nuestra relación no ha terminado ni mucho menos, Blair.

Ella entrecerró los ojos.

—¡Eres un maldito arrogante! ¡Cómo te atreves a dar por hecho que porque exista entre nosotros esta tensión sexual, que sólo porque hayamos pasado una noche de sexo realmente apasionado, me voy a desnudar y a echar un polvo porque tú lo ordenas, y que luego me voy a quedar tan contenta mientras tú cruzas con otra mujer el umbral de la casa que he decorado para ella!

Se dio media vuelta, pero antes de que pudiera marcharse, él declaró:

—Esa mujer eres tú, Blair.

Ella se detuvo y luego se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Tú eres la mujer con la que quiero cruzar el umbral de la puerta. Con el vestido blanco y todo eso. Tú eres la mujer para la que quería que decoraras esta casa. Tú eres la mujer a la que amo y deseo desde que ambos teníamos quince años y empezaste a provocarme. Tú eres la mujer que amo, Blair. Siempre lo has sido.

Jamás en su vida Blair se había quedado muda de sorpresa. Siempre reaccionaba con rapidez, con una réplica aguda; era experta en poner a los hombres en su sitio.

Rand había conseguido dejarla sin palabras por primera vez en su vida.

—¿Me amas?

—Sí. Te amo. —Se acercó a ella, con su cuerpo ágil y firme, y el pene descaradamente rígido contra sus vaqueros. Y luego hizo una cosa que le llenó los ojos de lágrimas: hincó una rodilla ante ella. Ese dominante y exasperante macho alfa, se puso de rodillas.

—Cásate conmigo, Blair. Te amo. Amo tu fortaleza, tu inteligencia y tu sentido del humor. Me encanta la vida que te has construido, a pesar de tus orígenes; y sí, lo sé todo sobre tu procedencia.

—¿Lo sabes?

—Sí. Yo no soy tu padre, y tú no eres como tu madre. Eres una maravillosa mujer con una carrera profesional que no acepta la mierda de ningún hombre.

Ella sonrió al oír aquello. Era el mejor elogio que podía haberle hecho.

—No quiero gobernar tu vida, nena. No sería capaz de amar a la mujer en que te has convertido si fueras mi felpudo. Me encanta que te plantes ante mí y me devuelvas los golpes. — Le cogió la mano—. Te quiero en esta casa conmigo. Te quiero en esa cama conmigo, cada noche, llevando a cabo nuestras fantasías. Y luego quiero tener hijos, y que construyamos un futuro juntos.

Ella se había equivocado. Se había equivocado en todo. Se había pasado años juzgando mal a Rand, comparándolo con su padre. De acuerdo, era dominante, arrogante, seguro de sí mismo y controlador, pero no se parecía nada a su padre. Nada en absoluto.

Él quería que ella fuera una mujer independiente, que llevara las riendas de su vida en todos los aspectos excepto en uno. Un lugar en el que ella deseaba que él la dominara, en el que ella quería y necesitaba que dominara él.

En el terreno sexual.

—No sé qué decir.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Di lo que sientes.

Ella emitió un suspiro tembloroso.

—Me has dado miedo toda la vida, por culpa de mi padre y de lo que le hizo a mi madre. Sabía la clase de hombre que eras y me juré que yo nunca me convertiría en una mujer como mi madre.

Cansada de mirarlo desde arriba, se dejó caer al suelo. Rand se sentó a su lado y le cogió las manos entre las suyas.

—Continúa —dijo él.

—Tras las primeras experiencias sexuales que tuve, me sentí vacía. Escogí deliberadamente a hombres a quienes pudiera controlar, porque tenía miedo de estar con alguno que fuera demasiado dominante. Aunque los hombres que elegí me dejaron insatisfecha, y fue entonces cuando me di cuenta de que en el terreno sexual era sumisa, y que, en el dormitorio, deseaba que me dominaran.

—Apuesto a que eso te asustó de verdad, teniendo en cuenta la historia de tu familia.

Ella asintió.

—Sin embargo, estaba decidida a alejarme de los hombres que se parecían a mi padre. Y te incluí a ti en esa categoría. Tú eras fuerte, auto suficiente, arrogante y autoritario. Yo no podía controlarte. Hacías que se me desbocara el corazón y que se me encogieran los dedos de los pies. Hacías que se me humedecieran las bragas cada vez que estabas cerca o me hablabas. Durante años, con quien fantaseaba al masturbarme era contigo. Cada vez que me acostaba con un hombre, era tu cara la que veía y eran tus manos las que recorrían mi cuerpo.

Una parte de sí misma no se podía creer que acabara de admitir aquello ante él. Otra, se sentía liberada y sin miedo por haberlo hecho. Ya que sabía que Rand no iba a usarlo contra ella y no pensaría que era débil por ese motivo.

—Eso es muy excitante, nena —dijo él, extendiendo la mano para acariciarle el cuello—. Gracias.

Se le enrojeció la piel con la caricia y los pezones se le tensaron y le dolieron.

Por fin, respiró hondo y expresó su más profundo secreto.

—Te amo desde que mi corazón supo lo que era el amor, pero eso me aterraba, Rand. Jamás he deseado a un hombre como te deseo a ti. En todos estos años, a pesar de todos esos hombres, al único que realmente deseaba era a ti. A la única persona a la que me he rendido en mi vida, ha sido a ti. —Acababa de entregárselo todo: cuerpo, alma y corazón. Y al hacerlo, se dio cuenta de que ya no tenía miedo.

Tenía el corazón desbordante de ese amor que también había temido mostrarle.

—Te amo, Rand. —Se puso de rodillas, se subió la falda y se sentó a horcajadas en su regazo. Le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió, con el corazón tan henchido que le pareció que le iba a explotar dentro del pecho. De modo que eso era el amor. Algo mareante y asquerosamente dulce. Le daba igual lo estúpido que fuera; se sentía estupendamente—. Te amo.

Él le rodeó la cintura con las manos y la atrajo hacia sí.

—¿Eso significa que tu respuesta es sí?

Ella esperó a que llegara el inevitable acceso de miedo, el impulso de huir. No sucedió. El camino que se abría ante ella estaba despejado por primera vez en su vida.

—Sí. Oh, demonios, sí, me casaré contigo. —Se inclinó y presionó los labios de él con los suyos, aspirando su olor, saboreando el café y la hierbabuena de sus labios, antes de deslizar la lengua dentro de su boca para reclamarlo como su hombre. Suyo. Para siempre.

Ahora era una mujer de un solo hombre. Tal vez siempre lo hubiera sido.

Él le abarcó el trasero con las manos, la levantó y la puso de pie.

—Y ahora, señorita Newcasde —dijo con voz severa y levantando una ceja—, creo que dije algo acerca de que te desvistieras.

Ella tembló ante su tono autoritario, más que dispuesta a hacer todo lo que él quisiera. En esta ocasión no existían barreras ni temores. Ella le pertenecía y era él quien mandaba. Sin embargo, también ella podía provocarlo un poco mientras cumplía la orden. Primero se desprendió de la chaqueta muy lentamente y la dobló muy bien antes darse la vuelta para colocarla en la silla de la cómoda, frente a la cama. Cuando le dio la espalda, sonrió.

—No te entretengas todo el día, Blair.

—Son unas prendas muy caras, Rand. Tengo que cuidarlas. —Se fue soltando los botones de la blusa, uno a uno. Lenta y tranquilamente, sin dejar de mirarlo a los ojos. Observando cada respiración suya, la forma en que se movían las ventanas de su nariz, el modo en que seguía con la mirada los movimientos de los dedos de ella a lo largo de la hilera de botones. El calor de sus ojos le iba quemando la piel mientras se desnudaba para él. Entretenerse tanto en quitarse la ropa era insoportable. Quería arrancarlos y quedarse desnuda para que él la tocara. Pero deseaba provocarlo y hacerlo esperar.

O tal vez lo único que quería era desafiarlo a que la tomara. Hasta ahora estaba demostrando tener un control asombroso, mientras ella terminaba con el último botón y se abría la blusa, permitiendo que se le deslizara por los hombros y los brazos. La prenda cayó flotando al suelo. Se olvidó del sostén y se ocupó del botón lateral de la falda.

—No te estás moviendo lo bastante rápido. ¿Esa falda es muy cara?

—Mucho.

En un visto y no visto, estaba en sus brazos. El botón de la falda salió volando y la cremallera se desgarró cuando él perdió la última brizna de control que le quedaba. Ella jadeó cuando él se ocupó, en un momento, de bajarle la falda de un tirón y de arrancarle las bragas.

—Te compraré otra.

Como si a ella le importara.

La sostuvo contra su pecho y le pasó una mano por la espalda para soltarle el sostén, luego se apartó al tiempo que le bajaba los tirantes por los brazos. Dejó vagar la mirada por su piel desnuda, y el cuerpo de ella reaccionó igual que si la estuviera tocando. Entreabrió los labios e intentó respirar, mientras intentaba averiguar qué era lo que le tenía reservado.

—Vamos a probar esa cama nueva —dijo él, cogiéndola de la mano e indicándole la cama—. Súbete ahí y pon las manos en el dosel.

Ya sabía ella que esa parte de la cama le iba a gustar. Él mantuvo sujeta su mano mientras ella se encaramaba al colchón y luego se agarraba al travesaño superior del dosel. Ella lo había calculado todo, asegurándose de poder alcanzarlo sin problemas. No es que tuviera la esperanza de tener el placer de poder utilizarlo, pero conocía los deseos de Rand y pensó que alguna mujer lo haría.

Sí. Ella. Ella era esa mujer. La que estaba en su cama sujetándose al dosel. Se estremeció de expectación al mirar a Rand desde arriba.

Él se quitó la pistolera, se desabrochó el cinturón, lo sacó de las trabillas de los vaqueros, y lo sostuvo en la palma de la mano. Ella le dirigió una sonrisa, preguntándose si iría a azotarla con él.

¿Deseaba ella que lo hiciera? Se pellizcó el labio inferior con los dientes y le observó atentamente mientras él dejaba el cinturón en la silla entre la mesilla de noche y la cómoda.

—No, nena —dijo él, al volverse de nuevo hacia ella—. Si algo tiene que azotarte el culo, va a ser mi mano. Quiero notar cómo se te calienta la piel con cada golpe.

Ella respiró hondo y guardó sus ideas para sí, observando cómo él se quitaba la camisa, descubriendo su torso bronceado, y luego se ocupaba de los vaqueros. Al igual que había hecho ella, la atormentó con una revelación lenta y pausada de su bronceado cuerpo. Ella estaba impaciente porque se diera prisa en desnudarse. Sin embargo, él se entretuvo mucho en soltar el botón y en bajar la cremallera, interrumpiendo el proceso para alzar la vista hacia ella mientras se rozaba la dura erección con los nudillos.

¡Dios, que caliente era esto! Quería tocarlo, desnudarlo, dejar al descubierto su pene y metérselo en la boca. Tragó saliva y permaneció en silencio; las palmas de las manos empezaron a sudarle mientras se sujetaba al travesaño del dosel.

—Buena chica —dijo él, bajándose los vaqueros hasta el suelo y apartándolos.

Se acercó a la cama y ella se tensó, con todo su cuerpo preparado para que él lo tocara.

—Separa las piernas.

El colchón de firmeza extra, facilitaba el estar de pie sobre él. Se sujetó al dosel y separó bien las piernas, queriendo asegurarse de que él viera entre ellas todo lo que deseaba ver.

Siempre se sentía hermosa cuando él la miraba. Se le enrojeció la piel bajo su escrutinio, los pezones se irguieron, impacientes porque los capturara con la boca. Se le humedecieron los labios sexuales y una temblorosa excitación pulsó en su clítoris.

Por favor, por favor, tócame.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, él llevó la mano entre sus piernas, atormentándole la cara interna de los muslos con las yemas de los dedos, sin desviar la mirada de su cara.

Cuando ella ideó la cama, conocía la estatura de los dos, y diseñó todo el conjunto de forma que si ella estaba de pie en la cama y él en el suelo, su boca quedaría al nivel adecuado para...

—¡Oh, Dios mío! —Sí, era absolutamente perfecto.

Él le había agarrado las nalgas y acercado el coño contra su boca, enroscando la lengua en torno al necesitado clítoris. Ella quiso enredarle los dedos en el pelo y acercarlo todavía más, pero se mantuvo sujeta a la barra del dosel y empujó las caderas contra su cara.

Él se apartó y alzó la vista hacia ella.

—¿Te gusta esto?

—Sí.

—Entonces déjame que te oiga decirlo.

Anteriormente, ella nunca había sido muy expresiva. Claro que, ¿qué hombre antes de Rand le había dado motivos para serlo?

Él la miró y enroscó su lengua alrededor del clítoris, le levantó las piernas y las apoyó en sus hombros. Se comió su coño en esa postura, sujetando con fuerza el clítoris con la boca para chuparlo.

—¡Oh, Dios, Rand! ¡Sí! —gritó ella sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que él expresó su satisfacción contra su sexo, lo que sólo sirvió para aumentar un poco más la excitación de ella. El calor y la humedad de su boca unida a su lengua que se movía como loca alrededor del clítoris, su barbilla arañándole el sexo y su saliva goteando por la hendidura del culo; fueron demasiado. Se corrió, estremeciéndose salvajemente contra él y gritando, contenta de que él viviera en medio de la nada, porque estaba completamente segura de que sus ruidosos gemidos hubieran atraído a cualquier vecino de los alrededores.

¡Pero maldición, no podía evitarlo! El orgasmo la atravesó, estallando en oleadas de intensas contracciones que la sacudieron de pies a cabeza, dejándola destrozada y conmovida.

—Suéltate, nena —susurró él.

Ella lo hizo, derrumbándose sobre las rodillas y aspirando grandes bocanadas de aire para tranquilizarse. Rand se arrastró lentamente sobre la cama y le cogió las manos, frotándoselas para restablecer la circulación.

—Estoy bien.

—Ya lo creo —bromeó él, soltando sus manos, para entrelazar sus dedos entre su cabello, entrando en ella con un beso, primitivo y apasionado, la lengua lanzándose en picado y los labios exigentes y reclamantes.

La tumbó de espaldas en el centro del colchón y cubrió el cuerpo de ella con el suyo. Ella le dio la bienvenida entrelazando las piernas con las de él y arqueándose para salir al encuentro de su pene. Él se deslizó dentro de ella con un rápido movimiento, arrancándole un jadeo con la dulce invasión.

Rand se retiró para mirarla, sin poder creer todavía que Blair fuera suya, que hubiera accedido a casarse y a vivir allí con él. El sexo de ella pulsaba alrededor de su miembro, absorbiéndolo con fuertes contracciones.

—Nena —murmuró contra su garganta, cerrando los ojos y limitándose a disfrutar del momento. Se retiró y volvió a caer sobre ella, enterrándose profundamente, necesitando esos pocos segundos de perfecta unión con ella.

Ella le enredó los dedos en el pelo y levantó las caderas, rodeándolo con las piernas, para acercarlo más.

—Rand —susurró—. Te amo.

Por muchos años que viviera, él jamás se cansaría de oír esas palabras de sus labios. Nunca había comprendido cuánto deseaba poseerla hasta que ella dijo sí. Ahora juró darle todo lo que ella quisiera.

Sobre todo aquí, donde se le había denegado tanto tiempo el placer.

Le sujetó las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza, manteniéndolas unidas con una sola mano mientras se elevaba sobre ella, observándole los pechos y viendo como se contraían los pezones bajo su mirada.

—¿Estás caliente por mí, nena? —preguntó él.

—Sí.

—Dime lo que desees.

—Que me lamas los pezones —susurró ella.

—¿Así? —Se agachó y deslizó la lengua por uno de los tensos picos, notando como ella se estremecía y su vagina se contraía en torno a su miembro con unos espasmos salvajes.

—Sí —respondió ella.

—¿O así? —Rodeó el brote con los dientes y tiró de él, luego le dio un ligero golpecito con la lengua y por fin capturó todo el pezón, absorbiéndolo hacia el calor de su boca.

—¡Rand! —Le tiró con fuerza del pelo, retorciéndose debajo de él.

Él se lanzó hacia delante, moviéndose más rápidamente mientras pellizcaba y lamía el otro pezón hasta que el flujo de ella se esparció por la vagina.

Cuando volvió a mirarla, ella tenía los ojos vidriosos y desenfocados, como si estuviera drogada o aturdida. Jadeaba, elevaba las caderas y le arañaba los hombros y la parte superior de la espalda, mientras él le introducía con fuerza el miembro.

Su mujer estaba fuera de control.

Justo como él quería. Directamente en la cima y a punto de explotar. Su vagina lo agarraba con tanta fuerza que él casi no pudo salir de ella, pero lo hizo, retirándose y apartándola de la cama un instante, mientras retiraba la colcha hasta los pies, y luego volvió a sobre ella.

—Apóyate en las manos y las rodillas, Blair.

Mientras ella gateaba por la cama, él se mantuvo a su lado observándola, viendo su sexo completamente abierto, empapado y listo para que él lo invadiera.

Oh, quería volver a estar allí, pero también deseaba otra cosa. Ese diminuto y arrugado agujerito que había encima del coño le llamaba a gritos. La había poseído, pero no por completo. Y tenía que tenerla totalmente.

—Hoy voy a apropiarme de ese culo, Blair. ¿Estás preparada para eso?

Capítulo 8

¿Existía algo que ella no le permitiera a Rand? Lo dudaba. Ahora, apoyada en manos y rodillas, con el sexo y el ano expuestos ante él, la idea de que penetrara en su estrecho orificio de atrás aumentaba todavía más su excitación. El pene de él entrando ahí, poseyéndola de una forma que no había hecho ningún hombre... Le entraron ganas de ponerse la mano entre las piernas y masturbarse hasta llegar al orgasmo, sólo de pensar en él invadiéndole el ano con su grueso pene.

—Sí, Rand, estoy preparada.

Iba a darle absolutamente todo lo que él quisiera.

—¿Has permitido alguna vez que un hombre poseyera tu culo?

La tensión con que lo preguntó, sólo sirvió para abastecer de combustible la excitación de ella.

—No, Rand.

Él permaneció junto a la cama, mientras ella estaba apoyada en manos y piernas, con los pies colgando a un lado. Le acarició las piernas, subiendo por las pantorrillas hasta los muslos y luego las nalgas antes de propinarle una ligera palmada en el culo.

—¿Cómo es que ningún hombre ha follado nunca ese apretado culo, nena?

Ella se encogió de hombros.

—Porque no se lo permití.

—Pero a mí vas a dejarme, ¿verdad?

—Sí.

—¿Alguna vez te has introducido un juguete o algo así?

¡Dios, vaya preguntas! La avergonzaban y la inflamaban de deseo por correrse.

—Sí, lo he hecho.

Él volvió a golpearle el trasero; el escozor la hizo moverse contra su mano. Él le acarició la nalga con un movimiento que era la antítesis de la dura palmada de unos segundos antes. Cuando le introdujo los dedos en la vagina, ella se lanzó hacia ellos, necesitando que su pene la llenara otra vez.

—Cuéntamelo —dijo él, sacando los dedos y sustituyéndolos por la polla. Embistió con fuerza. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió, para luego mover el trasero contra la pelvis de él.

—Algunas veces me masturbo con los dedos y me introduzco un vibrador en el ano —admitió ella, preguntándose si él aceptaría todas sus perversiones.

—¡Maldición! —susurró él—. ¿Y qué fantasías tienes cuando haces eso?

—Que me poseen dos hombres.

Él le dio una palmada en el culo y ella gimió.

—¿Quieres que te follen por partida doble, nena?

Se sintió poseída por la necesidad de abandonarse a Rand como nunca antes lo había hecho con ningún hombre.

—No. Pero te aseguro que me gusta pensarlo mientras me corro.

—Quédate ahí.

¡Como si ella pensara en irse a alguna parte! Él se apartó y entró en el cuarto de baño. Ella estiró el cuello para ver lo que estaba haciendo. Él volvió al cabo de un momento con un frasco de lubricante y una toalla.

—Date la vuelta y mira de frente —ordenó—. Y separa más las piernas. Quiero ver ese ano.

Ella tembló, el clítoris le palpitó. Deseaba tocárselo y frotarlo hasta el orgasmo. El deseo era muy fuerte, pero esperó, sabiendo que Rand quería controlar el juego. La tensión de preguntarse lo que él iba a hacer y cuándo, era dulce y dolorosa a la vez. La imposibilidad de mirarlo incrementaba la sensación.

Notó que algo cálido se escurría lentamente por su culo. El lubricante. Él se lo aplicó en el ano y luego frotó éste con la yema del dedo. Ella gimió sin poder evitarlo. Ahí las terminaciones nerviosas eran muy sensibles. Jugaba a menudo con su propio ano cuando se masturbaba, pero eso no era nada comparado con que fuera Rand quien lo tocara.

—Dulce culito —murmuró él introduciendo el dedo por la apretada barrera de músculos, penetrándola hasta que una ardiente sensación se apoderó de ella. Se contrajo al sentir la oleada de placer en el clítoris. Estuvo a punto de desmayarse, con un gruñido de placer, cuando él empujó la polla en su sexo a la vez que le sumergía el dedo en el ano.

—Rand. —Aquello fue lo único que pudo decir en respuesta a la sensación de plenitud que le producía su pene y tener el dedo de él en el ano.

—Apretado. Muy apretado —dijo él, retirando un poco el dedo para luego introducirse hasta el nudillo—. ¿Puedes aceptar mi polla ahí, Blair?

—Sí.

—Dime lo que desees, nena.

Ella empujó contra su dedo y contra su polla.

—Fóllame el culo, Rand. Deprisa.

Él sacó el dedo y le puso más lubricante. Ella elevó el trasero, anticipando y necesitando su invasión.

—¿Estás preparada para mí?

—Sí —respondió ella, tan sin aliento que ni siquiera le pareció que se tratara de su voz—. Por favor.

—Me encanta cuando suplicas por mi polla, nena.

Ella notó el grueso glande en el ano, tan tenso que sería asombroso que cupiera en el estrecho canal.

—Te va a doler. Soy grande.

—Lo sé. Fóllame.

Él le pasó la mano por las nalgas al tiempo que se abría paso lenta y cuidadosamente, a pesar de los intentos llenos de impaciencia de ella por conseguir que empujara fuerte y rápidamente. Aquello quemaba. Dolía. La sensación de que la colmara con su grueso miembro, invadiendo un lugar donde no había estado ningún hombre, era maravillosa.

Al entregarle a Rand algo que nunca había entregado a otro hombre, era como si Blair fuera virgen. Las suaves palmadas de él en su espalda y sus nalgas eran tan dulces que le llenaron los ojos de lágrimas.

Pero entonces él empujó con fuerza, introduciéndose en ella hasta la empuñadura.

—¡Dios! —exclamó él—. ¡Qué apretado!

Ella lo oyó respirar hondo y luego se retiró para volver a embestir.

—¿Estás bien?

El dolor disminuyó, siendo sustituido por un placer embriagador, la urgencia de correrse mientras él cabalgaba sobre su culo y la necesidad de sentir que la poseía por completo.

—Estoy bien. Fóllame fuerte.

Él gimió.

—Acaríciate el clítoris para mí, Blair. Provócate un orgasmo.

¡Por fin! Se llevó la mano a la entrepierna y se tanteó el clítoris dilatado y dolorido a causa de la creciente presión. A cada golpe de sus dedos, la espiral de sensaciones se acercaba más, rodeándola, llevándola más cerca de la cima.

Rand aceleró el ritmo, impulsándose más fuerte en cada acometida, golpeándole con los testículos el coño a la vez que le follaba el ano. La sujetó por las caderas, clavándole los dedos mientras se movía con dureza.

—Me voy a correr en tu culo, Blair. ¿Estás preparada para mí?

Los dedos de ella se movieron más veloces sobre el clítoris, tan cerca del orgasmo que apenas podía hablar. Gimió, clavó el trasero contra él y gritó, con el cuerpo presa del orgasmo. Sintió las contracciones de su propio ano, apresó y le exprimió la polla, sorteando una oleada tras otra de un clímax increíble, mientras Rand se estremecía y se tensaba contra ella, y luego lanzaba en su interior calientes chorros de semen.

Él se inclinó y le apartó el pelo, besando los húmedos mechones de su cuello, mientras ella jadeaba debajo de él, intentando recobrar la respiración. Él le rodeó la cintura con un brazo para sostenerla. ¡Dios, a ella le temblaban los brazos!

—¿Una ducha? —le susurró él al oído.

Ella se rió.

—Gran idea.

La levantó de la cama y la llevó al cuarto de baño, depositándola en la ducha. Ella la había reformado también, añadiéndole varios propulsores de agua en tres de sus lados. Se divertieron bastante con ellos, una vez que Rand la hubo lavado de pies a cabeza, jugando un buen rato a lanzarse disparos de agua el uno al otro, antes de cerrar definitivamente el grifo.

La secó con una toalla enorme y luego la llevó a la cama, ordenándole que se quedara quieta mientras él bajaba al vestíbulo.

Llevaba fuera un rato y Blair se preguntó dónde habría ido.

Cuando al fin regresó, llevaba una bandeja con dos vasos de té helado, fresas y sirope de chocolate. Ella se sentó en la cama y alisó las sábanas mientras él colocaba la bandeja en el centro, entre ellos.

—¡Qué bueno! Me encantan las fresas. —Iba a coger una, pero él le dio una palmadita en la mano.

—Permíteme. —Cogió una, la hundió en el sirope de chocolate y se la deslizó entre los labios. Ella lamió el chocolate antes de dar un mordisco, disfrutando del dulce sabor que estalló en su boca.

—¡Oh! Esto es el cielo.

Rand se inclinó hacia delante y le acarició los labios con los suyos, deslizando la lengua sobre ellos. A ella le dio un vuelco el estómago con emoción y deseo renovado.

—Sabes dulce.

—En el dormitorio eres tú quien manda. ¿No debería ser yo quien te alimentara a ti? —preguntó ella cuando él le ofreció otro bocado.

Él sacudió la cabeza.

—Esto no funciona así. Al menos ésa es mi opinión. Creo en la igualdad de oportunidades. Será suficiente con que me prestes tus servicios en el dormitorio —dijo él con un destello malicioso.

—Demonio.

—Perversa.

Le metió otra fresa en la boca y la acompañó con un beso. Ella suspiró de felicidad y sonrió al hombre al que amaba.

De haber sabido lo que se estaba perdiendo, se hubiera olvidado del control muchos años antes.

Atrevida

Callie

Capítulo 1

Jack Feilows estaba bueno, muy bueno, demasiado bueno.

Y total y completamente fuera del alcance de Callie Jameson. Ni siquiera estaban en el mismo planeta.

Callie suspiró mientras le ponía otro café a uno de sus clientes habituales con su famosa sonrisa Jameson. La cafetería era su sustento y su alma. Le encantaba ese lugar; empezó sin nada y ahora poseía un negocio, decente aunque modesto, que iba bien. Y en eso era en lo que tenía que concentrarse.

No en fantasear sobre sexo con un tipo al que veía una vez al día de lunes a viernes. Le servía el café, intercambiaban un par de frases y punto.

En el mundo de los negocios, él era un ejecutivo y ella el servicio. Y nunca iban a coincidir. Sobre todo en el dormitorio.

—Muy buenos días —saludó Jack, acercándose a la barra.

Gracias a Dios, ella tenía una piel lo bastante oscura para disimular el rubor. La verdad, ¿cuántos años tenía? Debería haber superado hacía tiempo la etapa de ruborizarse.

—Buenos días, Jack. ¿Lo de siempre?

Él arqueó una ceja oscura y estudió el menú.

—Creo que hoy me apetece algo distinto.

¿Qué tal la propietaria de una cafetería, simpática, viuda, de menos de treinta y cinco años, que lleva demasiado tiempo sin sexo y está sumamente necesitada? ¡Dios, era patética! Como si al ejecutivo de Mr. White Bread se le fuera a pasar esa idea por la cabeza alguna vez.

—Tómate tu tiempo. Me parece que eres el último de mi ajetreada mañana.

Él se dio media vuelta para mirar a su espalda y luego volvió a centrar su atención en ella.

—Creo que hoy he venido más tarde. He tenido una noche muy larga en la oficina, terminando algunos asuntos.

Igual que ella. Acabando con el inventario. Se puso a limpiar las mesas mientras esperaba. Podría haberse ido y dejar que alguna de las otras chicas esperaran a Jack, pero demonios, una mujer tenía que tener alguna emoción que la sacara de la rutina diaria, ¿no?

—¿Qué tal, si hoy me tomo un blanco y negro?

Ella no pudo contenerse. Lanzó un resoplido. Hablando del rey de Roma.

—Claro. Enseguida. —Blanco y negro. ¡Santo Dios!

—¿Te parece que he hecho una mala elección? —preguntó él.

Ella apoyó los brazos en la alta barra.

—Creo que has elegido muy bien, Jack.

Jack pagó, Callie le entregó el cambio y se dirigió al otro extremo de la barra para ponerle el café.

—Hoy va a hacer calor —comentó él.

Demonios, ella ya lo tenía, aunque eso tuviera más que ver con el metro ochenta de estatura, el bronceado y el torso cincelado del hombre que tenía delante. Daría lo que fuera por verlo sin su impecable traje. Apostaría cualquier cosa a que estaría igual de bien. Unos vaqueros

ajustados y una camiseta sin mangas para exhibir los anchos hombros y los abultados bíceps. La boca se le hizo agua y le palpitó el sexo. Era una pena que no pudiera masturbarse en el trabajo. Pero esa noche, en casa, Jack sería el hombre de sus fantasías. Como lo era casi siempre. ¡Si supiera la frecuencia con la que ella se corría pensando en acostarse con él, en encaramarse a su miembro y cabalgarlo hasta que ambos se corrieran!

—Sí, hoy iba a hacer calor, desde luego.

—He oído que va a llegar una oleada de mucho calor. Me parece que hoy iré a nadar a la piscina del club de campo —contestó ella con un guiño.

—Me estás tomando el pelo.

—Muy agudo, Jack.

—Cuando quieras ir a bañarte a la piscina del club, sólo tienes que llamarme. Estaré encantado de llevarte.

Entonces la sorprendió al sacarse una tarjeta de visita y una pluma, escribir al dorso un número de teléfono, entregándosela desde el otro lado del mostrador.

—Me encantaría bañarme contigo algún día, Callie. Allí o en cualquier otro sitio en realidad. ¿Por qué no me llamas en caso de que estés interesada y planeamos algo?

Ella se quedó sin habla; levantó la vista de la tarjeta y volvió a mirarlo.

—Que pases un buen día, Callie. —Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, saludando con la cabeza a Blair, que acababa de entrar en ese momento.

Blair se giró en redondo antes de encaminarse a la barra, luego se fijó en la expresión de Callie y arqueó una ceja.

—Ya puedes cerrar la boca, Callie.

Callie parpadeó, dejó de mirar la tarjeta que Jack le había dejado y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué haces tú aquí?

Blair miró a Callie, moviendo las pestañas.

—Yo también me alegro de verte.

—Lo siento. No quería decirlo así.

—Estoy aquí porque tengo una reunión con un cliente y necesito un café, querida. ¿Qué otro motivo podría haber? Pero ahora que he venido, me pregunto quién era ese magnífico pedazo de hombre sobre dos piernas.

—Jack Fellows. —Callie se quedó mirando la puerta.

—¿Quién es? ¿Hasta qué punto lo conoces y cómo es que nunca nos has hablado ni a Abby ni a mí de él?

—Trabaja cerca de aquí —contestó Callie, intentando librarse del efecto hipnótico de Jack—. Viene todas las mañanas a tomar café. Sólo lo conozco como cliente, y por eso no os he dicho nada sobre él a Abby ni a ti. No hay nada que contar.

—Vaya, vaya. —Blair dio unos golpecitos en la barra con las uñas y frunció los labios.

—Ni se te ocurra pensarlo. Entre Jack y yo no va a pasar nada.

—Tenía una gran sonrisa al salir de aquí.

Callie se encogió de hombros y salió de detrás de la barra con dos tazas de café, le entregó una a Blair y le indicó una mesa junto a la ventana, en la parte delantera de la tienda.

—Siempre sonrío.

—No de esa manera. Era una sonrisa de *tengo una cita con una mujer caliente*.

—No lo era. —Pensó en la tarjeta que tenía en el bolsillo y en la propuesta de Jack para llevarla al club de campo. ¿Lo había dicho en serio? ¿El club? ¿Él y ella? Tenía que haber un error. Repasó mentalmente la conversación, convencida de que lo había entendido mal.

—Entonces, ¿la tiene?

Callie frunció el ceño.

—¿Si tiene qué?

—Una cita con una mujer caliente.

—No lo sé. Puede. Pero no es conmigo.

—¡Mierda! ¿Y por qué no?

Callie se rió al ver la desilusión de Blair.

—Porque no soy su tipo ni él el mío.

—¡Y un cuerno! Estabas babeando encima del mostrador, Cal. Sé reconocer la lujuria en la cara de una mujer, y tú la sientes por Jack Fellows.

—No. Es un cliente. Es atractivo. ¿Tengo derecho a admirar a un hombre guapo, no?

Blair la estudió.

—Claro que lo tienes, cariño. —Echó una rápida ojeada al reloj y se bebió el café con la misma rapidez—. Y tienes mucha suerte de que yo tenga una cita. ¿Sigue en pie la reunión de mañana para comer?

—Por supuesto. Quiero conocer todos los detalles de lo tuyo con Rand.

Blair se levantó, cogió el bolso y se inclinó para besar a Callie en la mejilla.

—Y los conocerás. Tengo que contaros un montón de cosas a Abby y a ti. Hasta luego.

Noticias de Blair sobre Rand, ¿eh? Callie se terminó el café y volvió al trabajo con la mente puesta en Blair y Rand, e intentando no pensar en Jack y en la tarjeta que llevaba en el bolsillo. Hasta que cerró la cafetería y empezó a desvestirse no volvió a acordarse de la tarjeta.

La sacó del bolsillo y leyó el membrete. Abogado de uno de los mejores despachos de Silverwood. Impresionante. Ahora ya estaba segura de que eran como el agua y el aceite. Él significaba mucho dinero y clubes sociales. Ella era de clase media, estaba hipotecada hasta las cejas, e intentaba mantener a flote su negocio.

De no ser por el seguro de vida de Bobby, su marido fallecido, ni siquiera tendría la tienda. Sonrió al pensar en Bobby. Los años habían suavizado el dolor de su pérdida, dejando sólo unos agridulces recuerdos. Mientras se preparaba un sandwich y se lo comía, recordó los buenos tiempos y los planes que habían hecho para el futuro.

Planes que quedaron interrumpidos cuando a Bobby le diagnosticaron el cáncer. Planes que se evaporaron cuando el cáncer se extendió y se lo llevó tan condenadamente rápido. Un día los golpeó la noticia del diagnóstico y seis meses después, él había muerto.

Muy rápido. Muy pronto. Demasiado pronto.

¡Dios! Los primeros meses ella no deseaba vivir sin él, no creyó poder sobrevivir sin el amor de su vida. Llevaban juntos desde el instituto, estaban destinados a un matrimonio de los de para siempre. Todo el mundo lo sabía. Bobby y ella lo supieron desde el primer día. Fue el amor más dulce del mundo. Fueron amigos desde que se conocieron hasta el momento en que él murió.

E incluso ahora, le daba la sensación de que su luz todavía la iluminaba, indicándole el camino.

En sus últimas semanas le dijo que deseaba que continuara con su vida, que no languidciera por él para siempre. Que encontrara otro hombre que la hiciera feliz. En esa época ella no quiso escuchar tales tonterías. Bobby era su amor, su amigo del alma, su mejor amigo. Siempre que él estaba cerca, había calor. Puede que no hubiera pasión, pero sí satisfacción. Y aquello era suficiente para ella. No podía imaginarse que otro hombre la llenara de la misma forma en que lo había hecho su marido.

Y ya habían pasado cinco años. Cinco largos años sin camaradería, sin un hombre en su vida.

Sin sexo.

Echaba de menos el sexo y las caricias de después. La masturbación la llevaba al orgasmo, pero no era lo mismo. Necesitaba un pene. Un pene cálido y animado, unido a un hombre real. Notó un tirón en el sexo al imaginar lo que sería tener a un hombre moviéndose encima de ella, entrando y saliendo de su vagina y los labios de él reclamando los suyos e introduciéndole la

lengua en la boca. Sintió una oleada de calor y se levantó a abrir la ventana delantera para tener un poco de aire.

El aire era caliente, apenas una brisa. Salió al porche y se sentó en una silla. Aquella noche no había luna, ni tampoco actividad en el vecindario.

El cuerpo le palpitaba de necesidad, y cerró los ojos, deseando que Jack apareciera en su porche, la cogiera, plantara la boca sobre la suya y le echara un polvo allí mismo. Un hormigueo de excitación le puso la piel de gallina y se instaló entre sus piernas, humedeciéndole el sexo.

No debería. De verdad, no debería, pero la emoción de lo prohibido siempre fue su perdición. Se levantó, entró corriendo a apagar la luz del salón para que el poche quedara a oscuras, y volvió a sentarse. Después de trabajar se había puesto un viejo vestido veraniego. La calle estaba desierta. Era tarde y fuera no había nadie más. Podía hacerlo rápido y nadie la vería. Puede que nadie la viera a ella, pero, ¿y qué si lo hacían? La idea le produjo un placentero hormigueo en el clítoris.

Separó las piernas y se llevó las manos a los muslos, dejándolas descansar allí unos segundos, mientras pensaba. Expectante y excitada por saber que lo iba a hacer, pero todavía no. Acarició con las yemas de los dedos el bajo del vestido y empezó a subírselo hasta las caderas, centímetro a centímetro. Aunque fuera hacía calor, la sensación del aire en su cuerpo acalorado era fresca, provocando su excitación. El sudor se acumuló entre sus pechos, se le separaron los labios y su respiración se volvió trabajosa al darse cuenta de que alguien podía sorprenderla.

Cualquiera podía pasar por allí y verla. A lo mejor un vecino se asomaba a la ventana y la veía fugazmente levantarse el vestido.

¡Qué estimulante!

Las bragas no tardaron en asomar. Pero quería más. Levantó las caderas y se las quitó, dejando al descubierto su sexo. Estaba jadeando y el sexo le palpitaba. Sabía que en cuanto lo tocara, se correría. Sin embargo esperó. Esta era la parte atrevida, lasciva, prohibida y obscena de ella, que ni siquiera Bobby conocía.

Deslizó una mano por el vientre, aferrando la falda con el puño, antes de obligarse a sí misma a relajarse. Tenía el corazón desbocado, no sabía si de excitación o por la posibilidad de que alguien la sorprendiera in fraganti. Ya había pasado el momento de que le importara. Que se acercaran al porche, que se pusieran en fila y que miraran. Quería tener espectadores.

—Mirad como me acaricio —susurró, dirigiéndose a la oscuridad—. Mirad cómo me corro.

Se puso una mano entre las piernas, buscando los húmedos rizos y disfrutando de la sedosa suavidad de su vello púbico. Se entretuvo con los rizos antes de ir más lejos, sabiendo que se había contenido todo lo que podía. Elevó las caderas y se metió dos dedos en la vagina humedecida, conteniendo el gemido que estuvo a punto de escapar de sus labios cuando la palma de su mano chocó contra el clítoris, arqueándose contra las exquisitas sensaciones que sabía que la iban a llevar al límite con excesiva rapidez.

—Fóllame —le susurró a su amante imaginario—. Fóllame fuerte y rápido.

Se masturbó con los dedos, allí fuera, en la oscuridad, donde cualquiera podría verla. La calle estaba tan silenciosa que podía escuchar el sonido que producían sus dedos entrando y saliendo de su coño mojado, su respiración áspera y los gemidos que no era capaz de contener mientras se atormentaba implacablemente. La palma de la mano se movía hacia delante y hacia atrás sobre el clítoris inflamado, obligándola a alzar las caderas para salir al encuentro de su propia mano.

—Me voy a correr —murmuró, abriendo mucho los ojos cuando las contracciones se apoderaron de ella. Apretó los dientes para contener los gritos, mientras una oleada tras otra de insoportable placer se estrellaba contra ella. Se sujetó al brazo de la silla y se estremeció con violencia, enterrando los dedos en la vagina, hasta que la tormenta se apaciguó.

Cuando hubo acabado, se sacó los dedos, se subió las bragas y se tapó los muslos con la falda, mirando hacia la calle y sacudiendo la cabeza.

Se quedó en la silla y recobró el aliento, con la sensación de que acababa de despertar de una especie de extraño sueño. Era como si hubiera perdido el contacto con la realidad. ¿Y si hubiera aparecido alguien? ¿Hubiera sido capaz de detenerse, o se habría quedado allí sentada, con los dedos dentro de su coño y acariciándose el clítoris hasta el orgasmo?

Se quitó de encima esas ideas, se levantó, entró en la casa, cerró la puerta y corrió las cortinas, con la esperanza de que nadie la hubiera visto.

—De verdad, Callie, ¿qué pasa contigo?

Era una perversa.



Jack cerró su maletín, apagó la luz del escritorio del despacho de su casa, y luego se frotó los ojos cansados. Había sido un día muy largo. Echó una ojeada al reloj y puso los ojos en blanco.

Eran más de las once. Había salido del trabajo a las ocho de la tarde y se había ido directamente a casa después de una corta parada para comer, luego se sentó ante el escritorio y continuó trabajando. Necesitaba unos días de vacaciones. O mejor, una o dos semanas. Se suponía que convertirse en socio iba a ser menos agotador, pero el trabajo continuaba acumulándose sin parar. ¿No eran los novatos los que supuestamente tenían que soportar aquellas largas jornadas? Se desazonó y se retrepó en la silla, volviéndose a mirar hacia la piscina del club, al otro lado de la calle.

Tuvo suerte cuando consiguió aquella casa; estaba situada sobre el campo de golf, justo al lado del local del club y de la piscina. Sonrió al mirar a ésta última, recordando la invitación que le había hecho a Callie aquella mañana. Pareció tan sorprendida que sus cálidos ojos ambarinos se ensancharon de asombro. ¿Pero por qué? Seguro que a una mujer tan hermosa como ella le llovían las invitaciones. Probablemente él sólo fuera uno más del puñado de hombres que ligaban con ella.

Bien, tal vez él no estuviera ligando, pero desde luego le gustaba parar a tomarse un café cada mañana y verla. Su voz suave como la miel y su sonrisa de bienvenida, proporcionaban paz a su agitada vida. Y también ayudaba el que estuviera buenísima. Hermosa como una modelo, de piel color caramelo, pelo negro y rizado, y aquellos ojos únicos y fascinantes. La mayoría de los días deseaba poder entretenerse, pedirle que saliera de detrás de la barra y que se sentara a su lado, sólo para llegar a conocerla mejor. Sin embargo, él siempre iba con prisa, aunque esos pocos minutos que pasaba hablando con ella eran los mejores del día.

Sabía que estaban coqueteando, lo notaba en su forma de mirarlo cuando ella creía que él no la veía. Un hombre no podía dejar de notar cuando una mujer hermosa lo estaba mirando. Si no hubiera estado tan condenadamente ocupado estos últimos meses, ya le habría pedido una cita. Ella incluso salía de detrás del mostrador algunas veces, cuando él se permitía sentarse en una de las mesas para revisar documentos, antes de ir a la oficina. Limpiaba las mesas y recogía algunas cosas, dándole la oportunidad de mirarla.

Lo excitaba con las curvas de su cuerpo y su redondeado trasero. Incluso con el suelto uniforme de la cafetería, podía asegurar que ella tenía un cuerpo en el que estaba deseando poner las manos. Un cuerpo de verdad, no el cuerpo demacrado y fantasmal de las mujeres que frecuentaban los círculos sociales en los que él se movía normalmente. Callie era toda una mujer, y él la deseaba como fuera. Lo único que tenía que hacer era dar el primer paso e invitarla a salir, como había hecho hoy al sacar a relucir la invitación para la piscina.

En realidad no le había pedido una cita aún; le había entregado una tarjeta de visita con su teléfono apuntado en ella, como si esperara que fuera ella quien hiciera la llamada.

—Imbécil —murmuró para sí—. Deberías haberle pedido el teléfono. Menudo caballero estás hecho.

La deseaba. Quería verla fuera de la cafetería. Después de quince horas diarias de trabajo, necesitaba tener una vida. Era hora de pasarles a sus socios algunos de sus proyectos y de ocuparse de su vida social.

Era hora de ir a por Callie.

Capítulo 2

—¡Comprometida! ¡Oh, Dios, Blair! —Callie saltó del sofá y abrazó a su amiga.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Abby, haciendo lo mismo.

Ambas envolvieron a Blair en un gran abrazo.

—Es cierto —dijo Blair, parpadeando para alejar las lágrimas, y sonriendo—. A mí misma me cuesta creerlo, pero Rand y yo nos vamos a casar.

Después de celebrarlo con unos gritos, volvieron a sentarse en el salón de la casa de Callie, y Blair les contó todos los detalles de lo sucedido entre Rand y ella. Cuando terminó, Callie tenía lágrimas en los ojos.

—Ese hombre te ama de verdad, Blair. Creo que siempre lo ha hecho.

Blair sonrió de oreja a oreja.

—Así es. ¡Dios, es tan increíble poder decir eso de alguien! Por primera vez en mi vida estoy enamorada.

—Te ha costado mucho tiempo —dijo Abby.

—Sí, sí, lo sé. Soy un poco cabezota.

Callie se rió.

—¿Sólo un poco?

—De acuerdo, mucho. Pero todo eso ya es pasado. Rand y yo estamos yendo muy deprisa y vamos a compensar todos estos años perdidos.

Callie cogió la mano de Blair y la oprimió.

—Me alegro. Te lo mereces.

—Gracias. Ahora tú. Ése es el tema de la comida de hoy.

Callie tragó saliva.

—Eh, ah... Me toca a mí, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —dijo Abby con una ancha sonrisa.

—De acuerdo, chicas, ¿qué me tenéis preparado? —Callie se recostó en el asiento, sin saber si estaba impaciente o aterrorizada. Como no había tenido ninguna cita desde la muerte de Bobby, no tenía de idea de a quién habrían elegido Blair y Abby para ella. Puede que no hubieran sido capaces de encontrarle ningún hombre, con lo cual se libraría de llevar a cabo su parte de la apuesta.

Sí, vale. ¡Cómo si sus dos amigas fueran a permitir que eso pasara! No había forma de librarse de su fin de semana de sexo. Estaba segura de que iban a encontrar a alguien para ella.

—Blair ha tenido una gran idea —anunció Abby, llevándose las rodillas al pecho, y con una gran sonrisa.

—¡Ah! ¿Y va a gustarme?

—Probablemente no —contestó Blair, examinando una de sus uñas perfectamente arregladas—. Pero vas a hacerlo de todas formas.

Callie suspiró.

—De acuerdo, soltadlo. ¿De quién se trata?

—Jack Fellows.

A Callie se le heló la sangre.

—No.

Los labios de Blair se curvaron en una maliciosa sonrisa.

—¡Oh, sí!

—Ni siquiera lo conozco.

—Por supuesto que lo conoces. Blair dice que es un asiduo de tu cafetería.

—Para tomar café, no para verme a mí. —Callie se sujetó a los brazos del asiento—. La verdad es que no sé mucho de él.

—Bueno, pues yo sí —intervino Blair—. Me he tomado la libertad de investigar un poco. Trabaja en Walter & Little, uno de los despachos de abogados más importantes de Silverwood. Es socio y está a punto de convertirse en socio principal. Es un verdadero emprendedor y todavía no ha perdido ni un solo caso. El año pasado se compró una casa en Silverwood Lakes, es miembro del club y de la junta directiva.

—¿Sabes de qué color es la ropa interior que lleva? ¿Son bóxers o calzoncillos? —preguntó Callie—. ¡Por Dios, Blair! ¿Hay algo que no sepas sobre él?

—No estoy segura en cuanto a la ropa interior, pero con un poco de tiempo y de disimulo, creo que podría averiguarlo. —Blair sonrió de oreja a oreja.

—Ya conoces a Blair —dijo Abby, poniendo los ojos en blanco en dirección a Callie—. Sabe cómo obtener información.

—¡Ya te digo! —Callie no tenía más remedio que admitir que estaba impresionada por lo que Blair había conseguido averiguar sobre Jack. Y también un poco avergonzada de que Blair hubiera estado investigando. Le parecía una violación de la intimidad.

—Todo esto es del dominio público, lo digo por si estás preocupada —dijo Blair—. Sale mucho en la sección de sociedad de los periódicos.

—¡Ah! —Eso al menos hacía que se sintiera un poco mejor respecto de lo que había descubierto.

—Bueno, en cuanto a este fin de semana, el club patrocina una cena y un baile en beneficio del nuevo hospital. Como Jack es miembro del Consejo, estará allí. Y tú también.

—¿Yo? Yo no voy al club social.

—Este fin de semana sí. Seth nos ha conseguido invitaciones a todas —dijo Abby.

Callie contempló a Abby y a Blair sin saber que decir. ¿Jack? ¿Cómo se suponía que iba a tirarse a Jack? ¿Cómo iba a sacar el tema? Lo único que hacían era intercambiar algunas bromas en la cafetería, y nada más.

Entonces se acordó de la tarjeta de visita y de la invitación. Puede que aquello demostrara un cierto interés por parte de él. La verdad era que parecía coquetear bastante con ella, pero creía que se trataba sólo de amabilidad. Jack era rico, tenía éxito y era un hombre de peso en la comunidad. ¿Por qué iba a fijarse en ella?

—¿Y bien? —preguntó Blair.

Callie se encogió de hombros. *¿Por qué no?*

—Iré y ya veremos qué pasa. No creo que me dedique mucho tiempo, sobre todo en el club y con un acontecimiento como ése. Las mujeres de alta sociedad van a caer sobre él en tropel.

Abby se rió.

—Esas putas esmirriadas no tienen nada que hacer contigo, cariño. Con ese cuerpo y ese aspecto exótico y sensual, vas a destacar entre ellas como Cenicienta en el baile. Una vez que Jack te vea, el resto de las mujeres dejará de existir para él.

—Abby tiene razón —dijo Blair—. Sobre todo después de que te hayamos llevado a comprar un vestido y unos zapatos nuevos, te arreglemos el pelo y estés maquillada. ¡Oh, la la! Se le va a poner dura y apuntando en tu dirección.

Callie se rió ante la imagen sin poder evitarlo.

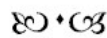
—Ya veremos chicas, ya veremos.

Sin embargo le gustaba la idea de parecerle atractiva a Jack, pensar que era capaz de atraer su atención fuera de la cafetería. Puede que él ni siquiera la reconociera, sin el uniforme y el delantal. Sonrió al pensar en la sucia y polvorienta Cenicienta, transformándose para acudir al baile.

¡Oh, seguro, como si fuera a suceder algo así! Podía ponerse un vestido y un buen peinado, pero seguiría siendo la Callie de siempre. Y si él no mordía el anzuelo no sería por culpa de ella, ¿verdad? No iba a estar peor de lo que estaba ahora, viviendo sola en su casa y disfrutando de sus fantasías.

Quien no se arriesga no gana.

Al menos tenían planeada una noche de diversión para el sábado. Era mejor que quedarse en casa y ver la televisión.



Pasar la noche del sábado en un baile de beneficencia no era exactamente la idea que tenía Jack de pasárselo bien. Sin embargo, era por una buena causa, y estaba obligado a asistir. Aunque odiaba el esmoquin; estaría mucho más a gusto con unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, o mejor todavía, descansando en la piscina exterior y disfrutando de un baño, en vez de atrapado en un salón de baile con aire acondicionado y otras trescientas personas.

Por una buena causa, ¿recuerdas? Dinero. Subasta. Recaudar fondos. Por eso estaba allí. Sólo se trataba de una noche y además, al menos había un bar abierto. Que era donde se dirigió en ese momento, en busca de una botella fría de cerveza. Le sonrió al camarero, metió una propina en el bote, y se bebió un largo trago antes de darse la vuelta y examinar el salón abarrotado.

Y dio un respingo cuando dos mujeres, vestidas de punta en blanco, se abrieron paso hasta él con unas sonrisas perfectas en la cara.

Kimberly Blaise y Virginia Marquette. Cazafortunas. Una era morena y la otra rubia, aunque él dudaba de que ése fuera el verdadero color de su pelo. Igual que cualquier otra cosa de sus cuerpos. Llevaban queriendo meterse en sus pantalones, o mejor dicho, en su cartera, desde que se convirtió en socio de la firma. Ellas y varias mujeres solteras más del club. Hacerte socio del club debía estar acompañado de una lista de solteros y sus declaraciones financieras. Esbozó una sonrisa de cortesía.

—Buenas noches, señoras.

—Jack —ronroneó Kimberly—. Estás para comerte.

¿Demasiado evidente?

—Estás preciosa esta noche, Kim. Y tú también, Ginny.

—Gracias, querido —dijo Virginia, colocándole la mano en el pecho—. Nos reservarás unos bailes, ¿verdad?

No si podía evitarlo.

—Desde luego.

—¿Ya estáis vosotras dos monopolizando a Jack?

Charlotte Daniels. Genial. Al parecer acababa de meterse en una colmena. ¡Que Dios se apiadara de él! Por suerte estaban tan ocupadas marcando su terreno que no se dieron cuenta de que no les estaba prestando atención a ninguna de ellas. Lo cual significaba que podía dedicarse a observar a la muchedumbre y pensar en su siguiente caso, en deportes, o en lo que fuera.

Sus ojos cayeron en un grupo que acababa de entrar por la puerta. Se sorprendió al reconocer a la hermosa mujer de pelo oscuro y piel dorada ataviada con un vestido color bronce, sin tirantes, que iba perfectamente con el color de su piel.

Había algo familiar en ella, pero no sabía lo que era. Hasta que ella y el grupo con el que iba quedaron bajo las luces.

Y ella sonrió.

¡Joder! Era Callie. El pelo le caía sobre los hombros en un montón de rizos, y su sonrisa iluminaba toda la habitación. Miraba a su alrededor como si estuviera buscando a alguien. Iba con otras dos mujeres que venían con sus parejas, pero ella parecía no tener acompañante. Puede que hubiera quedado allí con él. Maldita fuera su suerte.

—¿Jack? ¿Jack, me estás escuchando?

Al oír el agudo tono de voz de Charlotte, devolvió la atención al grupo de mujeres que lo rodeaban. ¿Escucharlas? Diablos, no, no las había estado escuchando. Se había quedado fascinado desde el momento en que Cenicienta apareció en el baile.

—Por favor, chicas, perdonadme. Tengo que ocuparme de un asunto.

Con cita o sin ella, al menos podía ser educado y decirle hola.

—¡Jack! ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Jack. Ni siquiera me has mirado.

¡Cristo! Otras dos cazafortunas de Silverwood. ¿Tenía puesto un localizador o qué? Paseó la mirada por encima de sus muy bien peinadas cabezas, para ver si divisaba a Callie, pero ya no estaba a la vista.

¡Maldición!



Callie estiró el cuello para mirar alrededor, sabiendo que no debería estar buscando a Jack, pero incapaz de evitarlo. Por lo menos no estaba sola, sus amigas no la habían abandonado nada más cruzar la puerta para que se las arreglara por sí misma. Ellas también estaban allí, acompañadas por sus hombres. Abby había traído a Seth Jacobs y Blair a Rand McKay.

Era extraño ver a sus dos mejores amigas emparejadas y felices junto a los hombres a los que amaban. Era estupendo verlas a ambas tan asentadas, pero seguía resultando extraño.

Y ella estaba sola. No es que eso la molestara; estaba acostumbrada. Bueno, puede que sintiera una punzada de celos pero la sensación desapareció con la misma rapidez que se produjo. Sobre todo después de que Blair y Abby se empeñaran en llevarla de compras y la ayudaran a elegir aquel increíble vestido que no podía permitirse de ninguna manera; Blair insistió en pagarlo y Abby en convertir su peinado en un montón de rizos sueltos, por más que Callie protestara, negándose a llevar suelto ese detestable pelo ensortijado.

Cuando ambas terminaron con ella, tuvo que admitir que estaba espectacular. El color bronce del vestido casaba perfectamente con el tono de su piel y hacía que le brillaran los ojos.

Sí, de acuerdo, esa noche iba muy sexy, pero al lado de todas esas mujeres, vestidas con ropa de diseño, con sus cuerpos perfectos, su pelo perfecto y su perfecto comportamiento social, se sentía bastante menos que, en fin, perfecta.

Ella era educada y poseía su propio negocio, era un miembro respetado de la comunidad. Tenía una casa en un buen vecindario, pagaba sus impuestos y llevaba una vida corriente. Bueno, tenía unas perversiones secretas, pero nadie las conocía. Aparte de eso, era una persona normal. Del montón.

Los que estaban allí eran todos ricos, de la alta sociedad, y no se movían en los mismos círculos que ella. Eran la aristocracia de Silverwood y ella era... del montón.

Otra vez esa expresión. Nada que la hiciera sobresalir por encima del resto de las mujeres.

Descubrió a un grupo de ellas rodeando a un hombre en el centro de la pista de baile.

Se le desbocó el corazón al descubrir de qué hombre se trataba.

Jack. Estaba guapísimo con el esmoquin, como si hubiera nacido para vestirse con elegancia. Si cuando iba peor vestido le parecía que estaba para comérselo, ahora todavía más.

Y rodeado por algunas de las mujeres más hermosas que había visto nunca. Bien dotadas, con vestidos de diseñador y perfectamente maquilladas, esas mujeres podían salir de una limusina, recorrer la alfombra roja de cualquier ceremonia de entrega de premios, y actuar como si pertenecieran a ese mundo.

Mierda.

Aquella noche no tenía ni la más mínima posibilidad de acercarse a Jack. Puede que tuviera mejor aspecto que nunca, pero ¿iba a darse cuenta Jack? ¿Conseguiría ella siquiera hablar con él?

—Este lugar está atestado —le susurró a Blair por encima del hombro, cuando llegaron a su mesa y tomaron asiento.

Blair asintió y se volvió hacia ella.

—Sigues siendo la mujer más hermosa del lugar.

Callie resopló.

—¡Por favor! Estás tú con ese vestido rojo y esos zapatos que yo no me atrevería a llevar. Y Abby con el suyo negro, corto y ajustado. Chica, entre las dos me dejáis en ridículo.

—Cariño, yo sería capaz de matar por tener tu piel —intervino Abby, a su lado—. Con ese color miel. Tan perfecta. Si yo no fuera heterosexual no me separaría de ti.

Callie echó la cabeza hacia atrás y se rió.

Seth se inclinó por encima de Abby y dijo:

—Si estáis pensando en un espectáculo chica con chica, estoy seguro de que a Rand y a mí nos encantaría presenciarlo.

—¡Seth! —exclamó Abby, fingiendo sorpresa, aunque también se reía.

Rand asomó desde el otro lado, por encima de Blair.

—No tardaré ni media hora en comprar una cámara de vídeo.

—Idiota —dijo Blair, sacudiendo la cabeza, aunque sonriendo—. Los hombres son unos cerdos.

—Por eso nos amáis —dijo Rand besándole el cuello.

Blair soltó una risita.

Callie era condenadamente feliz por sus dos amigas. Algún día ella también encontraría esa clase de felicidad. Tal vez.

—Bueno, ¿y dónde está ese tío bueno con el que se supone que vas a reunirte esta noche? —preguntó Rand—. Espero que tengas tanta suerte con tu apuesta como Blair la tuvo con la suya.

Callie jadeó.

—¿Se lo has contado?

Blair se encogió de hombros.

—Pues claro. Abby también se lo ha contado a Seth.

—Me siento utilizado —dijo Rand, arrastrando las palabras—. Espero que vuelva a utilizarme así otra vez.

—Y yo también —dijo Seth—. No hay nada mejor que el que una mujer maravillosa te utilice como objeto sexual. Deberíais escribir un libro sobre eso. Estoy seguro de que necesitaríais más investigación.

Callie sacudió la cabeza.

—De verdad...

—Bueno, ése es un tema interesante.

¡Oh, Dios! ¡Jack! Callie cerró los ojos con fuerza, sin saber si quería darse la vuelta o no. Pero lo hizo. Se levantó, se volvió y se le detuvo el corazón al ver a Jack, guapísimo con su esmoquin blanco y negro. El contraste del bronceado de su piel con el cuello blanco de la camisa, hizo que la boca se le hiciera agua.

—¡Jack! Qué sorpresa verte aquí.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo él, cogiéndole ambas manos entre las suyas—. Me pareció verte desde el otro extremo del salón y quise venir a saludarte.

—Me alegro de que lo hicieras. Por favor, deja que te presente a mis amigos.

Hizo las presentaciones y luego invitó a Jack a sentarse con ellos, segura de que se disculparía para volver con la colección de bellezas que en ese momento la estaban fulminando con la mirada.

Para gran sorpresa suya, él cogió la silla que Blair había dejado libre para sentarse.

—Me encantaría unirme a vosotros —dijo, poniendo su cerveza encima de la mesa cubierta con un mantel blanco.

—¿Estás seguro? Me parece que hay un montón de mujeres que se van a enfadar si lo haces.

Jack miró por encima de su hombro.

—¡Ah, ésas! Lo único que les interesa es casarse con mi cartera. Todas las cazafortunas solteras de Silverwood han salido esta noche en busca de un hombre soltero aceptable.

Callie sonrió.

—Bueno, tú eres uno, ¿verdad?

—Sí, pero yo no estoy interesado en ellas. Estás guapísima.

¿Cómo era posible que no estuviera interesado en ellas? Sin embargo, se le iluminó la cara con el piropo.

—Gracias. Voy mucho más arreglada que en la cafetería.

—No sé. Allí también estás hermosa.

Vaya, se le daba bien hacer halagos. Llevaba mucho tiempo sin que un hombre le prestara atención. Y más un hombre tan guapo como Jack. ¿Estaba babeando? Aquello era irreal. Él estaba sentado a su mesa, llamando al camarero para que trajera una botella de champán, charlando con Rand y Seth como si fueran viejos amigos y haciendo que a Blair y a Abby se les cayeran las bragas.

Con ella ya lo había conseguido. Llevaba haciéndolo a diario durante un año y medio, aunque nunca hubieran hablado en profundidad sobre... bueno, en realidad sobre nada. No sabía prácticamente nada sobre ese hombre, aparte de que estaba bronceado, tenía los ojos azules y unos rasgos aristocráticos. Era alto, atlético, con unos hombros anchos sobre los que estaba deseando poner las manos, y estaba convencida de que, bajo aquel lujoso esmoquin, era todo músculo.

Sabía donde trabajaba y que era socio de un despacho de abogados, pero ni siquiera conocía a que rama del derecho se dedicaba.

—¿A qué campo del derecho te dedicas? —preguntó ella. Estaban solos en la mesa, porque Abby y Seth se habían ido a hablar con otras personas y Blair y Rand estaban atacando la mesa de los aperitivos.

—Al corporativo, principalmente. Nuestros clientes son algunas de las empresas más importantes de Silverwood, así como de Oklahoma, Texas, Denver y Kansas, y nos estamos expandiendo hacia Luisiana, Missouri e Illinois.

Ella levantó las cejas.

—Impresionante. De modo que estáis creciendo.

Él asintió.

—Sí, estamos abriendo sucursales en varios Estados.

—¿Existe la posibilidad de que te traslades? —Esperaba que no.

—De ninguna manera. Estoy firmemente establecido aquí.

—Me alegro. —¡Maldición! ¿Por qué había tenido que decir eso?

—Bueno, gracias por el cumplido, cariño. Yo también echaría de menos no verte cada mañana.

—Lo único que echarías de menos es el café.

—No voy allí por el café, Callie.

Él había dejado descansar descuidadamente el brazo en el respaldo del asiento de ella, transmitiéndole el calor de su cuerpo y calentándola de pies a cabeza.

—¿No?

—No. Voy a verte.

—¿Sí? —*Brillante conversación, Cal.*

—Sí. Creí que a estas alturas ya te habrías dado cuenta.

Bueno, pues no se lo imaginaba. No tenía ni idea. ¿En qué planeta había estado viviendo?

—¿Han sido imaginaciones mías? ¿Debería irme por donde he venido y dejarte sola?

—¡Oh, Dios, no! —exclamó ella, notando como empezaban a arderle las mejillas—. Quiero decir que me siento halagada. ¡Maldita sea Jack! Estoy muy avergonzada. No tenía ni idea.

—¿Por qué? —Levantó la mano y jugueteó con el pelo de ella, enredando los dedos en los salvajes rizos. A ella le hormigueó la piel—. ¿Tan sorprendente es que me resultes atractiva?

Humm, demonios, sí.

—No somos exactamente... iguales, ya sabes a qué me refiero.

La sonrisa de él estuvo a punto de derretirla.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no somos iguales?

—Tú eres abogado. Yo tengo una cafetería.

—¿Y? Podrías ser cliente mío.

Ella lanzó un bufido y luego se tapó la boca.

—Lo siento. Es que eso es muy gracioso.

Él puso los ojos en blanco.

—No te lo estás tomando en serio.

—No, Jack, eres tú quien no se lo toma en serio. —Se giró a medias para mirarlo de frente—. No nos movemos en los mismos círculos sociales. Tú vives en el club, y yo en la otra punta de la ciudad, en un barrio de clase media. Yo soy mestiza, tú más pálido que un fantasma blanco en medio de una tormenta de nieve en Denver. Yo estoy hipotecada hasta las cejas, entre la casa y el negocio, y tú probablemente ganes más dinero en un año del que yo ganaré en toda mi vida. Ahora dime qué es lo que tenemos en común.

—¿Te parezco atractivo, Callie?

—¿Qué?

—Contesta la pregunta. ¿Te sientes atraída por mí?

¡Qué pregunta más injusta!

—Bueno, sí.

—Bien. Porque yo estoy muy seguro de sentirme atraído por ti. Ese montón de excusas tuyas no significan nada para mí. Y ahora, vamos a bailar.

Capítulo 3

Callie miró a Jack, boquiabierta y muda de asombro. Él echó la silla hacia atrás y se puso en pie con la mano extendida. Ella la miró un instante y la aceptó, notando una descarga de electricidad entre ellos.

Ah sí. Química. Incuestionablemente cargada y primitiva, no había duda. Ambos la tenían y mucha. ¿Significaba eso que lo demás no importaba? ¿Cómo no iba a hacerlo cuando existían tantos obstáculos entre ellos?

Claro que sólo se trataba de una apuesta. Y únicamente este fin de semana. ¿Por qué demonios iban a importarle los obstáculos? No andaba buscando una relación con él. Se suponía que iba a tirárselo. Y a juzgar por la chispa que había entre ellos y su forma de mirarla, estaba prácticamente segura de que eso iba a suceder.

De modo que deja de preocuparte de todo eso y empieza a mover el culo, chica. Estaba deseando echar un buen polvo, y por Dios que sabía que Jack era el que iba a dárselo. Un fin de semana completamente loco en el que iba a poder dar rienda suelta a la mujer atrevida y de espíritu libre que llevaba dentro, y follar sin parar. ¡Hacía tanto, tanto tiempo! Lo necesitaba.

—¿En qué piensas? —preguntó él, pasándole un brazo por la espalda y acercándola más hacia su pecho.

Sí, tenía un cuerpo firme. Tal y como ella sospechaba.

—Estaba pensando que me estaba preocupando por tonterías en vez de limitarme a disfrutar de la compañía de un hombre muy apuesto —contestó ella, decidiendo dejar de lado todas sus preocupaciones y cumplir con todas las condiciones de la apuesta, y a la vez cumpliendo consigo misma de una forma muy gratificante. Le puso una mano en el hombro y la deslizó un poco por su espalda, disfrutando de la sensación de su cuerpo y deseando que la chaqueta no estuviera en medio.

Él la condujo por la pista de baile bajo los acordes de una lenta melodía. Se movía con la gracia de un hombre seguro de sí mismo.

—Bailas bastante bien.

—¿Para ser blanco? —bromeó él.

Ella se rió por lo bajo.

—No quería decir eso.

—No tenías que hacerlo. Sé lo que estabas pensando.

Si lo supiera no estarían bailando. Pensaba en qué aspecto tendría sin el traje y desnudo, excitado y yendo a por ella. Estaba preparada para abrirse de piernas. Tenía el sexo húmedo y le cosquilleaban los pezones, y se alegró de que el estilo del vestido le permitiera excitarse sin que él lo notara.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Ella estuvo a punto de atragantarse. Sí, tenía hambre.

—No mucha, ¿y tú?

—No. Pero este sitio está demasiado cargado. ¿Qué tal un poco de aire fresco?

—Me encantaría alejarme de toda esta gente.

—Muy bien. Vámonos fuera a dar un paseo. Te enseñaré los jardines. —Le ofreció el brazo y la condujo a través de la pista de baile.

Se toparon con un muro de mujeres guapísimas, cruzadas de brazos y cuyos pechos casi se desbordaban por los escotes de sus magníficos vestidos de diseño. Todas ellas parecían estar muy cabreadas.

—Jack, estábamos esperándote —dijo una morena sensual, haciendo un puchero que decía a gritos: *ven conmigo y te garantido una felación*.

—Sí, Jack, nos dejaste muy bruscamente —añadió una rubia, moviendo unas pestañas que tenían que ser falsas, ya que nadie tenía unas pestañas tan largas y espesas. Claro que, a juzgar por el aspecto de sus tetas, de su nariz y de su barbilla, era muy probable que lo fueran. ¿Es que las mujeres ya no llevaban nada suyo?

—Lo siento, chicas, pero ha llegado mi cita y no podía alejarme de ella.

¿Su cita? ¿Ella era su cita? ¿Desde cuándo?

Jack sonrió y se abrió paso entre la línea de batalla de aspecto atemorizante. Callie se tragó el nudo que tenía en la garganta, contenta de que él estuviera allí para ocuparse del obstáculo.

A pesar del calor que hacía en el exterior, Callie respiró hondo cuando Jack empujó las puertas que daban a los jardines. Nunca se había sentido más aliviada por escapar de una fiesta, ya que, entre su propio nerviosismo y la brigada de bellezas, tenía la sensación de que se estaba asfixiando.

—¿Mejor? —preguntó él, conduciéndola entre el laberinto de altos setos.

—Mucho mejor, gracias. No me van las grandes aglomeraciones de gente.

—A mí tampoco. Odio estos eventos. La única razón por la que estoy aquí es porque formo parte de la junta y me veo obligado a estar.

Era muy fácil pasear cogida de su brazo. Creyó que sería incómodo, pero no lo era. Pasearon por los jardines hasta llegar a un banco solitario, delante de una fuente.

—Sentémonos y charlemos un rato —sugirió él, tomando asiento y haciendo que ella se sentara a su lado.

El cielo nocturno estaba despejado y una ligera brisa refrescaba el opresivo calor diurno. El lugar era perfecto, y no había nadie en los alrededores, lo que les proporcionaba un total aislamiento.

—En tu cafetería no podemos hablar nunca —dijo él, moviéndose para quedar frente a ella—. Ahora tengo la oportunidad de llegar a conocerte mejor.

Y viceversa.

—Me alegro de que dispongamos de unos minutos a solas. Estaba deseando saber más cosas sobre ti. —Qué curioso, ahora le entraba la timidez. Bueno, ¿y por qué no? ¿Cuánto hacía que no estaba a solas con un hombre? El último con el que había estado era su marido, quien también fue su primera y única cita. No es que tuviera demasiada experiencia con hombres precisamente. Fantasías en cambio, sí. Fantasías descabelladas, obscenas y desenfundadas. Pero nada que fuera real.

Él sonrió.

—Te contaré todo lo que quieres saber. Tengo treinta y cinco años, nací y crecí en Silverwood. Provengo de una familia de agricultores sin cultura, pero que siempre desearon lo mejor para mí. Fui a la universidad y a la facultad de Derecho gracias a una beca y a todos los préstamos de estudiante que pude conseguir; y llevo trabajando para el mismo despacho de abogados desde que me gradué. No tengo vida social, mejor dicho, no la he tenido durante los últimos nueve años, porque me he dedicado a abrirme camino hasta llegar a ser socio. Para mí no ha habido diversiones, sólo trabajo.

Ella se rió.

—¿Te arrepientes?

—¡Demonios, no! Eso es lo que quería. Mi profesión fue siempre lo primero.

—¿Y ahora?

—Ahora, ya he tenido éxito, me he dejado el culo para llegar hasta donde estoy, de modo que ya estoy listo para relajarme un poco.

Tenía que reconocer que estaba impresionada. Un hombre que se había hecho a sí mismo y que no se disculpaba por sus ambiciones de éxito. Ella admiraba eso.

—Enhorabuena por haber llegado a la cima.

Él se encogió de hombros.

—La cima es ser socio senior, pero me han dicho que está al caer. No es algo que me preocupe.

—Estás seguro, ¿verdad?

—Bastante —respondió él con una sonrisa—. Y ahora hableme de ti.

—Tengo treinta y tres años y una casa en el centro. Me casé con mi amor del instituto, quien murió de cáncer hace cinco años. La sonrisa de él desapareció, y le cogió la mano.

—Lo siento mucho Callie. No lo sabía.

—No pasa nada. Amé a Bobby. Era un hombre maravilloso, que quería que yo continuara viviendo y no que muriera con él. De modo que eso hice. Compré la cafetería, y empecé a abrirme camino poco a poco. Trabajo mucho, no gano millones, pero sí lo suficiente como para pagar la hipoteca de la casa y comprar comida. Es una buena vida.

—¿Y todo eso lo haces por ti misma?

—Sí.

—¿No tienes hijos?

—No, íbamos a tenerlos, pero no hubo tiempo.

—Lo siento.

Esta vez fue ella quien le apretó las manos.

—¡Eh, no pasa nada! Bobby forma parte de mi pasado. Dejemos de hablar de él. Por fin estoy intentado empezar una nueva vida, tener nuevas experiencias y aventuras.

—Me gustaría formar parte de ellas.

Ella respiró hondo.

—Y a mí también.

¡Vaya! Le había costado, pero al mismo tiempo le había resultado fácil decirlo. Tratándose de Jack le parecía estar hablando con un viejo amigo. Hablarle de Bobby había sido más fácil de lo que pensaba.

—Todo lo que nos pasa influye en nuestro futuro, en quien somos y en quien nos convertimos. Nunca lo perdemos de verdad —dijo él, levantándose y ofreciéndole la mano—. Vamos a pasear un poco más.

Dejaron atrás las fuentes y anduvieron hasta el otro extremo del laberinto de setos. A ella le gustó. La oscuridad daba un poco de miedo, pero saber que se encontraban completamente solos, resultaba erótico. Él le rodeó el hombro desnudo con el brazo y la apretó contra sí. ¡Oh, sí! Le gustaban la sensación y la calidez del cuerpo de él contra el suyo. Hacía demasiado tiempo que no tenía a un hombre a su lado, que no aspiraba el olor fresco y limpio del jabón sobre la piel de un hombre, que no sentía la presión de la mano de un hombre en la suya. Respiró para contener las lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, mientras avanzaban por el laberinto.

—Perfectamente.

—Estabas muy quieta.

—Lo siento. Sólo estaba disfrutando de la noche. —Alzó la vista hacia él—. Y de la compañía.

Él se detuvo, la hizo darse la vuelta y le enmarcó la cara con las manos.

Ella dejó de respirar, tratando de recordar la última vez que la habían besado, porque estaba completamente segura de que él iba a besarla. Años. Siglos. Demasiado para recordar cómo era tener la boca de un hombre sobre la suya.

¡Oh, Dios, iba a besarla! Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas estaban preparadas para la descarga que estaba segura de que iba a producirse.

—Callie. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto. —Se inclinó y acarició los labios de ella con los suyos, con un movimiento tan suave y dolorosamente tierno que estuvo a punto de gemir. Entonces él presionó la boca y apareció de nuevo aquella descarga eléctrica que le produjo un hormigueo en el clítoris, igual que si le estuviera dando ligeros lametazos con la lengua.

¡Dios! Esta vez sí que gimió y cerró los ojos para poder disfrutar de cada sensación. Él la atrajo a sus brazos y la abrazó, situando la boca sobre la suya y tomando el mando, introduciéndole la lengua y yendo al encuentro de la de ella.

Posesión. Eso es lo que era. Él la poseía y la reclamaba. Y ella estaba dispuesta a entregárselo todo; cualquier cosa que él quisiera era suya. Ahí mismo de hecho. Sólo de pensarlo se le humedeció la entrepierna y el clítoris le tembló de deseo. Presionó contra sus piernas y él la apretó, permitiendo que el clítoris entrara en contacto con su muslo. Ella suspiró, él gimió y ella estuvo a punto de empararle la pierna.

Entonces los apacibles y tranquilos besos de tanteo cedieron el paso a algo más primitivo y elemental, cuando empezaron a acariciarse el uno al otro, convirtiéndose en besos más fieros y apasionados. A ella le daba igual dónde estaban o quién pudiera verlos. Necesitaba sentir las manos de Jack sobre su piel, tenía que tocarlo y explorar su cuerpo. ¡Dios! Quería que ambos se desnudaran, pero allí fuera era imposible.

Ella le deslizó las manos por los hombros y los brazos, permitió que su boca le explorara la mandíbula y el cuello, aspirando su olor vivificante y almizclado. Él le puso una mano en la espalda y más abajo, le palmeó el trasero y la empujó contra su erección.

Esta se mecía contra su sexo, haciendo que su necesidad de examinarlo se intensificara. Se echó hacia atrás y lo miró a la cara, quedando muy satisfecha al ver el desnudo deseo que descubrió en sus ojos.

—Te deseo, Callie. Maldita sea, te deseo aquí mismo.

Ella nunca había oído palabras más dulces. Bobby nunca quiso hacer nada así, prefería que el sexo permaneciera en el interior del dormitorio. Ella cedió porque lo amaba, pero una parte de sí misma siempre echaba de menos que sus más bajos instintos quedaran satisfechos. Jamás le habló a Bobby de sus fantasías secretas.

Puede que ahora, por fin, fuera capaz de llevarlas a cabo. ¡Aleluya!

Hasta que oyó unos susurros y unas risas. Se quedó helada. Jack cerró los ojos un instante y luego sacudió la cabeza.

—Mierda —susurró.

Ella sonrió, le apoyó la cabeza en el pecho, e intentó recuperar el juicio. Había alguien más en los jardines, justo delante de ellos.

—Supongo que no estamos solos —dijo, echando la cabeza hacia atrás para mirar a Jack a la cara.

—No es una suposición. Maldita sea, Callie, lo siento.

Ella se rió.

—No pasa nada. —Por muy decepcionada que estuviera, era alentador pensar que a él no le importaba poseerla allí, en los jardines. Y lo hubiera hecho de no haber sido interrumpidos. El cuerpo de ella todavía vibraba de deseo y, de momento, era una sensación embriagadora. No tardaría en tener su momento con Jack.

—Necesito salir de aquí —dijo él, colocándose la entrepierna del esmoquin.

Ella sonrió con satisfacción y caminó a su lado por el laberinto, escuchando los sonidos de una pareja al otro extremo. Eran susurros, sobre todo. Y una risa profundamente sensual.

—¿Qué crees tú que están haciendo ahí? —susurró ella.

—No estoy seguro. Vamos a acercarnos y lo sabremos. —La cogió de la mano y se acercaron de puntillas al final del laberinto.

Escondido en una oscura y tranquila esquina, se encontraba un pequeño mirador blanco. El denso enramado de tres de sus lados ofrecía aislamiento a quienquiera que estuviera dentro, pero a juzgar por los sonidos que se oían, Callie tenía una idea bastante acertada de lo que estaba haciendo la pareja. Cuando Jack la empujó a la derecha de los arbustos, se le desbocó el corazón. Se dio cuenta de que desde aquella posición podían ver al hombre y a la mujer sentados en el banco del mirador.

El largo pelo rubio de ella, cuya parte superior del vestido descansaba sobre su cintura, caía sobre su espalda desnuda. No podía ver la cara del hombre, únicamente una cabeza de denso pelo negro. Con la boca apesaba uno de los pezones de la mujer y con los dedos tiraba del otro.

Un crudo deseo se apoderó de Callie; su más íntima e inconfesable fantasía cobraba vida ante sus ojos. Emitió un jadeo, con el repentino impulso, casi abrumador, de levantarse la falda del vestido y acariciarse el sexo. Pero recordó que no estaba sola. Jack estaba con ella, viendo lo que ella veía.

¿La alejaría de la escena, avergonzado? ¿O haría lo que ella deseaba fervientemente? ¿Se quedaría allí a mirar?

Echó la cabeza hacia atrás y se encontró con su mirada inquisitiva.

Jack percibió el jadeo de Callie y se preguntó si estaría escandalizada por lo que sucedía en el mirador. Sin embargo, al verle los ojos, los labios entreabiertos y el modo en que sus pechos subían y bajaban al respirar, lo supo. Estaba excitada por lo que veía.

—Quieres mirar. —Fue una afirmación, no una pregunta. Sabía que no necesitaba preguntarlo.

Ella asintió y volvió la cabeza para mirar a la pareja del mirador.

Maldición. Callie era una voyeur. Su miembro despertó, endureciéndose y palpitando de necesidad por deslizarse en el interior de su vagina y follarla mientras observaban a la otra pareja.

Como si Callie no fuera ya de por sí la más hermosa de las mujeres a sus ojos, el valor de ella acababa de incrementarse. ¿Una mujer que compartía su amor por el riesgo? No sólo habría follado con él en el laberinto, también deseaba quedarse allí y ver cómo hacía el amor otra pareja.

¡Cristo! ¿Ese era su día de suerte o qué? La mujer de sus sueños tenía las mismas fantasías sexuales que él. ¿Qué más podía desear un hombre de una mujer?

La colocó delante de él, proporcionándole una mejor visión de lo que sucedía en el interior del mirador. Su pene rozó la curva de sus nalgas y ni siquiera intentó disimular su erección. En lugar de eso, se mecía contra ella, rodeándole la cintura con un brazo para acercarla más a él.

Podría oír su respiración. Unas inhalaciones profundas cuando apoyó la cabeza contra su pecho. ¡Oh, sí! Ahora ella estaba verdaderamente caliente. La mujer del mirador se había puesto de rodillas para soltarle el cinturón al hombre, tomándose su tiempo para desabrocharle los pantalones. Cuando le sacó el pene, Jack quedó impresionado. Por si fuera poco, el hijo de puta estaba bien dotado. La mujer le rodeó el glande con los labios y le acarició el miembro mientras lo chupaba.

Jack deslizó las manos por los hombros y los brazos de Callie.

—Eres una voyeur, Callie.

—Sí.

—A mí también me gusta mirar.

Ella ni se volvió a mirarlo.

—¿Sí?

—Sí. Me encanta ver cómo folla la gente. Me la pone dura. —No podía creer que hubieran progresado tan rápidamente en su relación. Su primer impulso cuando se toparon por casualidad con la otra pareja, fue la de comportarse como un caballero y alejar a Callie de allí. Entonces ella

había jadeado, y el instinto le indicó que no era de sorpresa o porque se sintiera insultada, sino de excitación. Se alegraba de que su instinto hubiera estado en lo cierto.

—Cuando tenía quince años me encontré con otra chica que practicaba el sexo con su novio en el gimnasio. En vez de salir corriendo, me quedé allí y miré —confesó ella—. Aquello hizo que me humedeciera. El clitoris me ardía tanto que tuve que irme enseguida. Me escondí en la entrada del vestuario y me masturbé mientras ellos follaban. Me corrí al mismo tiempo que ellos. Y luego continué masturbándome, pensando en aquella escena durante meses. Era lo más excitante que había visto nunca.

—Maldita sea, Callie. —No podía creer que ella le hubiera contado aquello. Le encantaba su refrescante honestidad. No se hacía la tímida ni la ingenua con él. Jamás había conocido a una mujer como ella—. En el instituto, mis amigos y yo solíamos alquilar una habitación en algún motel para llevar algunas chicas y pasar toda la noche follando. Como sólo disponíamos de un cuarto, nos quedábamos allí y mirábamos. No tardé en darme cuenta de que estaba cayendo en el voyeurismo. Me masturbé más veces viendo follar a los demás que recordando a cualquier chica a la que me hubiera tirado.

Suponía que le debía una confesión, teniendo en cuenta lo sincera que había sido ella con él.

Ella se estremeció y él intensificó el abrazo alrededor de su cintura.

—Jack —susurró ella, con tono de súplica.

Al tenerla de espaldas y ser incapaz de verle la expresión, no tenía más remedio que confiar en que la sensación de su cuerpo y los sonidos que hacía, le indicaran lo que deseaba. Y él lo supo.

—Sí, cariño. Sé lo que necesitas. ¿Quieres que sea aquí fuera?

—Sí. ¡Oh, sí! Aquí mismo.

Él le acarició los brazos, le pasó las manos por los hombros y se agachó para inhalar la fragancia de su cuello. No llevaba perfume alguno, sin embargo, él apreció un aroma como de caramelo. Vainilla, tal vez. Se lo lamió, y ella ladeó la cabeza para darle mejor acceso, sin desviar la atención de la pareja del mirador.

Aunque él supiera que Callie estaba pendiente de cada uno de sus movimientos, también estaba fascinada por la otra pareja. A él no le importaba en absoluto. Ver cómo la excitaba presenciar la otra escena, era una experiencia embriagadora. Nunca había conocido a una mujer como ella, tan desinhibida, aferrándose a sus muslos y clavándole las uñas en la tela del esmoquin.

Maldición, quería que ambos estuvieran desnudos, deseaba sentir sus uñas punzantes en la piel. Estaba seguro de que debía ser una gata salvaje cuando estaba excitada.

En ese momento, la mujer del mirador estaba a punto de cumplir su objetivo con el pene del hombre, con largos y rápidos movimientos de la boca, apoderándose de toda la longitud del miembro y casi tragárselo, antes de echarse hacia atrás hasta que sólo la punta quedaba entre sus codiciosos labios.

—Le está haciendo una buena mamada —dijo Jack al oído de Callie.

—Sí.

—¿Te gustaría hacer lo mismo, Callie?

—Sí. Ha pasado mucho tiempo.

Le temblaron los testículos al pensar que iba a ser el primer hombre desde su marido en sentir sus labios. Pero todavía no. Ahora quería darle placer a ella, asegurarse de que se corría mientras contemplaba la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Le daba la sensación de que era el primer hombre con el que estaba desde que murió su marido, y que no había tenido una experiencia igual a ésta con anterioridad.

La rodeó con un brazo y posó los dedos sobre su clavícula, notando los rápidos latidos de su corazón contra la palma de la mano. El pecho de ella se elevaba hacia su mano cada vez que respiraba, atormentándolo y tentándolo. Fue bajando las manos, poco a poco, hacia sus pechos.

Lleno, firme y caliente, así era su tacto a través de la tela del vestido. Ella arqueó la espalda, presionándolos contra sus manos.

—Sí, Jack, tócame. Por favor, acaríame.

Él deslizó la mano por debajo del corpiño, hasta dar con un pezón endurecido. Cuando lo asió entre el índice y el pulgar, y empezó a tirar de él con cuidado, ella respondió con unos leves sonidos guturales —gemidos, sollozos y jadeos—, para evitar gritar y alertar a la pareja del mirador.

Enterró la cara en su pelo y se concentró en ella.

—Dime lo que están haciendo.

—Ella se ha puesto de pie —dijo Callie, en un susurro, mientras Jack seguía jugando con sus pezones—. Él le está levantando el vestido.

Jack retiró la mano y le acarició las costillas, trazando un lento sendero hasta la curva de sus caderas.

—Ella se está dando la vuelta y doblando la cintura mientras él le levanta el vestido por encima de la espalda.

—Mmm —dijo él, buscando el bajo del vestido de Callie y asiéndolo en la mano. Sintió como se le tensaban los músculos de los muslos—. ¿Lleva bragas?

—No.

Él se rió.

—Puede que esperara que la follaran esta noche.

—Puede. Ahora él se ha quitado los pantalones. Se pone detrás de ella. Ella separa las piernas.

Callie separó un poco más las piernas. Jack empezó a levantarle el vestido, centímetro a centímetro, atormentándola con su lentitud. Él podía oír la respiración, rápida y jadeante de ella. Tenía que admitir que la suya propia también era así, tenía la polla tan condenadamente dura que aunque le diera un golpe a una de las estatuas de piedra del jardín con ella, no iba a notar ningún efecto. ¡Dios, quería hacer lo que estaba haciendo el tipo del mirador! Quería doblar a Callie por la cintura y hundir profundamente el pene en su vagina, sentir su coño húmedo y caliente alrededor, sujetándolo, y luego follarla hasta que ambos llegaran al orgasmo.

En cambio, le levantó la falda por encima de las caderas.

—¿Y tú, Callie? ¿Llevas bragas esta noche?

—Sí.

Él sonrió, palpándole la cara interna del muslo hasta notar el roce de la seda y el encaje.

—Jack —susurró ella.

—¿Quieres que te acaricie, cariño?

—Sí —siseó ella.

Él se puso a su lado, vislumbrando la seda color bronce y la tira de las bragas, sobre sus caderas. Se las bajó por los muslos, exponiendo su sexo a la noche.

Ella gimió.

—¿Te gusta saber que se te ve el coño?

—Sí.

—¿Quieres que lo toque?

—Sí.

Él deseaba arrodillarse ante ella, enterrar la cara en su sexo y lamerla hasta hacerla gritar. Pero también quería presenciar, junto a ella, la culminación de esa escena, ser un voyeur a su lado. Volvió a palparle el interior del muslo, rozándole con los dedos los labios sexuales, la miró y sonrió.

—Míralos, Callie. Mira como joden mientras yo hago que te corras.

Él puso la mano sobre su coño y ella jadeó, arqueando las caderas contra su mano. Él hundió los dedos entre los sedosos rizos de su sexo, deseando disponer de todo el tiempo del mundo para explorarla.

Más tarde, investigaría todos sus secretos. Ahora mismo estaba mojada y le empapaba la mano, tenía el clítoris hinchado y dilatado, y estaba seguro de que hacía años que ningún hombre la había llevado al orgasmo.

Él iba a hacer que se corriera.

Se giró hacia la pareja del mirador. Como había dicho Callie, el hombre la estaba follando desde atrás, con el miembro introducido profundamente en el sexo de la mujer. La escena que tenía ante los ojos era excitante; la mujer se sujetaba al respaldo del banco mientras el hombre embestía contra sus nalgas, fuerte y rápidamente. Su largo pene se retiraba sólo para volver a introducirse en ella.

Jack exploró los labios sexuales de Callie, excitando cada centímetro con su caricia para, por fin, desrizarle dos dedos en la vagina.

—¡Oh, Jack! —gimoteó ella, cuando él le introdujo los dedos por completo.

¡Joder, estaba ardiendo por dentro! Lo sujetó con su cuerpo, oprimiéndolo y contrayéndose en torno a sus dedos. Él se movió para poder utilizar la otra mano y usó tres dedos para acariciarle el clítoris.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella—. Hace mucho que yo... ha pasado mucho tiempo.

Él asintió.

—Córrete para mí, Callie.

Ella desvió la mirada y vio que el hombre y la mujer del mirador follaban con frenesí. Estaban a punto de acabar. También Callie sujetó la muñeca de Jack y le obligó a introducir más profundamente los dedos en la vagina. La mujer del mirador se tensó y echó la cabeza hacia atrás; el hombre se estremeció contra ella. Callie volvió a mirar a Jack con los ojos vidriosos a causa de la pasión.

—¡Me voy a correr, Jack! —susurró ella. Se tensó contra su mano al tiempo que se estremecía y le empapaba los dedos; temblando contra él, mecendo la pelvis contra la palma de su mano, mientras la marea del clímax se estrellaba contra ella.

La expresión de su rostro era lo más hermoso que él había visto en su vida. Tan abiertamente honesta, entregándose a él. Se inclinó hacia ella y se apoderó de su boca, absorbiendo su grito cuando llegó al orgasmo, hasta que finalmente dejó caer la cabeza sobre el hombro de él.

Él no quería abandonar su cuerpo ya que se estaba deleitando con las pequeñas réplicas que le oprimían los dedos. Sin embargo lo hizo, la besó en los labios y se lamió los dedos para saborear sus dulces fluidos.

¡Maldición, tenía que follar a esta mujer cuanto antes! La apoyó contra sí y posó los labios sobre los suyos, besándola con desesperación.

Deseaba absorberla, poseerla directamente ahí.

¿Sería una exhibicionista además de una voyeur? ¿Accedería a tener sexo con él esta noche, en los jardines? Eso esperaba, porque él desde luego no era capaz de esperar más para tenerla.

Capítulo 4

El beso de Jack dejó a Callie sin aliento, su boca se fue apoderando lentamente de sus sentidos hasta que la cabeza empezó a darle vueltas. Las manos de él vagaron por su cuerpo, excitándola cada vez más. Y las bragas seguían estando en algún sitio entre los muslos y las rodillas.

No acababa de creerse que él le hubiera provocado un orgasmo allí mismo, en el laberinto. Que la hubiera acariciado entre los muslos y penetrado con los dedos hasta que ella se había corrido sobre su mano. ¿Es que había perdido su enloquecida cabeza? No, no lo había hecho. O tal vez sí. No le importaba, porque aquella noche estaba haciendo realidad las fantasías tantos años contenidas.

La pareja del mirador se arregló la ropa, se besó y se marchó furtivamente. Jack la apretó contra el seto, ocultándolos a ambos a los ojos de la pareja. Ella le sonrió, preguntándose qué estaría pensando él de ella. ¿Que era demasiado osada y desinhibida, tal vez?

No, a juzgar por la expresión hambrienta de su rostro, la forma en que sus manos continuaban vagando por su espalda y su respiración jadeante, lo dudaba.

El pene, todavía endurecido, descansaba contra su cadera. Ella se había corrido, pero él no. Y deseaba tenerlo dentro, ahí fuera, en el club, igual que la otra pareja. ¿Se atrevería a sugerírselo? ¿Y si se negaba?

¡Acaba de una vez Callie! Él acababa de penetrarla con los dedos, tenía el pene tan duro como el acero, y no había tenido ningún reparo en casi follársela antes de que oyeran las voces, de modo que ¿por qué iba a dar marcha atrás ahora? ¿Acaso no era ese su fin de semana de fantasía? De modo que debería ir a por él.

—Jack —dijo ella, asiendo las solapas de su chaqueta—, ¿has disfrutado viendo a esa pareja?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta ver a otras personas practicando sexo, Callie.

—¿Y también te gusta practicarlo al aire libre, pensando que cualquiera podría verte? —Ya estaba, lo había dicho. Ahora sabría si su intuición sobre él era acertada. ¡Dios, esperaba que sí!

Él levantó la mano y se la pasó por el pelo.

—¿Quieres follar aquí fuera?

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Quieres saber si me va el exhibicionismo.

—¿Es así?

—¿Te va a ti?

Maldición, se lo estaba poniendo difícil.

—Yo he preguntado primero.

Él se rió.

—Sí. Soy un voyeur y un exhibicionista. Si deseas tener sexo a plena vista, Callie, estoy completamente a favor.

Al oír esa respuesta, su mente lanzó un sonoro ¡sí! Él era su media naranja perfecta en tantos aspectos que no acababa de creérselo.

—En ese caso, la respuesta a tu pregunta es que yo también soy una exhibicionista. Me excita pensar que cualquiera podría pillarnos follando. La idea que la gente pueda vernos hace que me arda el clítoris.

A él se le oscureció la mirada al oír aquella confesión. Miró a su alrededor y luego la cogió de la mano.

—Conozco el sitio perfecto.

La llevó de regreso por donde habían venido, a través del laberinto, hasta el edificio principal. No había nadie fuera. Bueno, todavía no. Se dirigió hacia las puertas dobles, pero en vez de entrar, se desvió hacia una de las esquinas laterales, a unos ocho metros del lugar por donde habían abandonado la fiesta.

Antes de que ella pudiera preguntar a donde iban, él la obligó a darse la vuelta y la aplastó contra la pared de ladrillo, le levantó el vestido, le rompió las bragas y cubrió la boca con la suya. Absorbió la exclamación de sorpresa de ella y le introdujo la lengua al mismo tiempo que sumergía el miembro en su interior.

A ella no le dio tiempo a reaccionar ni a pensar, sólo a zambullirse en la gloriosa sensación del miembro de él introduciéndose hasta la empuñadura en su coño. Él se retiró y volvió a empujar, embistiéndola con fuerza y determinación.

¡Dios, aquello era muy emocionante! Las puertas se abrieron y era posible que alguien girara la esquina y se los encontrara. Jack ni siquiera se detuvo; simplemente continuó follándola. Ella le deslizó las manos por dentro de la chaqueta, buscando la piel de su abdomen, deseando tocarlo. Su vientre, tenso y musculoso, se estremeció bajo sus manos inquisitivas, pero no vaciló ni una sola vez; siguió embistiéndola implacablemente, chocando contra su clítoris en cada ocasión.

La emoción de lo prohibido y la posibilidad de ser descubiertos junto con las embestidas de Jack contra su clítoris, fueron demasiado. Lo rodeó con los brazos, por debajo de la camisa, le clavó las uñas en la espalda, y arqueó las caderas, tensándose al llegar al orgasmo.

Él gimió y se derramó en ella, estremeciéndose mientras se presionaba contra ella, manteniéndola pegada a la pared del edificio, sujetándole las muñecas con las manos. Si alguien doblara la esquina en ese momento, mientras ambos llegaban al orgasmo, nada podría separarla de Jack. Nada.

Jadeante y alborozada, era incapaz de mover un solo músculo, de modo que se limitó a apoyar la frente en el hombro de él. Una vez más, había sido como vivir la experiencia desde fuera de su cuerpo. ¿Y si de verdad había salido alguien? Recordó haber oído que se abría la puerta de vez en cuando, pero en aquel momento no le dio importancia.

Echó la cabeza hacia atrás y buscó la cara de Jack. Él le estaba sonriendo.

—Eres atrevida —declaró él, rozándole los labios con los suyos.

Ella suspiró en su boca. Al menos no estaba arrepentido. Todavía. Claro que no les habían pillado, y eso ayudaba.

Se limpiaron con el pañuelo de Jack. Gracias a Dios que llevaba uno. Se disculpó y fue a arreglarse al aseo de señoras, luego empezó a buscar a Abby y a Blair. No tardó mucho en encontrarlas, ya que ellas la interceptaron de camino a la mesa y la escoltaron hasta el vestíbulo del club.

—¿Y bien? —preguntó Blair.

—Tienes el pelo revuelto y los labios hinchados —señaló Abby, observándola—. Y tienes esa expresión.

—¿Cuál?

—Esa sonrisa de *me acaban de echar un polvo*. ¡Santo Dios! ¿Lo habéis hecho ahí fuera? Callie intentó no reírse. Quería de verdad a sus amigos. En su lugar, encogió un hombro.

—Puede.

Blair asintió, con una ancha sonrisa.

—Lo has hecho.

Ahora sí que se echó a reír, ya que tratándose de Blair, aquello era un elogio.

—¡Vaya, gracias!

Abby enlazó su brazo con el de Callie y la llevó a un lado del vestíbulo para que nadie pudiera oírlas.

—¿Vas a contarnos los detalles?

De ninguna manera. Ni siquiera podía entender lo que acababa de pasar, mucho menos compartirlo con nadie. Excepto con Jack.

Miró a su alrededor para ver si alguien había entrado en el vestíbulo. No había nadie más que ellas tres.

—Ahora mismo no puedo. ¿Lo entendéis?

Abby miró a Blair.

—Quiere estar con Jack.

—La estamos monopolizando —dijo Blair.

Abby asintió.

—Vete. Nosotras esperaremos, pero después del fin de semana queremos saber los detalles.

Callie sonrió.

—Os quiero chicas.

Se dio media vuelta y estaba a punto de volver al salón de baile cuando Jack salió por la puerta. La vio, le sonrió, y se dirigió hacia ella.

—Creía que te habías escapado.

Ella sacudió la cabeza.

—No, es que me han entretenido.

—Entiendo. ¿No podían esperar a saberlo con pelos y señales?

Blair pasó a su lado y se encogió de hombros.

—Teníamos curiosidad, pero Callie no nos quiere contar nada, de modo que me parece que vamos a tener que ser pacientes. Divertíos. —Le guiñó un ojo a Callie, y Abby y ella volvieron al salón de baile.

Callie se giró hacia Jack.

—Lo siento. Me secuestraron.

Él se rió.

—Eso es lo que estoy a punto de hacer yo. Coge tus cosas y salgamos de aquí.

Aquello le pareció muy buena idea. Entró en el salón de baile, cogió su bolso, se despidió rápidamente de Abby y de Blair, y luego se reunió con Jack en la entrada.

No había traído coche, ya que él vivía muy cerca del club. La cogió de la mano y fueron caminando por la ancha calle. Pasearon tranquilamente por en medio de la calzada, cuyas pintorescas luces estaban encajadas en las aceras en vez de deslumbrar desde arriba, lo cual le dio a Callie la oportunidad de fijarse en el vecindario.

Era un lugar agradable, rodeado de casas que respetaban la privacidad. Entre cada una de las casas había, además, una alta valla con setos.

—Nadie puede ver la casa de los demás —dijo él como si le hubiera leído la mente.

Anduvieron hasta su casa, una residencia de una sola planta y enorme, al menos según los criterios de Callie. Tenía los ladrillos de color crema, el tejado de tejas color marrón oscuro y un amplio porche cubierto. A Callie le pareció precioso. Le gustaba el porche. Era abierto y lo bastante privado como para que una pareja pudiera sentarse fuera y...

Jack la atrajo hacia sí y le cubrió los labios con los suyos. El calor la envolvió, una inmediata acometida de deseo le humedeció las piernas cuando él la rodeó con sus brazos y apretó sus caderas contra las de ella.

Su erección presionó contra la pelvis de Callie. Le encantó que pudiera volver a ponerse duro por ella, allí, en el porche delantero. Cuando él avanzó, con los labios de ambos todavía unidos, hasta que las piernas de ella chocaron contra el borde de la valla del porche, Callie gimió contra su boca.

Sí, quería que la follara allí mismo.

Él movió lentamente sus labios sobre los de ella, con los ojos convertidos en una tormentosa mezcla de azul y gris.

—Esta noche van a haber fuegos artificiales aquí fuera. Esto no va a tardar en llenarse de gente.

—¿En serio? —Se le desbocó el corazón y su cuerpo empezó a palpar de necesidad por sentir su miembro caliente dentro de ella.

—Sí.

Para corroborar su afirmación, Callie oyó el sonido de unas risas y conversaciones, se dio la vuelta y vio a la gente del club saliendo por las puertas.

—Se van a lanzar fuegos artificiales desde el parque que hay detrás del club. Todo el mundo va a salir a la calle para verlos. Nosotros podemos mirarlos desde aquí.

Y la gente podría verlos a ellos.

—¿Qué estás insinuando, Jack?

Él la atrajo hacia sí y le rodeó la cintura con el brazo, acomodando el pene contra su trasero. Callie oyó que se bajaba la cremallera de los pantalones; las caderas de él oscilaron contra las suyas y luego le levantó la parte de atrás del vestido y le bajó las bragas. Ella trastabilló un poco, antes de que se deslizaran hasta sus tobillos, y luego se deshizo de ellas de una patada.

—Digo, que voy a follarte mientras vemos los fuegos artificiales.

Se le contrajo el cuerpo de excitación. Se sujetó a la columna de ladrillo que tenía al lado para apoyarse y separó ligeramente las piernas para darle acceso.

—¿Lo deseas, Callie?

Le apartó el pelo, haciéndole cosquillas en la nuca con el calor de su respiración.

—Sí —susurró ella—. Quiero que estés dentro de mí.

Se sobresaltó con la primera explosión de los fuegos artificiales que se estaban lanzando desde el parque. Jack la asió con más fuerza y le separó las piernas con la rodilla. Los ruidosos aplausos ahogaron el jadeo de ella, cuando él introdujo su caliente y grueso miembro en ella, deslizándose con facilidad dentro de su húmeda vagina.

—Joder, cariño, estás empapada! ¿Te excita saber que toda esa gente podría darse la vuelta y ver cómo te follo?

—Sí —jadeó ella, aferrándose a la columna.

Le temblaron las piernas mientras examinaba al genitro. Otra explosión de fuegos artificiales apareció en el cielo nocturno, iluminando el porche como un foco. Cualquiera que mirara en su dirección, que se fijara con detalle en la pareja que presenciaba los fuegos desde el porche, se daría cuenta de lo que estaban haciendo. Ella tenía el vestido levantado por detrás, las piernas separadas y las embestidas de Jack hacían que sus caderas se movieran hacia delante.

¡Oh, sí! Cualquiera que mirara sabría que Jack le estaba echando un polvo. Su coño se humedeció aún más y el delirio volvió a alejarla de la realidad. Ahora sólo sentía el placer de lo prohibido, la expectación ante la posibilidad de que alguien los descubriera.

El cielo estaba inundado de una explosión de colores; cada ensordecedora explosión retumbaba por su cuerpo mientras Jack arremetía contra ella con el mismo ritmo. La multitud lanzaba gritos con cada estallido, y lo mismo hizo Callie, sin molestarse en silenciar la voz, cuando Jack se impulsó fuerte e implacablemente, clavándole los dedos en las caderas.

Él le asió un puñado de pelo y tiró de ella hacia sí.

—Voy a correrme —dijo él con voz tensa y áspera, penetrándola profundamente—. ¿Estás preparada?

Ella estaba a punto de reventar, pero cuando los últimos fuegos artificiales estallaron encima de ellos, la cacofonía de sonidos silenció su clamorosa afirmación. Su cuerpo, sin embargo, respondió apresándole el pene como un torno y aforrándolo con las fuertes contracciones del orgasmo. Él le echó la cabeza hacia atrás y se apoderó de su boca; notó cómo calientes chorros de semen se introdujeron en su interior mientras él movía los labios sobre los de ella, acariciándole la lengua con la suya con un ritmo frenético que se aquietó por fin cuando ambos se estremecieron y redujeron el ritmo.

Jack salió de ella, la giró, la besó con cariño y la acarició suavemente. Callie suspiró contra él, luego volvió a coger aire, con quedos gemidos, mientras él la sujetaba contra sí y le acariciaba la espalda.

Los fuegos artificiales habían llegado a su fin y la gente empezaba a dispersarse.

¿Los había visto alguien follando? No lo sabía.

Sinceramente, le daba igual. Sabía que existía la posibilidad de que los descubrieran, y aquello era suficiente para aumentar su excitación. Que a Jack también le excitara exhibirse era algo inesperado, pero pensaba aprovecharse de ello mientras pudiera.

—Quizá ahora quieras ver el resto de mi casa —dijo él con una sonrisa irónica, besándola en la coronilla.

—Claro.

Él abrió la puerta, encendió la luz, y se apartó para que entrara Callie.

—Antes de que lo preguntes, no, no he tenido nada que ver con la decoración ni con el mobiliario. Me lo dieron todo hecho. Yo no tenía tiempo para hacer otra cosa que caer en la cama por las noches, de modo que contraté a alguien para que se encargara de los detalles.

Ella iba a preguntar, ya que la casa estaba decorada de manera impecable y perfecta, tanto como para un hombre como para una mujer. Él le enseñó la vivienda, y fue encendiendo las luces de todas las habitaciones. Las paredes eran de un color arena claro, los muebles, elegantes y modernos, algunos tapizados en cuero y otros en telas de brillantes y atrevidos tonos tierra. Los suelos eran de madera perfectamente pulida; sobre las mesas del salón y el comedor no había nada fuera de su sitio, como tampoco en la de la cocina, la cual era enorme, luminosa y estaba provista de modernos electrodomésticos.

—¡Vaya! —Fue lo único que consiguió decir.

—Parece ordenado porque nunca estoy aquí —dijo él—. Además, tengo un equipo de limpieza que viene todas las semanas a quitar el polvo.

Ella soltó un bufido.

—Hay cuatro dormitorios. Dos de ellos están vacíos excepto por algunas cajas y varias cosas almacenadas. El otro es mi despacho y el último, el dormitorio principal. —La condujo por el pasillo y fue enseñándole las habitaciones al pasar por delante de cada una de ellas. Todas eran espaciaosas, la casa tenía por lo menos el doble de metros cuadrados que la modesta casita de ella. Bueno, ¿y qué esperaba? En la escala económica estaban prácticamente cada uno en un extremo.

El dormitorio principal era un completo sueño: totalmente diáfano, elegante, con un ventanal frente a la cama que iba del suelo al techo, con vistas a un patio con jacuzzi. Se dirigió hacia las puertas, salió al patio, y pasó los dedos por el borde del jacuzzi. Echó un vistazo al denso entramado que le trajo a la memoria el del mirador del club. Cubría dos de los lados, dejando el otro abierto, pero desde luego el patio trasero ofrecía intimidad suficiente.

—No se puede ver demasiado a través de esto, ¿verdad?

Jack se había colocado detrás de ella, deslizándose los dedos sobre los suyos. Se inclinó, presionó un botón, y el motor del jacuzzi se puso en marcha. Callie retrocedió, chocando con Jack, cuando el agua empezó a burbujear en la superficie. Se dio la vuelta y lo miró.

La pasión había envuelto sus ojos en un color oscuro y tormentoso; una mezcla de un color azul y gris, se pasearon por el cuerpo de ella.

Bobby había sido un hombre de los de sexo una o dos veces a la semana. Ella lo amaba con todo su corazón, pero no era un hombre demasiado apasionado. Preocupado por ella, sí. Cariñoso, desde luego. Pero no demasiado bueno en el terreno sexual. Que Jack la hubiera follado dos veces y proporcionado tres orgasmos, era algo que ya de por sí la tenía asombrada. Que volviera a desearla tan pronto, era extraordinario.

—Ahora hace demasiado calor para el jacuzzi, pero, ¿qué tal una ducha?

—No me he traído ropa.

Él la miró de reojo.

—Estarás guapísima con una de mis camisas —dijo.

Pensar en la ropa de él en contacto con su propia piel, le contrajo los pezones.

—Entonces, vamos —dijo ella con una sonrisa, bajándose el vestido.

Jack se quitó la chaqueta y la corbata, y empezó a desabotonarse rápidamente la camisa sin dejar de mirar a Callie quitarse el vestido.

Todavía no la había visto desnuda, a pesar de haber tenido sexo con ella tres veces. Callie fue deslizándose el vestido por su cuerpo, revelando unos pechos abundantes, una cintura estrecha, hecha para las manos de un hombre, y unas caderas redondeadas a las que recordaba haberse agarrado mientras la penetraba. Poseía además unas largas piernas. Un cuerpo perfecto. El cuerpo de una mujer, no el de esas que le perseguían por el club, con sus cuerpos delgados como un palo debido a la última dieta de moda, las que se machacaban con entrenadores personales para parecerse a la modelo del momento. No soportaba mirarlas.

Por otra parte, podía pasarse toda la noche comiéndose a Callie con los ojos. De hecho, llevaba ya mucho tiempo haciéndolo. Su piel era como miel caliente, suave como la mantequilla, y estaba impaciente por sentirla completamente desnuda a su lado. Se quitó la camisa, se desabrochó los pantalones, los dejó caer al suelo, y los apartó de una patada.

La apreciativa mirada de ella al explorar su cuerpo, le sentó bien a su ego. No había nada más excitante para un hombre que una mujer que disfrutaba mirándolo.

—Maravilloso —susurró ella.

Él respiró hondo y dio un paso hacia ella, rodeándola con sus brazos.

—Si sigues mirándome así, nunca llegaremos a la ducha.

—¡Como si me importara!

No tenía más remedio que admitir que se le pasó por la cabeza la idea de tumbarla sobre la cama, pero después de lo que habían estado haciendo en las horas anteriores, necesitaban una ducha refrescante. La cogió de la mano y la llevó al cuarto de baño, abrió los grifos y dejó vagar las manos por su lisa piel mientras el agua se calentaba. Se metieron en el plato de la ducha.

—¡Caramba! —exclamó Callie, mirando boquiabierta los chorros de agua que salían por tres lados—. Es asombroso.

Elevó los brazos y él ajustó el caudal hasta convertirlo en un masaje, luego se apartó para ver cómo cerraba ella los ojos y dejaba que el agua cayera sobre su cuerpo. Parecía una diosa, con el pelo empapado, cayéndole sobre los ojos, el maquillaje corriéndose por sus mejillas, y sin preocuparse por ello. Poseía una valentía que a él le resultaba increíblemente atractiva.

Cuando abrió los ojos y se lo encontró mirándola fijamente, sonrió.

—Lo más probable es que ahora parezca un mapache.

Él se rió y le limpió las manchas de rímel de los ojos.

—Estás hermosa. Me gusta que no hagas aspavientos por el hecho de que te vea con el maquillaje corrido.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy empapada. No puedo hacer nada para evitarlo.

Él cogió el jabón y la lavó, deslizando las manos por sus hombros y su espalda, masajeándole los músculos con los dedos. El cuerpo de ella era fuerte, sin duda porque trabajaba para vivir, cosa que no hacían las mujeres del club. Ellas se pasaban el tiempo dándose caprichos y sin preocuparse por nada. No reconocerían un día de trabajo honrado aunque lo tuvieran delante de las narices. Sin embargo, Callie sí, y él la admiraba por lo que había hecho con su vida. Después de perder a sus maridos y sus esperanzas de futuro, la mayoría de las mujeres se hubieran rendido. Ella no. Ella había salido adelante sola y había tenido éxito.

Ella se recostó en él, rozándole el miembro con las nalgas. Aquél volvió a la vida y él sacudió la cabeza.

—Algo se está moviendo ahí atrás —dijo ella, moviendo el culo contra la creciente erección.

—¿De verdad?

—Sí. Decididamente estoy notando algo.

Él le permitió tomar la delantera, sin esperar realmente que quisiera volver a tener sexo, pensando que debía estar demasiado dolorida después de haberlo tenido tres veces aquella noche. Sin embargo, ella se inclinó hacia delante, apoyó las manos en la pared de cristal de la ducha, separó las piernas y lo miró por encima del hombro de tal manera que hizo que la polla le diera un brusco tirón.

De acuerdo, estaba claro que, o no estaba demasiado dolorida, o simplemente no le importaba.

—¿Vas a follarme o te vas a pasar la noche contemplándome el culo?

Él exhibió una sonrisa ladeada.

—Lo estoy pensando. Ambas son buenas opciones.

—Entonces haz las dos cosas. Mírame el culo mientras me penetras. Quiero volver a correrme.

¡Joder! Su sinceridad pudo con él. Le separó las nalgas y le arponeó la vagina con el pene, deslizándose en su humedad, suave y lentamente, con la esperanza de no estar haciéndole daño.

¡Hacerle daño, ja! Ella retrocedió hacia él de golpe, empalándose.

—Fuerte —ordenó ella, con la cabeza inclinada y las manos apoyadas en la mampara de cristal—. Fóllame fuerte. —Se metió una mano entre las piernas para acariciarse el clitoris—. Necesito correrme otra vez, Jack.

Él se contagió de la urgencia de ella y le introdujo profundamente el pene, proporcionándole lo que ansiaba. Sería un verdadero placer para él darle todo cuanto quisiera, sobre todo si tenía que ver con su pene.

Las manos de ella resbalaron por el cristal mientras se movía hacia atrás con salvaje abandono. Lo único que Jack podía hacer era aguantar mientras ella lo aprisionaba con la vagina y movía el trasero contra él. Era Callie quien llevaba la voz cantante, y él la dejó apoderarse de su miembro, sujetándose a la puerta de la ducha como punto de apoyo, y elevando las caderas para hundir profundamente la polla en su resbaladizo sexo.

—Sí, así —dijo ella, con un ronco susurro que estuvo a punto de acabar con él. Se le tensaron los testículos y supo que estaba a punto de derramarse dentro de ella, pero apretó los dientes y se contuvo, deseando que ella se corriera primero.

No tardó demasiado. La vagina de ella lo atrapó, se le tensó el cuerpo y el pelo le cayó por el hombro. Empezó a estremecerse y a gritar.

—¡Me estoy corriendo, Jack! ¡Oh, Dios, me estoy corriendo tan fuerte...!

Y él también, se dejó ir y se movió contra ella, asiéndole con fuerza las caderas y lanzando un chorro de semen mientras las contracciones del orgasmo femenino exprimían su miembro con fuertes pulsaciones, hasta que creyó que se le iban a doblar las piernas debido al intenso placer.

—Santo Dios, estoy agotada —declaró ella cuando por fin se tranquilizaron. Se separó de él, se dio media vuelta, le echó los brazos al cuello y le plantó los labios en la boca. Lo besó

suavemente con movimientos tan lentos que él empezó por fin a notar el agotamiento de la noche.

Él cerró los grifos, salió de la ducha, cogió dos toallas y le entregó una. Se secaron y Callie además se secó el pelo hasta que se transformó en suaves rizos. Él la oyó suspirar varias veces mientras se movía por el cuarto de baño. Eran unos hondos suspiros de satisfacción.

Le gustó el sonido. Pero ella estaba cansada. Y él también. La llevó a la cama y se metieron en ella. Jack se dio cuenta de que nunca había llevado a su cama a una mujer. Al menos para pasar la noche.

Parecía adecuado tener allí a Callie. La atrajo hacia sí y ella le puso una pierna encima de la cadera y le apoyó la cabeza en el hombro. Al cabo de unos minutos estaba dormida.

Sí, era una buena sensación. Perfecta. Podría llegar a acostumbrarse a tenerla cerca.

Una noche con ella y ya se sentía cómodo teniéndola en su cama toda la noche. La idea era aterradora, pero cuando algo estaba bien, estaba bien.

Y Callie era la mujer apropiada para él.

Capítulo 5

—¿Un club de sexo? —Callie abrió mucho los ojos.

—Sí. ¿Has estado en uno alguna vez?

Ella negó con la cabeza, sin saber cómo tomarse la proposición de Jack. Después de dormir toda la noche en sus brazos, se levantaron, desayunaron, ella se puso su vestido, y Jack la llevó a su casa para que pudiera cambiarse de ropa y recoger unas cosas. Se habían pasado el día por los alrededores de Silverwood, almorzaron en el pabellón del Rosewood Park, e incluso jugaron en los columpios. Ahora habían vuelto a la casa de él, huyendo del calor de las últimas horas de la tarde.

Y Jack acababa de sugerir que fueran a un club de sexo.

—No, nunca he estado en uno. Ni siquiera sabía que hubiera sitios de esa clase en Silverwood. —¡Vaya, parecía una mojigata!—. ¿Qué hace la gente allí?

—Mantienen relaciones sexuales, cariño. ¿Qué crees que hacen?

Estaban sentados en el salón, tomando un cóctel. Callie bebió un largo trago de vino frío, completamente asombrada de que existiera un club de sexo en la ciudad. ¡Hablando de llevar una vida protegida! Ahora se sentía como una ingenua.

—Bueno, ya supongo que tienen relaciones sexuales, por algo lo llaman club de sexo. Me refiero a algo más específico. Me estoy imaginando cuero, látigos y cadenas en la pared.

Él resopló.

—No es exactamente así. No se trata de un club de sumisión, Callie. Es un club de sexo. Imagínatelo como el de anoche; con música, baile y gente dando vueltas por allí. Lo que sucede es que van un poco más lejos. Existen varias habitaciones donde hay actividad sexual aparte del salón principal, donde todos se relacionan con todos. Y cualquiera que esté interesado, puede ir a esas habitaciones y hacer lo que quiera.

Ella levantó una ceja, llena de curiosidad.

—¿Lo que sea?

—Sí. ¿Te interesa?

¿Interesarle? Desde luego. ¿Estaba nerviosa? Mucho. Sin embargo, después de lo que habían estado haciendo la noche anterior, ¿cómo iba a negarse a ir a un club de sexo? No quería que Jack creyera que no era valiente, de modo que asintió.

—Claro. Me encantaría. ¿Cuándo nos vamos?



Hacia las nueve Callie estaba casi hiperventilando. Se había puesto una minifalda, un top ajustado, unos zapatos de tacón alto, y se había recogido el pelo. Se sentía atractiva, imprudente y preparada para el rock and roll.

Que estuviera tan nerviosa sólo quería decir que estaba excitada. No tenía nada que ver con que estuviera completamente fuera de su elemento. Confiaba de verdad en Jack, aunque no tenía ni idea de qué era ese club de sexo.

Por fuera, el club ofrecía un aspecto bastante modesto. Se trataba de un simple edificio de dos plantas con un letrero de neón en el frente en el que ponía «Bienvenidos», y que parecía un bar o un club nocturno. La única señal de que era privado eran los dos corpulentos guardias de seguridad que flanqueaban la entrada de dos puertas.

Jack dio su nombre y uno de los hombres comprobó su portapapeles, asintió, y les franqueó la entrada. O sea, que él era cliente habitual; a menos que hubiera llamado antes para hacer las reservas. Ella no sabía nada sobre ese tipo de cosas. Y no estaba dispuesta a preguntar. Callie contuvo el aliento cuando Jack la cogió de la mano y entraron.

Se metieron en una habitación enorme, similar al salón de baile del club, con mesas íntimas para dos y para cuatro personas. A ambos extremos de la habitación había dos barras, con la pista de baile en medio. El lugar estaba en penumbra, con un ambiente seductor, cargado de humo y con la música sonando de fondo, pero no lo suficientemente alta como para que la gente no pudiera hablar.

En un principio Callie calculó que debía de haber unas cincuenta personas. Una cantidad bastante respetable. Esperaba que todo el mundo se parara y se volviera a mirarlos cuando entraron. No lo hizo nadie. Había algunas parejas, varias personas solas, y todos pululaban por allí con una bebida en la mano, hablando en grupos e ignorando completamente la aparición de ellos dos.

No ser el centro de atención la tranquilizó un poco. Aún así, se aferró a la mano de Jack, temerosa de que algún hombre se acercara a ella y la arrastrara hasta una de las habitaciones privadas.

Hasta que pensó que aquella idea era una estupidez. Jack no iba a permitirlo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Jack.

Ella asintió, tragándose el nudo que tenía en la garganta.

—Me encantaría.

Se dirigieron hasta la barra y Jack pidió dos combinados. Ella cogió el suyo, le dio un par de sorbos rápidos, y luego se obligó a beber más despacio. Emborracharse no iba a serle de ayuda esa noche. ¿Por qué demonios estaba tan asustada? No iba a pasarle nada malo. Confiaba en Jack. Tenía que seguir recordándose eso.

Había música de baile moderno. Varias parejas estaban bailando en mitad de la pista, moviéndose al ritmo de una canción rápida, sin preocuparse de nadie más que de sí mismas. Resultaba tranquilizador. Al igual que la forma en que iban vestidas las mujeres, con trajes ajustados; unas con vestidos casi transparentes, las otras con faldas tan cortas que les asomaban las redondeadas nalgas. Los hombres las tocaban por todas partes, asiéndoles el culo mientras bailaban, las pelvis unidas.

Al parecer aquella noche iba a suceder algo. Le encantaba ver evolucionar a las parejas en la pista de baile, mirándose el uno al otro, sin hacer caso de la gente que los observaba. ¿Les excitaba saber que había gente mirándolos? Callie sintió que un estremecimiento de emoción le recorría la espalda ante la idea de estar con Jack en la pista de baile mientras los demás miraban. ¿La tocaría él con la misma intimidad? ¿Se frotaría el pene contra su sexo? ¿Le metería el muslo entre las piernas? Se humedeció ante la imagen mental.

—¿Te gusta mirar?

Ella le dirigió una sonrisa a Jack.

—Ya sabes que sí.

—Por eso te he traído. Se me ocurrió que disfrutarías con el espectáculo. Se va a poner mejor.

—¿Tú ya has estado aquí antes?

Él se terminó la copa y la dejó en la mesa.

—Un par de veces.

—¿Solo o acompañado? —¡Maldición! No debería haberle preguntado eso. No era de su incumbencia.

—Una de las veces vine con un par de amigos, la otra solo, únicamente para mirar. Ya sabes que a mí también me gusta hacerlo.

Bien. No sabía por qué, pero le gustó saber que no había llevado allí a ninguna otra mujer.

—¿Qué va a pasar esta noche?

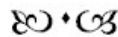
Él le deslizó un brazo alrededor de la cintura.

—Lo que nosotros queramos. Vamos a dar una vuelta.

—De acuerdo.

Jack la condujo por el salón. Callie intentó no hacerlo, pero no pudo evitar quedarse boquiabierto al ver a la gente; sin saber si sonreír, saludar con la cabeza, iniciar una conversación, o simplemente, fingir que no los veía besarse y manosearse en las mesas. Lo que hacían era mucho más que sólo cogerse de las manos. En una de las mesas se estaban besando. En otra, una mujer tenía la mano en la entrepierna del hombre y le acariciaba el pene por encima de los pantalones. Otra mujer, en la misma mesa, le había desabrochado la bragueta a su compañero y se inclinaba sobre su miembro. En una tercera, un hombre acariciaba los pechos de una mujer por encima de la blusa de seda de ésta.

Algunas personas alzaron la vista cuando Jack y ella pasaron a su lado. Un hombre la miró. Uno de esos tipos que miran a las mujeres de arriba abajo como si fueran trozos de carne. Callie le ignoró y esperó que Jack no quisiera tener nada que ver con él.



La actividad sexual del local se iba intensificando. Callie cada vez se estaba poniendo más nerviosa ya que, al parecer, Jack y ella eran los únicos que no estaban haciendo algo ardiente e intenso. Aunque pensándolo bien, era posible que él estuviera pendiente de sus señales y en ese momento ella estaba más rígida que una tabla.

En cualquier caso, ¿qué le pasaba? Aquello era el paraíso para un voyeur. ¡Menuda atrevida estaba hecha!

De acuerdo, había llegado la hora de dejarle las cosas claras a Jack, porque hasta que no lo hiciera, ninguno de los dos iba a poder disfrutar de la noche.

Se detuvo, le puso una mano en el pecho y dijo:

—Tengo que hablar contigo.

Él ladeó la cabeza y asintió.

—Vale.

Lo cogió de la mano y lo llevó a un pasillo tranquilo. Allí no había nadie, de modo que tenía que soltarlo rápido antes de que apareciera alguien.

—Soy una voyeur y una exhibicionista. Me gusta mirar y disfruto teniendo sexo en público. No me van las orgías.

Se tensó, esperando su reacción.

Él frunció el ceño, luego abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza.

—¡Oh, no, cariño! Aquí no hay nada de eso. ¿Crees que te he traído para una especie de fiesta de intercambio de parejas?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¡Mierda! —Se pasó la mano por el pelo—. Nada de eso. Estas fiestas no son así.

Estupendo, ahora se sentía como una idiota. Miró al suelo y se arrepintió de no haber mantenido la boca cerrada, sintiéndose poco sofisticada e ingenua.

—Callie, mírame.

Ella obedeció de muy mala gana y sólo vio preocupación en su rostro.

Él le cogió las manos entre las suyas.

—Lo siento, Callie. No te lo he explicado demasiado bien, ¿verdad? El club es muy abierto y tentador, y existen orgías para aquellos que desean participar en ellas. Sin embargo, el único motivo para traerte fue para mirar, no para participar. Es un lugar idóneo para un voyeur porque hay mucho que ver.

—¡Oh! —Claro, ¿por qué no se le había ocurrido?

—Yo no comparto lo que es mío.

Ella lo miró.

—¿Qué?

—No me importa hacer el amor contigo sabiendo que otras personas pueden vernos. Me excita saber que otros hombres piensan en lo maravillosa y sexy que eres. Pero nadie, y quiero decir absolutamente nadie, te va a poner un dedo encima. Tú eres mía y yo no comparto a mi mujer. ¿Lo entiendes?

Su mujer. Él la había llamado su mujer. Sus palabras la emocionaron aunque no supiera muy bien lo que significaban. ¿Era era su mujer?

—Me gusta cómo suena eso —dijo ella, dudando si seguir con el tema.

—Esta noche no va a pasar nada que no quieras que pase. Te he traído sólo para mirar, pensando que disfrutarías de ello. Todo irá bien aunque nos limitemos a pasear y a lanzar miradas de deseo. Y si te sientes incómoda podemos marcharnos ahora mismo.

—No me siento incómoda, Jack. —Ahora que sabía lo que se esperaba de ella, se relajó, dándose a sí misma de patadas por haber pensado, siquiera por un segundo, que Jack la iba a poner en una situación embarazosa—. Siento haber dudado de lo que iba a suceder aquí y de qué era lo que esperabas.

Él le pasó el pulgar por el labio inferior. Ella se estremeció ante su caricia, que le caldeó el cuerpo.

—Es culpa mía por no explicártelo con todo detalle antes de venir. Soy idiota.

Ella se rió.

—No lo eres.

—¿Quieres irte?

—No. Quiero ver lo que está haciendo todo el mundo.

Él frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Sí. —En esta ocasión estaba siendo completamente sincera. Le entusiasmaba la idea de ver a otras personas follando, como anticipo de la noche que estaba por negar—. Muéstrame el camino.

—Permíteme enseñarte lo que sucede en algunas de las habitaciones de arriba —dijo él, cogiéndola del brazo y llevándola hacia la escalera.

En el piso superior se encontraba otra habitación enorme, una especie de salón. Allí también había varias parejas besándose y algunas conversando. Dos mujeres se hallaban sentadas en un sillón de dos plazas, con una tercera que les chupaba el sexo alternativamente. Callie se detuvo a mirarlas. Jamás había visto a una mujer con otra. Empezó a latirle desordenadamente el corazón contra el pecho mientras observaba como una de las mujeres lamía el coño de otra, la lentitud con la que pasaba la lengua por su sexo al tiempo que deslizaba cuidadosamente los dedos en la vagina de la otra, follándola, mientras succionaba el clítoris de la primera.

—¿Deseas pararte a mirar? —preguntó Jack.

—No, podemos seguir. —Había demasiadas cosas que ver para entretenerse en un sitio. Callie sentía curiosidad por lo que sucedía en otras habitaciones.

Jack salió de aquella zona, hasta llegar a un amplio y alfombrado descansillo. Se detuvo ante la primera puerta, la abrió, y permitió que Callie entrara primero.

Se trataba de otra sala grande, con unas gradas enfocadas hacia un espejo falso de doble cara. En ese lado del cristal había media docena de personas observando lo que pasaba en el otro.

—Esta es una de las habitaciones para voyeurs —susurró él desde su espalda, cerrando la puerta y poniéndole la mano en el hueco de la espalda—. Entra y busca un sitio desde dónde podamos mirar.

Una punzada de emoción le recorrió la espalda al vislumbrar la actividad que se desarrollaba detrás del espejo. Descendió por las gradas hasta el cristal y se detuvo ante él, incapaz de apartar los ojos de lo que pasaba al otro lado. Apenas si notó que había más gente con Jack y con ella.

Lo que había al otro lado del espejo era una enorme habitación con colchones en el suelo. Debía de haber dos docenas de personas, algunas completamente desnudas, otras todavía medio vestidas, y todas ellas contorsionándose en diferentes posturas sexuales.

A Callie se le secó la garganta ante lo que veía. Jack se le acercó por detrás y pegó su cuerpo al de ella, rodeándole posesivamente la cintura con un brazo. Ella cogió aire ante el contacto y le asió el brazo, necesitando su cercanía.

El erotismo de la escena, la dejaba sin aliento, la habitación se iba cerrando sobre ella. No sabía dónde mirar. En uno de los colchones había dos hombres con una mujer, que tenía el pene de uno de ellos en la boca, mientras el otro le introducía el miembro entre las piernas completamente separadas. Al parecer el sonido estaba canalizado hacia la habitación en la que se encontraba Callie, ya que podía oír cada gemido, cada gruñido, e incluso cada embestida.

Se volvió hacia el resto de las personas que se encontraban a su lado. Había un par de mujeres sin pareja, acariciándose a sí mismas por debajo de la ropa. ¡Oh, Dios, se estaban masturbando mientras miraban! También había un hombre y una mujer; las manos de él en los pechos de ella y la mano de ella en la bragueta de él.

Callie comenzó a jadear, el espectáculo a ambos lados del cristal era tan excitante que apenas si podía respirar.

—¿Te está gustando?

La voz de Jack, su cálido aliento en la nuca, la excitó aún más.

—Sí. ¡Oh, Dios mío, Jack, sí!

—¿Quieres que te toque, aquí, con toda esta gente mirando?

Si no lo hacía él iba a hacerlo ella misma. Entonces una explosión de deseo se elevó entre sus piernas, una necesidad sórdida que nunca antes había sentido le empapó las bragas.

La idea de hacer tal cosa por él, de explotar sus inclinaciones de voyeur, era más emocionante que follar mientras los demás miraban.

—No, no quiero, Jack. Quiero que veas cómo me masturbo hasta el orgasmo.

Él siseó en la oscuridad y luego retiró el brazo.

—Hazlo.

Ella se dio media vuelta y se apoyó en el pasamanos. Jack se apartó, su rostro quedó en semi-penumbra en la oscuridad de la habitación. Saber que estaba allí, sin poder verlo con claridad la excitó todavía más. Ahora el voyeur era él y ella la exhibicionista que le dedicaba el espectáculo. Que también pudiera verla el resto de las personas que allí se encontraban, carecía de importancia. Esto era sólo para Jack.

Le dolían los pechos, los pezones le hormiguearon cuando alzó los brazos y extendió los dedos sobre ellos. Los acarició, atormentándolos hasta que no pudo seguir soportándolo. Entonces se llevó las manos a las costillas, y se levantó el top de seda y dejando los pechos al descubierto.

Los pezones se endurecieron al contacto con el aire, contrayéndose, pidiendo a gritos que los acariciara. Los hizo rodar entre los dedos, tirando de ellos y gimiendo ante la avalancha de sensaciones que eso produjo entre sus piernas.

—Cuando me tiro así de los pezones, siento un hormigueo en el clítoris.

Vio que Jack se llevaba una mano a la entrepierna y se frotaba el pene.

—Haces que se me ponga condenadamente dura, Callie.

En ese momento ella supo lo que deseaba. ¿Pero haría él una cosa así por ella? ¿Le daría lo que quería?

—Desabróchate los pantalones para mí, Jack. Déjame verla.

Se tironeó los pezones y se concentró en aquel punto de su entrepierna, lamiéndose los labios con expectación. Cuando oyó el sonido de la cremallera estuvo a punto de gritar de alegría. Él avanzó hacia la luz, permitiéndole ver su miembro al liberarlo de los pantalones. Largo, grueso, con el glande dilatado a causa de una violenta erección. Ella buscó su mirada y sonrió.

Las piernas le temblaban cuando se agachó para levantarse lentamente la falda por encima de los muslos. La mirada afilada de Jack siguiendo sus movimientos sólo sirvió para dificultarle la respiración. Apenas podía moverse; quería hacerlo rápido, pero sabía que aquella agonía, aquella tentadora provocación, era buena para ambos.

—Están mojadas —dijo ella, mostrándole las bragas.

—Acaríciate —exigió él, empuñando la polla y moviendo la mano con movimientos lentos y perezosos.

Él también jugaba con ella. Callie quería verlo correrse a chorros. Quería saborearlo, sentirlo en su lengua. ¡Dios, lo quería todo y de inmediato! El corazón le latía con tanta fuerza que podía oír la sangre rugiéndole en los oídos. Se obligó a serenarse y siguió el contorno de las bragas contra la parte interior del muslo; luego se llevó la mano al sexo, cerró los ojos y gimió ante el intenso placer que le produjo la sensación. Le hormigueaba el clítoris, suplicando que lo acariciara sin cesar, pero se resistió a hacerlo.

—¡Por Dios, Callie, me estás volviendo loco!

Tanto como se estaba volviendo ella. Estaba tan húmeda que sus bragas estaban empapadas. Se levantó la falda y se quitó las bragas con movimientos lentos y deliberados como si estuviera haciendo strip-tease, moviendo las caderas hacia Jack, ofreciéndole su sexo, permitiéndole ver lo que no podía tocar. El olor de su deseo impregnó el aire, un aroma dulzón y sofocante a almizcle. Abandonó las bragas a la altura de las rodillas, con la mirada clavada en los movimientos de Jack, viendo como apretaba el puño alrededor del pene. La tensión subió como una espiral hasta su cintura mientras se pasaba los dedos entre los rizos del monte de Venus y los dirigía hacia el clítoris, envuelto en el fino y sedoso vello. Su clítoris empezó a bailar de expectación, queriendo, necesitando que lo tocara, con tanta intensidad que estuvo a punto de llorar de frustración.

¡Se estaba atormentando a sí misma! Cuando por fin apoyó la palma de la mano contra sus genitales, lanzó un grito; se le desorbitaron los ojos cuando se introdujo dos dedos en el coño al mismo tiempo que su mano entraba en contacto con el clítoris.

—¡Joder!

La fuerte exclamación de Jack hizo que la vagina se le contrajera alrededor de los dedos. Él empezó a acariciarse más rápido, mientras ella metía y sacaba los dedos de su vagina, masturbándose al mismo ritmo que él. Ella lanzó su sexo contra su propia mano, atrayéndolo.

El glande, inflamado y amoratado, asomaba por el puño, expulsando unas pequeñas gotas por su orificio con cada movimiento. Ella se lamió los labios, con la garganta seca a causa de los jadeos, mientras observaba la expresión de agonía que cruzaba su rostro en tensión; sabía que estaba sintiendo lo mismo que ella: un deseo insoportable, al límite de un orgasmo abrasador que, sencillamente, era incapaz de seguir conteniendo.

Se vio envuelta en una serie de sonidos; gemidos de placer y de culminación a su espalda, que provenían de los orgasmos de las personas que estaban follando al otro lado del espejo. En cuanto a la gente que estaba en la habitación con ella, le daba igual lo que estuvieran haciendo, pero oyó sus respiraciones y algunos gemidos. Aquello sólo intensificó su delirio.

En cuanto a Jack, su respiración era áspera y el sudor le empapaba la frente mientras movía la mano sobre el pene con embestidas feroces y rápidas, al mismo tiempo que ella se acariciaba el clítoris con un ritmo furioso.

—Me voy a correr —susurró ella, en medio de un remolino interior de sensaciones.

—¡Joder, sí! Córrete para mí, cariño —dijo él, apretando los dientes, acercándose un poco más a ella, masturbándose más deprisa y más fuerte.

Ella se concentró en su polla y se dejó ir, estremeciéndose y gimoteando mientras se corría en su propia mano, estremeciéndose al mismo ritmo que el deseo sacudía su interior, extendiéndose por todo su cuerpo. En ese momento, Jack le apartó la mano, le separó las piernas y se deslizó en su cuerpo. A ella se le dilataron los ojos y lanzó un grito de placer cuando él la llenó mientras llegaba al clímax.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella.

Las contracciones triplicaron su intensidad cuando él empujó, se retiró y volvió a empujar, aferrándose al orgasmo de ella y llevándola directamente a otro. Callie se sujetó a sus hombros mientras él cabalgaba con fuerza sobre ella, capturándole los labios cuando se corrió con un gemido, derramándose en ella con un estremecimiento salvaje e introduciéndole la lengua en un posesivo y hambriento beso.

Hasta que recuperaron el aliento, hasta que los espasmos se calmaron y por fin cesaron, Callie no se dio cuenta de la gente que tenían a su alrededor, ni supo si los habían estado observando o no; no se había detenido a mirar lo que hacían mientras Jack y ella estaban inmersos en su juego.

Ni siquiera le importó si les habían estado mirando o si se habían corrido con lo que Jack y ella habían hecho.

Él la besó otra vez, se retiró y la ayudó a colocarse la ropa.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió con una sonrisa.

—¡Ya lo creo! Mejor que bien.

¿Cómo podía haber estado preocupada por lo que sucediera esa noche? ¿Qué le pasaba? Confiaba en Jack. En todo lo que se refería a él, se fiaba de lo que le decían el corazón y la intuición. Cuando estaba con él se sentía querida, a salvo y cuidada.

Se había enamorado locamente de él. ¡Maldita fuera! ¿Cómo había sucedido algo así? Vale, sabía cómo. Él estaba buenísimo, tenía éxito, era amable y generoso, bueno con ella, se divertían juntos y compartían los mismos intereses. Sexualmente la satisfacía como... bueno, más de lo que Bobby lo había hecho nunca. Cuando estaba con él se sentía completa.

Con ese hombre había disfrutado del mejor sexo de su vida. Por primera vez en mucho tiempo era feliz. No iba a poder separarse nunca de él.

Jamás.

Capítulo 6

—Jack. ¿Tienes un minuto?

Jack alzó la vista de su escritorio y asintió, sorprendido al ver a Bob en la oficina un domingo. Jack se había pasado para trabajar un rato, pensando que iba a estar solo. Suposición equivocada. Sin embargo, siempre tenía tiempo para Robert Walters, uno de los socios principales de la firma.

—Claro, Bob. Entra.

Con sesenta y pocos años y sin intenciones de retirarse en un futuro inmediato, Bob todavía estaba en forma y seguía siendo un trabajador infatigable, en la cumbre del ámbito jurídico. Todos los socios aspiraban a ser como él. Era enérgico, tenía éxito y se le respetaba mucho, si bien pecaba de ser un poco estirado y conservador, sin embargo, Jack se encontraba a gusto trabajando con él.

—La otra noche hiciste un gran trabajo con la cena de beneficencia para el hospital —dijo Bob, tomando asiento frente al escritorio de Jack.

—Gracias. Se recaudó un montón de dinero. Incluso más de lo previsto.

—Eso debería hacer feliz a nuestro cliente —dijo Bob con una sonrisa.

Jack sonrió y se reclinó en la silla.

—Bueno, eso es lo que nos gusta hacer. Que nuestros clientes estén contentos.

—Aunque no conseguiste hacer feliz a ninguna de las mujeres del club al librarte de ellas y desaparecer.

Las noticias viajaban rápido en los círculos sociales de Silverwood.

—Aquella noche estaba ocupado. Además tenía una cita.

Bob enarcó una ceja.

—¿Alguien que yo conozca?

Como si Bob no supiera ya todos los detalles de con quién había estado Jack esa noche.

—No, creo que no.

—¿Es miembro del club?

—Ni idea. No le pedí el carnet de socio antes de quedar con ella.

Bob entornó los ojos.

—Creo que no hace falta que te recuerde lo importante que es que encuentres una mujer dentro de tu mismo círculo social, Jack. Confío en que, como potencial socio sénior de esta firma, tendrás la sensatez de escoger a una de esas mujeres. Hay muchas, pertenecientes a buenas familias, que serían perfectas para ti.

De ser así no estaría manteniendo esa conversación. Cogió un lápiz y lo apretó con fuerza.

—Lo tendré en cuenta, Bob.

Bob se puso en pie y asintió.

—En cualquier caso, fue un buen trabajo. Como de costumbre, sabemos que podemos contar contigo para que las cosas se hagan bien.

Bob salió del despacho y cerró la puerta. Jack partió el lápiz por la mitad y lo tiró a la papelera.

¡Joder! ¿De verdad acababa de entrar Bob en su despacho para decirle que la mujer con la que había quedado en la cena de beneficencia era socialmente inaceptable? Ni siquiera conocían a Callie, y sin embargo, ya la habían sometido a juicio porque no era miembro del club y no pertenecía a su círculo social.

Las tripas le hirvieron de cólera, como si le hubieran clavado un atizador ardiendo. No sabían nada sobre ella. Provenía del mismo lugar que él, de modo que, ¿qué era lo que hacía que él fuera adecuado y ella no? Una soberana estupidez, eso es lo que era. Y no iba a tolerarlo.

Podían dirigir su trabajo, pero no su vida.

Amaba a Callie. Lo que él hiciera con su vida privada no era asunto de nadie.

¡Alto!

Amaba a Callie. Llevaba tanto tiempo solo que no podía creer que hubiera encontrado a una mujer como ella. Amable, generosa, de buen corazón, con un cuerpo ardiente y un desenfreno sexual que lo volvía loco. No se parecía en nada a las cazafortunas con quienes acostumbraba a ir por la ciudad. ¿Cómo había tenido la suerte de encontrar un tesoro como ella? Y además, compartía sus inclinaciones al voyeurismo y el exhibicionismo. Cuánto más salía con ella, más cuenta se daba de que era exactamente lo que quería tener en su vida y de lo vacía que había estado su existencia antes de conocerla. No era de extrañar que tuviera ganas de detenerse en su cafetería por las mañanas para tomar café. Hacía mucho tiempo que el momento que pasaba con ella era el mejor del día para él.

¿El amor no se trababa de eso? Esbozó una ancha sonrisa mientras le daba vueltas a la idea. Sí, estaba enamorado de ella. Era perfecta para él.

Los socios sénior podían meterse eso en el culo.

Él iba a hacer con su vida lo que le diera la gana. Puede que hubiera llegado el momento de hacer algunos cambios importantes.



—Se me ha ocurrido que esta noche podíamos ver una película.

Callie desvió la vista del fregadero donde estaba lavando el último de los platos de la cena. Jack había hecho las brochetas de pollo en la barbacoa y ella estaba limpiando. Habían disfrutado de otra maravillosa noche juntos. No acababa de creer la suerte que tenía de haber encontrado a alguien como Jack. Continuaba preguntándose donde estaba el fallo en esa relación, pero todavía no lo había encontrado. Sé entendían perfectamente, provenían de entornos similares y, por supuesto, tenían las mismas inclinaciones sexuales.

Aquello era perfecto. Atterradoramente perfecto.

—¿Una película? —preguntó ella.

—Sí. ¿Te animas?

Película. Animarse. Le dio la sensación de que no iban a limitarse a ver una película. Sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto. Me gustan las películas. ¿Al auto-cine o en un recinto cerrado?

Él enarcó una ceja.

—Vaya, eso hay que pensarlo. Llevo sin ir a un auto-cine al aire libre desde que era adolescente.

Ella se rió.

—Yo también. Sin embargo hace mucho calor. Voto por el recinto cerrado.

—Ya sabes que allí no hay luz.

—Podríamos sentarnos en la fila de atrás y besuquearnos... o algo así.

—O algo así —añadió él con una sonrisa maliciosa.

Decidieron ir a la última sesión de la noche ya que había menos gente. De hecho, llegaron un poco tarde y ya estaban poniendo las primeras escenas. El local estaba sin luz y sólo había una media docena de parejas para ver una película que ya llevaba tiempo proyectándose. Eligieron la última fila, lo que significaba que estaban más altos que el resto. Y nadie más se sentó a su lado.

—Esta película ha ganado varios premios —susurró Callie mientras se instalaban en sus butacas—. Se supone que es realmente buena.

—Estoy deseando verla.

Antes de que transcurrieran treinta minutos de película Callie estaba temblando. Era horrible. Y era ella quien la había elegido. Echó una mirada furtiva a Jack, convencida de que estaba mortalmente aburrido, sin embargo se encontraba muy bien, con la mirada puesta en la pantalla, aparentemente absorto en la película.

¿Absorto? ¡Y un cuerno! Seguro que se había quedado dormido con los ojos abiertos.

¡Puaj! La película era un asco. Deberían haber ido a ver la película de acción que quería ver Jack. Seguro que era mejor que esa mierda que estaban viendo.

Tenía que compensárselo de alguna manera.

Miró al resto de la gente, luego a su espalda, después a Jack, y se le ocurrió una idea. Una verdaderamente obscena que hizo que se le hinchara el clítoris dentro de los vaqueros.

Eso sería una osadía, ¿no? ¿Pero acaso la mitad de la diversión no consistía en la posibilidad de ser vistos? Se removió en el asiento y apoyó descuidadamente una mano en el muslo de Jack. Él la miró con una sonrisa y volvió a concentrarse en la película.

Ella fue moviendo los dedos hacia arriba poco a poco. Jack mantuvo los ojos fijos en la pantalla, pero se le curvaron los labios en una sonrisa sardónica.

El sexo de Callie tembló. Se movió un poco hacia él, colocó la mano sobre su pene, y empezó a frotarlo. Se le encendió el cuerpo y los pezones se le endurecieron, presionando contra la delgada tela de la camiseta. Jack no la miró, pero su respiración empezó a hacerse más rápida.

Y su miembro empezó a endurecerse. De hecho, se le puso dura rápidamente y no tardó en perfilarse a través de los vaqueros.

Perfecto. Le encantó saber que podía obtener una respuesta tan rápida de él. Lo frotó con la mano un rato más, completamente ajena a la película, y luego le desabrochó el botón de los vaqueros. Él se recostó en el asiento. Ella le bajó la cremallera. Él levantó las caderas. Ella le bajó los pantalones un poco para poder sacarle el pene.

Ahora el clítoris le palpitaba y rozaba contra la costura de los vaqueros. ¡Diablos! Deseaba colocarse sobre esa polla y cabalgarlo hasta que ambos se estremecieran de placer. Sin embargo, lo que más deseaba era chuparlo hasta que se corriera en su boca.

Acarició el miembro, disfrutando de su dureza, su calor y su consistencia de acero. Empezó a mover la mano lentamente, asiéndolo con suavidad y deslizándola por los pliegues, rodeando el glánde hinchado con los dedos y descendiendo hasta descansar el puño sobre los testículos.

Aunque el sonido de la película era alto, ella dejó de oírlo, concentrada tan sólo en la respiración de Jack. Le miró el pene y los testículos, hipnotizada por el líquido nacarado que brillaba en la punta de pene. Necesitaba saborearlo. Se volvió a mover en la butaca hasta ponerse de rodillas en ella, luego se inclinó hacia él y lamió el glánde, estimulada al escucharlo contener el aliento cuando deslizó la lengua para capturar las gotas con ella.

—Cariño —susurró él en la oscuridad, rodeándole la nuca con la mano. Ella se estremeció, absorta en darle placer, sabiendo que él estaba mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie se estaba dando cuenta de lo que hacían.

O puede que no le importara. Esperaba que fuera eso, porque a ella no le preocupaba. Tenía las bragas húmedas debido a su propia excitación; sabía que Jack se ocuparía de ella más tarde. Ahora mismo, aquello era para él, para satisfacer sus deseos. Se metió el pene en la boca, arañó ligeramente el sensible tejido con los dientes, cerró la boca y se agachó, absorbiéndolo.

Él emitió un gemido gutural, los dedos de la mano que tenía sobre su cabeza se contrajeron, asiendo los rizos, mientras ella lo aspiraba y luego se retiraba para volver a introducirse, estableciendo un ritmo. Le rodeó los testículos con la mano y los apretó suavemente al tiempo que le pasaba la lengua por el glande. Él arqueó las caderas y le metió la polla hasta la garganta.

Estaba a punto, sus testículos estaban rígidos en la mano de ella y su cuerpo en tensión. Lo chupó con más fuerza, rodeándole la base del pene con los dedos y oprimiendo su miembro mientras lamía la punta.

No tenía ni idea de que hacerle una mamada pudiera ser tan apasionante como para desear tener un orgasmo con un ansia tan salvaje y primitiva, pero así era. Ver cómo se agarraba a los brazos del asiento, cómo se le ponían blancos los nudillos al tensarse y mover las caderas para propulsar la polla hacia su boca, era tan increíblemente erótico que se deshizo por dentro.

Ella gimió contra su pene, necesitando su orgasmo casi tanto como necesitaba el propio. Él estalló contra su lengua con un sonoro gemido, lanzando un caliente chorro de semen contra su paladar. Ella cerró los labios en torno a él, tragándose el salado líquido hasta que no quedó nada, hasta que él se sacudió con un último estremecimiento y luego se relajó contra ella.

Callie se limpió la boca, satisfecha y sonriente, se volvió a sentar y le permitió colocarse la ropa mientras ella bebía un sorbo de refresco, con el cuerpo ardiendo de deseo.

Él le cogió la mano y se levantó.

—Espero que ya hayas visto lo suficiente de esta horrible película, porque necesito sacarte de aquí y follarte hasta hacerte gritar.

Ella sonrió burlonamente.

—¿Película? ¿Qué película?

Él entrelazó los dedos con los de ella y la sacó del cine en un tiempo récord. Ella prácticamente tuvo que correr para seguirlo. La expresión de él era sombría. No sonreía.

Jack era un hombre con una misión.

En vista de que dicha misión era ella, no se preocupó por la expresión de concentración total en el rostro de él. Un escalofrío de expectación le recorrió la espina dorsal.

Cuando llegaron al aparcamiento estaba sin aliento. Jack abrió la puerta del coche y ella entró y empezó a abrocharse el cinturón de seguridad mientras él se dirigía al lado del conductor. Después de entrar, la miró.

—No te molestes en ponértelo.

—¿Qué?

—Ponte detrás, quítate los pantalones y tumbate en el asiento.

—¿Aquí? —Ella miró a su alrededor. Los coches estaban pegados unos a otros. El sexo se le inflamó de emoción.

—Ahora, Callie. Maldita sea, no me queda mucha paciencia.

Se le encogió el vientre. Se trasladó al asiento trasero, se desabrochó los vaqueros y se los bajó. Jack se volvió a mirarla con los ojos nublados.

—No es lo bastante rápido. Date prisa.

Su corazón comenzó latir muy deprisa, y la sangre a hervirle en las venas mientras se apresuraba a deshacerse de los pantalones. Se quedó en bragas y esperó.

—Esas también. A menos que quieras que las haga pedacitos.

Maldición. El clítoris le palpitaba dolorosamente, preguntándose qué estaba tramando Jack. Se deslizó las bragas por las caderas y las piernas y se las quitó.

—Ahora tumbate.

Ella obedeció. Él pasó por encima de su asiento y se arrodilló en el suelo a su lado.

—Llévate las rodillas al pecho y separa las piernas.

Ella lo hizo, intentando respirar. Tenía la garganta seca. ¿Habría gente por allí? ¿Podría verles alguien a pesar de que el coche tenía las ventanas ahumadas?

—Sepáralas, Callie. Ya.

Ella separó un poco las piernas. Jack le rodeó los muslos con los brazos y se las abrió más.

—Cuando me estabas chupando en el cine, percibía el olor de tu sexo. ¿Estabas caliente, verdad? —preguntó él, metiéndole la cabeza entre las piernas.

—Sí.

—¿Te excitó hacer que me corriera?

—Sí. —La sangre le rugía en los oídos. El cálido aliento de él le hacía cosquillas en los muslos. Rugió en sus oídos. Estaba a punto de desmayarse.

—Voy a comerte el coño aquí, en el asiento de atrás de mi coche. Quiero que grites cuando te corras, Callie. Quiero que todo el mundo oiga como te corres.

—¡Oh, Dios, Jack! —¿Podría hacerlo, sabiendo que podía haber alguien andando por allí?

El primer contacto de la lengua de él en su sexo le arrancó un alarido. Caliente y mojado, fue dando lengüetazos por la hendidura hinchada, lamiendo el flujo que salía de ella. Callie se arqueó hacia su boca, agonizando ante las sensaciones. Él movió la boca desde el clítoris hasta la entrada de la vagina, lamiendo, succionando, pasando la lengua por el dilatado botón, para luego atormentarla, alejándose de él y desrizársela en la vagina, entrando y saliendo de ella varias veces, hasta que Callie pensó que iba a morir.

Y entonces él volvió a empezar, trazando círculos en el clítoris con la lengua y acercándola tanto al punto culminante que ella le sujetó la cabeza y lo mantuvo allí, negándose a permitirle mover su hermosa boca.

—¡Cómeme Jack! —exclamó, elevando las caderas—. ¡Haz que me corra! ¡Sí, ahí, justo ahí!

Cuando por fin llegó el éxtasis no pudo contener los gritos de placer. Mantuvo la boca de él sobre su sexo mientras las dulces oleadas del orgasmo la trasportaban, estremeciéndose y gimiendo tan ruidosamente que cualquiera que pasara por allí sabría exactamente lo que estaba pasando.

Le daba igual. Estaba en el paraíso. Un paraíso feliz y tortuoso.

Cuando volvió a poner los pies en el suelo se dio cuenta de que debía de estarlo asfixiando y le soltó la cabeza. Él se incorporó, le besó el muslo, se colocó encima de ella a la vez que se quitaba los vaqueros, y la penetró. Ella le rodeó con las piernas, introduciéndoselo hasta el fondo.

—¡Qué apretado! —murmuró él antes de apoderarse de su boca. Ella degustó su propio sabor, lo lamió de los labios de Jack, antes de tomar su boca por asalto con la lengua para acariciar la suavidad aterciopelada de la de él.

Él se equilibró apoyando una mano en la ventana y se movió contra ella, reavivando su deseo, llevándola más alto con cada embestida.

—Fóllame, Jack —lo acicateó ella, clavándole los talones en el culo y las uñas en la espalda, mientras se alzaba hacia él. Jack gruñó y le enterró la cara en el cuello, impulsándose con fuerza hasta que ella estalló y volvió a gritar, arrastrándolo consigo en esta ocasión.

El gimió, se apoderó de su boca y se corrió con unos violentos espasmos.

Ella le secó el sudor deslizando los dedos por su musculoso cuerpo y le besó el cuello, saboreando su gusto salado. Lo lamió y él se echó a reír.

—Estoy empapado de sudor —murmuró él.

—No me importa.

—Creo que no puedo moverme.

—No me importa.

—Esa película era un verdadero asco.

Ella se rió.

—No me importa.

Callie no podía evitarlo. Se pasó todo el lunes sonriendo en el trabajo. Jack se pasó por allí, como siempre, pero esta vez fue distinto. Ambos se comportaron de otra forma. Él no quería ponerla en evidencia en el trabajo, de modo que pidió el café como un cliente cualquiera, pero la situación era... diferente. Su sonrisa y su actitud eran distintas, al igual que las de ella, que soltaba risitas tontas. ¡Risitas tontas! Aquello era el colmo. Estaba horrorizada de sí misma.

Sus empleados se reían, pero también se alegraban mucho por ella, estaban igual de sorprendidos de que hubiera encontrado a alguien como Jack Fellows. Seguía sin creer que aquello fuera real. Le daba la sensación de ser la Cenicienta.

Se suponía que iban a verse aquella noche, aunque Jack le dijo que tenía que trabajar hasta tarde y que iría a su casa a eso de las ocho.

Cerró la cafetería a las dos, como siempre, y se quedó preparando los documentos para el ingreso en el banco. Como de costumbre era la única persona que quedaba en el local, que ya había cerrado sus puertas. Al oír que llamaba alguien, miró hacia la puerta y movió la cabeza, señalando el cartel de *Cerrado*.

—Por favor, señorita Jameson, ¿podría hablar con usted? —El que hablaba desde el otro lado del cristal era un anciano—. Trabajo en el despacho de abogados de Jack Fellows.

Callie abrió la puerta, llena de curiosidad, y le indicó que entrara.

—Gracias —dijo él con una sonrisa, extendiendo la mano—. Soy Bob Walters, uno de los socios sénior del bufete donde trabaja Jack.

Callie sonrió y le estrechó la mano.

—Me alegro de conocerlo, señor Walters. Por favor, tome asiento.

—Gracias. Y llámeme Bob. —Se sentó ante la mesa y cruzó las manos.

—¿Quiere un café? Ya he cerrado, pero me encantaría prepararle uno.

—No, así está bien, pero gracias.

De acuerdo, ¿por qué estaba allí alguien de la firma de Jack, y cómo sabía su nombre? La curiosidad la estaba matando. No sabía si debía alegrarse o tener miedo de lo que aquel hombre estaba a punto de decir.

—Señorita Jameson, está usted acabando con la carrera de Jack.

Se le cayó el alma a los pies. Bueno, ya tenía la respuesta.

—¿Perdón?

—Permítame ser completamente franco. Jack está llegando a lo más alto de la firma. Tiene ante sí un futuro muy brillante. Sin embargo, también trabaja en una empresa importante, una de las más influyentes de Silverwood. La sociedad y sus contactos e influencias son vitales, sobre todo para alguien que está a punto de convertirse en socio sénior.

—Estoy confusa, señor Walters. No entiendo a qué ha venido usted, ni lo que trata de decirme.

—Lo que intento decir es que la otra noche estaba en el cine igual que Jack y usted. Sé lo que estaban haciendo exactamente en la fila de atrás.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿El socio principal del bufete de Jack estaba en el cine? ¡Mierda! ¿Qué había hecho? El fuego de la vergüenza le subió por el cuello. Bajó la mirada hacia los papeles que tenía en la mesa, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos.

—Como podrá usted imaginarse, en Walters & Litde no podemos tolerar esa clase de perversión. Si se sabe una sola palabra de la clase de actividades sexuales en las que está metido Jack, su carrera profesional habrá acabado.

A Callie se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para contenerlas.

—Entiendo. —No iba a hacer nada que echara a perder la carrera profesional de Jack. Alzó la vista, intentando reunir cualquier resto de dignidad que le quedara—. ¿Qué quiere que haga?

—Ponga fin a su relación con Jack. Permita que encuentre a otro... tipo de mujer. A una que no lo ponga en evidencia. —Puso una mano encima de la de Callie—. Si le importa algo, hará lo que sea mejor para él y para su futuro profesional. Lleva mucho tiempo trabajando y

esforzándose para llegar a la cima y casi la ha alcanzado. No cometa el error de interponerse ahora en su camino.

Ella sacudió la cabeza para alejar las náuseas.

—Jamás haría tal cosa.

Bob asintió.

—Buena chica. Sabía que se preocupaba por él. Estaba seguro. —Se puso en pie—. Lamento hacer esto, pero sólo quiero lo mejor para Jack. Es como un hijo para mí.

Ella caminó hasta la puerta y la abrió con la garganta en carne viva. Ni siquiera fue capaz de hablar, se limitó a dejarle salir, cerró la puerta y bajo las rejas de seguridad nocturna. Entonces se desplomó en una silla y se derrumbó, dejando que el llanto se apoderara de ella.

¡Oh Dios! ¿En qué estaba pensando? Había estado a punto de arruinarle la vida a Jack con sus perversiones sexuales. Se limpió las lágrimas, se levantó, cogió una toalla, se secó la cara y se apoderó de los papeles del banco, decidida a arreglar las cosas.

De ninguna manera iba a interponerse entre Jack y su carrera profesional. Lo que ambos tenían era divertido, pero la diversión era una cosa y el futuro de un hombre otra muy distinta. Puede que lo amara, pero no era la mujer adecuada para él.

Aquella noche le diría que habían terminado. Eso era lo que tenía que hacer. Si de verdad lo amaba, tenía que dejarlo ir.

Debería haberse imaginado que ella y Jack jamás podrían estar juntos.

Debería haberse quedado en su lado de la ciudad y guardado sus fantasías sexuales para sí misma.



Cuando Jack llamó a la puerta de la casa de Callie, esperaba que no fuera demasiado tarde. Tenía un nudo de nerviosismo en el pecho. La había echado de menos todo el día. Desde que vio su deslumbrante sonrisa por la mañana en la cafetería y el rubor que tiñó sus mejillas cuando los dedos de ambos se rozaron al entregarle la taza, sólo había podido pensar en ella.

Y ahora parecía un adolescente, parado ante su puerta, esperando a que la abriera.

De modo que el amor era eso. Sonrió, sintiéndose estúpido y feliz al mismo tiempo.

Pero se le congeló la sonrisa al ver la expresión de su cara cuando abrió la puerta.

—Callie, ¿ha pasado algo?

Tenía un aspecto horrible, sus ojos estaban hinchados y parecía tan triste como si se hubiera muerto alguien.

—Entra. Tenemos que hablar.

Él entró y ella cerró la puerta, pero no lo invitó a entrar más allá. ¡Oh, oh! Algo pasaba. Cuando extendió una mano hacia ella, Callie se apartó.

—Callie, ¿qué sucede?

Ella se rodeó a sí misma con los brazos.

—No quiero seguir viéndote.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué?

—Hemos disfrutado de un buen fin de semana, pero lo cierto es que no quiero seguir con esto.

De acuerdo, algo no iba bien.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo estoy.

Él se pasó la mano por el pelo, anonadado.

—Esto no tiene ningún sentido.

Callie se encogió de hombros.

—Mira, Jack. Estoy muy ocupada con mi profesión y tú con la tuya. He pasado unos momentos muy agradables este fin de semana, pero no esperarás que me comporte así todos los días, ¿verdad? Me refiero a que hay que ser realistas. Tener sexo en público es excitante pero no es lo normal en mi vida diaria. Para tener una aventura amorosa está genial, pero eso es todo.

¿Una aventura amorosa? ¿Qué coño estaba diciendo? El dolor le atenazó el estómago, dejándolo demasiado perplejo para decir nada. No podía creer que aquella fuera la misma Callie con la que acababa de pasar el fin de semana. Algo había ocurrido, pero no tenía ni idea de lo qué era.

—Dime la verdad, Callie. Ésta no eres tú.

Ella entrecerró los ojos.

—¿De verdad? No me conoces en absoluto, Jack. No sabes nada sobre mí. Nos hemos divertido follando, pero nada más. Has sido parte de una apuesta que hice con mis amigas. Un fin de semana de sexo loco. He cumplido con las condiciones de la apuesta y ahora se acabó.

—¿Una apuesta?

—Eso es. Llevamos haciéndolas desde el instituto. Era un juego. Un juego tonto sin importancia.

—Entiendo.

No podía respirar. Aquello no estaba pasando. Él no había dejado de pensar en Callie y mientras tanto ella sólo pensaba en tener un fin de semana de sexo. Una apuesta. Él era una maldita apuesta. ¡Mierda! ¿Cómo podía haber estado tan equivocado?

—Mira, Jack. Lo siento si de algún modo te he engañado. No quería hacerlo. Me lo pasé bien, pero de verdad estoy cansada y tengo que madrugar para ir a trabajar. —Abrió la puerta y lo miró con expectación—. Si no te importa...

Él miró la puerta abierta y luego a ella.

—¡Vaya! Estaba realmente equivocado contigo. Con nosotros. Lo siento, Callie. —Se dio media vuelta y se fue dando un portazo.

Una vez fuera se giró y vio que las luces de la casa de Callie se apagaban, sin embargo, al entrar en el coche, dio unos golpecitos con los dedos en el volante y sacudió la cabeza.

Sus instintos nunca se habían equivocado. Lo habían ayudado en la universidad y en el trabajo en multitud de ocasiones. El instinto le decía ahora que Callie estaba mintiendo.

Detrás de su actuación había algo. Porque eso era lo que acababa de presenciar: una actuación.

Callie era muchas cosas, pero no era una mujer fría y despiadada.

Era cálida, amable y generosa.

Él deseaba que esa Callie volviera, e iba a averiguar qué era lo que había provocado un cambio tan radical.



Callie permaneció junto a la ventana y vio que Jack entraba en su coche y se quedaba allí sentado.

—Vete, Jack. Simplemente, vete.

Le dolía tanto el corazón que creyó que iba a morir de tristeza. Era como volver a perder a Bobby, con el corazón desgarrado, traspasado por la sensación de pérdida.

El dolor reflejado en los ojos de Jack cuando le arrojó a la cara su desinterés por él, le había destrozado. Nunca se había sentido más cruel. ¡Dios, aquello dolía! Deseaba abrir la puerta y salir corriendo hacia su coche, rodearlo con los brazos y decirle que estaba mintiendo, que el fin de semana que habían pasado juntos lo significaba todo para ella. Que se arrepentía de haberle hecho daño, que no pensaba de verdad todo lo que acababa de decirle.

Pero si lo hacía, le arruinaría la vida. Todo aquello que tanto se había esforzado por conseguir.

Él se fue al fin y ella se desplomó en el suelo, echándose a llorar.

Capítulo 7

Jack paseó la mirada por el restaurante en busca de dos caras conocidas, hasta que por fin localizó a Blair y a Abby en un reservado de la esquina. Se abrió paso entre la gente y ocupó el asiento vacío.

—Os agradezco que hayáis aceptado reuniros conmigo.

Blair se encogió de hombros.

—No hay problema. ¿Qué sucede?

—Esperaba que vosotras pudierais decírmelo. ¿Qué le pasa a Callie?

Abby frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Él les contó lo sucedido la noche anterior, sintiéndose extrañamente reconfortado al ver que ambas mujeres abrían mucho los ojos.

—Eso no es propio de Callie —declaró Abby.

—No tiene una sola pizca de maldad en el cuerpo —añadió Blair—. ¿Y lo de la apuesta? Ella jamás te lo soltaría así. De ninguna manera.

—¿Habéis hablado con ella sobre el fin de semana que pasamos juntos y de si sucedió algo después?

Blair negó con la cabeza.

—Es extraño, pero no ha habido forma de verla, dice que está ocupada. Cosa que es verdaderamente insólito tratándose de ella.

—Creo que nos está evitando. Sabemos que está alterada, dijo que no había dado resultado, pero creímos que se refería a la diferencia de estatus social —dijo Abby.

—¿Estatus social? —preguntó Jack.

—Le preocupaba que vuestro nivel socioeconómico fuera tan distinto —explicó Blair.

Jack sacudió la cabeza.

—Eso es una estupidez. Ambos lo estuvimos hablando, le hablé de mi procedencia. ¡Por el amor de Dios, le dije que crecí en una granja! Los dos venimos del mismo agujero, de modo que ese no puede ser el motivo.

—En ese caso tienes razón. No puede tratarse de eso —dijo Blair, dando golpecitos en la mesa con las uñas.

—Quizá tenga algo que ver con ese tipo de tu bufete que estuvo el otro día en su cafetería —sugirió Abby.

Jack la miró.

—¿Quién?

—No lo dijo. Sólo que uno de los socios sénior se pasó por allí después de cerrar y que no tenía importancia. Alguien llamado Walters. Creo que fue el lunes.

Y fue la noche del lunes cuando ella le soltó ese pequeño discurso de despedida.

—¡Ah! Ya lo entiendo.

—¿Qué? —preguntó Blair.

—Creo que tengo una idea de lo que puede haber pasado.
—¿Tiene algo que ver con ese hombre? —preguntó Abby.
—Me parece que todo. —Estrechó las manos de Blair y de Abby—. Muchas gracias por la información. Ahora tengo que ir a hablar con una persona y espero que eso aclare las cosas con Callie.

—Hazlo —dijo Blair—. No creo esté muy alegre ahora mismo.
—Yo, desde luego, sé que no soy feliz sin ella. Quiero que vuelva.
—Nos alegra oír eso. —Abby le estrechó la mano.

Jack salió del restaurante y se metió en su coche intentando reprimir la ira. Lo último que necesitaba era tener un accidente. Hizo un esfuerzo para tranquilizarse mientras conducía, pero le fue condenadamente difícil. Se hacía una muy buena idea de lo que había ocurrido entre Callie y Bob.

Era una verdadera pena que el asesinato fuera ilegal, porque en ese momento era lo único que tenía en mente.

Sabía que Bob estaría todavía en el bufete a pesar de la hora. Bob siempre estaba en el bufete. Mientras subía en el ascensor hasta las oficinas del ático, estuvo inspirando por la nariz y espirando por la boca, antes de ir a buscar a Bob al sitio donde sabía que iba a encontrarlo: en su despacho, trabajando. Debía de tener una esposa comprensiva.

Ni siquiera se molestó en llamar.

—Bob, necesito saber qué es lo que le dijiste a Callie —exigió abriendo la puerta.

Bob se giró en su silla y sonrió.

—Os vi a los dos en el cine la otra noche.

¿Bob estaba allí? Eso explicaba algunas cosas.

—Entiendo. ¿Y?

—Le dije a la señora Jameson que os había visto a los dos y lo que estabais haciendo. Le dije lo que deberías haberle dicho tú: que desapareciera.

Jack empezó a verlo todo rojo. No recordaba haber estado nunca tan furioso.

Cálmate. No lo mates. Pero lo cierto era que quería hacerlo.

—¿Qué coño te hizo pensar que tenías derecho a acercarte a ella y decirle nada?

—Tú no ibas a hacerlo y yo haré lo que sea para proteger a esta firma.

Jack apretó los puños. Estaba deseando darle una paliza a ese bastardo presumido.

—Callie no es ninguna amenaza.

—¿No? Tenemos una reputación que mantener y entre los socios no puede haber pervertidos sexuales. Me gustas, Jack. Eres agresivo y te vas a convertir en un socio sénior muy bueno, pero no con esa degenerada al lado. Ahora, vas a buscar a una mujer socialmente aceptable, te casarás con ella, y mantendrás relaciones sexuales normales. Y ya no voy a hablar más del tema.

—Tú no puedes dirigir mi vida privada, Bob.

Bob sonrió con satisfacción.

—¿No? ¿Cuánto crees que va a tardar en hundirse tu carrera profesional una vez que se corra la voz de tu preferencia por el sexo en público?

—No serías capaz de hacer algo así.

Bob levantó una ceja.

—¿No? Me conoces, Jack. Haré lo que sea necesario para conseguir lo que quiero. Y lo que quiero es que te conviertas en socio sénior de esta firma. Y sin esa tal Jameson al lado. Si sigues viéndola, una información bastante desagradable sobre ti va a ser del dominio público.

—No puedes demostrarlo.

—No necesito hacerlo. Lo único que se necesita es que cuente lo que vi en ese cine. Investigando un poco, estoy seguro de que quedarán al descubierto muchos otros secretitos sórdidos sobre ti.

Jack no podía creerse que estuviera pasando esto.

—¡Y pensar que te admiraba!

—Me da igual que me admires o no, Jack. Mientras sigas consiguiendo esos contratos millonarios todos los años, puedes odiarme a muerte. Ahora, si me perdonas, tengo trabajo que hacer.

—Esto no ha terminado, Bob.

Bob curvó los labios en una desagradable sonrisa.

—Sí, hijo, se ha acabado.

Jack giró en redondo y salió del despacho antes de hacer algo que fuera a lamentar después. Como partírle la cara de un puñetazo a ese hijo de puta. Mientras bajaba en el ascensor hasta el aparcamiento, se consoló imaginando la nariz destrozada de Bob y los documentos salpicados de sangre. No era igual de gratificante que hacerlo de verdad, pero de momento iba a tener que conformarse con eso.

Bob creía haberse salido con la suya, pero estaba equivocado. Aquello no había terminado. Ni mucho menos. Puede que creyera que tenía la última palabra, sin embargo Jack también era un tiburón en esos asuntos y sabía algunas cosas. Cosas que Bob no estaba enterado de que sabía.

Lo único que necesitaba ahora eran las pruebas. Dentro de unos días volvería a entrar en el despacho de Bob, y en esta ocasión, el socio principal de la firma no iba a reírse.

Bob acababa de desafiar al hombre equivocado.



Una semana más tarde Jack estaba de nuevo en el despacho de Bob con un abultado sobre en la mano. Lo tiró encima del escritorio de Bob.

Bob alzó la vista hacia él.

—¿Qué es esto?

—Puedes abrirlo si quieres, pero te voy a decir lo que hay dentro. En primer lugar esta mi carta de dimisión con efectos inmediatos. Lo otro es un sobre con fotos tuyas manteniendo sexo oral con tu amante.

Bob se quedó sin respiración.

—¡Oh, sí, Bob! ¿Creías que no estaba enterado de lo tuyo con Janet? Hace mucho tiempo que conozco tus tres citas semanales con esa mujer. Las fotos son preciosas. Estoy seguro de que a tu esposa le encantaría verlas. O mejor dicho, a su abogado le encantaría saber que existen. Y sí, son sólo copias. Los originales los tengo yo. Quizá debieras ocuparte de tus propias preferencias sexuales en vez de preocuparte de lo que hacen los demás.

Bob abrió el sobre, sacó las fotos y palideció.

—Si dices una sola palabra a alguien sobre mi vida privada, esas fotos llegaran no sólo a tu casa, sino a todos los despachos de abogados de la competencia y a todos los periódicos y publicaciones legales de la ciudad. Húndeme y te hundo.

El rostro de Bob pasó del blanco al rojo.

—¡Asqueroso hijo de puta!

Jack se encogió de hombros.

—Aprendí del mejor, Bob.

—Voy a hacer que te expulsen del colegio de abogados por esto.

Jack se echó a reír.

—Tú no vas a hacerme nada. Me dejarás en paz y yo te dejaré en paz. Y también vas a dejar tranquila a Callie. —Apoyó las manos en el escritorio de Bob con tanta fuerza que éste retrocedió con el temor reflejado en su cara sudorosa—. Si me entero de que te has acercado a ella, vendré personalmente a darte una paliza. Crecí en una granja, Bob, ¿lo recuerdas? No soy un niño

blanco, rico e inocente. Puedo ensuciarme las manos si es necesario, y espero que nunca lo olvides. Y sé dónde esconder los cuerpos.

A Bob se le desorbitaron los ojos, pero antes de que pudiera hablar, Jack se inclinó hacia él y dijo:

—Jamás te atrevas a desafiarme otra vez.

Se apartó del escritorio de Bob con intención de irse, pero se detuvo y se volvió.

—Y por cierto, estoy abriendo mi propio bufete que le hará la competencia a esta supuesta firma de primera categoría que tienes. Prepárate Bob, porque estoy a punto de enfrentarme cara a cara contigo. Y francamente, me parece que soy mejor que tú.

Se dio media vuelta y salió de allí, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en la última semana.

Un problema solucionado, ahora sólo quedaba otro.

Era hora de ir a ver Callie.



Callie estaba sentada en el porche de su casa, intentando disfrutar de la brisa veraniega impregnada con el aroma de las gardenias del jardín, jugueteando con el bajo del vestido. Sin embargo, por mucho que lo intentara, las cosas que antes solían arrancarle una sonrisa ahora no le proporcionaban ninguna alegría.

Claro que durante la última semana no había sentido alegría por nada.

Desde la noche que echó a Jack de su casa vivía como un robot, trabajando de día y volviendo a casa de noche para dar vueltas con apatía hasta que llegaba la hora de acostarse, y luego quedarse tumbada contemplando el techo, incapaz de dormir. Ni siquiera quería ver a Abby y a Blair, porque no podía contarles lo que le había hecho a Jack.

¡Dios, cuánto lo echaba de menos! Lo lloraba como había llorado a Bobby. Aunque sabía que no era lo mismo. Bobby había muerto. Fue su marido, su amigo del alma, el hombre con quien compartió su vida durante años. Jack había sido una aventura de fin de semana y nada más. Seguía vivo y ella debía continuar con su vida. Había sido un experimento, una apuesta, un simple coqueteo que no había llegado a nada.

Entonces, ¿por qué dolía tanto? ¿Por qué tenía la sensación de tener un agujero en el estómago, un constante dolor que no acababa nunca?

Porque aunque Jack y ella sólo habían pasado juntos un fin de semana, aquello llevaba gestándose mucho más tiempo. Su destino era estar juntos y ella había permitido que el imbécil de su jefe decidiera que tenían que romper.

¿Pero qué le pasaba? ¿Tan mala opinión tenía de sí misma que cedía a los dictados de cualquier abogado importante sólo porque éste pensaba que ella no era lo bastante buena para Jack? ¿Por qué no había confiado en Jack lo bastante como para al menos contarle lo que le había dicho Bob Walters? ¿Por qué no había dejado que fuera Jack quien decidiera si ella era adecuada o no para él?

¿Y por qué no podía decidirlo por sí misma? ¿Dónde se habían metido el orgullo, el valor y la decisión que le habían permitido soportar la muerte de Bobby e iniciar un negocio? ¿Por qué no le había plantado cara a Bob Walters? ¿Por qué no le había respondido que sí que era lo suficientemente buena para Jack?

¡Que le jodieran! O mejor dicho, que se jodiera solo. Eso era lo que estaba mal. Había tomado la decisión equivocada. Había permitido que otra persona decidiera por ella y eso no estaba bien. Tenía que contarle a Jack la verdad.

Y luego tenía que decirle lo que sentía por él. Si después se iba, al menos sabría que había sido sincera.

Se levantó y entró en la casa con intención de coger el teléfono, vacilando tan sólo un instante antes de marcar el número del móvil de Jack. Él descolgó al primer timbrazo.

—¿Jack?

—¿Callie?

Se le desbocó el corazón al oír el sonido de su voz. ¿Querría hablar con ella?

—Necesito verte.

—¿Va todo bien?

—Sí. Tengo que explicarte lo de la otra noche. Las cosas que te dije... las razones para hacerlo... es muy difícil hacerlo por teléfono.

—¿Entonces por qué no me lo cuentas cara a cara?

Ella se volvió en redondo y casi se desmayó al verlo en la entrada de su casa con el teléfono pegado al oído. Colgó.

—Estás aquí.

Él sonrió y se guardó el móvil en el bolsillo.

—En realidad venía a verte.

—¿Sí? —Se secó el sudor de las manos en el vestido.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchas cosas que decirte. —Entró y cerró la puerta.

Ella se acercó a él.

—Yo también.

—¿Sí?

—Sí. Es acerca de la noche que te eché de mi casa. Te mentí.

En ese momento sólo los separaban unos centímetros. Ella estuvo a punto de echarse a llorar al inspirar su olor, por lo mucho que había echado de menos su aroma. Quiso extender la mano hacia él, lanzarse a sus brazos, rodearlo con las piernas y olerlo.

—¿Me mentiste?

—Sí. Uno de los socios principales de tu firma vino a verme y me dijo que no debía verte más. Estaba en el cine la noche que fuimos nosotros. Nos vio y dijo éramos unos pervertidos y que si seguías viéndome podría poner en peligro tu futuro en el bufete.

—Lo sé.

—Luego dijo... ¿Lo sabes?

—Me lo imaginé después de hablar con Blair y con Abby.

—¿Hablaste con ellas?

—En cuanto me echaste. Sabía que algo no iba bien. No es propio de ti, Callie. Tú no te comportas así.

Él la conocía. La conocía de verdad. Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para contenerlas.

—Lo siento Jack. Lamento mucho haberte dicho todas esas cosas. Me dolieron tanto como a ti.

Él le puso una mano en la mejilla y ella estuvo a punto de desfallecer ante el calor y el amor que sintió.

—Lo sé cariño. Y también sé que él te hizo daño. Pero ese hijo de puta no volverá a acercarse a ti ni a mí, nunca.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué has hecho?

—He dejado el bufete.

—¿Cómo? —Le sujetó la mano—. ¿Por qué?

—Porque así no podrán chantajearme. Además, lo que nosotros hacemos no es una perversión, Callie. Es asunto nuestro y de nadie más. No le hace daño a nadie y por supuesto, no

afecta a mi forma de trabajar. Por otro lado, Bob Walters lleva cinco años tirándose a su secretaria.

—¡No!

Jack asintió.

—Sí, y además tengo fotos que lo demuestran. Esta noche se las he puesto encima de la mesa, después de que me amenazara con hacer públicas mis supuestas perversiones si no me comportaba como es debido y hacía exactamente lo que él decía.

A Callie le temblaban las piernas.

—No puedo creer que te amenazara de esa manera. —Alzó la vista hacia él—. ¿Tienes fotos de él con su secretaria?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Desde luego. No volverá a molestarnos jamás. Al menos si quiere conservar todo su dinero y evitar un divorcio desagradable y costoso.

—¡Oh, Dios! —Se sentía en cierto modo responsable de todo aquello—. Has dejado tu trabajo por mi culpa.

—No, Callie. Lo he dejado porque el socio principal es un idiota. No tiene nada que ver contigo.

—Sí, sí que lo tiene. Es por mí, por lo que hicimos, por lo que hacemos.

—¡Eh! —La acercó hacia sí, rodeándola con los brazos—. Lo que hacemos es divertido y no hace daño a nadie. Es emocionante, sexualmente estimulante y más ardiente que el infierno. No tiene nada de malo, de modo que no tienes que avergonzarte ni sonrojarte. Lo que hagan por voluntad propia dos adultos solteros es completamente aceptable.

Ella asintió.

—Tienes razón. De todos modos te has quedado sin trabajo por culpa de esto.

—No es así. Ven conmigo. Tengo que enseñarte algo.

La llevó hasta el centro de la ciudad, aparcó en la calle, y luego recorrieron una corta distancia y entraron en un edificio en construcción. Un modesto complejo de oficinas de cuatro pisos situado muy cerca de su cafetería.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—A mi nueva oficina.

Mientras caminaban por la planta del edificio, hacia el nuevo local, ella arrugó la nariz ante el olor a serrín y pintura. Era un lugar modesto, luminoso y amplio, con un área de recepción y tres despachos.

—Voy a empezar desde abajo, pero espero crecer rápidamente.

—Has creado tu propia empresa.

Él asintió, con una ancha sonrisa.

—Ya tengo dos clientes que se han venido conmigo. He contratado una secretaria y tengo un socio que se incorporará el lunes. Hasta que las oficinas estén terminadas trabajaré desde mi casa, pero oficialmente ya estoy en marcha.

Ella le oprimió la mano.

—Estoy muy orgullosa de ti, Jack.

—Necesitaba una buena patada en el culo como ésa. No creo que sirva para ser el lacayo de nadie. Desde que tomé la decisión de dejar la firma de abogados y empezar con mi propio bufete he sentido una descarga de adrenalina. Ahora podré hacer las cosas a mi manera. De la manera correcta.

—Y vas a tener mucho éxito.

—Igual que tú, cuando creaste tu propio negocio desde abajo.

Ella se iluminó ante el halago.

—Gracias. Me gustaría pensar que así es.

—Yo lo sé. Y ahora, ¿te gustaría ayudarme a inaugurar mi nuevo bufete?

La brisa agitó las protecciones de plástico contra la madera y Callie sacudió la cabeza.

—¿Aquí?

—Demonios, sí. Se me ha puesto dura sólo de pensar en hacerte el amor aquí.

A ella se le contrajeron los pezones. Lo había echado de menos la él y a la emoción de tenerlo en su vida. Sin él se sentía vacía. Con él cada día era una aventura.

—¿Dónde?

Él miró a su alrededor, luego la cogió de la mano y se dirigió al despacho de la esquina.

—En mi despacho. Mientras follamos veremos el centro de la ciudad.

En el rincón había una mesa de trabajo y algunas telas. Jack las desplegó, las extendió sobre la mesa, y luego se palmeó el pene por encima de los vaqueros.

—Ya la tengo dura por ti, Callie. Necesito metértela ahora mismo.

La urgencia de su voz estimuló el deseo de ella; una ráfaga de aire entró en el lugar y le levantó el vestido. Ella se acercó a la mesa, se tumbó boca abajo y giró la cabeza hacia él.

—Fóllame, Jack.

Miró al frente y contempló la panorámica de la ciudad, húmeda de expectación al sentir a Jack a su espalda y oír que se bajaba la cremallera del pantalón. Él le levantó el vestido y ella sintió sus labios ardientes en el hueco de la espalda.

—Que piel tan hermosa, Callie —dijo él—. Se funde bajo mi mano como la más suave de las mieles.

Él le acarició el sexo. Ella gimió y, tal como él había dicho, se derritió sobre su mano a través de las bragas. Él se las bajó, dejando al descubierto el coño, y luego la besó entre las piernas, enterrando allí la boca y desrizándole la lengua en la vagina.

Se le tensaron las piernas mientras él la lamía, pasándole la lengua por el clitoris dilatado. El placer que le daba este hombre era diferente a cualquier otro que ella hubiera experimentado nunca. Prohibido y lascivo, más de lo que nunca se atrevió a desear, la llevó en un viaje salvaje que inflamó sus sentidos, intoxicándola. Cuando estaba al borde del orgasmo, él se detuvo, se incorporó y se inclinó para besarla. Ella lamió su propia humedad en los labios de él, absorbiendo su lengua cuando la penetró desde atrás.

El le sujetó las muñecas y se movió contra ella mientras Callie contemplaba todos los edificios de oficinas de la ciudad, preguntándose si habría alguien en alguna de las ventanas mirándolos. Se derritió ante la sola idea de que alguien pudiera estar viéndolos.

—Fóllame más fuerte, Jack.

Él se impulsó profundamente, con tanta fuerza que la mesa se movió de su sitio. Sus testículos chocaban contra el clitoris de ella, acercándola cada vez más al clímax.

—Córrete para mí, Callie —le dijo él al oído, con voz ronca y grave—. Córrete en mi polla.

Se movió contra ella y empezó a frotarle el clitoris. Aquello fue demasiado para Callie. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y lanzó un grito de éxtasis, lanzándose contra él y llevándolo a su propio orgasmo. Él se derramó en ella y se introdujo profundamente, gimiendo contra su cuello y clavándole los dientes en la nuca. Ella se estremeció ante la intimidad del gesto.

Ambos estaban sudorosos. Y jadeantes. Cuando Jack se levantó, el aire refrescó la piel húmeda de Callie. Él la incorporó, le dio la vuelta y la besó en la boca. No fue un beso de pasión, sino uno suave y tierno, cargado de emoción y de un sentimiento que ella esperaba que fuera amor, porque eso era lo que ella expresó al asir sus hombros, manifestando sin palabras lo que sentía por él.

Cuando se separaron, ella apoyó la cabeza en su hombro y permitió que le acariciara la espalda, sintiéndose tan increíblemente completa que no quería moverse, temiendo que el cuento de hadas desapareciera si pronunciaba una sola palabra.

—¿Crees que alguna vez haremos el amor en una cama?

Ella resopló. Levantó la cabeza y sonrió.

—No lo sé. Supongo que podríamos intentarlo.

Él la cogió de la mano y se dirigieron a la escalera.

—Desde luego sería una novedad.

—Tendré que pensarlo. No estoy segura de estar preparada todavía para algo tan retorcido.

Él se rió mientras se dirigían a la calle.

—Tienes razón, deberíamos tomárnoslo con calma. Volveremos a empezar en el porche e iremos entrando.

Al pasar por la cafetería, Callie se detuvo, lo miró a él, luego a la tienda y de nuevo a él, levantando una ceja.

—Bueno, todavía no hemos bautizado como Dios manda tu cafetería —dijo él.

Ella sonrió de oreja a oreja y buscó las llaves.

Epílogo

—Estoy enamorada —declaró Callie, sentándose en el reservado, frente a Blair y Abby. Estas intercambiaron una mirada, antes de que Blair se dirigiera a ella.

—Cuéntanos algo que no sepamos —dijo.

Callie sonrió.

—Me refiero a que estoy seria, completa y perdidamente enamorada de Jack.

Abby llamó a la camarera para pedir un margarita para Callie.

—¿No has oído a Blair? Lo llevas escrito en la cara, tonta. Es evidente que estás enamorada de Jack.

—De modo que conseguisteis arreglar las cosas, ¿no? —preguntó Blair, cogiendo una rodaja de limón de la cesta.

—Sí, lo hicimos. Y él va a empezar con su propio despacho de abogados, que está muy cerca de la cafetería.

—Genial.

—Quiere que me vaya a vivir con él.

Blair arqueó una ceja.

—¡Joder! Eso sí que es un noviazgo rápido.

—Me ama. Le amo. Tenemos un futuro juntos. —Se palmeó las mejillas y suspiró—. ¡Dios, no puedo creer que todo esté pasando tan deprisa!

Abby se encogió de hombros.

—Si está escrito que así debe ser, así será. No se puede luchar contra el destino. Mira lo que nos pasó a Seth y mí. Jamás pensé que iba a enamorarme después de aquel fin de semana, pero así fue. Y también a mí me sucedió de repente.

—Eso es verdad —dijo Callie—. No tenemos más que mirarnos. No hace mucho nos quejábamos de que estábamos solas y de que no había un hombre en nuestras vidas. Ahora las tres tenemos una relación y estamos enamoradas.

—Y yo voy a casarme. Y esta vez sí que lo voy a hacer —intervino Blair, sacudiendo la cabeza—. Y con Rand nada menos.

—Pero no nos obligues a ponernos unos vestidos vaporosos de color verde lima para la boda —bromeó Callie.

Blair puso los ojos en blanco.

—Creo que me conocéis lo bastante bien para pensar eso. Para mis chicas, unos vestidos ajustados y provocativos.

—No puedo creer cómo ha cambiado todo para nosotras —dijo Abby—. Yo voy a empezar una nueva profesión y ahora hay un hombre en mi vida al que amo. Callie está enamorada y Blair lo está de Rand. Por fin —agregó con un guiño.

—Si lo piensas resulta increíble —dijo Callie.

—Y todo se lo debemos a tu idea de hacer una apuesta, Blair —añadió Abby.

Blair exhibió una ancha sonrisa.

—Fue una apuesta maravillosa, ¿verdad?

La camarera trajo el margarita de Callie y ella lo alzó diciendo:

—Propongo un brindis por la mejor apuesta que se le ha ocurrido nunca a Blair.

—¡Por la apuesta! —dijeron todas al unísono.

Fin